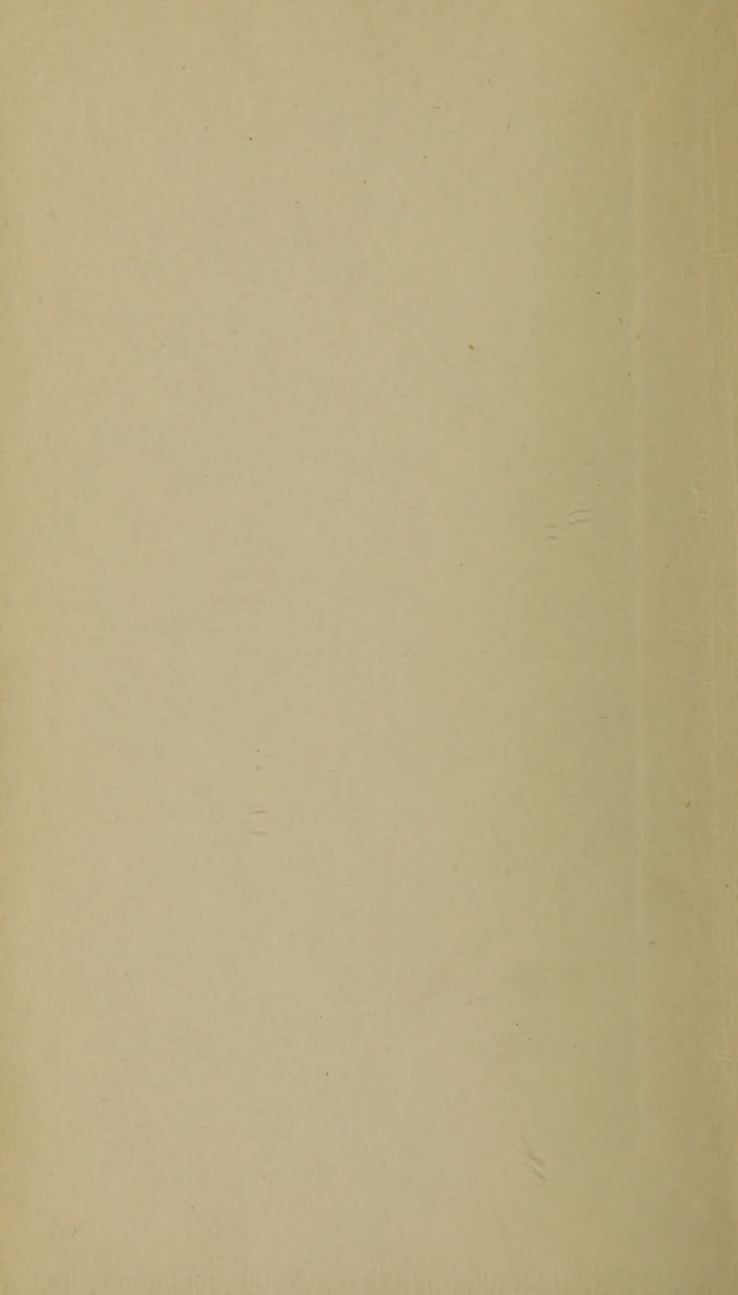
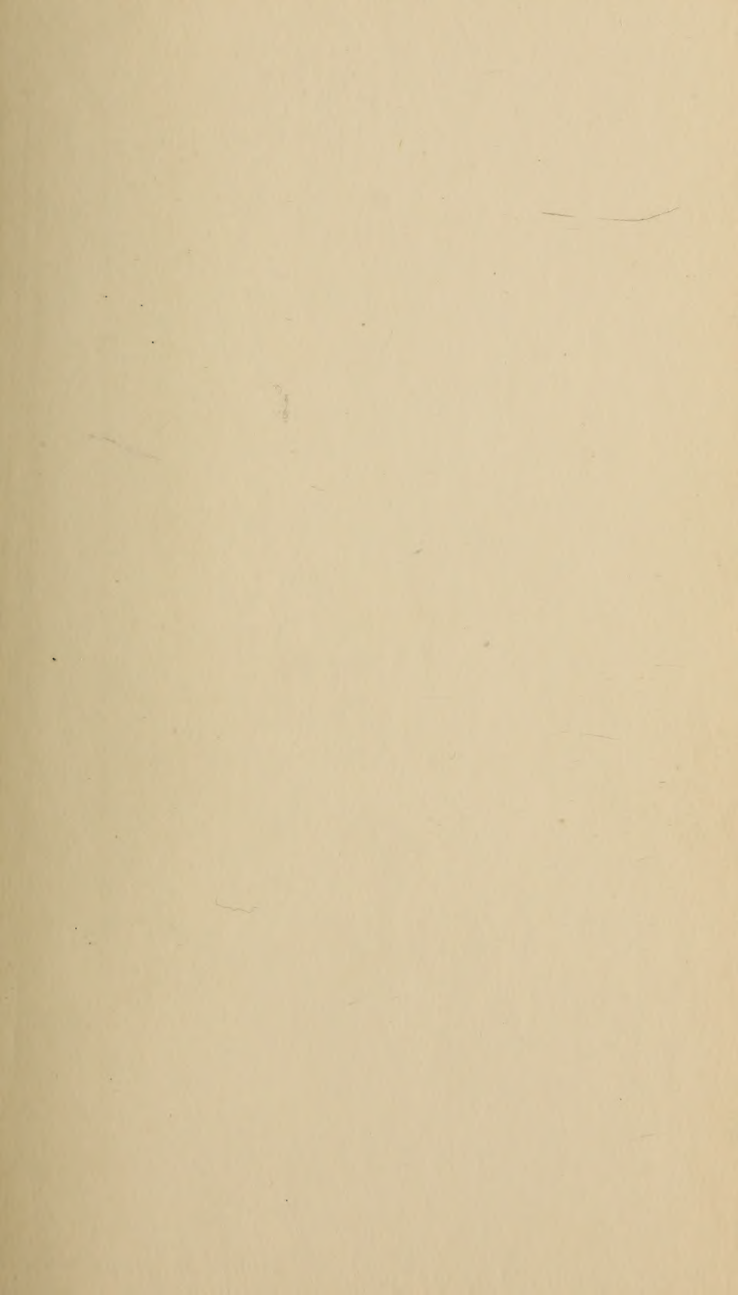
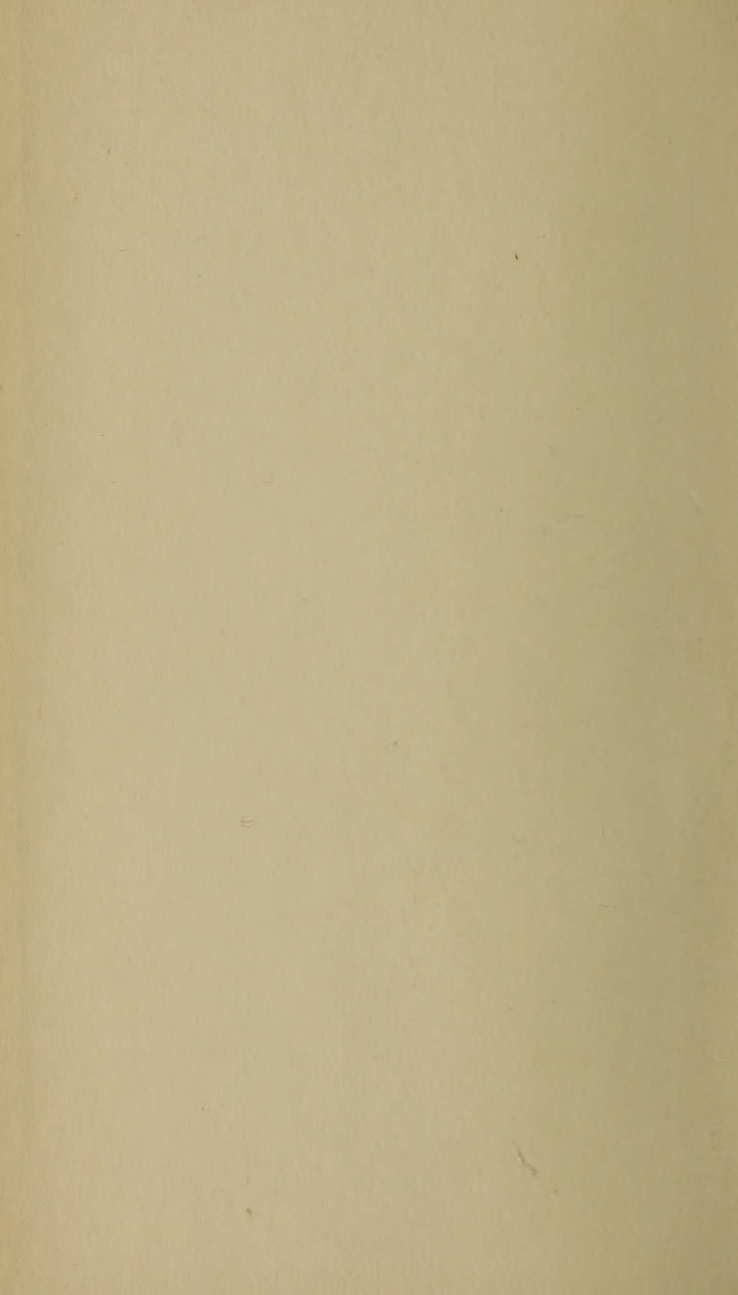
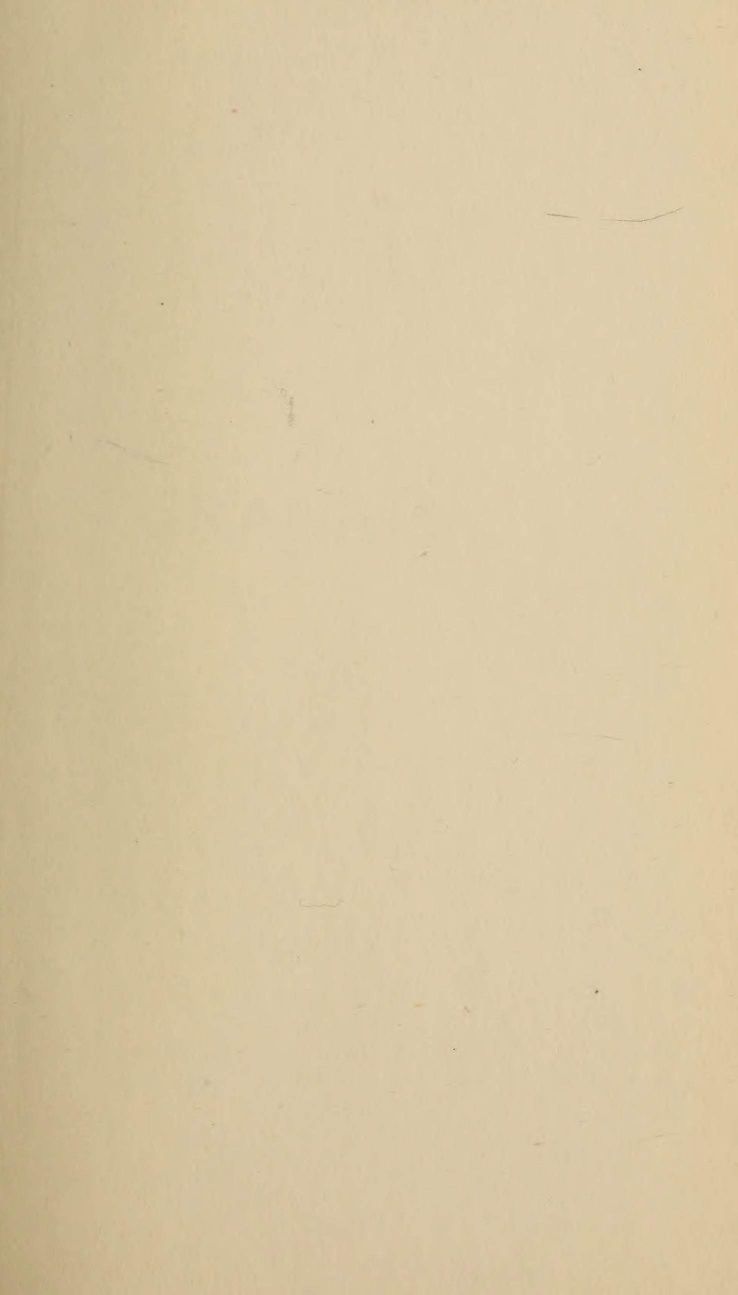
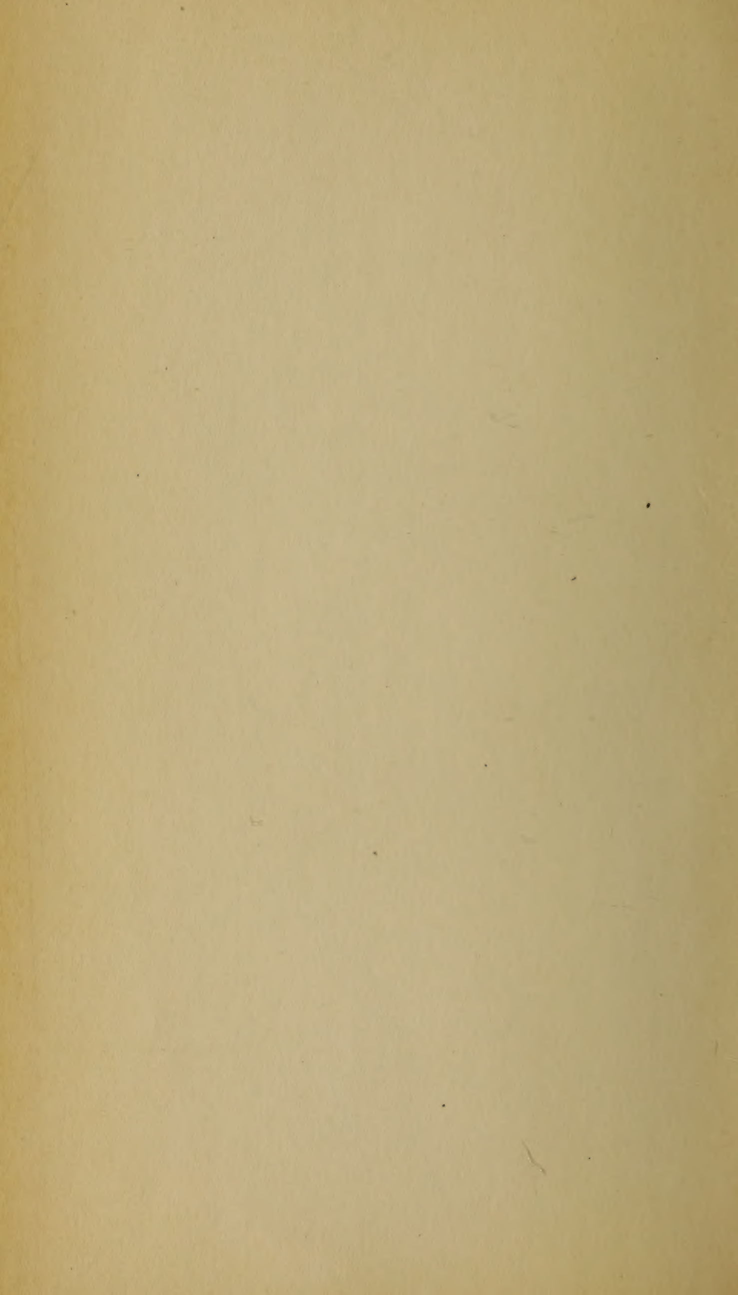




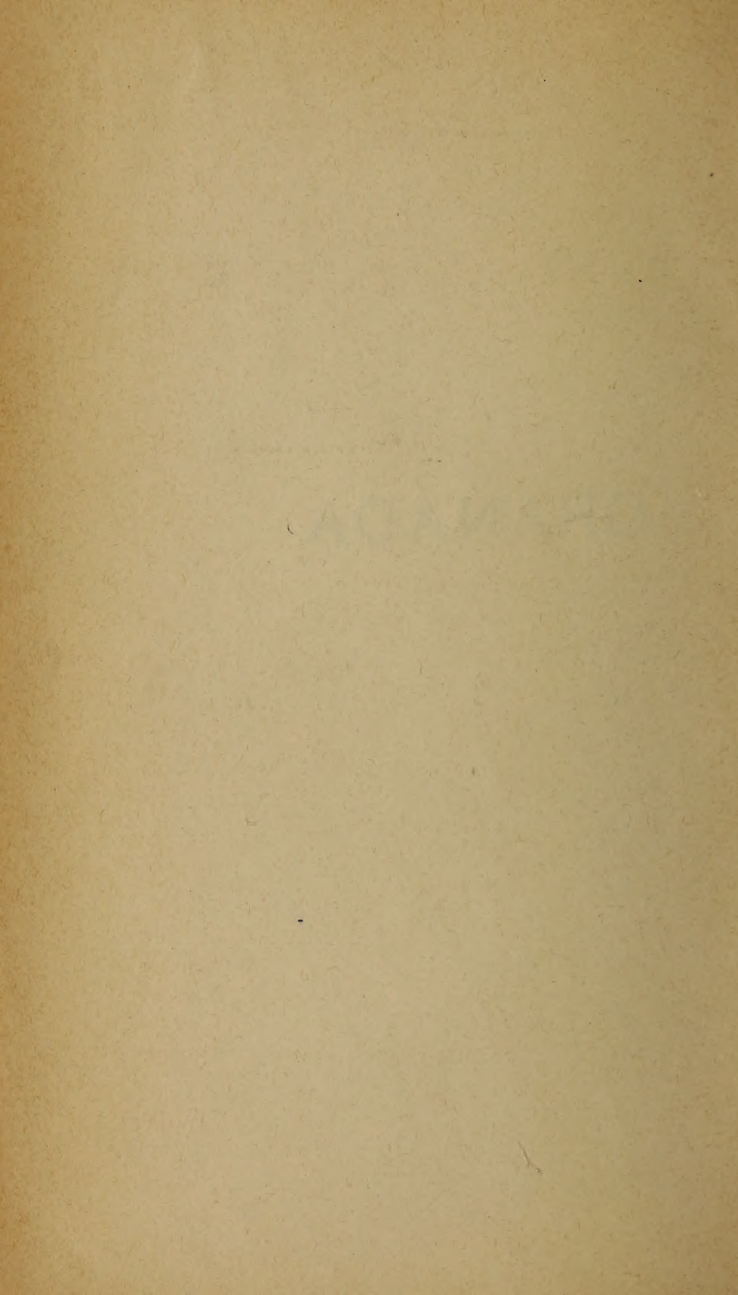








GRANADA



GRANADA

POEMA ORIENTAL

PRECEDIDO DE LA

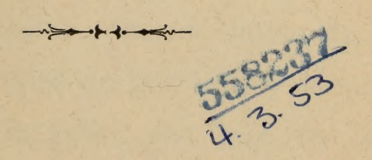
LEYENDA DE AL-HAMAR

POR

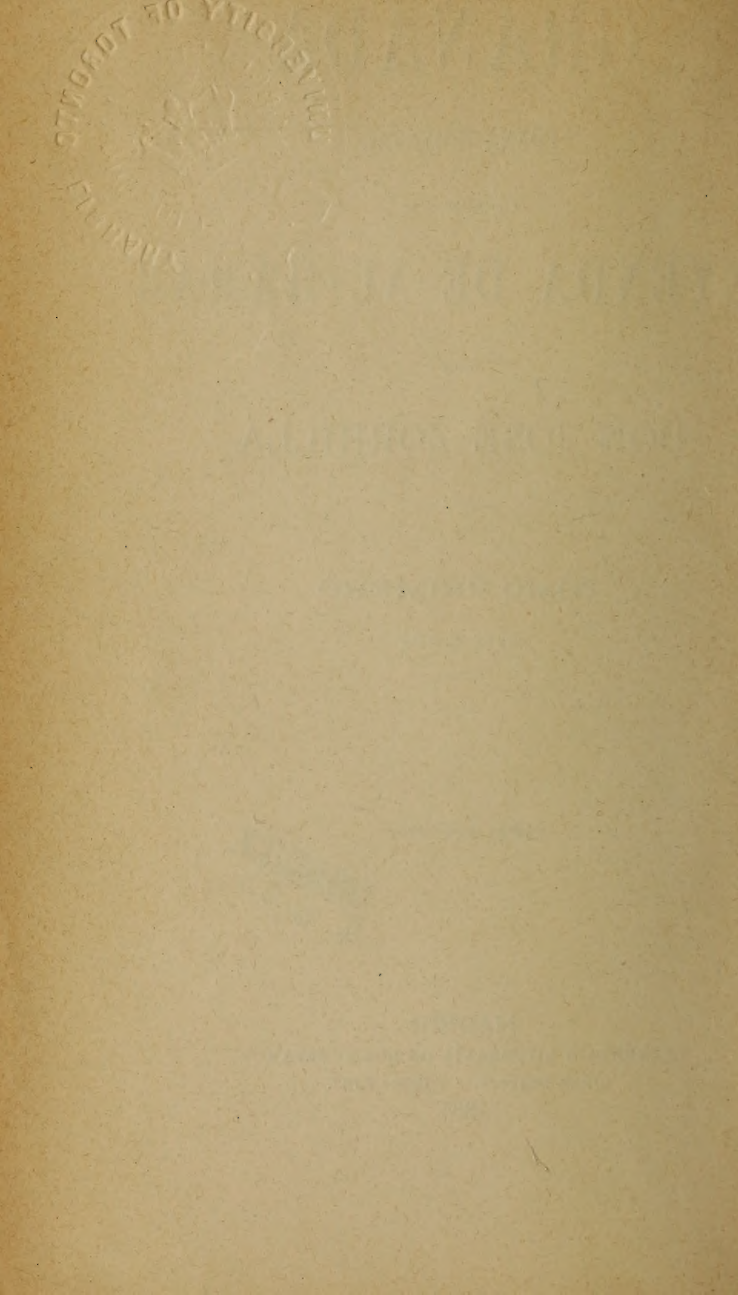
DON JOSÉ ZORRILLA

TOMO PRIMERO

NUEVA EDICIÓN



MADRID
IMPRENTA Y LITOGRAFÍA DE LOS HUÉRFANOS
Juan Bravo, 5.— *Teléfono 2.198.*
1895





Más de cuarenta años hace que salió á luz este Poema; y aun cuando su numerosa edición fué bien pronto agotada por el público, no ha vuelto á imprimirse. Vicisitudes de la vida del autor y vicisitudes del Poema mismo, cuyo tercer tomo se anunciaba constantemente aunque nunca llegara á escribirse, fueron causa de que la obra más extensa de Zorrilla, y en que él cifraba mayor empeño, sea hoy un libro raro, casi desconocido de la generación actual.

La viuda del gran poeta deseó reimpri-

mir los bellísimos versos del GRANADA, en memoria de su amante esposo y como legado que él dejó para auxilio de una numerosa familia; pero su intento hubiera sido estéril sin el noble concurso de que la propia interesada da razón más adelante.

Esta obra, pues, no sale nuevamente al público para pedir lauros nuevos á la crítica, sino para propagar su lectura entre los que sólo conocen de ella que el peregrino ingenio á quien se debe lleva por sobrenombre EL CANTOR DE GRANADA.



CARTA

AL

Excmo. Sr. D. JOSÉ MARTÍNEZ DE RODA

SENADOR POR LA PROVINCIA DE GRANADA

Madrid 1.º de Junio de 1894.

Mi distinguido señor y amigo: No sé cómo manifestar á Ud. mi agradecimiento por el favor que me hace publicando el Poema de mi difunto esposo. Demuestra Ud. con ello ser digno hijo de la hermosa comarca que él cantó, á la vez que consecuente con la amistad que Zorrilla le tuvo, y de la cual dejó prueba consignando sus últimos versos en el Album de la Ilustre Señora á quien Ud. ha dado su nombre.

Gracias, pues, de mi parte, así como de las hijas adoptivas del poeta, favorecidas todas por su generosidad; y aun cuando me consta que Ud. deseaba ser nuestro protector anónimo, yo creo de rigurosa justicia hacer pública esta carta en las primeras páginas del libro, como muestra de un reconocimiento que conservará siempre vivo en su corazón la que hoy se le ofrece amiga y servidora, q. b. s. m.,

Juana Pacheco,

Viuda de Zorrilla.

JUICIO ANTICIPADO DE ZORRILLA

SOBRE SU OBRA

HABÍA pensado (escribe) anteponer á mi poema un académico y razonado discurso en forma de prólogo, obra desde luego de algún amigo mío, persona de alta reputación literaria y de grande autoridad, para que le sirviese de escudo y protección y previniera en su favor la opinión pública, manifestando abiertamente la parcialidad de la suya; pero he desistido de semejante pensamiento, porque he reflexionado que, si el poema fuere bueno, no necesitará de protec-

ción; y si fuere malo, no bastarán para protegerle todas las autoridades reconocidas de la Cristiandad y del islamismo.

El que crea, sin embargo, que con él pretendo realizar la novena maravilla (dado que el Escorial sea la octava), y asombrar al mundo con un poema épico, está en un error, y me honra mucho suponiéndome tan sobrado de alientos. Mi obra, á la cual notará el discreto que llamo POEMA ORIENTAL, no es más que una enorme leyenda, en la cual otro ingenio más competente hallará reunidos los materiales necesarios para construir el clásico edificio de la magnífica epopeya encerrada en la época de la conquista de Granada. Avergonzado al ver que extranjeros autores han llamado antes que nosotros á las puertas de la Alhambra, ya con el grosero aldabón de la novela descabellada é insulsa, como Florián, ya con el martillo de la juiciosa y galana historia, como Washington

Irving, heme arrojado á abrir el cancel de su misterioso alcázar al genio feliz á quien sea dado apoderarse de su encantado recinto.

Tales son, y no otras, las limitadas pretensiones de mi POEMA.





FANTASÍA



Bruselas, 21 de Febrero de 1852.

AL SEÑOR

DON BARTOLOMÉ MURIEL

EN PRENDA DE AMISTAD

Fantasía.

I

¿Imaginas que son, Muriel amigo,
Barreras para mí tiempo y distancia?
¿Piensas que porque Flandes me da abrigo,
Mientras tú habitas en la inquieta Francia,
Mi voz no puede platicar contigo,
Mi pie no puede visitar tu estancia?
¡Error! Por ti los imposibles puedo,
Y aunque de Francia parto en Francia quedo.

¿No sabes que el poder de los poetas
Es inmenso, Muriel: que cuanto tocan
Hechizan con su magia: que, sujetas
Á su poder, las almas se convocan
Á oirles: que con prácticas secretas
Hablan con el ausente, al muerto evocan,
Reedifican de un soplo las ciudades
Y hacen retroceder á las edades?

¿Sus órdenes no sabes que obedecen
Ejércitos de genios, que á millares
Amigos por doquier les favorecen,
Haciéndoles los montes y los mares
Transponer: que doquiera se aparecen
Sin respetar ni tiempos ni lugares:
Para quienes no hay diques, ni barreras,
Policías, aduanas, ni fronteras?

¡Mísero amigo mío! ese medroso
Són que á los pies de tu callado lecho
Percibes con pavor, que tu reposo
Turba agitando tu apenado pecho,
No es del chisporroteo bullicioso
Que alza tu lamparilla, en el estrecho
Círculo ahogada del cubierto vaso:
Es el rumor de mi imprevisto paso.

Soy yo, que los espacios transponiendo
De mi secreta magia con el arte,
En alcázar fantástico pretendo
Tu cairelado lecho transformarte.
Soy yo, Muriel, que, ante tu faz abriendo
Su dorado cancel, voy á guiarte
Á través de una espléndida morada
Por misteriosos seres habitada.

Sí, yo soy quien asalto tu aposento.
Despierta, pues; la inspiración ahora
En mis entrañas inflamarse siento
Con fuego creador que las devora.
Incapaz de guardar mi pensamiento
El tropel de delirios que atesora,
Va á romper impetuoso sus barreras
Y á lanzar en la sombra sus quimeras.

Yo, poeta que al mundo fuí evocado
Del fondo de úna abierta sepultura,
Camino de fantasmas rodeado,
Sueños de mi creencia y mi locura.
Manes que sus sepulcros han dejado
Para seguirme por la tierra obscura,
Conmigo van y con mi aliento aspiran,
Doquier me cercan y doquier me inspiran.

Sobre sus alas con errante vuelo
Los antros más recónditos visito,
De la pasada edad levanto el velo,
En sus viejos alcázares habito,
El sueño de sus héroes desvelo,
Sus caballeros á la lid concito,
Y al eco audaz de mi inspirado acento
Acuden cabalgando sobre el viento.

Á veces á la luz de las estrellas,
Por una soledad no conocida
Ni habitada jamás, sigo sus huellas
Escuchando el relato de su vida
En una lengua cuyas frases bellas
Una armonía exhalan nunca oída,
Y sin auxilio de palabra ó letra
En mi encantado corazón penetra.

En aquellas fantásticas regiones
El tesoro riquísimo se encierra
De aquellas misteriosas tradiciones
Que la historia veraz de sí destierra,
Más que de sus recónditos rincones
Tenaz la poesía desentierra,
Y que, al amparo de la fe y del arte,
Forman en su región un mundo aparte.

Allí están las tristísimas bellezas
Que lloraron incógnitos amores:
Los héroes sin prez cuyas proezas
No ensalzaron jamás los trovadores:
Armado el paladín de todas piezas,
Coronadas las vírgenes de flores,
Tendidos los de Oriente sobre chales
Ornados con moriscos almaizales.

Allí están las purísimas mujeres
Que, encerradas en santos monasterios,
Conversaron del cielo con los seres
De la virtud sondando los misterios:
Que oyeron en sus místicos placeres
De los santos Querubes los salterios
Y cuyo corazón, libre de amores,
Se espigó y se secó como las flores.

En medio de estos seres ideales,
Que no están amasados con la escoria
De que fuimos formados los mortales,
La vanidad de la mundana gloria
Despreció y halló bálsamo á los males
De nuestra frágil vida transitoria,
Tejido espeso de miserias largas,
De días de pesar y horas amargas.

Allí es donde, á la luz de las creencias
De nuestra infancia, quemo á las memorias
De nuestra hermosa patria las esencias
De la fragante poesía. Historias
Cuyo relato embarga las potencias
Son las de estas visiones ilusorias,
Compañeras alegres de mis cuitas,
De edad mejor imágenes benditas.

Espíritus que en torno de mi lecho
Velan y por mi bien se multiplican,
La pesadilla ahuyentan de mi pecho,
Mis penosos ensueños dulcifican,
Del corazón en la impureza hecho
Los malignos intentos purifican,
Y transforman el campo de mi mente
En un florido Edén resplandeciente.

Ellos en mis vigilias solitarias
Me distraen con dulcísimas memorias,
Me hechizan con sus himnos y plegarias
Y á que escriba me incitan sus historias:
Por sus regiones vago imaginarias,
Abrazo sus visiones ilusorias,
Y en otra creación, con otros seres
Paso mi vida, parto mis placeres.

Por eso elijo las nocturnas horas
Para hacer el relato de mis cuentos,
Labrando en las tinieblas incoloras
Las torres de mis locos pensamientos.
Por eso de sus sombras protectoras,
Asaltando á favor tus aposentos,
Vengo á hacerte, Muriel, la pobre ofrenda
De esta loca y fantástica leyenda.

Tú que, amigo sincero, mis pesares
Cariñoso y leal has consolado:
Tú que del infortunio en los azares
Apoyo generoso me has prestado:
Tú que con honda fe de mis cantares
El poder misterioso has invocado
Del duelo y el afán como anatema,
Escucharás benigno mi poema.

Tú, que sabes del mundo retirarte,
Sin que pueda el turbión de sus insanos
Delirios en su vértigo arrastrarte:
Que de una noble sociedad de hermanos
Has sabido en tu cámara cercarte
Para escuchar mis cuentos africanos,
Quiero que des tu nombre á la portada
De mi oriental leyenda de Granada.

¡Y ojalá dure la memoria mía
Cuanto duren los siglos venideros,
Y corra este papel, famoso un día,
De la tierra los ámbitos enteros:
Para que desde Norte á Mediodía
Vayan nuestros dos nombres compañeros,
Y el tuyo brille en la futura historia
Al resplandor de mi futura gloria!

Óyeme pues, Muriel, antes que vuelen
Las horas de los sueños y visiones:
Antes de que los genios se desvelen
Contrarios de mis vagas creaciones,
Y las parleras auras les revelen
El oculto poder de mis canciones:
Antes, en fin, que el Sol con rayos puros
Disipe mis poéticos conjuros.

Óyeme lejos del tumulto loco
De la revuelta sociedad, y fía
Que no nos faltará, si yo la evoco,
Para escuchar mis versos compañía.
Yo, que á mi voz animo cuanto toco,
Voy á poblar la atmósfera vacía
De multitud de espíritus atentos
Que contigo á la par oigan mis cuentos.

Al soplo de mi aliento poderoso,
Va á circundarnos y á prestarme oído
Ese mundo de sombras vagaroso
Por tus preciosos lienzos repartido.
Ese mundo fantástico en reposo
Mantenido hasta hoy, va desprendido
Del muro á hacer de mi velada parte:
Porque, ¿qué hay imposible para el arte?

Yo amo, Muriel, los lienzos y esculturas
Que tu curiosa cámara guarnecen;
Sus soñadas ó históricas figuras
Amigos de mi infancia me parecen:
De otra vida anterior memorias puras,
Recuerdos que mi sér rejuvenecen,
Genios tal vez de mi existencia guías,
Que la conducen á mejores días.

La causa ignoro, mi razón no alcanza
Por qué ha unido, Muriel, mi loca idea
Á un porvenir de luz y de bonanza
Cuanto el lugar de tu mansión rodea:
Mas cuanto en mis delirios de esperanza
Mi corazón, supersticioso, crea,
Lo veo de tus cuartos y pinturas
Ornado con los muebles y figuras.

Ellos han escuchado los primeros
De mi laüd morisco la armonía,
Y, á crëer en fanáticos agüeros,
Padrinos son de la fortuna mía.
En brazos de esas damas y guerreros
Salen mis versos á la luz del día,
Y yo de su presencia no renuncio,
Crédulo, en mi favor, al fausto anuncio.

Yo, en el campo del arte peregrino,
Doquier del arte adorador profundo,
Que presentado á ser voy imagino
En brazos de las artes en el mundo:
Y pues me trajo entre ellas mi destino
Á desplegar las hojas en que fundo
Mi esperanza á la gloria que ambiciono,
Á ilusion tan dichosa me abandono.

Murillo, Rafaël, Salvator Rosa,
Piombo, Teniers, Tiziano, Stein, Morales,
Cuyas firmas de mano vigorosa
Leo sobre esos lienzos inmortales,
Aunque, viles, no logren otra cosa,
Para mis pobres cantos orientales,
Yo de vuestra presencia los auspicios
Acepto con afán como propicios.

Y tú, dulce y amante Garcilaso,
Cortesano cantor de los pastores,
Que cuenco pastoril el áureo vaso
Hiciste do libaste tus amores:
Tú que entre miel y ámbar á tu paso
Sembraste versos que brotaron flores,
Ve si á los míos tu dulzura inspiras
Desde ese marco en que tenaz me miras.

Y vosotros, bizarros personajes,
Seres faltos de sér, á quien del caos
Para adornar sus fondos y paisajes
Sacó el genio vivífico: animaos.
Á mis cristianos himnos y salvajes
Sonatas africanas despertaos:
La poesía en las pasadas eras
Movió los montes y domó las fieras.

Vivificaos, pues, y en torno mío
Agrupaos ¡oh imágenes hermosas
Del amor, el pesar, la fe y el brío!
Venid ceñidas de fragantes rosas,
Ó devorado el corazón de hastío,
Visiones del desierto pavorosas,
Diana impura, llorosa Magdalena,
Vigorosa Judit, robada Elena.

Alba severo, incógnitos señores
De plegados vuelillos y valonas,
Apáticos flamencos fumadores,
Zagales cuyas cabras juguetonas
Pasto buscan de céspedes mejores:
Del marco desprended vuestras personas,
Formad una callada fantasía
Que auditorio idëal preste á la mía.

Revivid á mi acento, yo os conjuro,
Creaciones que estáis en el dominio
De la imaginación: congreso impuro
De dioses ya sin cielo, del triclinio
Baja á mi voz, y aunque te sea duro
Renunciar del Parnaso al patrocinio,
Ven á adorar en mis severos cantos
La gloria de otros númenes más santos.

Venid lúbrica Venus, rubia Ceres,
Diosas en otros tiempos inmortales,
Otros genios á ver y otras mujeres
Hollando vuestro altar y pedestales.
Nuevas Divinidades, nuevos seres
De prez y de virtud más celestiales,
Dan hoy á una mejor mitología
Con más íntima fe más poesía.

¡Gracias, bellas quimeras! ya os percibo;
Dejad de mis conjuros al acento
La vil materia en que creó cautivo
Vuestro ficticio sér un pensamiento.
Apréstate, Muriel: al soplo vivo
De mi fecundo é inspirado aliento,
Voy á abrir á tu atónita mirada
El recinto de la Arabe Granada.

II

Mas la planta ¡oh Muriel! ten un momento
Antes que huelles su frondosa vega,
Porque traidor me asalta un pensamiento.
Mal retenida entre tus labios juega
La sonrisa del que oye y, caballero,
Aunque tenaz no cree, cortés no niega.
Que extrañas ¡ay de mí! por ella infiero,
Que con sincera convicción cristiana,
Hoy en són tan veraz como severo
Mi voz resuene, cuando ayer mundana
Y de la tierra escándalo profano
El vicio y el placer cantó liviana.

¿Quieres saber, Muriel, por qué el mundano
Laüd dejando, en harpa vibradora
Las glorias de la Cruz canto cristiano?
¿Quiéres saber por qué, bebiendo ahora
Mi inspiración en el venero vivo
De nuestra Fe, mi voz consoladora
Levanto en el tumulto revulsivo
De nuestro siglo turbulento, al duelo
Del corazón buscando lenitivo?
Pues voy audaz á descorrer el velo
Que tal misterio encubre, en una historia
Que con orgullo y sin temor revelo.
Reservada y recóndita memoria
Del libro inmaterial del alma mía:
Historia sólo para mí: ilusoria,
Poética y gentil alegoría
Nada más para el mundo, á cuyo oído
Jamás imaginé que llegaría.
Aparta, pues, del límite florido
De Granada, que estás casi pisando,
Tu pie, menos feraz y entretenido
Sendero agreste tras de mí tomando,
Y avancemos, Muriel..... pero medita
Que en la región del alma vas entrando.

LAS DOS LUCES

Es la existencia golfo que se agita
Circundando islas mil, cuyo oleaje
De la *nada* en las playas se limita.
Naves las almas son en que el pasaje
Hacemos de este golfo, cuyo centro
El punto es de partida en este viaje.
Centro es la cuna: una isla mar adentro
En la mitad del golfo colocada,
Do alma y cuerpo se salen al encuentro.
Al mar cada alma desde allí lanzada
Va de una en otra isla escala haciendo,
Hasta dar en las playas de la *nada:*
Allí en la inmensa eternidad cayendo,
Náufrago el cuerpo en la ribera espira
Al criador su nave devolviendo.
Amor, deleite, lujo, ambición, ira,
Gloria, amistad, honor, fama, y orgullo,
Islas son donde reina la mentira.
Desde ellas nos reclama con arrullo
Fascinador: de danzas y canciones
Nos envía al pasar manso murmullo:

A ellas con falaces ilusiones
Nos atrae, y, viajeros perezosos,
Vamos haciendo escala en las pasiones.
Fe, ciencia, religion..... son luminosos
Faros que por las varias latitudes
Nos guían de estos mares procelosos.
«¡Voga!» nos dicen con su luz «no dudes.
¡Voga!» y, pilotos de arte y experiencia,
Vamos haciendo escala en las virtudes.
Por las pasiones va nuestra existencia
Sus riquezas gastando, y adquiriendo
Por las virtudes va nueva opulencia.
Las naves bien lastradas al tremendo
Vaivén resisten y oleaje fuerte:
Las vanas ceden al embate horrendo.

Era yo joven: mi conciencia inerte
Dormía, cuando al mundo audaz y solo
Salí fiado en la voluble suerte.
Lëal, franco, inexperto, extraño al dolo,
Creyendo en cuanto vi con fe sincera,
Mío el mundo juzgué de polo á polo.
Mi alma entonces, góndola ligera
En manos de señor joven y ansioso
De vida mundanal y placentera,

Se dejaba guiar por el undoso
Y turbulento mar de la existencia,
Ya á naufragar vecina, ya en reposo
Vogando de aura mansa á la influencia:
Al sol ardiente y á la tibia luna
Meciéndose en el mar con indolencia
Siguió siempre mi nave y mi fortuna
La dulce poesía, compañera
De mi gozo y mi afán desde la cuna:
Y con voz ora humilde, ora altanera,
Mis placeres canté, mis ilusiones
Hechicé, la ventura pasajera
De la vida fugaz en mis canciones
Celebré; y ora crédulo, ora impío,
Templé mi lira con inciertos sones.
Abordé en mi demente desvarío
Del golfo de la vida las riberas
Todas, sin otra ley que mi albedrío.
Sus islas visité más hechiceras:
Gloria, *amistad*, *amor*, *deleite*, oyeron
Mis insensatas cántigas primeras:
Y doquier por el golfo me aplaudieron,
Y de lauros cargáronme la frente,
Y embriagándome al fin, me embrutecieron.
Triunfé, amé, disipé, reñí insolente.
¿Qué saqué de esta vida vergonzosa?
Hastiado el corazón, seca la mente.

Mi alma, nave sin lastre, en peligrosa
Marcha me conducía abandonado
Al olëaje de la mar undosa.
Entonces recordé mi sosegada
Niñez: cuando mi madre me tenía
Sentado en sus rodillas y posada
Su mano en mi cabeza, dirigía
Mi atención al altar donde radiante
Se elevaba una imagen de MARÍA.
Y entonces recordé la voz vibrante
Del monje que en el púlpito exclamaba:
«La existencia más larga es un instante;
»Honor, gloria, poder, todo se acaba
»Con ella: sólo nuestras obras viven,
»Y ¡ay del que con sus obras no se cava
»Su tumba! Todos del Señor reciben
»Para el bien un talento, y Dios ordena
»Que el suyo todos para el bien cultiven.»
Recordé que esto oí en la edad serena
De la cándida fe, cuando la mente
Virgen recibe la impresión ajena
Que conserva indeleble eternamente.
Hasta entonces jamás mirado había
Detrás de mí: tornéme ansiosamente
El rastro á ver de la existencia mía:
¿Qué vi? la inmensidad del océano
Que tras de mí desierta se extendía.

La nave de mi alma un solo grano
De lastre no llevaba, ni una sola
Flor de las islas conservó mi mano.
El rumor de una ola y otra ola
No más en torno oía, y el profundo
Són de la mar que el corazón desola
Blando susurre ó muja furibundo.
¿Me comprendes, Muriel? te voy contando
La historia de mi alma: lo que al mundo
Nadie cuenta jamás: lo que llevando
Va cada cual consigo, cuidadoso
En el inquieto corazón guardando.
Lo que el hombre no dice vergonzoso,
Mas lo que á solas piensa en el momento
En que cierra su párpado al reposo.
Iba yo, pues, al olëaje lento
Del golfo de la vida en la barquilla
De mi alma vogando, el pensamiento
Tornado á mi niñez, de toda orilla
Lejos, el corazón triste y vacío
De lo pasado, viendo que la quilla
Del alma no dejaba entre el bravío
Olëaje señal, y nuevo rumbo
Dar meditando al barquichuelo mío:
Y he aquí que de las ondas al balumbo
Avanzando al azar ciego y perdido
De olas en olas y de tumbo en tumbo,

Vi una isla á lo lejos; decidido
Torné á ella mi proa y tomé suelo
En país para mí desconocido;
La *Isla de la Razón* era, que el Cielo
Puso en mitad del viaje de la vida.
La rica nave, el débil barquichuelo
Que allí aporta sin rumbo, la perdida
Brújula cobra y desde allí dirige
Su viaje á fácil playa. Guarecida
La *Razón* de esta isla, en ella rige
Como reina, teniendo en su ribera
Dos luces siempre ardiendo, y una elige
De las dos el que arriba, su postrera
Travesía al hacer: cada uno enciende
Su antorcha en una y, breve ó duradera,
Con esta luz su travesía emprende,
Cuerdo ó desatinado, el navegante
Que á sí no más en la elección atiende.
De saltar en su isla en el instante
« De la fe es esta luz, del siglo es esta »
Me dijo la *Razón:* y, vacilante
En la difícil elección funesta
Entre la fe y el siglo, al alma mía
Entre las luces de ambos dejó puesta.
La antorcha de la fe no despedía
Más que un rayo de luz tranquilo y puro,
Que por la limpia atmósfera subía

Recto á perderse en el azul obscuro
De la pura región, que el ojo humano
No contempló jamás fijo y seguro.
Á la *luz de la fe* nada cercano
Sobre el haz de la tierra se alcanzaba:
Pero en la altura del zenit lejano
Veíase una estrella y se dudaba
Si la luz de la fe de ella venía,
Ó la luz de la fe se la prestaba.
Yo entre la tierra y la región del día
Este rayo común juzgué, y no en vano,
Que comunicación establecía.
Circundaba este rayo soberano
Rico enjambre de abejas luminosas
Con alas de oro, cuanto más cercano
Al resplandor su vuelo más hermosas:
Y en el centro del rayo refulgente
Labraban sus panales oficiosas.
Quemábalas al fin el foco ardiente
Y en lugar de cenizas, convirtiéndolas
En bellísimas aves, de repente
La luz del rayo místico impeliéndolas,
Tomaban vuelo hacia el zenit palomas,
Águilas, cisnes, garzas y oropéndolas;
Y abrasada su miel, suaves aromas
Exhalaba que en la aura derramándose
Embalsamaban mar, valles y lomas.

La *luz del siglo*, móvil elevándose,
Culebreaba con llamas refulgentes
De su foco en redor desparramándose,
Formando con sus llamas transparentes
Un bello árbol de luz que reflejaba
Los colores del iris esplendentes.
Bajo este árbol radiante vegetaba
Innumerable colección de flores,
En la que muchedumbre se criaba
De mariposas, ricas en colores,
Agradables en forma y movimiento,
Y en gala incomparables y en primores.
Susurro vago y apacible y lento
Con sus alas hacían y en contorno
De aquel árbol de luz giros sin cuento:
Mas al fin deslumbradas y al bochorno
Del fuego enloquecidas, acercándose
Al foco abrasador, del rico adorno
De sus puros colores despojándose,
Poco á poco en la luz se iban lanzando
Y unas tras otras en la luz quemándose;
Y un poco de humo fétido exhalando,
Polvo las mariposas se volvían,
Su sitio ante la luz á otras dejando.
Más bellas las abejas renacían
En la luz de la Fe, y las mariposas
Polvo en la luz del siglo se volvían.

¿Quién de aquestas dos luces misteriosas
La alegoría mística no advierte?
La miel de las abejas oficiosas,
Que en aroma á su luz la fe convierte,
Son *las obras* del hombre, que embalsaman
Su memoria triunfante de la muerte.
El polvo que de sí cuando se inflaman
Las mariposas sueltan, son *las horas*
Que en el siglo sin fruto se derraman.
Estériles así ó germinadoras
Son, sin fe, mariposas nuestras vidas
Y abejas con la fe trabajadoras;
Las almas naves á la mar partidas,
Ricas, seguras, con la fe vogando,
Con el siglo, sin lastre, sumergidas.
Todas de la *Razón* van arribando
Á la isla: en sus luces toman fuego
Y siguen á las costas navegando.
Yo, que ha ya siete lustros que navego
Por la existencia, á la *Razón* arribo
Y en su luz tomo de mi antorcha el fuego:
Y el escaso talento que recibo
Del Señor para el bien, constante abeja
Labrando mi panal, con fe cultivo.

Pienso que de mi fe duda no deja
En ningún corazón mi alegoría,
Pues mi alma en sus luces se refleja.
¿Qué es un poeta? Un ave en la sombría
Selva del mundo por su Dios lanzada
Para llenar sus senos de armonía:
Mas no para gorjear desatinada
Día y noche, la selva ensordeciendo,
Malgastando la voz que le fué dada
Para elevarla audaz sobre el estruendo
Mundanal, y con fe consoladora
La gloria de su Dios enalteciendo.
No al poeta se dió la voz sonora
Como engañosa voz á la sirena,
Ni como al cocodrilo voz traidora;
La del poeta el ánimo serena
Del hombre por la tierra peregrino:
Dulce y divina voz que le enajena,
La patria celestial de donde vino
Recordándole siempre y aliviando
La fatiga mortal de su camino.
¡Ay del poeta que, sin fe cantando,
Sólo murmullo efímero levanta
Como el agua y el aire susurrando!
¡Ay del poeta que su fe no canta
Y la gloria del pueblo en que ha nacido,
Enronqueciendo en vano su garganta!

¡Mariposa y no abeja!—Tal ha sido
La causa que, tenaz, de esta obra mía
En el asiduo afán me ha sostenido.
Cambia con mi *razón* mi poesía,
Y á *la luz de la fe* recapacito
Que he sido mariposa hasta este día.
Ha siete lustros que la tierra habito,
Ave insensata que en la selva trina
Con inútil gorjear, y necesito
Utilizar la inspiración divina
Que al poeta da Dios, el sacrosanto
Sino cumpliendo á que mi sér destina.
Y he aquí por qué cuando hoy mi voz levanto,
Cristiano y Español, con fe y sin miedo,
Canto mi religión, mi patria canto.
Con mi destino cumplo como puedo;
Y si sucumbo por llenarle, en suma,
Con Dios en paz y con mi patria quedo.

Ahora, Muriel, en alas de mi pluma
Volvamos al dintel de mi poema;
(Puesto que es fuerza que de tal presuma.)
En tanto, pues, que en la jornada extrema
Tocamos, ven conmigo hacia Granada,
Regio florón de la oriental diadema.

Ven de mi narración la no trillada
Senda siguiendo: al arabesco estilo
La encontrarás de flores alfombrada.
No es un camino real tirado al hilo
Derecho y espacioso, mas conduce
Por medio de un vergel al regio asilo
Del alcázar Muslim, y se introduce
Antes por bib-arrambla do las flores
Verás más bellas que el Genil produce.
Fátima la Zegrí, *perla* de amores,
Cual su nombre lo dice: la Azafía
Cándida como el suyo: la en albores
Extremada Jarifa: *albor del día,*
La dicha así por su beldad, Zoraya:
Zaida, que fuego en el mirar tenía:
La *espejo* de constantes Almeraya:
Zelinda, la orgullosa Alpujarreña:
Borina, prez de la murciana playa:
Zora, la voluptuosa Malagueña:
Zobeika, la rival de Sarracina:
Lindaraja, la ardiente Zahareña,
Y cuantas tuvo, de beldad divina
Prodigios humanados, nobles moras
La conquistada corte Granadina.
Hallarás en mi libro encantadoras
Leyendas, orientales fantasías,
Que más dulces tal vez te harán las horas,

En rimas pobres, pues al fin son mías,
Pero halagüeñas para aquel que aprecia
La Hispana gloria y los pasados días.
No encontrarás los númenes de Grecia
Invocados en él: genios distintos
Asisten á mis héroes en su recia
Caballeresca lid; bajo sus plintos
Los templos de la Cruz no dan ya paso
Á Venus ni á Plutón, ni en los recintos
De la Alhambra jamás trotó el Pegaso:
Que el rayo vivo de la Fe Cristiana
Cegó á las Musas y quemó el Parnaso.
Hallarás en mi libro, á la Africana
Usanza, algo excesiva galanura,
Pues fiel la lira con la acción se hermana
Y el tono que la da seguir procura:
Mas no el poema juzgues de la vaga
Leyenda de Al-hamar por la lectura.
Su narración fantástica divaga
Enfática y difusa á cada punto
Por su argumento celestial, que halaga
Tal vez, mas tal vez cansa; su conjunto
Ni en forma, ni en estilo da en efecto
De mi poema idea, aunque su asunto
Se encuentra al del poema tan afecto
Que, á faltar la leyenda, desmembrada
Su acción parecería é imperfecto

Su plan, como palacio sin portada.
Tal es mi obra. — Ahora penetremos,
Muriel, en el recinto de GRANADA.
¡Y ojalá que á sus términos extremos,
Como á risueño fin de alegre viaje,
Al compás de mi cántico lleguemos!
¡Y plegue á Dios que el bárbaro ropaje
De mi cuento Muslim vuelva con pompa
Manto imperial el albornoz salvaje!
¡Y plegue á Dios que, cuando el canto rompa,
Se me torne el laüd que me acompaña
La de homérico són épica trompa,
Que el eco lleve de mi voz á España.

III

INSPIRACIÓN

¡Cristiana inspiración, hija del cielo,
Que diste sér á mi canción primera,
De mi existencia en el placer y el duelo
Guía siempre lëal y compañera!
Tú que, al vestirme mi mortuorio velo,
Dirás conmigo mi oración postrera:
Tú que abrirás con el sepulcro al alma
De la tranquila eternidad la calma:

Tú que, al soplo de un aura perfumada,
Con mi espíritu errante has recorrido
los desiertos del África abrasada,
Pensil de palmas, de serpientes nido:
Y los cármenes frescos de Granada,
Edén para los Árabes perdido:
Y los talleres de Albión obscura:
Y de Paris la bacanal impura:

Tú que, perenne, con materna mano
Conservaste en mi alma por doquiera
De la Esperanza el incorrupto arcano
Y de la Fe la inextinguible hoguera:
Tú que, al cruzar el arenal mundano,
Has templado mi sed rabiosa y fiera
Aplicando á mis labios la ambrosía
Del cáliz de la dulce poesía;

No me abandones hoy que necesito
Purificar y esclarecer mi idëa,
Al fuego santo del fanal bendito
Do inflamó Dios tu inextinguible tea.
Hoy que anhelo una voz de eco infinito,
Que más que de mortal robusta sea,
Para enviar á la tierra en que vi el día
En alas de un cantar el alma mía.

¡Inspiración católica, más fuerte
Que los tres elementos destructores
De la envidia, del tiempo y de la muerte!
Ciñe mi sien y mi laüd de flores:
Mágico encanto en mis palabras vierte
Y, en brazos de los vientos voladores,
Del turbio Sena al pobre Manzanares
Lleva mi corazón en mis cantares.

Vuela y á España di que todavía
Sin ira y sin pavor mi voz resuena
Sobre el festín de la centuria impía,
Que á sus míseros hijos envenena
Brindándoles las copas de su orgía,
Que la revolución con sangre llena:
Dila que hasta que espire en mi garganta
Celebrará su gloria y su fe santa.

LEYENDA

DE

MUHAMAD AL-HAMAR EL NAZARITA

REY DE GRANADA

DIVIDIDA EN CINCO LIBROS



Libro de los Sueños.

INTRODUCCIÓN

En el nombre de Aláh clemente y sumo
Que da sombra á la noche, luz al día,
Voz á las aves y á las hierbas zumo:
Cuya suprema voluntad podría
Tornar de un soplo el universo en humo,
Y que atesora en mí su poesía,
Escrita os doy para su eterna gloria
Del príncipe Al-hamar la regia historia.

Bálsamo que disipa la amargura,
Luz del pesar sombrío ahuyentadora,
Es su sabrosa y celestial lectura
Risueña como fuente saltadora,
Grata como del campo la verdura,
Bella como la grana de la aurora,
Tierna cual de la tórtola las quejas,
Dulce como el panal de las abejas.

Destila de sus versos ambrosía
Su dulce narración maravillosa:
Exhala su fecunda poesía,
Grato como la esencia de la rosa,
Mágico són de incógnita armonía;
Y cual lluvia de Abril, que lenta posa
Sus gotas en la flor, vierte en el alma
Su amena relación plácida calma.

Encierra sus conceptos peregrinos
Misteriosa virtud y fuerza varia:
Aplacan el rigor de los destinos
Elevados á Aláh como plegaria:
Regalan á quien lee sueños divinos
Leídos en la alcoba solitaria,
Cuya influencia y compañía amiga
Calman del cuerpo la mortal fatiga.

No hay sér bajo el imperio de la luna
Que su lección sagrada no comprenda,
Ni Aláh produjo criatura alguna
Que no sienta placer con su leyenda.
El pez á quien abriga la laguna,
El ave que del árbol hace tienda,
La fiera que entre rocas se sepulta,
El reptil que en los céspedes se oculta:

Y en su colmena el zumbador insecto,
Y en su corteza el röedor gusano,
Y el árbol recio en su vigor perfecto,
Y el aire inquieto en su vagar liviano,
Y el sordo incendio en su humear infecto,
Y en su ciego furor el ocëano,
Prestan oído respetuoso y grato
Al armónico són de su relato.

Esculpido en las hojas de sus flores
Se guarda en el Edén por altos fines:
Y los justos en él habitadores,
Los ángeles que velan sus confines,
Las hurís que alimentan sus amores
Y los genios que pueblan sus jardines,
Gozan en descifrar sus caracteres
En la paz de sus místicos placeres.

Tal es la historia peregrina y bella
Que os doy en estas hojas extendida,
Para que el pasto y el deleite de ella
Os alivien las penas de la vida:
Pues la luz que en sus páginas destella
Despierta el alma á la virtud dormida,
Y eleva el corazón y el pensamiento
Á la pura región del firmamento.

Y aunque en idioma terrenal y humano
Para la humana comprensión la escribo,
De espíritu más alto y soberano
Su luminosa inspiración recibo.
Guía mi corazón, guía mi mano
Sér á quien dentro de mi sér percibo,
Y el genio ardiente que en mi pecho habita
La palabra me da que os doy escrita.

Leedla, pues; y el ámbar que perfuma
Del Paraíso la mansión divina,
Y el resplandor que de la esencia suma
Derramando los mundos ilumina,
Y el rumor que levantan con su pluma
Las alas de Gabriel cuando camina,
Embalsame y alumbre y dé contento
Á cuantos lean el divino cuento.

Nació Al-hamar y sonrió el destino
Contemplándole amigo: la fortuna,
Fijando un punto su inconstancia, vino
Amorosa á mecer su blanda cuna:
Y, el curso de su carro diamantino
Parando en el zenit, la casta luna
Tendió desde él con maternal cariño
Tierna mirada sobre el regio niño.

Del ángel que custodia su persona
Bajo las alas de perfume llenas,
Dió sus primeros pasos en Arjona
Sobre el tapiz fragante de azucenas
Que dan al pueblo natural corona,
Sus vegas en redor ciñendo amenas:
Y sin dolencia corporal alguna
Llegó á la juventud desde la cuna.

Ánimo noble y continente bello,
Porque inspirara afecto y simpatía,
Dióle el Señor. Espléndido destello
Puso en sus ojos de la luz del día:
La gracia de el del cisne dió á su cuello
Dió á su voz de las auras la armonía:
Dió á su talle lo esbelto de la palma,
Y el temple de los genios á su alma.

Dió el carmín de la aurora y de la nieve
La limpieza á su tez; dió á su cintura
La grave majestad con que se mueve
El león, y del corzo la soltura:
Del sabio á su palabra dió lo breve,
La paz del niño á su sonrisa pura,
Y al corazón sin miedo y sin codicia
La fe, la lealtad y la justicia.

Diestro en la lid, en el consejo sabio,
Seguro en la virtud, fuerte en la ciencia,
Modesto en la victoria, en el agravio
Perdonador y sobrio en la opulencia:
En la mano la dádiva, en el labio
El consuelo y la paz, de la violencia
Castigador, y hermoso en la persona,
Nació digno Al-hamar de la corona.

Chispa encendida de la fe en la hoguera
Su estrella fué. Su celestial influjo
En el erial de la vital carrera
Por luminosa senda le condujo.
La ventura tras él fué por doquiera,
Su presencia doquier el bien produjo;
Amigos y enemigos le admiraron
Y la historia y el tiempo le afamaron.

Luchas civiles de la gente mora
Le llamaron urgentes á la guerra,
Y lidió con honor desde la aurora
Hasta que en sombra se sumió la tierra.
Llevó al fin su bandera vencedora
Del verde valle á la nevada sierra:
Y de un día de Abril en la alborada
Aclamado por rey entró en Granada.

Pequeña población recién tendida
En el seno amenísimo de un valle,
Por donde Darro en sonorosa huída
Abre á sus hondas perfumada calle,
Era entonces Granada, y parecida
Á africana gentil de suelto talle,
Que fatigada en calurosa siesta
A la sombra durmióse en la floresta.

Y cuando digo población pequeña
Á la de hoy la imagino comparada:
Pues no era entonces cual después fué dueña
De dilatados términos Granada.
Bella ciudad de situación risueña
Y de bizarros Árabes poblada,
Era ciudad no grande, no opulenta,
Mas ya por su valor tenida en cuenta.

Á una orilla del Darro que mojaba
De sus labradas puertas los umbrales,
(Por bajo de la *cádima alcazaba*
Ceñida de murallas colosales)
Un barrio se extendía que habitaba
Raza de los egipcios arenales
Oriunda: gente audaz, de miedo ajena,
De negros ojos y de tez morena.

Tribu, como nacida en el desierto,
En sus gustos voluble y pareceres,
De este jardín á su escasez abierto
Doblemente apegada á los placeres.
Sus blancas azoteas eran huerto
Cuidado con afán por sus mujeres,
Y sombreaban sus altos miradores
Toldos fragantes de enredadas flores.

Gozaban de sabrosos alimentos,
Ocio oriental y cómodo vestido;
Cercaban sus alegres aposentos
Blandos cojines de sutil tejido:
Revestía sus limpios pavimentos
Mármol de Macäel blanco y pulido,
Los muros preciosísimo estucado
Y el friso trabajoso alicatado.

Sostenían los ricos arquitrabes
De sus claros moriscos corredores
Columnas ligerísimas. Sus naves
Adornaban arábigas labores,
Sutiles cual la pluma de las aves,
Tan brillantes como ella en sus colores;
Frutales desde el huerto á las ventanas
Alargando limones y manzanas.

Sus patios, que en albercas espaciosas
Reciben unas aguas cristalinas
Al cuerpo gratas y al beber sabrosas,
Pilas eran de baño alabastrinas,
Sembrado el borde de arrayán y rosas,
Donde las bellas moras granadinas
El seco ardor de la mitad del año
Ahuyentaban de sí con fresco baño.

Y en las serenas noches del estío,
A la luz misteriosa de la luna,
Al són del agua del plateado río,
Y al compás de una cántiga moruna
(Dulce recuerdo del país natío
Que no se olvida en la mejor fortuna),
Sentábanse á danzar en la ribera
La alegre *Zambra,* y la *Jeíz* ligera.

Tal fué la tribu y las mansiones tales
Que á una margen del Darro se extendían,
Mirándose en sus líquidos cristales
Á cuyo són los dueños se adormían:
Y tan gratas sus casas orientales
Eran, tal el contento en que vivían,
Que con justicia los que en él moraron
El *barrio del deleite* le llamaron.

La otra ribera del sonante río
Era una verde y desigual colina,
Cuya enramada falda daba umbrío
Y ancho tapiz al agua cristalina,
Y cuyo lomo, seco en el estío,
Fundamento á una torre casi en ruina,
Que sirviendo á dos términos de raya
Era alminar á un tiempo y atalaya.

Domínase en la cumbre de esta altura
La extensión de la vega granadina,
Rica alfombra de flores y verdura
Que tendió ante sus plantas la divina
Mano de Aláh: tesoro de frescura,
Manantial de salud y peregrina
Mansión de toda dicha, cuyas suaves
Auras encantan con su voz las aves.

Ven desde allí los ojos embebidos
Cien alegres y blancos lugarejos,
Que de palomas asemejan nidos
Entre las verdes huertas á lo lejos;
Y montes cien que, por el sol heridos,
Descomponen su luz con mil reflejos
Que lanza el agua y el metal que encierra
Pródiga madre su fecunda tierra.

Allí anidan al par todas las aves
Y se abren á la par todas las flores:
Con la rápida alondra águilas graves,
Con la murta el clavel de cien colores;
Se respiran allí cuantos las naves
De oriente traen balsámicos olores,
Y allí da el cielo deliciosas frutas,
Y encierran minas las silvestres grutas.

Allí, bajo aquel cielo transparente
Donde vieron su Edén los Africanos,
Hállase aún en idëal viviente
La mujer de contornos sobrehumanos,
De ojos de luz y corazón ardiente,
De enano pie y anacaradas manos,
Cuya generación guardarán solas
Las árabes provincias españolas.

Moran allí esas célicas huríes,
Que pintan las muslímicas leyendas
Reclinadas en frescos alhamíes,
Sobre lechos de azahar, bajo albas tiendas;
Cuyos labios de rosas y alelíes
Guardan, de ardiente amor sabrosas prendas,
Palabras que embelesan los oídos
Y besos que adormecen los sentidos.

Aquellas celestiales hermosuras
Que coloca el Korán en su divina
Fantástica mansión de las venturas,
Cuya mirada el iris ilumina,
Cuyo aliento desparce esencias puras,
Cuyo seno y espalda alabastrina,
Velando mal sus mágicos hechizos,
Negros circundan y flotantes rizos.

Vense del cerro aquel gigantes cimas
Que eternas cubren seculares nieves,
Donde por grietas mil sus hondas simas
Ríos destilan en arroyos breves:
Y allí, cosechas para dar opímas,
Refréscanse al pasar las auras leves,
Que bajan luego á fecundar la vega
De las fuentes al par con que se riega.

Vese también por el siniestro lado
El valle de Genil, cuyos raudales
Bañan la verde amenidad de un prado
Cubierto de avellanos y nopales.
Gózase allí de un aire perfumado
Con el subido olor de los frutales,
Del cantueso, tomillo y mejorana,
Que el aura mueve al revolar liviana.

Y entre este barrio de delicias lleno
Y esta florida y desigual colina,
Se extiende el valle cuyo fértil seno
Fecunda el Darro que por él camina:
Y es el lugar más grato y más ameno,
La situación más bella y peregrina
De cuantos ríos fertiliza y baña
En la extensión de nuestra rica España.

Aquí, pues, á la margen de este río,
En la aromada falda de esta altura,
En una noche límpida de estío,
Y al són del agua que á sus pies murmura,
Arrobado en extraño desvarío
La alameda cruzaba á la ventura
Al-hamar, que en paseo misterioso
Olvidaba las horas del reposo.

Único sér con movimiento y vida
En la nocturna soledad errando,
Sin que la tierra por su pie oprimida
Crujir se oyera con el césped blando
De que la tierra inculta está mullida,
Algún insomne le juzgó temblando
Alma que torna á visitar la huesa
Del cuerpo en cuya cárcel vivió presa.

Flotaba suelto el alquicel nevado,
Blanqueaba del turbante el albo lino,
Y relucía en piedras engastado
El puño del alfanje damasquino:
Y este blanquear y relucir callado,
Á intervalos oculto del camino
Entre los troncos que al pasar cruzaba,
Faz de visión á su persona daba.

Y tal avanza silenciosa y lenta
Del solitario valle en la espesura,
Y al verla calla el ruiseñor que cuenta
Sus amores al aura, y á la hondura
Del río se desliza soñolienta
La culebra enroscada en la verdura,
Y el vuelo tiende á la contraria orilla
Espantada la tímida abubilla.

En tanto el noble príncipe, sumido
En el mar de sus propios pensamientos,
Ni atiende al ave que ahuyentó del nido,
Ni al reptil que saltó, ni á los acentos
Que el ruiseñor ahogó: y embebecido
Continúa avanzando á pasos lentos,
Hasta perderse en la arboleda obscura
Que se espesa del valle en la angostura.

Formaba esta recóndita arboleda
Un extendido bosque de avellanos,
Guardador de una espesa moraleda
Donde sus utilísimos gusanos
Daban por fruto delicada seda,
Que labrada después por diestras manos
Iba en preciosas telas y tejidos
A todos los mercados conocidos.

Brotaba una sonora fuentecilla
En medio de esta fértil enramada,
Vertiendo sus cristales por la orilla
De tilos aromáticos orlada.
Hallábase en redor, con maravilla
De los ojos, la tierra cultivada,
Y (obra admirable de cuidosas manos)
Hechos jardín los céspedes villanos.

Corría allí suavísimo el ambiente
Cargado con la esencia de mil flores,
Y al respirarle huían de la mente
Los pensamientos tristes, sinsabores
Y duelos ahuyentando; y la corriente
Del manantial remedio á los dolores
Era del cuerpo débil, cuyos males
Cedían al beber de sus raudales.

Lugar divino en la región humana
Colocado era aquél: retiro augusto
De algún Genio de estirpe soberana
Que el sacro Edén abandonó por gusto:
Destierro acaso de una hurí que vana
Apreció su beldad más que fué justo:
Cita acaso de un Silfo en sus amores:
Lecho tal vez del Angel de las flores.

Allí á Al-hamar inspiración secreta
Á hallar condujo solitario asilo,
Y allí, al mirarse en soledad completa,
Irguió la frente y respiró tranquilo:
Y á la sombra y al són que esparce inquieta
La extensa copa de oloroso tilo,
Sentóse alzando la real mirada
Al cielo azul de su gentil Granada.

Y allí á sus hondos sentimientos dando
Pábulo y campo en la mansión del pecho,
Con la influencia del lugar hallando
Á ellos el corazón menos estrecho,
Poco á poco la espalda reclinando
Fué de la hierba en el mullido lecho,
Y poco á poco deleitosa calma
Le aquietó el corazón, le arrobó el alma.

El canto de las aves anidadas
En el ramaje fresco, el campesino
Aroma de las hojas, oreadas
Con manso són por el errante y fino
Aliento de las brisas perfumadas,
Y el suave arrullo del raudal vecino,
Daban al sitio en que Al-hamar yacía
Célica paz y mágica armonía.

Ansiaba el rey grandeza venidera,
Gloria, poder, celebridad futura:
Ansiaba que su corte la primera
Fuese en valor, en lustre y en cultura:
Ansiaba darla fama duradera
Con prodigios de rica arquitectura:
Mas veía al par escaso su tesoro
Para hacer realidad sus sueños de oro.

Gozaba su exaltada fantasía
Con la bella ilusión de sus intentos:
Sus soberbios alcázares veía
Llenar la tierra y dominar los vientos:
Admiraba la gala y simetría
Que daba á sus labrados aposentos,
Y en sus doradas letras africanas
Leía ya las suras musulmanas.

Pensaba en las mil torres de los muros
Que á su noble ciudad dieran confines,
Fuerza rëal y límites seguros:
Pensaba en la extensión de sus jardines,
Asilos del deleite, y en los puros
Baños, y en los ocultos camarines
Del voluptuoso Harén de las mujeres,
Santuario del amor y los placeres.

Y embebecido en pensamientos tales,
Y embriagado tal vez con la esperanza
De hacer un día sus proyectos reales,
Si la fortuna amiga en la balanza
Su ambición y poder ponía iguales
Guiando el porvenir siempre en bonanza,
No percibió el dulcísimo beleño
Que iba en sus miembros derramando el sueño.

Poco á poco sus párpados cedieron
Á lenta pesadez, y sus pupilas
La claridad y la visión perdieron;
De los árboles mil las verdes filas,
De las aves y fuentes se le fueron
Borrando las imágenes tranquilas:
Y su imaginación quedando en calma,
De la vigilia al sueño pasó el alma.

Dos veces intentó los ojos vagos
Echar en rededor y á los sonidos
Atender, para alzarse haciendo amagos;
Pero cedieron otra vez rendidos
Sus párpados y miembros: anchos lagos
De sombra cada vez más extendidos
Envolvieron su inquieta fantasía,
Y un instante después..... el rey dormía.

En calma universal, en paz completa
Quedó el frondoso valle, y la vecina
Corriente del arroyo y la aura inquieta
Le arrullaron con suave y campesina
Música. — Y en tal cláusula el poeta
Interrumpe su historia peregrina,
De agua y aire los sones halagüeños
Poniendo fin al LIBRO DE LOS SUEÑOS.

Libro de las Perlas.

En el sagrado nombre del que en el orbe impera
Oculto del espacio tras la cortina azul,
Que arregla de los astros la incógnita carrera,
Señor de las tinieblas, origen de la luz,
Del Libro de las Perlas comienzo la escritura
En verso claro y fácil á comprensión común.
Leed; ¡y plegue al cielo que os sea su lectura
Raudal de fe sincera, venero de salud!

¡Oh genios invisibles, que erráis en las tinieblas
En grupos impalpables, sobre alas sin color!
Vosotros, leves hijos del aire y de las nieblas,
Que amigos de las sombras aborrecéis al sol:
Vosotros cuya ciencia comprende los mil ruidos
Que pueblan el espacio con misterioso són,
Y comprendéis los cantos, murmullos y gemidos,
Con que susurra el árbol y canta el ruiseñor:

Vosotros, que asaltando con silencioso vuelo
Los áureos miradores del desvelado rey,
Llenáis de miedos vagos sus horas de desvelo
Con los siniestros ruidos que á su cristal hacéis;
Vosotros, que á la reja del camarín estrecho
Do la cautiva sueña con su perdido bien,
Con vuestro aliento puro enviáis hasta su lecho
Mil bellas ilusiones de amor y de placer:

Vosotros, favoritos del genio y la armonía,
Que á par de las abejas saltáis de flor en flor,
La gota estremeciendo titiladora y fría
Con que el rocío baña su virginal botón:
De vuestra poesía verted en mí el tesoro:
Lo armónico prestadme de vuestra vaga voz,
Porque mi mano pueda sacar del arpa de oro
Las cláusulas que dignas de mi relato son.

Cercadme, sostenedme con vuestro influjo santo
En la divina empresa que audaz acometí.
¡Oh genios de la noche! divinizad mi canto,
Y el libro de las Perlas guiad hasta su fin.

Guiad en él mi pluma,
Iluminad mi mente,
Y á la belleza suma
De asunto tan gentil

Haced que el pensamiento
Se eleve noblemente,
Y llegue al firmamento
Mi acento varonil.

Yo trazo aquí el relato
De tan divina historia,
Yo pinto aquí el retrato
De tan divino sér,
Que la palabra humana,
Ni la mortal memoria
Querrán con ansia vana
Contar y comprender.

Mi historia es tanto bella
Cuanto la lumbre vaga
De solitaria estrella
En recio temporal:
Cual la canción doliente
Que caprichosa maga
Murmura de una fuente
Bajo el fugaz cristal.

No hay lengua que la cuente
Ni mano que la trace.
El cuadro en vuestra mente
Fingid más ideal,

El tono que á vuestra alma
Más predilecto place
Dadle, y la luz, la calma
Que falta al mundo real.

Encima figuraos
De secular colina,
Cuando el nocturno caos
Platea el resplandor
De la modesta luna,
Que, amante, sin fortuna,
Eterna peregrina
Del sol tras el amor.

Fingíos una extensa
Riquísima llanura
Cubierta de verdura,
Y de caprichos mil
Llenadla: figuráosla
En la estación viciosa
Que abrir hace á la rosa
Su pétalo gentil.

El céfiro de aromas
Cargado nos orea
La faz: brotan las lomas
Con juvenil vigor

Mil hierbas, con que el viento
Inquieto juguetea
Con manso movimiento
Y lánguido rumor.

Fingíos una vega,
Que parte en cien pedazos
De un río que la riega
El líquido cristal,
Que caprichoso extiende
Los transparentes brazos
Doquier que el cauce tiende
Su lecho desigual:

Fingíos esta vega,
Cuya cubierta verde
Al horizonte llega
Y en su extensión se pierde,
Poblada de castillos,
De caprichosas ruinas,
De alegres lugarcillos,
De chozas campesinas;

De huertos pintorescos,
De arroyos cristalinos,
De bosquecillos frescos,
De móviles molinos,

De blancos palomares,
Rebaños y yeguadas,
Bodegas, colmenares,
Establos y toradas:

Fingid que en ella alcanza
La vista por doquiera
La campesina danza,
Á que en tranquila holganza
Y en amistad sincera,
Tras del trabajo ociosa
Se entrega bulliciosa
La alegre multitud:

Fingid este relato
Oído al són sencillo
(Mas cual ninguno grato)
Del tosco caramillo,
Y al trémulo y quejoso
Balar del cabritillo,
Y al canto trabajoso
Del soterrado grillo:

Fingíos que, lejana,
Del monasterio antiguo
Doblando la campana
Con su clamor despierta

Al perro, que está alerta
En el redil contiguo
Y en demostrar se afana
Ladrando su inquietud:

Y atento el ojo tiende
Al campanario viejo
De donde el són se extiende;
Y ve el móvil reflejo
Del esquilón, que gira,
Y el resplandor le admira
Del bronce que repele
Los rayos de la luz:

Fingíos este suelo
Tan bello coronado
Con un hermoso cielo
De transparente azul,
En cuyo fondo puro,
Quebrando el horizonte,
Sobre el perfil obscuro
Del apartado monte,
Por cima del convento
Mansión de la virtud,
Pomposas, salutíferas, inmarcesibles ramas
Del árbol sacrosanto de la eternal salud,
Destácanse en el campo del limpio firmamento
Los dos abiertos brazos de la cristiana Cruz.

¿Tenéis en la memoria
Tan mágica pintura?
¿Miráis esta llanura
Tan bella cual mi pluma pintárosla intentó?
Pues es más halagüeña,
Más plácida y risueña
La celestial historia
Que en este libro frágil os voy á contar yo.

El Libro de las Perlas
Encierra en sus conceptos
La historia y los secretos
De un Ángel favorito de su inmortal Señor.
Venid á recogerlas:
Que Dios, que el Paraíso
Por cuna darle quiso,
Dió á par á sus palabras de perlas el valor.

De perlas elegidas
En las de más pureza,
Más precio y más belleza:
Las *perlas de la Gracia*, las *perlas de la Fe:*
Las perlas que, vertidas
Por su divina mano,
Harán del sér humano
Que recogerlas sepa un ángel como él fué.

Todo en silencio duerme
En la arboleda umbrosa
Donde Al-hamar reposa:
En calma universal
Yacer parece inerme
Naturaleza entera,
Cual si á sopor cediera
De atmósfera letal.

La cuádriga argentina
Del carro de la luna
Su curso al mar declina:
Y de su carro en pos,
Sombría, taciturna,
Su negro velo tiende
La lobreguez nocturna
Ante la luz de Dios.

La escasa y vacilante
Que radian las estrellas
Da apenas espirante
Su postrimer fulgor:
Reflejo moribundo,
Que cuando espire en ellas
Hará del ciego mundo
Un bulto sin color.

Ya lo es. Doquier se carga
De espesa sombra, y queda
Sumida la arboleda
En densa obscuridad.
Indefinible encanto
Doquier la vida embarga;
Exhala pavor santo
La muda soledad.

Y he aquí que en este punto,
Del fondo de la fuente
Que arrulla mansamente
El sueño de Al-hamar,
La faz resplandeciente
De un Genio, que ilumina
La linfa cristalina,
Se comenzó á elevar.

Tocó en el haz del agua
Su cabellera blonda:
Quebró la frágil onda
Su frente virginal:
Dejó el agua mil hebras
Entre sus rizos rotas,
Y á unirse volvió en gotas
Al limpio manantial.

Como vapor ligero
Del lago se levanta:
Cual de aromosa planta
Exhálase el olor:
Cual del albor primero
Del día que amanece
Fantástico aparece
El vago resplandor.

Del agua cristalina
Así elevó serena
Su aparición divina
El Genio celestial,
Cuyo contorno aéreo
Rodea alba aureola
Que el valle tornasola
Con luz matutinal.

Al fuego repentino
Que en torno á sí derrama,
Soltó su alegre trino
Despierto el ruiseñor:
Su voz de rama en rama
Las auras extendieron,
Y en cánticos rompieron
Mil aves en redor.

Dió un paso en la pradera,
Y al agitar el viento
Su rica cabellera,
El aire se aromó;
Dejó escapar su aliento,
Y cuanto allí vivía
Su aliento de ambrosía
Con ansia respiró.

Y entonces la callada
Blanca visión llegando,
Donde por sueño blando
Vencido está Al-hamar,
Los céspedes por lecho,
La mano perfumada
Le puso sobre el pecho,
Y así le empezó á hablar:

«Ilustre y venturoso
Caudillo Nazarita,
Tu místico reposo
Bendice al despertar.
Tu espíritu, que lucha
Con mi visión, se agita
Medroso en vano: escucha
Mi voz, rey Al-hamar.

»Mi voz es la armonía
Cuando habla á un sér amigo
De Dios, y es lo que digo
Más dulce que la miel:
Mi origen es el cielo,
Mi edad es la del día,
Mi esencia es el consuelo,
Mi nombre es Azäel.

»Yo soy un ángel y era
El ángel más perfecto,
El sér más predilecto
Del sabio Criador.
Moraba yo en la esfera
Más alta y más vecina
Á la mansión divina
De mi inmortal Señor.

»Un día..... ¡día aciago!
Cruzóme fugitivo
La mente loca un vago
Delirio criminal:
Pensé, mirando altivo
Mi esencia y mi hermosura,
Que no era criatura
A las demás igual.

»Imaginé que origen
Más puro y soberano
Me pudo dar la mano
Del Hacedor tal vez:
Mas ¡ay! los que su mente
Por su altivez dirigen,
Verán cuán torpemente
Soñó su insensatez.

»Apenas un momento
Tan orgullosa idea
Brotó en mi pensamiento
Y en él lugar la di,
Tiniebla inesperada
Cegó mi mente rea,
Y ante la faz airada
Del Criador me vi.

»Desnudo ante la vista
Del Dios que le llamaba,
Como arrancada arista
Mi sér se estremeció;
La luz de su presencia
Mi nada iluminaba:
Juzgóme, y su sentencia
Así me fulminó:

«Tres siglos es preciso
»Que llores por tu yerro:
»Sal, pues, del Paraíso:
»El globo terrenal
»Te doy para destierro:
»Tus nobles atributos
»Te dejo: nobles frutos
»De tu hálito inmortal.

»Que broten de tus lágrimas
»En el lugar que mores
»El germen de las flores
»Y el manantial del bien.
»Sé allí su luz vivífica,
»Sé tú su astro benigno,
»Y vuelve al Cielo digno
»Del celestial Edén.»

»Dijo: y tendí mi vuelo
Llorando hacia la tierra:
Caí sobre este suelo,
Y en este manantial
Do tengo mi retiro
Mi espíritu se encierra;
Yo soy el que suspiro
De noche en su raudal.

»Yo soy el que velando
En esta margen bella
Pródigo vierto en ella
La vida y la salud.
Tú en ella sin respiro
Me vienes estrechando,
Y yo la fe te inspiro,
La ciencia y la virtud.

»Tú luchas por la gloria
De tu falaz creencia,
Y espléndida existencia
Preparas á tu grey:
Y yo que sé tu historia,
Tu origen y tu sino,
Arreglo tu destino
Por misteriosa ley.

»Sí, tú eres una espada
Que blande ajena mano:
Tú á impulso soberano
Obedeciendo vas:
Tú siembras la simiente
Que encuentras apilada:
Mas siembras diligente
Para quien va detrás.

» De aquí me desalojas
Cuando estos sitios pueblas,
De aquí conmigo arrojas
La gracia y el pudor:
Mas yo vi en las tinieblas
Resplandecer tus ojos,
Te conocí, y de hinojos
Di gracias al Señor.

» Su vista rutilante,
Que el universo abarca,
Posada en tu semblante
Desde tu cuna está:
Y el dedo omnipotente
Sobre tu noble frente
Grabó la regia marca
Que á conocer te da.

» Naciste favorito
Del genio y de la gloria;
Tu nombre es la victoria,
Tu voluntad ley es.
Tu tiempo es infinito,
Tus huellas indelebles;
Los montes son endebles
Debajo de tus pies.

»¿Tú anhelas un tesoro?
Mis lágrimas son perlas:
El Darro te trae oro:
Plata te da el Genil:
Cien minas en tu suelo
Posees: despierta á verlas,
Y haz de este valle un cielo
Para tu grey gentil.

»Encumbra este hemisferio
Con el poder de Oriente.....
Yo en él haré á otra gente
Plantar su pabellón.
Yo te daré un imperio,
Mas tú para pagarme
Tendrás al fin que darme
Tu fe y tu corazón.

»Adiós ¡oh Nazarita!
Mi aparición recuerda
Cuando el pesar te muerda
Con aguijón de hiel:
No olvides en tu cuita
Que abrió sobre este suelo
La fuente del consuelo
El ángel Azäel.»

Tal dijo: y el divino
Sér misterioso alzando
La mano que posando
Tenía en Al-hamar,
Al fondo cristalino
Volvióse de la fuente,
Que su cristal bullente
Sobre él volvió á cerrar.

El ámbar que exhalaba
Su aliento de ambrosía,
La luz que derramaba
Su forma, la armonía
De que su voz llenaba
La selva, y el encanto
Con que su influjo santo
Divinizó el vergel,

Como neblina leve
Que desvanece el aura
Al punto que se mueve,
Se disipó con él:
Dudar pudiendo en suma
La mente deslumbrada
Si fué visión soñada
El ángel Azäel.

Tornó á la antigua calma
Y soledad primera
El bosque y la pradera:
Y el príncipe Al-hamar,
Sintiendo libre el alma
Del fatigoso ensueño,
De su tenaz beleño
Se comenzó á librar.

Su mente obscurecida
Se iluminó: la historia
Del sueño en su memoria
Se comenzó á aclarar;
Y al fin, el cuerpo suelto
De su sopor y vuelto
Á la razón y vida,
Se despertó Al-hamar.

La vista echando en torno
Del sitio solitario,
Reconoció el contorno;
Mas como al ángel no,
Sonrisa de desdeño
Mostrando el juicio vario
Que forma de su sueño,
En la ciudad pensó.

Pensó que de ella ausente
Pasó la noche entera:
Pensó en su inquieta gente
Y se aprestó á partir,
Mirando tras el monte
Rayar la luz primera
Del sol, que al horizonte
Comienza ya á subir.

Compuso en la cintúra
La faja tunecina;
La suelta capellina
Sobre la espalda echó,
Y el aura respirando
Del bosque y la frescura
Del alba, el césped blando
Con leve planta holló.

Dió un paso en la pradera,
Y alzando repentina
La brisa matutina
Su vuelo en el verjel,
Como una mies ligera
Dobló el ramaje umbrío,
Y sacudió el rocío
Depositado en él.

Surcaron desprendidas
Sus gotas el ambiente,
Cual lluvia transparente,
Espesa, universal:
El aire deshacerlas
No pudo, y esparcidas
Quedaron como perlas
Sobre la hierba igual.

Ráfaga, empero, errante
La brisa fué: su impulso,
Durante un solo instante,
Sin fuerzas espiró.
Irguióse la arboleda
Con rápido repulso,
Y todo al punto á leda
Tranquilidad volvió.

Vertió desde la cumbre
Del monte al hora misma
El sol su nueva lumbre:
Deshizo su arrebol
La atmósfera en su prisma
De múltiples colores,
Y abriéronse las flores
A recibir al sol.

Debajo de la tienda
De sus plegadas hojas,
Las clavellinas rojas,
Los rojos alhelís
Mostráronle con franca
Exposición su ofrenda
En otra perla blanca
Cercada de rubís.

Detuvo la indecisa
Planta Al-hamar: su labio
Bañó dulce sonrisa
Su sueño al recordar,
É incrédulo, si sabio,
Juzgándolo quimera,
Tornó por la ladera
El paso á enderezar.

Y por mostrar desprecio
De sueños infundados,
Los céspedes mojados
Pisaba sin temor,
Con indignado y recio
Paso, truncando altivo
El tallo inofensivo
De una y otra flor.

Mas pronto perturbado
Su corazón de nuevo
Latió desconcertado,
Y comenzó á creer
La aparición soñada
Del celestial mancebo
Inspiración enviada
Por celestial poder.

De cada flor que rota
Derriba, ve que intacta
La desprendida gota
Resbala, y sin perder
Su redondez compacta,
En la mullida hierba
Entera se conserva,
Maciza al parecer.

Tendió la regia mano
A la que más vecina
Halló; mas al cogerla
Reconoció Al-hamar
Su sino sobrehumano:
La gota cristalina
Era una gruesa perla,
Cual nunca las dió el mar.

Su limpia transparencia,
Su peso, su tamaño,
Su origen, tan extraño
Á cuanto oído fué,
Aclaman infinita
En número, inaudita
En precio la opulencia
Del rey que las posée.

No tiene en las ignotas
Minas que avara encierra
Tesoro igual la tierra
Ni en piedra, ni en metal:
Cada una de las gotas
Del celestial rocío
De plata vale un río
En precio á un reino igual.

¡Bendito el que tesoro
Tal poseer le cabe!
¡Bendito el que le sabe
Empleo digno dar!
¡Dichoso el Nazarita
Amir del pueblo moro,
En quien está bendita
La estirpe de Nazar!

Cayó Al-hamar de hinojos,
Y alzando al firmamento
Las manos y los ojos,
Con exaltada fe,
«Señor, dijo, yo admito
Un dón tan opulento,
Y á dón tan infinito
Corresponder sabré.»

Y así Al-hamar diciendo,
Y el dón agradeciendo
Que liberal le envía
La mano del Señor,
Las perlas recogía.....
Y acaba al recogerlas
El libro de las perlas.
De Aláh sea en loor!

Libro de los Alcázares.

¡Granada! Ciudad bendita
Reclinada sobre flores,
Quien no ha visto tus primores
Ni vió luz, ni gozó bien.
Quien ha orado en tu mezquita
Y habitado tus palacios,
Visitado ha los espacios
Encantados del Edén.

Paraíso de la tierra,
Cuyos mágicos jardines
Con sus manos de jazmines
Cultivó celeste hurí,
La salud en ti se encierra,
En ti mora la alegría,
En tus sierras nace el día,
Y arde el sol de amor por ti.

Tus fructíferas colinas,
Que son nidos de palomas,
Embalsaman los aromas
De un florido eterno Abril:
De tus fuentes cristalinas
Surcan cisnes los raudales:
Bajan águilas rëales
Á bañarse en tu Genil.

Gayas aves entretienen
Con sus trinos y sus quejas
El afán de las abejas
Que en tus troncos labran miel:
Y en tus sauces se detienen
Las cansadas golondrinas
Á las playas argelinas
Cuando emigran en tropel.

En ti como en un espejo
Se mira el profeta santo:
La luna envidia el encanto
Que hay en tu dormida faz:
Y al mirarte á su reflejo
El arcángel que la guía,
Un casto beso te envía
Diciéndote: — «Duerme en paz.»

El albor de la mañana
Se esclarece en tu sonrisa,
Y en tus valles va la brisa
De la aurora á reposar.
¡Oh Granada, la sultana
Del deleite y la ventura!
Quien no ha visto tu hermosura
Al nacer debió cegar.

¡Aláh salve al Nazarita,
Que derrama sus tesoros
Para hacerte de los Moros
El alcázar imperial!
¡Aláh salve al rey que habita
Los palacios que en ti eleva!
¡Aláh salve al rey que lleva
Tu destino á gloria tal!

Las entrañas de tu sierra
Se socavan noche y día;
Dan su mármol á porfía
Geb-Elvira y Macaël;
Ensordécese la tierra
Con el són de los martillos,
Y aparecen tus castillos,
Maravillas del cincel.

Ni un momento de reposo
Se concede: palmo á palmo,
Como á impulso de un ensalmo,
Se levanta por doquier
El alcázar portentoso
Que, mofándose del viento,
Será eterno monumento
De tu ciencia y tu poder.

Reverbera su techumbre
Por las noches, á lo lejos,
De las teas á la lumbre
Que iluminan sin cesar
Los trabajos misteriosos,
Y á sus cárdenos reflejos
Van los Genios sus preciosos
Aposentos á labrar.

¿De quién es ese palacio
Sostenido en mil pilares,
Cuyas torres y alminares
De inmortales obras son?
¿Quién habita el regio espacio
De sus cámaras abiertas?
¿Quién grabó sobre sus puertas
Atrevido su blasón?

¿De quién es aquella corte
De galanes Africanos
Que le cruzan tan ufanos
De su noble Amir en pos?
En su alcázar y en su porte
Bien se lee su nombre escrito:
Al-hamar. — ¡Aláh bendito,
Es la ALHAMBRA!—¡Gloria á Dios!

ALHAMBRA

¡Salud, favorita bella
Del Amir más poderoso!
¡Salud, tienda de reposo
De la gloria y el placer!
¡Vele Dios tu buena estrella,
Dichosísima señora!
¿Quién de ti no se enamora
Si una vez te llega á ver?

Al-hamar vertió en tu seno
De sus perlas los tesoros,
Te hizo perla de los Moros,
Puso reinos á tus pies.
Noble Reina, de labores
Tu real manto arrastras lleno,
Y cada una de sus flores
Un soberbio alcázar es.

Hermosísima Africana,
Ríe y danza voluptuosa:
Tu albo seno es una rosa
En lo fresco y lo gentil.
Regocíjate, Sultana,
Ríe y danza sin pesares,
Que el compás de tus danzares
Llevarán Darro y Genil.

Ríe y danza: ¿quién descuella
Como tú en poder y gala?
¿Quién compite, quién iguala
Tu opulenta majestad?
Donde tú sientas la huella
Van sembrando los amores
La semilla de las flores
Que perfuman tu beldad.

¿Dónde está la altiva reina
Que á la par de ti se ostente?
¿Dónde está la que su frente
Se corone como tú?
Son jardines tus cabellos,
Que aromado el viento peina
Cuando Mayo prende en ellos
Tocas de verde tisú.

Diadema con que se ciñe
Tu Granada, son tus brillos
Del color en que se tiñe
Roja el alba al purpurar;
Tus diamantes son palacios
Engastados en cintillos
De murallas de topacios,
Que deslumbran el mirar.

Y esas bóvedas ligeras
Cual prendidos cortinajes,
Y esos muros como encajes,
Delicados en labor,
De las manos hechiceras
De los Genios han salido,
Que en secreto ha sometido
Á su dueño el Criador.

¡Regia Alhambra! ¡Aureo pebete,
Perfumero de Sultanas!
Tus arábigas ventanas
Son las puertas de la luz.
El Oriente se somete
Á tus pies como un cautivo,
Y hace bien de estar altivo
De tenerte el Andaluz.

GENERALIFE

Y GRANADA Á VISTA DE PÁJARO

Entre lirios mal velado
El galán Generalife
Da al ambiente enamorado
Dulces besos para ti;
Como Ondina que ligera
Huyendo desde su esquife,
Vuelto el rostro á la ribera,
Se los da á quien queda allí.

¿Qué Sultán su alcázar tiene
De jardines enramado,
De una peña así colgado
En mitad del aire azul?
Con los siervos que mantiene
El del Bósforo sonoro
No hará nunca á fuerza de oro
Otro igual en Estambul.

Del peñón en la alta loma
Semejando está que vuela,
Como rápida paloma
Que se lanza de un ciprés:
Mas si el ojo se asegura
De que inmoble está en la altura,
Le parece una gacela
Recostada entre una miés.

Sus calados peristilos,
Sus dorados camarines,
Sus balsámicos jardines
De salubre aire vital,
De los Silfos son asilos,
Que, meciéndose en sus flores,
Cantan libres sus amores
En su lengua celestial.

Y en las noches azuladas
Del verano, oculta cita
Trae amantes á las Hadas
Sus caricias á gozar:
Y al rayar el alba hermosa
Que interrumpe su visita,
En sus alas de oro y rosa
Tornan vuelo á levantar.

Atalaya de Granada,
Alminar de excelsa altura
De la atmósfera más pura
Colocado en la región:
¿Qué no ven de cuanto agrada
Tus ventanas por sus ojos?
¿Qué se niega á los antojos
Del que asoma á tu balcón?

Junto á ti los Alijares
Ataviados á lo moro
En el río de aguas de oro
Ven su gala y brillantez;
Más allá, sobre pilares
De alabastro, *Darlaroca*
Con su frente al cielo toca,
Que la sufre su altivez.

Á su par los frescos baños
De las Reinas granadinas,
Cuyas aguas cristalinas
Se perfuman con azahar
Y se entoldan con las plumas
De mil pájaros extraños,
Que se van con grandes sumas
A las Indias á comprar.

A tu izquierda el montecillo
Cuyo pie Genil evita,
Reflejando en sí la Ermita
De los siervos de la Cruz:
Á tu diestra el real castillo
Sobre el cual voltea inquieta
La simbólica veleta
Del bizarro Aben-Abuz.

Más allá los cerros altos
(Cuyo nombre y cuya historia
Dejarán dulce memoria)
Del Padul y de Alhendín:
Y allá más los grandes saltos
De las aguas de la sierra,
Cuya eterna nieve cierra
De tus reinos el confín.

Á tus pies Torres-Bermejas
Con sus cubos pintorescos,
Que avanzadas y parejas
Aseguran tu quietud:
Y bajo ellas, el espacio
Respetando del palacio
De su rey, los valles frescos
Donde habita la salud.

¡Oh pensil de los hechizos,
Bien amado de la luna!
¿Qué echa menos tu fortuna
En la gloria en que te ves?
Abre, avaro, antojadizos
Tus moriscos ajimeces,
Y ve qué es lo que apeteces
Con Granada ante tus pies.

De tu vista caprichosa
¿Qué no alcanzan los deseos?
Sus mezquitas, sus paseos,
Su opulento Zacatín,
Su bib-rambla bulliciosa
Con sus cañas y sus toros:
De valor y amor tesoros
Albunést y el Albaicín:

Sus colmados alhoriles,
Sus alhóndigas rëales,
Sus sagrados hospitales,
Regias obras de Al-hamar,
Todo está bajo tu sombra
¡Oh florón de los pensiles!
De tus plantas siendo alfombra
Y encantándote el mirar.

¡Oh palacio de la zambra,
Camarín de los festines,
Alto rey de los jardines,
De aguas vivas saltador,
Real hermano de la Alhambra,
Pabellón de auras süaves,
Favorito de las aves,
Y del alba mirador:

De los pájaros el trino,
De las auras el arrullo,
De las fiestas el murmullo
Y del agua el manso són,
Dan al ámbito divino
De tu alcázar noche y día
Una incógnita armonía
Que embelesa el corazón!

Encantado laberinto
Consagrado á los placeres,
Tú escalón del cielo eres,
Tú portada del Edén.
En tu mágico recinto
Escribió el amor su historia,
Y á los justos en la gloria
Las huríes se la léen.

AL-HAMAR EN SUS ALCÁZARES

Liberal de sus erarios,
Protector del desvalido,
Fiel, lëal para el vencido
Y del sabio amparador:
Por amigos y contrarios
Estimado en paz y en guerra,
Es la egida de su tierra
Al-hamar el vencedor.

En la paz, rey justiciero,
Oye atento en sus audiencias
Y da recto sus sentencias
Por las leyes del Korán.
En la guerra, compañero
Del soldado, buen guerrero,
Por valiente va el primero
Como va por capitán.

Ostentosa en aparato,
Costosísima en su porte,
Á los ojos de su corte
Muestra su alta dignidad:
Pero al dar con tal boato
Real decoro á la corona,
Niega sobrio á su persona
Lo que da á su majestad.

No dejado, mas modesto
En su gala y vestidura,
Da á su cuerpo limpia holgura
Y elegante sencillez:
Y recibe á su presencia,
Dondequiera al bien dispuesto,
Con cordial benevolencia
Al dolor y á la honradez.

Franco, afable, igual, sencillo
En su vida y ley privada,
En su pecho está hospedada
La leal cordialidad;
Y depuesto el regio brillo,
Los amigos de su infancia
En el fondo de su estancia
Hallan siempre su amistad.

Sus más fieros enemigos
Los Amires castellanos
Le visitan cortesanos
Y le piden protección:
Y él les trata como á amigos,
Con sus nobles les iguala,
Les festeja y les regala
Sin doblez de corazón.

Moderado en sus placeres
Cual frugal en sus festines,
Da opulento á sus mujeres
Mesa opípara en su harén;
Pero no entra en sus jardines
Tierno amante ó fiel esposo
Hasta la hora del reposo,
Como á un Príncipe está bien.

El Korán cuatro sultanas
Le permite, y como tales
En sus Cámaras rëales
Alojadas cuatro están.
Á las cuatro tiene vanas
El amor del Nazarita,
Mas ninguna es favorita
En el alma del Sultán.

Las almées y los juglares
De más gracia y más destreza
Tiene á sueldo, con largueza
Atendiendo á su placer:
Y en sus fiestas familiares
Las prodiga el noble Moro
Cuanto pueden amor y oro
Por espléndido ofrecer.

Es su harén del gozo fuente
Y de fiestas laberinto:
Estremece su recinto
Siempre alegre conmoción,
Y resuena eternamente
Por los bosques de la Alhambra
El compás de libre zambra,
De las músicas el són.

Al-hamar en tanto, á solas
Con sus íntimos cuidados,
En el bien de sus estados
Piensa inquieto sin cesar;
Y sobre las mansas olas
De aquel mar de dicha y calma
Brilla el faro de su alma,
Vela el ojo de Al-hamar.

Afanoso, inquieto, activo
Mientras dura el día claro,
De los débiles amparo,
Peso fiel de la igualdad,
Sin quitar pie del estribo,
Sin dejar puerta, ni torre,
Ni mercado, ve y recorre
Por sí mismo la ciudad.

Por doquier con recta mano
La justicia distribuye,
Por doquier sagaz se instruye
De las faltas de su ley,
Y la enmienda soberano
Del bien de su pueblo amigo,
Porque sirva de castigo
Y de amparo de su grey.

Así el noble Nazarita,
Rey y luz del huerto ameno
De Granada, Edén terreno
Modelado en el Korán,
Sus alcázares habita
De virtud siendo rocío,
Siendo rayo del impío
Y decoro del Islam.

Vencedor, nunca vencido,
Rey piadoso, juez severo,
En la lid buen caballero
Y en la paz sol de su fe:
De sus pueblos bendecido,
De enemigos respetado,
Y de fieles rodeado,
El excelso Amir se ve.

Y así mora el Nazarita
Sus alcázares dorados,
Misteriosamente alzados
Del placer para mansión.
Mas ¿quién sabe si él habita
Su morada encantadora,
Y el pesar oculto mora
En su regio corazón?

Triste, insomne, solitario,
Como sombra taciturna
Que á su nicho funerario
Un conjuro hace asomar,
Á las brechas angulares
De su torre de Comares
En la lobreguez nocturna
Tal vez asoma Al-hamar.

Apoyado en una almena
De la gigantesca torre,
Del río que á sus pies corre
Oye distraído el són,
Y contempla en los espacios,
Que la espesa sombra llena,
De su corte y sus palacios
El fantástico montón.

Pertinaz á veces mira
Del fresco valle á la hondura,
Sombra, espacio y espesura
Anhelando penetrar:
Muévese allí el aura mansa
No más: de mirar se cansa,
Y el rostro vuelve y suspira
Melancólico Al-hamar.

¡Cuántas veces en la almena
Le sorprende la mañana,
Y al afán que le enajena
Treguas da su resplandor:
Y sin dar un hora al sueño,
De Granada vuelve el dueño
De sí á echar lo que le afana,
De sí mismo vencedor!

Mas ¿quién lee sobre su frente
El oculto pensamiento
Que tras ella turbulento
Lleva el alma de él en pos?
Sólo Aquél que da igualmente
Las venturas y los males,
Y las dichas terrenales
Con el duelo acota. — Dios.

Dios, que tierra y mar divide,
La eternidad sonda y mide,
Del espacio sabe el límite
Y del mundo ve el confín.
Dios, cuya grandeza canto,
Y con cuyo nombre santo
Al libro de los Alcázares
Reverente pongo fin.

Libro de los espíritus.

RECUERDOS

¿Qué flor no se marchita?
¿Cuál es el fuerte roble
Que el huracán no troncha
Ó el tiempo no carcome?
¿Qué dicha no se acaba?
¿Qué hora veloz no corre?
¿Qué estrella no se eclipsa?
¿Qué sol nunca se pone?

¿Adónde está el alcázar
En cuyas altas torres
La tempestad no ruge
Cuando el nublado rompe?
¿Quién es el que ha cruzado
El piélago salobre
Sin que su nave un punto
La tempestad azote?

¿Quién fué por el desierto
Pisando siempre flores?
¿Ni quién pasó la vida
Sin duelos ni pasiones?
¿Ni quién es el que en calma
Durmió todas las noches
Sin que el pesar un punto
Tenido le haya insomne?

Ninguno. El rey altivo,
Como el esclavo pobre,
Al reclinar cansados
Su frente por la noche,
Ya en mendigada paja,
Ya en ricos almohadones,
Perciben que un gusano
El corazón les röe.

Es el afán secreto
Que agita eterno, indócil
Al corazón, y gira
Con la veleta móvil
Del pensamiento vano.
¡Dichoso el que conoce
Que Dios tan sólo llena
El corazón del hombre!

Por eso el Nazarita,
Que aunque de Dios favores
Sin tregua ha recibido,
Á humanas condiciones
Sujeto está, va presa
De afanes interiores
Rumiando pensamientos
Que su atención absorben.

Va solo, atravesando
El enramado bosque
Que cubre el fresco valle,
Donde al mullido borde
De fuente cristalina
Que mana entre las flores,
Un sueño misterioso
Le embelesó una noche.

Va solo, meditando
Los agrios sinsabores,
Que danle de su reino
Civiles disensiones.
De Dios pesa la mano
Sobre su pueblo y torpe
Tal vez contra sí mismo
Va á dirigir sus golpes.

Qué han hecho al fin sus sabios
Proyectos creadores?
¿Qué al fin han producido
Tesoros tan enormes
Como él ha dispendiado
Para elevar el nombre
De su gentil Granada
Sobre el de cien naciones?

Cubrió los verdes cerros
De gigantescas moles:
Tornó en frondosos cármenes
Sus valles y sus montes:
Mas la soñada dicha
De sus intentos nobles
¿Do está si á los humanos
No pudo hacer mejores?

Riqueza dió á los Moros,
Con la riqueza dióles
Poder, victoria, fama.....
Mas dió á sus corazones
Con ella más deseos
Y orgullo y vicio dobles:
Y al fin ¿qué es lo que logra?
Doblar sus ambiciones.

Con ellas la discordia
Germina al par: mayores
Triunfos tal vez alcancen
Sus armas: tal vez logren
Á empresas más gloriosas
Dar cima, y sus pendones
Clavar sobre los muros
Que á los contrarios tomen.

Mas ¡ay cuando su fuerza
Contra ellos mismos tornen!
Mas ¡ay cuando su ciencia
Se emplee en invenciones
De pérfida política,
De códigos traidores
Que, leyes pregonando,
Su destrucción pregonen:

Y el reino que él fundara
De tanto afán á coste,
Por él seguro acaso
De extrañas invasiones,
Tal vez consigo mismo
Luchando se destroce,
Y abra á un sangriento circo
Su alcázar sus balcones!

Tal vez un rey cristiano,
Sagaz y fuerte entonces,
Desde Castilla viendo
Los árabes discordes,
La hoguera de sus iras
Certeramente sople
Y al frente de Granada
Presente sus legiones.

Así Al-hamar discurre,
Con cálculos precoces
Llorando por Granada,
La flor de sus amores;
Así Al-hamar se aflige,
Y á solas por el bosque
Se mete, absorto y triste
Con sus cavilaciones.

Era una hermosa tarde
De Abril: los resplandores
Del sol, que á ocaso baja
Manchando el horizonte
Con tintas de oro y púrpura,
Los pardos torreones
Alumbra de la Alhambra
Con rayos tembladores.

Ya la última montaña
Á largo andar transpone
El sol: ya dora sólo
Los altos miradores
De los palacios árabes:
Cayendo al fin se esconde
Tras la montaña entero,
Y allá la mar le sorbe.

El pálido crepúsculo,
Que va tras él, recoge
La luz que al día resta;
Da un paso más, y el orbe
Con cuanto bello abarca
En lúgubres crespones
Emboza poco á poco
La silenciosa noche.

Nubló su espesa sombra
Los ojos brilladores
Del distraído príncipe,
Y al mundo real volvióle;
Volver quiso él las bridas
De su caballo, dócil
Á su llamada siempre,
Pero rebelde hallóle.

Era el caballo de árabe
Raza, leal y noble;
Mas por la vez mi primera
Su origen desmintióse.
La voz de su jinete
Desconoció: aplicóle
La espuela; y, al sentirla,
Feroz encabritóse.

Mira Al-hamar en torno
Si hay algo que le asombre,
Y al extender la vista
El sitio reconoce;
Junto á la fuente se halla
Á cuyo són durmióse
Años atrás soñando
Con célicas visiones.

La idea más recóndita
De su cerebro entonces
Se levantó espantando
Su corazón. Las dotes
Divinas del espíritu
Que allí le habló: los dones
Que recibió del Cielo
Desque á él aparecióse:

Su celestial historia,
Sus celestiales órdenes
Que obedeció arrastrado
De impulsos superiores:
De gloria y de opulencia
Las altas predicciones,
En todo con sus místicos
Oráculos conformes,

Todo fué cierto; todo
Cual lo soñó cumplióse.
¿No será, pues, su raza
Quien sus afanes logre?
¿No es, pues, el Dios que adora
El Dios de sus mayores,
Y él hizo una diadema
Con que otro se corone?

Su mente obscurecieron
Densísimos vapores:
Dudó: tembló dudando:
El corazón turbósele,
Y así exclamó en la sombra
Con temerosas voces,
Que ahogó el murmullo manso
Del manantial y el bosque:

« Espíritu, que el fondo
» De ese raudal esconde:
» Yo obedecí sumiso
» Tus misteriosas órdenes,
» Y soy la sola víctima
» De tu presencia; tórname,
» Pues, á la fe primera,
» Ó con tu ley abóname. »

Dijo: y, como acosado
Por invisible golpe,
Saltó el caballo fiero
Con repentino bote,
Por medio de las sombras
Lanzándose á galope:
Y el rey arrebatado
Á su pesar sintióse.

LA CARRERA

I

Lanzóse el fiero bruto con ímpetu salvaje
Ganando á saltos locos la tierra desigual,
Salvando de los brezos el áspero ramaje,
Á riesgo de la vida de su jinete real.
Él con entrambas manos le recogió el rendaje
Hasta que el rudo belfo tocó con el pretal:
Mas todo en vano: ciego, gimiendo de coraje,
Indómito al escape tendióse el animal.

Las matas, los vallados, las peñas, los arroyos,
Las zarzas y los troncos que el viento descuajó,
Los calvos pedregales, los cenagosos hoyos
Que el paso de las aguas del temporal formó.
Sin aflojar un punto ni tropezar incierto,
Cual si escapara en circo á la carrera abierto,
Cual hoja que arrebatan los vientos del desierto,
El desbocado potro veloz atravesó.

Y matas y peñas, vallados y troncos
En rápida, loca, confusa ilusión
Del viento á los silbos, ya agudos, ya roncos,
Pasaban al lado del suelto bridón.
Pasaban huyendo cual vagas quimeras
Que forja el delirio, febriles, ligeras,
Risueñas ó torvas, mohinas ó fieras,
Girando, bullendo, rodando en montón.

Del álamo blanco las ramas tendidas.
Las copas ligeras de palmas y pinos,
Las varas revueltas de zarzas y espinos,
Las yedras colgadas del brusco peñón.
Medrosas fingiendo visiones perdidas,
Gigantes y monstruos de colas torcidas,
De crespas melenas al viento tendidas,
Pasaban en larga fatal procesión.

Pasaban, sueños pálidos, antojos
De la ilusión: fantásticos é informes
Abortos del pavor: mudas y enormes
Masas de sombra sin color ni faz.
Pasaban de Al-hamar ante los ojos,
Pasaban aturdiendo su cabeza
Con diabólico impulso y ligereza.
En fatigosa hilera pertinaz.

Pasaban y Al-hamar las percibía
Pasar, sin concebir su rapidez,
En más vertiginosa fantasía,
En más confusa y tumultuosa orgía,
Más juntas, más veloces cada vez:
Y atronado su espíritu cedía
Á la impresión fatídica, y corría
Frío sudor por su morena tez.

Y en su faz estrellándose el viento,
La ponía en nerviosa tensión,
Y cortaba el camino al aliento,
Y prensaba el cansado pulmón;
Y, golpeando en sus sienes sin tiento
De su sangre el latido violento,
Sus oídos zumbaban con lento
Y profundo y monótono són.

Ya creía que, huyendo el camino
Del corcel bajo el cóncavo callo,
Galopaba sobre un torbellino,
Mantenido en su impulso no más:
Ya creía que el negro caballo,
Por la ardiente nariz y los ojos
Despidiendo metéoros rojos,
Rastro impuro dejaba detrás.

Ya sorbido por denso nublado,
Con la lluvia, el granizo y centellas
De que lleva su vientre preñado,
Cree que va fermentando á la par;
Nubes cruza tras nubes, y en ellas,
Del turbión al impulso sujetos,
Mira mil nunca vistos objetos
Remolinos eternos formar.

De este vértigo horrible transido
Caminaba á las riendas asido,
En los corvos estribos seguro
Y entre el uno y el otro borrén
Empotrado, dejando abatido
Por el bruto llevarse en lo obscuro:
Y empezaba á perder el sentido
Del escape mareado al vaivén.

Rendido y las fuerzas perdiendo
Al vértigo intenso cedió;
Y loco el cerebro sintiendo,
Los ojos cerrar no pudiendo
La ciega mirada fijó,
Tenaz contracción manteniendo
No más su equilibrio, y corriendo
Cual otro fantasma siguió.

Y espacios inmensos cruzando,
Y atrás á la tierra dejando,
Las vallas de sombra saltando
Que cercan el mundo mortal,
Creyóse su mente perdida
En tierra jamás conocida,
Región de otra luz y otra vida,
De atmósfera limpia é igual.

Y vió que un alba serena
Con blanquísimos reflejos
Amanecía á lo lejos
En esta nueva región:
Y el alma, exenta de pena
Cruzando el éter tranquilo,
Volaba á un eterno asilo
En otra inmortal mansión.

Suavísimo arrobamiento,
Deliquio dulce invadióle,
Y encima del firmamento
En el Edén se creyó.
Luz vaga alumbró su mente
Y ante los ojos pasóle
El Paraíso esplendente
Que Mahomad visitó.

El místico y nocturno
Viaje del Profeta
Juzgó que iba á su turno
Sobre el Borak á hacer:
Y la ilusión sujeta
Á lo que de él relata
La bóveda de plata
De un cielo empezó á ver.

Los astros vió suspensos
De auríferas cadenas
Y sus lumbreras llenas
De espíritus de luz:
Espíritus inmensos
En formas de caballos,
De corzos y de gallos
De enorme magnitud.

Vió islas encantadas
Flotando en los espacios,
Con templos de topacios
Y muros de marfil:
Y casas fabricadas
De nácar, cuyas puertas
De ébano dan abiertas
Sobre jardines mil.

Allí sobre alhamíes
De cedro y palo-rosa,
Bajo la sombra undosa
Del tilo y del moral,
Yacer vió á las huríes
Que, á mil amores tiernas,
Conservarán eternas
Su gracia virginal.

Y atravesó campiñas
Fresquísimas y amenas
De bosques de ámbar llenas
Y cerros de cristal,
Y prodigiosas viñas,
Que en frutos dan opimos
Las perlas en racimos
En tallos de coral.

Vió grutas pintorescas
Por Sílfides moradas,
Cubiertas sus portadas
Bajo el flotante tul
De mil cascadas frescas
Que, atravesando prados
De hermoso añil sembrados,
Van tintas en su azul.

Caer las vió en riberas
Donde reposan mansos
Los monstruos y las fieras
De tierra, viento y mar:
Y en plácidos remansos,
El sueño entreteniéndolas,
Vió cisnes y oropéndolas
Bañarse y juguetear.

Y vió dorados peces
En tumultuoso bando
A flor de el agua á veces
Pacíficos nadar,
Y á veces, elevando
Por cima de las olas
Los lomos y las colas,
La orilla salpicar.

Vió luego estos ríos
Crecer sin vallares,
Perdiéndose en mares
De leche y de miel:
Y en ellos navíos
Do van los amores
Meciéndose en flores
De uno á otro bajel.

Murmullo tras ellos
Levantan sonoro
Mil góndolas de oro
De concha y marfil,
Do van Silfos bellos
Vogando con velas
De chales y telas
De seda sutil.

Espuma levantan
Inquietos remando
Los mil gondoleros
Que van tripulando
Los barcos veleros;
Y danzan ligeros
Y armónicos cantan
Alegre canción:

Y mil gayas aves,
Que siguen las naves,
Al sol esponjando
Sus plumas distintas
De mil varias tintas
De azul, gualda y oro,
Imitan en coro
Del cántico el són.

Al lejos el viento
Responde á su acento
Allá en la arboleda
Moviendo rumor:
Y el eco, que atento
En lo alto se queda,
Burlón le remeda
Cual sabe mejor:

El cuadro divino,
La paz, la ventura,
Perfume, frescura,
Y luz celestial
De aquel peregrino
País, torna pura
Al rey granadino
La calma vital.

Y en rápido vuelo
Pacífico y blando
Los aires surcando
Se siente llevar:
Y ve que, sin suelo
Do fije el caballo
El áspero callo,
Cruzando va el mar.

Del líquido el fondo
Contempla pasando,
Y alcanza mirando
Del agua al trasluz
El álveo redondo,
Que puebla radiante
Cohorte flotante
De peces de luz.

Sutiles vapores
Le impelen süaves
Y costas y naves
Se deja detrás:
Y espacios mayores
Cruzando en su vuelo
Aborda del cielo
Las costas quizás.

Avanza y niebla
Pálida ve
Que el aire puebla,
Según pie á pie
Ganando va
Aquel extenso
Espacio inmenso
Do errando está:
Y le parece

Que se ennegrece
Mar, niebla y viento
En torno de él,
Y que se acrece
Cada momento
El movimiento
De su corcel.
Anochece,
Y obscurece
Más apriesa
Cada vez
El ambiente,
Que se espesa
Con creciente
Lobreguez.
El camino
Desparece:
Y, sin tino
Ni destino
Que comprenda,
Sobre senda
Audazmente
Carrilada
Por un puente
De movible
Tirantez,
Tan delgada

Como el hilo
En que se echa
Descolgada
Una oruga,
Como arruga
Que en tranquilo
Lago tiende
Cuando hiende
Su agua el pez,
Tan estrecha
Como el filo
De una espada,
Como flecha
Disparada,
Cual centella
Desatada,
Va sin huella
Perceptible
El perdido
Nazarita,
Con horrible
É infinita
Rapidez.

Es el puente
De la vida,
Que la gente

Á luz venida
Ha por fuerza
De pasar.
El que intente
Y haga entera
Su carrera,
Y de frente
Sin caída
La salida
Logre hallar,
Por las puertas
Celestiales
Á las huertas
Inmortales
Como un ángel
Ha de entrar,
Las delicias
Eternales
Y los gustos
Perenales
De los justos
A gozar.

Á este paso
Tan estrecho,
(Cuyo escaso
Corto trecho

Es camino
Tan dudoso
De cruzar,
Pero fallo
Riguroso
Del destino
Y ley santa
Que acatar),
Se adelanta
Vigoroso
El caballo
Misterioso
De Al-hamar.

Temeroso
De mirar,
Espumoso,
Siempre hirviente,
Rebramando
Eternamente
Y azotando
Siempre el puente
Con horrísono
Bramar,
Bajo de él
Hierve el mar.
Israfel

Allí está
Para ver
El que va
Sin caer,
Y pasar
No dejar
Al infiel:
Y he aquí
Que por él
Va á pasar
El corcel
De Al-hamar:

Llega, avanza:
Ya se lanza,
Ya en él entra,
Ya se encuentra
Suspendido
Sobre el puente
Sacudido
Por el piélago
Bullente,
Cuyo cóncavo
Rugido
Se levanta
Sin cesar.
Aturdido,

Sin mirar
Á la indómita
Corriente
Que le espanta,
Sin osar
Aspirar
El ambiente
Que le anuda
La garganta,
Sin que acuda
Tierra ó cielo
En su ayuda,
Vuela y pasa,
Justiciero
Rey prudente,
Juez severo
Y valiente
Caballero,
El primero
De la casa
De Nazar.

El puente
Vacila
El Príncipe
Oscila,
Perdido

El sentido,
Demente,
Transido
De horror.

Ya toca
La opuesta
Ribera:
Ya poca
Carrera
Le cuesta.
¡Valor!
Ya llega:
Le ciega
El pavor.
¡Ah! ¡Dadle
Favor!
¡Salvadle,
Señor!

Saltó.
Pasó
Con bien
Y allá
Cayó
De pie.
Salvo

Fué.
¡Oh!
Ya
¿Quién
Ve
Do
Va?



Libro de las Nieves.

INSPIRACIÓN

No hay más que un solo Dios. Él solo es grande.
Solo infinito, omnipotente solo.
Nada hay que para ser no le demande
Licencia: Él pesa la virtud y el dolo,
Y el premio envía ó el azote blande.
Todo lo oye y lo ve de uno á otro polo,
Y cosa no hay por elevada ú honda
Que á su mirada universal se esconda.

No hay más que un solo Dios, cuya crëencia
Luz es y salvación: doquier la marca
Brilla de su poder y de su ciencia.
Dios solo es triunfador; solo monarca
Del universo es Él: su omnipotencia
Con ley universal todo lo abarca:
Su presencia inmortal todo lo inunda,
Todo lo vivifica y lo fecunda.

Él los mundos arregla ó desordena
Según su excelsa voluntad divina:
Él al tiempo dirige: Él encadena
Los elementos á sus pies: domina
El huracán: tras el nublado truena:
Luce á través del alba purpurina:
Entapiza con nieve las montañas,
Y abrasa con volcanes sus entrañas.

El murmullo del agua, el són del viento,
El susurro del bosque estremecido
Por sus inquietas ráfagas, el lento
Arrullo de la tórtola, el graznido
Del cuervo vagabundo, todo acento
Por ave, fiera ó eco producido,
El nombre santo de su Dios pronuncia,
Su gloria canta, su poder anuncia.

Él los errantes astros encamina:
Él azula la atmósfera serena:
Él crea y Él destruye, alza y arruina:
Él, infalible juez, salva y condena:
Él solo ni envejece, ni declina:
Él solo el hueco de los mundos llena:
El orbe encima de su palma cabe:
Solo Él no yerra nunca: solo Él sabe.

No hay más que un solo Dios. Los que le niegan
Con altivez blasfema, palidecen
Cuando al umbral de su sepulcro llegan:
Los que en su ciencia ruin se ensoberbecen
Y de ÉL se mofan, al morir le ruegan.
Por ÉL existen y por ÉL perecen
Todos. No hay más que un Dios. Ante su nombre
¿Qué es el orgullo y el saber del hombre?

Siglo, que audaz el de la luz te llamas
Y por miles de plumas y de bocas
El manantial de tu saber derramas:
Siglo de ciencia, que el error derrocas,
La virtud premias y el ingenio inflamas:
Siglo, que dices que á la cumbre tocas
De la dicha, que el mundo civilizas
Y tu raza de sabios divinizas:

Siglo de prensas y de bolsa y agio,
Que, en carros de vapor, hasta la luna
Intentas difundir el gran contagio
De la ciencia, y parar á la fortuna
Con tus empresas mil..... ¡siglo de plagio
Que, en solos nueve lustros, en sí aduna
Más *maestros*, *artistas* y *doctores*
Que hubo en ciento estudiantes y lectores!....

¿De dónde vienen los que nacen? ¿Dónde
Van los que mueren? ¿Dónde, en qué lejano
Lugar se acuesta el sol? ¿En cuál se esconde
La luna de su luz? ¿Cuál es la mano
Que les guía á los dos? Habla, responde,
Orgullo necio del saber humano,
Hojea el libro de tu ciencia osada:
¿Qué es lo que sabes de tu origen? — NADA.

No hay más que un solo Dios, que nada ignora:
ÉL conoce las puertas de la tierra;
Abre las de la cuna y de la aurora:
Las de la noche y de la tumba cierra.
Más allá de las dos ÉL solo mora,
ÉL solo sabe lo que allá se encierra;
De allá viene, allá va quien nace y muere.
¿Por qué? Su voluntad así lo quiere.

Mas detente ¡oh Espíritu divino!
¡Oh Arcángel de la Fe! Tú, cuyo paso
Buscando un día al corazón camino
Ahogó á las Musas y aplanó el Parnaso:
Unico fuego que del cielo vino,
Calma tu inspiración en que me abraso:
No ensayes en el arpa del poeta
Los cantos del salterio del Profeta.

Mi limitada comprensión humana,
Mi ruda voz y tosca poesía
Eleve, sí, tu inspiración cristiana
Y dignas sean de la patria mía.
Enaltece mi ingenio, porque ufana
Pueda hijo suyo apellidarme un día,
Y de mi nombre, si al olvido vence,
La tierra en que nací no se avergüence.

Mas dejemos al siglo ir desbocado
De los pasados siglos tras la herencia,
En el carro del oro arrellanado,
Ó suspendido en alas de la ciencia.
Dejémosle seguir la ley del hado
Según su voluntad ó su conciencia,
Sin que perturbe su insensata orgía
El himno audaz de la creencia mía.

Tiéndeme, pues, tu alas de zafiros,
Y lejos de él transpórteme tu vuelo
Donde sus carcajadas y suspiros
No desgarren del aire el puro velo.
De él á través con luminosos giros
Álzame adonde, con eterno hielo
Cubriendo su cerviz, Sierra Nevada
Salutíferas auras da á Granada.

Llévame á los recónditos asilos
De aquellas misteriosas soledades,
Cuyos monstruos de nieve ven tranquilos
Nacer y perecer razas y edades.
Muéstrame las cavernas y los silos
Donde van á dormir las tempestades,
Por cima del peñón desconocido
En que suspende el águila su nido.

Del Supremo Hacedor la sabia mano
No creó sin destino esos lugares
Inaccesibles al orgullo humano:
Ni envueltos en sus mantos seculares
De nieve espían sin cesar en vano
Esos gigantes blancos tierra y mares.
Subamos, pues, sobre las auras leves
Al misterioso alcázar de las nieves.

LA CARRERA

II

En las desiertas cumbres que la sierra
Á las legiones de la luz levanta,
Paso al cielo tal vez desde la tierra:
Allí, donde árbol, animal, ni planta,
Ni vegeta, ni vaga, ni se encierra
Bajo la eterna nieve, y se quebranta
Cuanto vida ó calor toma del suelo
Al peso de una atmósfera de hielo,

Se abre por las montañas un camino.
Más bien un tajo, que sus breñas parte
Como una faja de planchado lino,
El cual dirige al colosal baluarte
De la nieve. Jamás tan peregrino
Sendero supo fabricar el arte,
Ni inspirarle á la mente más risueño
Maga oriental en hechizado sueño.

Á ambas orillas de su senda blanca
Labra caprichos mil el aire helado,
Que el ampo trae que el remolino arranca,
Dejándole doquier cristalizado.
La agua congela y el vapor estanca
Y cincela sutil filigranado
Del hielo en el cristal, cuyas labores
Descomponen la luz en mil colores.

Mas como sus espléndidos reflejos
De la nieve se estrellan en la alfombra,
Y en el mate cristal de sus espejos
Mata al color la blanquecina sombra,
Todo es blanco doquiera, cerca y lejos:
Todo el país descolorido asombra
Con su igualdad la vista: blanco el suelo,
Blanco el espacio puro, blanco el cielo.

Y allá del peñascal en la estrechura,
Por el lugar do empieza este sendero
Á blanquear en el fin de la llanura,
Comienza á negrear bulto ligero.
Crece..... se aclara como va la altura
Ganando. Es un mortal: un caballero
Moro: y, conforme lo veloz que sube,
Parto fué su corcel de alguna nube.

El ampo de la nieve no desflora
Con el herrado casco en su carrera,
Y, al ver la forma aérea y voladora
De jinete y corcel, se les tuviera
Mejor por ilusión fascinadora
Que por seres de vida verdadera:
Pues ¿quién sino fantásticas visiones
Osaran arribar á estas regiones?

Mas ¿quién bajo los pliegues ve espumosos
Del mullido tapiz de copos leves?
¿Quién conoce los seres vaporosos
Que la región habitan de las nieves?
¿Quién sabe qué destinos misteriosos
Les dió Aquél que, con dos palabras breves
Cuando hizo el orbe, al hielo cristalino
Del sol su destructor puso vecino?

Él solo, Dios. Recóndito misterio
Envuelve los contornos liminares
De aquel helado y silencioso imperio
Escondido entre rocas seculares.
Solo Él ve lo que encierra este hemisferio,
Por entre cuyos blancos valladares
La ardua ascensión al último acomete,
Cual suelta nube, el Árabe jinete.

De peñón en peñón, de risco en risco,
El tortuoso camino va siguiendo
Sobre su negro potro berberisco,
Y á los nublados bajo sí va viendo
Fermentar en sus vientres el pedrisco
De invisibles torrentes al estruendo,
Y según sube hacia la azul esfera
Va aflojando el caballo su carrera.

¿Quién es? — Vuela perdido en la distancia:
Su forma es vaga sombra todavía.
¿Do va? — ¿Y quién su poder ó su arrogancia
Sabe? Tal vez á la mansión del día.
Genio, tal vez allí tiene su estancia:
Mortal, de un filtro acaso se valdría;
Mas ya trepa al confín: ya poco á poco
Modera su corcel su ímpetu loco.

Ya
Se
Ve
Que
Dando
Se va,
Más blando
Al freno.

Ya no bota
De ira lleno,
Ni va ajeno
De derrota
Desbocado,
Como mata
Que arrebata
Desbordado
Rapidísimo
Turbión.

Ya se dilata
Su fauce henchida
De comprimida
Respiración,
Y, vïolento,
Lanza el aliento
Que le sofoca
De su pulmón,
Con resoplido
De dolorido
Cóncavo són.

Doble columna gruesa
De fatigoso aliento,
Que hace vapor el viento
Sutil de esta región,

Cual humareda espesa,
Por la nariz opresa
Vierte tras sí en la atmósfera
El árabe bridón.

Ya deja la boca herida
Más libre al bocado obrar,
Y más siente ya la brida
Que pudo el señor cobrar.

Ya el vértigo loco cediendo
Que ciego siguió á su pesar,
Va su ímpetu fiero perdiendo
Y empieza cansancio á mostrar.

Ya su rápido escape acortando
Detenerse pretende quizá:
Ya se templa, é igual galopando
Va en un aire pacífico ya.

Y aunque de espuma y de sudor blanquea,
Relincha audaz é inquieto cabecea;
Y aunque jadeando de fatiga está,

Aun piafa y se encabrita y escarcea,
Y los ijares con la cola airea,
Y corvos saltos de costado da.

Ya cambia: ya el trote medido levanta,
Y, el cuello engallado, segura la planta,
Altivo en la sombra mirándose va.

Ya lenta y suavemente su dueño le refrena:
Se acorta: ya en el paso su marcha va serena:
Recógele: obedece: paró. ¡Loado Aláh!

¡Vertiginoso vuelo! ¡Fantástica carrera!
Más rápido su impulso que el de las nubes era:
Caballo y caballero volaban á la par
En alas de un nublado. La alondra más ligera,
Ni el águila más rauda, pujante y altanera,
Pudieron un instante su rapidez tomar.

Al fin cesó. — Las bridas en el arzón dejando,
Los miembros extendiendo, con ansia respirando,
Repúsose el jinete sobre la silla al fin:
Y absorto, las miradas en derredor tendiendo,
Se halló de extensas nieves en un desierto horrendo,
Océano de hielo, sin costa ni confín.

¡Ni flor, ni fiera, ni ave por la región extraña
Do se contempla aislado! — Sólo hay una montaña
Que gruta cristalina taladra por el pie.
¿Y un mar y un paraíso, que ha visto el caballero,
De espíritus y genios poblados? ¿Y el sendero
Por do hasta allí ha subido? — Delirio, sueño fué.

Sobre la nieve intacta ni rastro ve ni huella,
Ni marca de camino en rededor sobre ella;
Todo es una esplanada inmensa, sola, igual.
No hay más que nieve. Es blanca la claridad del cielo:
Blanco el espacio: blanca la inmensidad del suelo:
Los horizontes blancos. ¿Qué busca allí un mortal?

¿Adónde esta comarca estéril y desierta
Da paso? ¿De qué silos recónditos es puerta
Su misteriosa gruta? ¿Qué mano la labró?
Tal vez en ella moran espíritus dañinos
Que á los mortales odian, y los fatales sinos
En dirigir se ocupan del que mortal nació.

Tal vez es la risueña y espléndida morada
De alguna dolorida y encantadora fada,
Que el vano amor lamenta que puso en un mortal.
Tal vez es la bajada del reino del olvido,
Adonde caen las almas después de haber salido
De la penosa cárcel del cuerpo terrenal.

¿Quién sabe? El caballero al pie de la montaña
Ante esta gruta, que ornan de arquitectura extraña
Labores y arabescos de nácar y cristal,
Permanecía inmóvil: cuando he aquí que el eco,
Hendiendo sonoroso su embovedado hueco,
Le trajo estas palabras en canto celestial:

«Ilustre y venturoso
Caudillo Nazarita,
La gloria y el reposo
Te aguardan á la par.
Tu mente, que no alcanza
Misterio tal, se agita
Dudosa en vano. — Avanza,
Avanza, ¡oh Al-hamar!»

Es Al-hamar: el noble monarca granadino.
Es él, que arrebatado sobre las auras vino
A dar en esta helada é incógnita región.
Es Al-hamar: su nombre retumba por el hondo
Cóncavo de la gruta, cuyo vacío fondo
Repite de su canto el fugitivo són.

Á este eco, en la sonora profundidad perdido,
Cual de invisible fuerza magnética impelido
El árabe caballo feroz se encabritó.
Asir quiso el jinete las bridas, mas fué tarde:
Piafando y relinchando con orgulloso alarde
Por la sonora gruta el palafrén entró.

ALCÁZAR DE AZAEL

Lanzóse el bruto indómito,
Con arrogante empeño
Luchando con su dueño,
Que cede á su vigor,
Por bajo de una bóveda
De fábrica divina,
Tan pura y cristalina,
De tan sutil labor,

Que su techumbre cóncava
De transparente hielo
La claridad del cielo
Deja á través gozar,
Y, en un inmenso pórtico
De regia arquitectura,
Más diáfana y más pura
La viene á derramar.

Mas ¿qué mirada humana
Á penetrar se atreve
En esta soberana
Morada celestial?
¿Qué mano alza profana
El pabellón de nieve,
Que los misterios debe
Velar de un inmortal?

El techo, almohadillado
Con planchas de diamantes,
La lumbre en mil cambiantes
Del sol vierte á trasluz.
Y el suelo, trabajado
Sobre cristal de roca,
Su brillantez provoca
Volviéndole su luz.

Los límpidos pilares,
Do asienta la segura
Soberbia arquitectura
Su peso colosal,
En torno, transparentes,
Reflejan á millares
Los círculos lucientes
Del Iris celestial.

Y de este centelleante
Alcázar encantado,
Que en hielo está labrado
Y entre la nieve está,
Al interior radiante,
Do alguna maga habita,
El noble Nazarita
Adelantando va.

Del luminoso pórtico
Del diáfano edificio
Apena el frontispicio
Magnífico pasó,
Entró bajo una espléndida
Colgada galería,
Que á un patio conducía
Que á su remate vió.

El firme pavimento
Retiembla estremecido
Bajo el galope unido
De su veloz corcel,
Su paso y movimiento
El eco prolongado
Del hueco artesonado
Marcando detrás de él.

De aquella galería
Cruzó la luenga arcada:
Pasó de otra portada
Por bajo el arco: entró
Al patio, que veía
De lejos, y el ardiente
Caballo de repente
Plantóse y relinchó.

Cual la espiral flotante
Del humo que despide
Pebete en que fragante
Perfume ardiendo está,
Y ráfaga perdida
Por bajo la divide,
Y la mitad partida
Leve á la altura va:

Poder así invisible
En paso imperceptible
Caballo y caballero,
Sin fuerza separó;
Y el bruto, cual ligero
Vapor desvanecido,
De él libre y dividido
El príncipe se vió.

Miró Al-hamar en torno
Y, al contemplar de cerca
La fábrica y adorno
Del patio de cristal
Hecho, ó tallado en hielo,
Halló que era un modelo
Del patio de la alberca
De su Palacio real.

Aquel es el arranque
De su alta torre: aquellos
Los ajimeces bellos
Que sobre el patio dan:
Aquel es el estanque:
Los arrayanes éstos
Que, por su mano puestos,
En su redor están.

Aquellos los pilares
Del corredor: aquellas
Las bóvedas de estrellas
De cedro y de marfil;
La estancia de Comares
Aquella, do su magia
Dejó la *comarajia*
En su labor sutil.

Los ricos tiene enfrente
Calados pabellones
Del patio de leones,
Con su oriental jardín:
Y allí está el mar bullente,
Que al Hierosolimita
De Salomón imita;
Es otra Alhambra en fin.

Es otra Alhambra, pero
Más que la Granadina
Hermosa; una divina
Alhambra celestial.
Alcázar hechicero,
Labrado con vivientes
Materias transparentes
De germen inmortal.

Los muros trabajados
Con ricos arabescos
Y flores y estucados
Prodigios del cincel,
Los gabinetes frescos
Que adornan escrituras
Divinas, miniaturas
Del oriental pincel,.

Son obra misteriosa
De soberano artista,
Que ni en humana vista
Cabrá, ni en comprensión:
Y aquellos tan macizos
Muros, y quebradizos
Calados de su hermosa
Y aérea mansión,

En su materia mística
Encierran una esencia,
Que infunde una existencia
Á su insondable sér:
Y toda aquella fábrica
Tan pura y transparente
Es creación viviente
De incógnito poder.

Mirábala embebido
El Nazarita príncipe,
Cuando llegó á su oído
La deliciosa voz
Que oyó de la caverna
En la extensión interna
Sonar, cuando detúvose
Su palafrén veloz.

Y la escondida música
Que en torno de él resuena
De júbilo le llena,
Le embriaga el corazón,
Y la palabra mística
De aquel cantar de gloria
Le trae á la memoria
Antigua aparición.

Dibújase en su mente
Un valle de Granada
Con una fresca fuente
De lánguido rumor,
En una perfumada
Noche, sin nube alguna
El Cielo, de la luna
Plateada al resplandor.

Y cuanto más escucha
Su armónico concierto,
Un rumbo va más cierto
Tomando el corazón,
Triunfante de la lucha
Con la ilusión pasada
Del valle de Granada,
Al comprender su són.

— «Salud ¡oh Nazarita!
Bien llegues á las nieblas
Cuya región habita
Tu genio protector.
Ha visto en las tinieblas
Resplandecer tus ojos:
Te conoció, y de hinojos
Dió gracias al Señor.

» Su vista rutilante,
Que el universo abarca,
Posada en tu semblante
Desde tu cuna está,
Y el dedo omnipotente
Sobre tu noble frente
Grabó la regia marca,
Que á conocer te da.

» Naciste favorito
Del genio y de la gloria:
Tu nombre fué victoria,
Tu voluntad ley fué.
Tu tiempo es infinito,
Profundas son tus huellas,
Propicias las estrellas
Son á Nazar: ten fe.

» Avanza, Nazarita;
Radiante aquí tu estrella
Con viva luz destella,
Aquí en tu Alhambra estás:
Aquí mana infinita
La fuente del consuelo.
Avanza, aquí del cielo
Más cerca reinarás.»

De la celeste música
La letra así decía,
Y, atento á su armonía,
El príncipe Al-hamar
Permanecía atónito
Sin voz ni movimiento,
En dulce arrobamiento
Gozando sin cesar.

El agua, de que llena
La alberca está, ondulante
Refleja cada instante
Más vario resplandor,
Cual si una luz serena
Bajo la linfa clara
Recóndita radiara
Con trémulo fulgor.

Debajo de su planta
Percibe que el divino
Concierto se levanta,
Del manantial detrás,
Y al borde cristalino
De la colmada alberca,
Que está á sus piès, se acerca
Cada momento más.

Y he aquí que en este punto
Del fondo transparente
Del agua donde siente
La música sonar,
De un sér resplandeciente
El rostro, que ilumina
La linfa cristalina,
Se comenzó á elevar.

Tocó en el haz del agua
Su cabellera blonda:
Quebró la frágil onda
Su frente virginal:
Dejó el agua mil hebras
Entre sus rizos rotas,
Y á unirse volvió en gotas
Al limpio manantial.

Aéreo, puro, leve,
Cual nube vaporosa
Que mansa el aura mueve
Y transparenta el sol,
Ciñendo de oro y rosa
Flotante vestidura,
Como el del alba pura
Suavísimo arrebol:

La paz en el semblante,
La gloria en la sonrisa,
Apareció radiante
El ángel Azäel;
Y sus mortales ojos
Fijando en la improvisa
Aparición, de hinojos
Cayó Al-hamar ante él.

Del agua se alzó fuera
Y, al esparcir el viento
Su blonda cabellera,
El aire perfumó:
Dejó escapar su aliento,
Y cuanto allí existía
Su aliento de ambrosía
Con ansia respiró.

Del suelo á la techumbre
El místico palacio
Reverberó la lumbre
De su divina faz,
Cuya fulgente aureola
Purpúrea tornasola
El aire del espacio
Y de las aguas la haz.

Y he aquí que su alba mano
El ángel extendiendo
Y alzando y atrayendo
Al príncipe hacia sí,
Con plácida sonrisa
Y acento soberano,
Que armonizó la brisa
Fragante, hablóle así:

«Yo visité en un sueño
Tu espíritu en la tierra,
Mostrándote halagüeño
Tu porvenir en él.
Tesoros te dí y gloria,
Tu esclava hice á la guerra,
Grabando en tu memoria
La imagen de Azäel.

» Iluminé tu ciencia,
Colmé de sabios planes
Tu humana inteligencia
Y al logro te ayudé.
Cual tu ambición lo quiso
Cumpliendo tus afanes,
Terreno paraíso
Tu rico imperio fué.

» Yo inoculé en tu alma
El germen de la duda
Para turbar la calma
De tu crëencia vil:
Para que espuela fuera
Con cuya lenta ayuda
Á la verdad se abriera
Tu corazón gentil.

» Brotar hice en tu suelo
Para calmar tus penas
Las aguas del consuelo,
Que á conocer te di:
Mas de tristeza llenas
Cien noches has pasado,
Y al agua no has llegado
Cuyo raudal te abrí.

» Al verte victorioso,
Temido y opulento,
Tu corazón atento
Sólo á la tierra fué.
Dudaste, mas dudando
No osaste perezoso
El rostro á mí tornando
Poner en mí tu fe.

» Y hacia el fatal destino
A que traidora guía
La falsa fe, te vía
Adelantar Luzbel:
Y el fin de tu camino
Mostrándome decía:
Caer era su sino:
Le pierdes, Azäel.

» Lloraba yo abismado
En mi amargura, viendo
Mi afán tan malogrado,
Tan sin valor mi fe:
Y, en mi pesar y enojo
Postrer esfuerzo haciendo,
Con temerario arrojo
Entre ambos me lancé.

» Luchamos: el Eterno,
De mi dolor movido,
Caer dejó en su oído
Su nombre y dió á mis pies.
Sumíle en el infierno:
Y en alas de un nublado
Te traje arrebatado
Adonde en paz te ves.

» Los pérfidos espíritus
Que en pos de ti traías,
Las vanas fantasías
De tu crëencia ruin
Mostrábante. ¡Quiméricos
Esfuerzos! ¡Sueños breves!
Aullando, de mis nieves
Se quedan al confín.

» Mas ¡ay! yo te conquisto
Los cielos..... y ¡cuán caro
Me cuesta á mí el amparo
Que liberal te doy!
Dos siglos ha que existo
Aquí, expiando un yerro,
Y añado á mi destierro
Uno, por ti, más hoy.

»Á condición tan dura
Tu salvación compraba,
Nazar; mas yo te amaba
Tanto, que la acepté;
No supe resignarme
Á arrebatar dejarme
Tan noble criatura,
Y tu alma rescaté.

»¡Oh! juzga bien en cuánto
Me es cara tu alma buena,
Cuando á mi larga pena
Cien soles añadí
Por ella. Ahora el santo
Fallo, inmutable, extremo,
Oye que el Juez Supremo
Fulmina contra ti.

»Hoy mismo, en apariencia,
Perecerá á las manos
De incógnita dolencia
Tu cuerpo terrenal:
Más junto á mí existencia
Tendrás, hasta que ufanos
Habiten los cristianos
Tu alcázar oriental.

»Yo les haré á Granada
Cercar como un enjambre:
Con ellos vendrá el hambre,
La muerte y el baldón:
Y talarán tus tierras,
Y en sanguinarias guerras
Tu raza aniquilada
Será sin compasión.

»Tú lo verás: estrella
Fatal para tu gente,
Tú verterás sobre ella
Roja, siniestra luz:
Y lidiarás conmigo
En pro del enemigo,
Sobre el pendón de Oriente
Hasta clavar la Cruz.

»Ahogado el Islamismo
Y desbandada y rota
Tu raza, gota á gota
Su sangre en ti caerá:
Su sangre es tu bautismo,
Y este de afán y duelos
Misterio, de los Cielos
Las puertas te abrirá.

»No hay más que un Dios. Justicia
En Él no más se encierra.
Tu empresa fué en la tierra
Dios sólo es vencedor:
Por eso te es propicia:
Mas nadie entra en su gloria
Sin pena expiatoria
Hasta del leve error.

»Tal es nuestra sentencia:
Tal es el purgatorio
Que la alta Providencia
Nos señaló á los dos.
Obra de nuestras manos,
En dón propiciatorio
Se han de ofrecer, cristianos,
Un Rey y un pueblo á Dios.

»Tú el Rey: el pueblo el tuyo.
Tan sólo dignamente
Así me restituyo
Al Cielo, que dejé.
Apróntate obediente
Á dividir conmigo
La gloria y el castigo
Que para ti acepté.

» ¡Sús, pues, oh Nazarita!
De Dios al pie del trono,
Rogándole en tu abono,
Le respondí de ti.
¡Sús, pues! Á la bendita
Empresa apresta el brío;
Mortal, te hice igual mío;
Sé digno tú de mí.»

Dijo Azäel: estático
Á su divino acento,
Embebecido, atento,
Estúvose Al-hamar:
Cedió su noble espíritu
Al celestial destino,
Y se empezó el divino
Misterio á efectuar.

« Mira, » le dijo entonces
El ángel desterrado:
Y (hacia el lugar tornado
Que el ángel señaló)
El muro en dos partido,
Sobre invisibles gonces
Girando dividido,
El Nazarita vió.

Se abrió sobre un espejo
En cuyo misterioso
Cristal, con el reflejo
De un matinal albor,
Se alumbra una campiña,
Qué Mayo lujurioso
Con su fecundo aliña
Primaveral verdor.

Una ciudad, fundada
Al pie de una alta sierra,
Domina aquella tierra
Por donde arroyos mil
Serpean: es Granada,
Su vega, sus alturas
Y las corrientes puras
De Darro y de Genil.

Espléndida cohorte
De Moros atraviesa
Por su alameda espesa
Llevando un ataúd,
Y á la muralla corva
De la morisca corte
Se agolpa á verles torva
Callada multitud.

Llegáronse á la puerta
De Elvira aquellos fieles
Muslimes; allí abierta
La turba les dejó
Paso, y subiendo á espacio
La cuesta de Gomeles,
Entrada en el palacio
Bib-el-Leujar les dió.

La multitud atenta
Y silenciosa iba
En pos su marcha lenta
Siguiendo: y, al tocar
La puerta judiciaria,
La triste comitiva
Paróse voluntaria
Dejándose cercar.

Entonces, elevando
El ataúd en hombros
Los que le van llevando,
Y puesto junto á él
Un Alfakí, inspirando
Doquier pavor y asombros,
«¡Llorad! — (dijo él llorando)
»Con lágrimas de hiel.

»¡Llorad toda la vida,
»¡Oh huérfanos Muslimes!
»¡La flor de los alimes,
»¡La palma de Nazar,
»¡La gloria del Oriente,
»Cayó del rayo herida!
»¡Llorad eternamente,
»Llorad sobre Al-hamar!»

Así con ronco acento
El Alfakí clamando,
Del ataúd alzando
El paño funeral,
Al pueblo los despojos
Del rey mostró; y al viento
El pueblo, al caer de hinojos,
Dió un ¡ay! universal.

Á este eco de agonía,
Que atravesó perdido
El aire hasta su oído,
Se estremeció Al-hamar.
Quitóse del espejo
Do escena tal veia,
Y se tornó el reflejo
Del vidrio á disipar.

«¡Ea! — Azäel le dijo —
»Monarca de la tierra,
»El ataúd encierra
»Tu polvo terrenal;
»Mas, de los cielos hijo,
»Del ataúd te exhalas.
»Despliega, pues, tus alas,
»Espíritu inmortal.»

Entonces el rey árabe
Sintióse aéreo, leve,
Cual luz que el aire mueve,
Cual nube que va en él.
Sólo era ya un espíritu,
Una visión ligera,
Un alma compañera
Del Angel Azäel.

El silencioso vuelo
Ambos á dos alzando,
En el azul del cielo
Perdiéronse los dos;
Y, entre sus auras leves
Su rastro abandonando,
El libro de las nieves
Concluye. ¡Gloria á Dios!

EPÍLOGO

¡Gloria á Dios! — De Al-hamar el Granadino
Así la historia celestial concluye;
Llámala el Musulmán *cuento divino*,
Y en *libros* su relato distribuye.
Su sacra inspiración del Cielo vino
Y al Cielo desde aquí se restituye;
Tradición oriental, es la portada
Del oriental poema de GRANADA.

Cual dos cisnes que, al par atravesando
El mar azul con encontrado vuelo,
Isla apartada en su extensión hallando
En ella toman anhelado suelo,
Reposan juntos, y á partir tornando
Tornan la anchura á dividir del cielo,
Y de su voz un punto los sonidos
Se elevan en el aire confundidos:

Como dos peregrinos que una tienda
Dividen del desierto en la desnuda
Soledad, de Al-hamar en la leyenda
Dos poetas ocúltanse sin duda.
Uno á Aláh en sus cantares se encomienda,
Otro al Dios de la Cruz demanda ayuda.
¿Quién no percibe en ella confundidos
Brotar de sus dos arpas los sonidos?

Dióles á ambos el Genio soberano
La misma inspiración, el mismo aliento:
Mas pasando tal vez de una á otra mano
De uno y otro el armónico instrumento,
El Arabe poeta y el Cristiano
Sacan de él á la par distinto acento,
Exhalando mezclada su armonía
La Árabe y la Cristiana poesía.

Confundidos así sus dos cantares
Entonan á una voz los dos cantores,
Y de la Cruz divina los altares
El poeta oriental orna con flores
Que tejen las hurís sus tutelares;
Pero de un solo SÉR adoradores,
«NO HAY MÁS QUE UN SOLO Dios»—dice el Cristiano;
«NO HAY MÁS DIOS SINO DIOS» — el Africano.

Tal es la historia peregrina y bella
Que os dan sobre estas hojas extendida.
Lëedla sin temor: nada hay en ella
Que la razón rechace, ó la fe impida;
La luz que de sus páginas destella
Despierta el alma á la virtud dormida,
Y eleva el corazón y el pensamiento
Á la pura región del firmamento.

Lëedla pues: y el ámbar que perfuma
Del paraíso la mansión divina,
Y el resplandor que de la Esencia suma
Derramado los mundos ilumina,
Y el rumor que levantan con su pluma
Las alas de Gabriel cuando camina,
Embalsame y alumbre y dé contento
Á cuantos lean el *divino cuento.*

FIN DE LA LEYENDA DE AL-HAMAR.

GRANADA

POEMA ORIENTAL

Cristiano y español, con fe y sin miedo,
Canto mi religión, mi patria canto.



LIBRO PRIMERO

EXPOSICIÓN

I

INVOCACIÓN

En el nombre de Dios omnipotente,
Cuya presencia el universo llena,
Cuya mirada brilla en el Oriente,
Nutre las plantas y la mar serena,
Canto la guerra en que la hispana gente
Al África arrojando á la agarena,
Selló triunfante con la Cruz divina
Las torres de la Alhambra granadina.

¡Espíritu de Dios único y trino,
Ángel Custodio de la Fe Cristiana,
Único fuego que del Cielo vino,
Única fuente que incorrupta mana,
Único rayo del fulgor divino,
Única inspiración que soberana
Eleva al Criador la poesía:
Yo invoco tu favor para la mía!

Sostén mi voz, mi espíritu aconseja:
Mas tolera que en carmen Africano
Recoja alguna flor con que entreteja
Cairel morisco á mi laúd cristiano:
Ni juzgues que mi fe de Ti se aleja,
Si algunas veces del harén profano
Las alkatifas perfumadas piso,
Ó invoco á las hurís del paraíso.

Voy la gloria á cantar de dos naciones
Por religión é instintos enemigas,
Que, fieles á la par á sus pendones,
Prodigaron al par sangre y fatigas,
Rojas brotar haciendo sus legiones
Con la sangre común aguas y espigas:
Y cual la de los dos corrió mezclada,
Junta debe su gloria ser cantada.

Pues no porque en su límpida entereza
Conserve yo la fe de los Cristianos
Que hicieron del desierto á la aspereza
Volver á los vencidos Africanos,
Del vencedor loando la grandeza
Trataré á los vencidos de villanos.
No: siete siglos de su prez testigos
Los dan por caballeros si enemigos.

Lejos de mí tan sórdida mancilla:
Antes selle mi boca una mordaza
Que llame yo en la lengua de Castilla
Á su raza oriental bárbara raza.
Jamás: aún en nuestro suelo brilla
De su fecundo pie la extensa traza,
Y, honrado y noble aún, su sangre encierra
Más de un buen corazón de nuestra tierra!

¡Augusta sombra de Isabel! perdona
Si mi ruda canción osa atrevida,
Llegando irreverente á tu persona,
Del féretro evocarte á nueva vida.
Sé que la gloria que inmortal te abona
No puede por mi voz enaltecida
Ser: mas yo bajo á tu mansión mortuoria
No á engrandecer, sino á adorar tu gloria.

Díselo así al Católico Fernando,
Si en medio de las dichas celestiales
Alguna vez, por el Edén vagando,
Recordáis vuestras glorias terrenales,
La obscura tierra desde el sol mirando:
Y al escuchar mis cánticos mortales,
Mirad á vuestra gloria, que me inspira,
No al rudo canto de mi tosca lira.

Y vosotros, guerreros de Castilla,
Honor de sus más inclitos solares,
Nobles Condes de Cabra y de Tendilla,
Merlos, Téllez, Girones y Aguilares,
Cárdenas y Manriques de Sevilla,
Fieles Vargas, intrépidos Pulgares,
Córdovas generosos de Lucena,
Impávidos Clavijos de Baena:

Mendozas de alta prez, Portocarreros
Y Ponces de León, de cuya historia
Sus anales jamás perecederos
Henchidos guarda la Española gloria:
Y vosotros también, ¡oh caballeros
Arabes! dignos de gentil memoria:
Muza, postrero campeador del Darro,
Indeciso Boabdil, Zagal bizarro,

Aly-Athar insepulto, Hamet Rondeño,
Lince de las fronteras castellanas,
Reduán inalterable y zahareño,
Gazul de las doncellas africanas
Querido, Hacén tenaz, Ozmín trigueño,
Tarfe, horror de las crónicas cristianas;
Y vosotras, sultanas granadinas
De nombres y leyendas peregrinas:

Aija la varonil, matrona osada
Jamás rendida á su fatal destino:
Zoraya, la cautiva renegada,
Por cuyos hijos la discordia vino
Á derribar el trono de Granada:
Moraima la de Loja, á quien su sino
Obligó á encomendar sin esperanza
Vida y honor á Castellana lanza;

Perdonadme también si mis canciones,
Á través de los mármoles tendidos
En vuestros solitarios pantëones,
Hieren en ronco són vuestros oídos.
Sé que merecen más vuestras acciones
Que elogios en mi voz mal atendidos:
Mas si, en fuerzas escaso, á tal me atrevo,
Es porque sé lo que á mi patria debo.

Sé que es la empresa donde me he empeñado
Dédalo obscuro, inmensurable abismo,
Do sólo penetrar han intentado
Necia temeridad ó alto heroísmo:
Conozco que, en mi orgullo, demasiado
Fío en mi corazón, fío en mí mismo:
Mas supera la fe mi atrevimiento,
Y fío en Dios que abonará mi intento.

Deliciosos recuerdos de otros días
De honor y de placer, de amor y gloria,
Que envuelta en romancescas fantasías
Guardáis oculta vuestra bella historia,
Exhalada en confusas armonías
De himnos de amor y gritos de victoria:
Dad á mi corazón, dad á mi aliento
Generoso poder, canoro acento.

Águilas que os cernéis con corvo vuelo
Sobre el Atlas y el Cáucaso; pastores
Que sesteáis á la sombra del Carmelo
Y bajáis al Jordán los baladores
Ganados: y vosotros los que en pelo
Montáis salvajes potros voladores,
Hijos de los ardientes vendavales
Que barren los egipcios arenales:

Tribus perdidas y á las de hoy extrañas,
Para quienes la Europa no se ha abierto,
Que incendiáis al huir vuestras cabañas
Y en la Zahara avanzáis el paso incierto;
Gacelas de las árabes montañas,
Apareadas palmas del desierto;
Caravanas errantes á quien ellas
Dátiles dan y leche las camellas;

Palomas de los cármenes floridos
Que bordan las colinas de Granada;
Golondrinas leales que los nidos
En la Alhambra colgáis; enamorada
Raza de ruiseñores que escondidos
Gorjeáis de su bosque en la enramada,
Arroyos que, á su sombra, bullidores,
Laméis su césped y mecéis sus flores;

Sierras que cubre el sempiterno hielo
Donde Darro y Genil beben su vida;
Valles salubres, transparente cielo
De la Alpujarra aún mal conocida;
De Málaga gentil alegre suelo
De la hermosura y del amor guarida;
Mar azul cuyo lomo cristalino
A las quillas de Agar prestó camino:

Abridme los tesoros encantados
De vuestras glorias mil tradicionales;
Dadme á beber los que guardáis sagrados
De inspiración inmensos manantiales;
Germinad en mi mente, no estudiados,
Vuestros cantos de amor meridionales,
Por que pueda brotar del arpa mía
Vuestra oriental y virgen poesía.

De sus cuerdas despréndanse sonoras
Esas modulaciones nunca oídas
Por los pueblos de Europa, y de las moras
Tribus por nuestros pueblos aprendidas;
Esas notas ardientes, tentadoras,
Que aun hoy por tosca mano repetidas
Renuevan en los huertos de la Alhambra
La de veloz compás morisca zambra.

Venid en torno á mí, generaciones
Ateridas del Norte, que con pieles
Vestís nuestras moriscas tradiciones,
Rasgando sus bordados alquiceles:
Venid á oirlas en sus propios sones
Y lengua original de bocas fieles,
Al pobre són de bárbara guitarra
Debajo de un peñón de la Alpujarra.

Venid, aprenderéis del Mediodía
Cuál el origen es de los cantares
Que jamás comprendió vuestra alma fría:
Sabréis cómo entre bélicos azares
Nació la abrasadora poesía
De nuestros bellos cantos populares;
Y en el lujo oriental de su riqueza,
Considerad su bárbara grandeza.

Pues por hijos de bárbaros osada
Vuestra historia nos da, sea en buen hora:
No esa bárbara estirpe renegada
Será por mí; mas á admirar ahora
Venid el rastro que dejó en Granada
La ilustración de nuestra estirpe mora:
Y en el lujo oriental de su riqueza
Adorad nuestra bárbara grandeza.

Sí: yo os voy á contar la historia bella
De esos á quien llamáis fieros salvajes,
Y fío en Dios que entenderéis por ella
Que puede despreciar vuestros ultrajes
Quien Alhambras dejó sobre su huella,
Quien labró fortalezas como encajes,
Y quien colmó por cóncavo arrecife
Las albercas del real Generalife.

Yo os voy á hablar del mágico recinto
De esta por ellos habitada tierra,
Y á mostraros lo que este laberinto
De jardines y alcázares encierra.
En llanto y sangre le dejaron tinto,
Pero tan fértil con su amor y guerra,
Que la flor más silvestre aromatiza
Y el más vulgar recuerdo poetiza.

Yo os haré ver, de nácar, concha y oro
Sobre arcos, sus balsámicos pensiles,
Do brotan junto al cedro el sicomoro,
Junto al nudoso abeto las gentiles
Palmeras, junto al álamo inodoro
El plátano aromado, las sutiles
Hebras de la ancha pita entre rosales,
Y el fragante limón entre nopales.

Yo os haré ver su pueblo primitivo,
Mitad rudo pastor, mitad guerrero,
Cuyo robusto labrador activo,
Cambiado en la ocasión en caballero,
Lidió, veloz Numida al golpe esquivo,
Con el jinete colosal de acero:
Y aplazando con él treguas extrañas,
Corrieron toros y jugaron cañas.

Yo os haré oir sus cuentos populares
Y sus caballerescas tradiciones
En torno y al calor de sus hogares;
Vendréis á sus nocturnas reuniones
Conmigo, sus combates singulares
Juzgaréis, sus civiles disensiones
Lamentaréis, saldréis á sus campañas
Y testigos seréis de sus hazañas.

Vendréis á sus palacios construídos
Para la guerra á un tiempo y los placeres,
Y leeréis en sus muros, revestidos
De miniaturas, de oro en caracteres
Con sacra fe caballeresca unidos
Los nombres de su Dios y sus mujeres:
Sin que halléis en la casa que fué suya
Nada que en pro de su saber no arguya.

De fakíes, de reyes, y vasallos
Os contaré los gozos y las cuitas:
Os haré penetrar en sus serrallos
Y asistir á sus rondas y á sus citas:
Y sus muebles, sus armas, sus caballos,
Sus bazares, sus baños, sus mezquitas,
Desde el hogar hasta la móvil tienda
Todo lo váis á ver en mi leyenda.

Que es del poeta grande á maravilla
El poder, y radiante su mirada,
Como un fanal que las disipa, brilla
En las tinieblas de la edad pasada.
Venid, pues: con las lanzas de Castilla
Os voy á conducir hasta Granada:
Y, á pesar de sus fieros Africanos,
En la Alhambra entraréis con los Cristianos.

Tal es, tan grave, tan inmensa y alta
La empresa nueva y colosal que intento:
Tal es la altura que atrevido asalta
Descarriado quizá mi pensamiento;
Mas si del vuelo en la mitad me falta
Fuerza al impulso ó á las alas viento,
Siempre sabré sin deshonor que, en suma,
No me faltó el valor, sino la pluma.

¡Tierra oriental, mansión de la alegría,
Favorita del sol y de las flores,
Santuario del valor, cuna del día,
Paraíso del ocio y los amores,
Tesoro y manantial de poesía!
Voy á cantar tu gloria y tus primores.
¡Tierra de bendición, al Cielo santo
Pide la suya tú para mi canto!

¡Salve, ciudad del sol, Granada bella,
Amor de Boabdil, huerto florido
Que entre nieves estériles descuella,
Taza de nardos, de palomas nido,
Diamante puro que sin luz destella,
Edén entre peñascos escondido,
Ilusión de esperanza y sueño de oro
Que halaga aún al corazón del Moro!

¡Salve, vergel en donde el alba nace
Y donde el sol poniente se reclina,
Donde la niebla en perlas se deshace
Y las perlas en plata cristalina:
Donde el placer sobre laureles yace
Y Dios sonríe y la salud domina!
Divino objeto de mi canto rudo,
Yo al empezar mi canto te saludo.

Heme aquí, vueltos hacia ti los ojos,
Descubierta al nombrarte la cabeza,
Con amoroso afán puesto de hinojos,
Rendido adorador de tu belleza,
Ofrecerte mis cantos por despojos
Si dignos son de tu inmortal grandeza;
Tiéndeme, pues, bellísima Granada,
Al elevar mi voz una mirada.

Y ¡plegue á Dios que mi amoroso acento
Por cima de los montes y los mares
Lleve á tu Alhambra sonoroso viento
Que armonía mejor dé á mis cantares!
Y si te dan á ti contentamiento
Y algún premio por ellos me buscares,
Dame á tu vez ¡oh flor de mis amores!
Sepultura al morir entre tus flores.

II

NARRACIÓN

Un siglo de desorden y abandono
Para mal de Castilla había corrido,
Y cinco reyes afirmar su trono
Bajo el regio dosel no habian podido;
Y todo un siglo, con civil encono
En contiendas sacrílegas perdido,
Sólo dejaba al pueblo Castellano
Ira en el corazón, sangre en la mano.

Débil el rey, el prócer insolente,
Hecho el soldado á la rapiña, al oro
Aficionado el clero irreverente,
Rico el Judío y descuidado el Moro,
Fué la justicia inútil é impotente:
Nadie atendió al honor, nadie al decoro:
Nadie seguro en tan infanda tierra
Al deber acudió, sino á la guerra.

Constituyóse el noble en soberano,
Y el soldado en señor: el caballero
Se hizo juez, el obispo cortesano,
Soldado el labrador, aventurero
El holgazán, bandido el artesano:
Y, mucha la ambición, poco el dinero,
Robó al débil el fuerte, y en la obscura
Tienda el judío vil se hartó de usura.

Rebelde á su Monarca la nobleza
Alzó banderas y allegó parciales:
Cada solar cambióse en fortaleza,
Cada escudo en pendón: y por leales
Todos dándose á par y con fiereza
Temeraria batiéndose, á los males
Abrieron ancha puerta, y fué la España
Confusa lid, universal campaña.

Hasta el Rey portugués entró en Castilla
Su esposa haciendo á su sobrina Juana,
Y dividióse en bandos cada villa
En pro ó en contra de la unión profana.
Airado el Santo Padre á tal mancilla,
La sacrílega unión declaró vana:
Mas, al rayo de su ira, el vulgo ciego
En lugar de extinguir avivó el fuego.

La fe apagada y el honor extinto,
Perenne manantial de desconsuelos,
Denso caos, confuso laberinto
De pasiones, de crimenes y duelos
De la España infeliz era el recinto:
Y hundiérase su gloria, si los cielos
No la enviaran un astro de ventura
Que la alumbrara en noche tan obscura.

Grande, digna, legítima, valiente
Cual repentino el sol tras un nublado
Aparece más puro y refulgente,
Apareció Isabel. Tronó indignado
Sobre el clamor de la confusa gente
Su regio acento, y su pendón sagrado
Alzando en el tumulto de improviso,
Postróse el pueblo y la acató sumiso.

De ella en pos el Católico Fernando
Al frente apareció de sus legiones,
En las banderas de Aragón mostrando
Las barras á la par de los leones.
Todo el que noble se juzgó á su bando,
Por honor ó por miedo, sus pendones
Unió: y el porvenir con luz más pura
Comenzó á esclarecer la edad futura.

Monja en Coimbra la Princesa Juana,
Sin fe su causa y sin valor su bando,
Vencida la arrogancia Lusitana,
Rey de Sicilia y Aragón Fernando,
Reina Isabel en tierra castellana,
Quietos los nobles y seguro el mando
Bajo el doble poder de entrambos reyes,
Tornó España á su prez, tornó á sus leyes.

Acotó la licencia y el cinismo
De las viejas costumbres relajadas
La Inquisición severa: el Judaísmo
Sepultó su avaricia en las moradas
De sus obscuras lonjas: á sí mismo
Volvió el honor Hispano sus miradas,
Y un siglo entero sin virtud ni gloria
Vió que manchaba su cristiana historia.

Avergonzada entonces la nobleza,
Entregó á los monarcas los castillos
Con que á la rebelión dió fortaleza:
Y arrancando sus puentes y rastrillos,
La plebe licenció que la pobreza
Llevó á su bando; y, libre de caudillos
Tales, volvió el labriego á sembrar grano
Y volvió á su taller el artesano.

Vióse libre el erial de bandoleros,
De cohechos el foro, de judíos
El mercado, la plebe de usureros,
La sociedad de vagos, y de impíos
La fe: vióse el erario con dineros,
Con disciplina la milicia, y, bríos
Dando á Castilla el genio de otra era,
Tornó á su fuerza y dignidad primera.

Generación empero entre el bullicio
De eslabonadas y feroces guerras
Nacida, y avezada al ejercicio
De entrar por muros y trepar por sierras,
Llegó en ésta el valor á ser un vicio
Y el pelear costumbre: y en sus tierras
No hallando ya enemigos á las manos,
Pensó al fin en los fieros africanos.

Como león que hambriento se despierta
Y, al tender la mirada adormecida
De la llanura en la extensión desierta,
Á lo lejos cruzar mal conducida
La lenta caravana á ver acierta,
Y avanzado la garra entumecida,
Crespa la greña y la mirada fosca,
Para asaltarla en el jaral se embosca:

Así tendió famélica mirada,
Despertando al honor, el castellano
Hacia el florido reino de Granada,
Embalsamado harén del africano.
Así Castilla alerta y emboscada
De Isabel bajo el trono soberano,
Sólo esperaba su orden impaciente
Para caer sobre la mora gente.

La Católica Reina, sus enojos
Con varonil prudencia refrenando,
Fijos tenía los atentos ojos
En el redil del agareno bando:
Y, resuelta á arrancar sus granos rojos
Á Granada uno á uno, con Fernando
Esperaba en el Cielo oir la hora
Del exterminio de la raza mora.

Y tenía ya Dios determinado
El desastroso fin de aquella gente,
Y al término fatal era llegado
El poder de las tribus del Oriente.
El trono de Al-hamar había ocupado
Su penúltimo rey, y, á su occidente
Tocando ya la berberisca luna,
Huía hacia Castilla su fortuna.

La discordia civil vertido había
El licor de su copa envenenada
En el alma del árabe, y ardía
El cráter de un volcán bajo Granada:
Mas oculto en la tierra todavía
El fuego asolador, aposentada
Parecía en la Alhambra la ventura,
Firme su solio, su quietud segura.

Reinaba allí Muley Hasán: guerrero
Más que rey y político, su mano
Nunca el cetro empuñó, sino el acero:
No temió nunca, sino odió al cristiano.
Ni nunca treguas respetó altanero,
Ni manchó su decoro soberano
El tributo pagándole rendido
Por su padre Ismaël que fué vencido.

En diez años de próspero reinado,
Al porvenir mirando y al decoro
De su trono, Muley había logrado
Su ejército doblar y su tesoro.
De África con los reyes coligado,
Prevenido á la lid se había el Moro:
Y de víveres y armas hecho apresto,
En pie sus plazas de defensa puesto.

Numerosos sacó de Bérbería
Escuadrones de tropas auxiliares,
Del desierto veloz caballería,
Saeteros de Fez almogavares:
Y un pie de sus fronteras no tenía
Sin avanzados puestos militares,
Ni un cerro de sus reinos á la raya
Sin el ojo sagaz de una atalaya.

Seguro como un águila en su nido
En Granada Muley, por sus fronteros
Guardado, y de sus súbditos temido
Por los decretos de su ley severos,
Reinaba en celebrar entretenido
Con sus enamorados caballeros
Justas, zambras, saraos deslumbradores
En honor de la hurí de sus amores.

Es esta la cautiva seductora
Que Isabel de Solís niña y cristiana
En Martos se llamó, y á quien ahora,
En el serrallo de Muley sultana,
Zoraya llaman, en la lengua mora
Lucero precursor de la mañana:
Astro en verdad de amor y de hermosura,
Mas precursor de asolación futura.

Por el ardiente amor de esta cautiva
Olvidado Muley de Aija su esposa,
De su presencia y de su amor la priva:
Y Aija, como oriental, fiera y celosa
Y, como Reina y afrentada, altiva,
Disimula la rabia que la acosa
Alentada no más por la esperanza
De tomar en los dos feroz venganza.

Un hijo tiene, Abú-Abdilá llamado,
Del Rey versátil, y por ella propia
En odio de Muley amamantado;
Mozo gallardo, de su padre copia,
Mas contrario á su padre por el hado
Fatal en que nació, traidor acopia
El odio hacia Muley que Aija respira,
Y el que su estrella personal le inspira.

Guárdale la sultana con desvelo
Y témele el Monarca por instinto:
Ódiale la Zoraya, con recelo
De que á sus hijos dañe cuando, extinto,
Del amor de Muley la prive el Cielo:
Y Abú-Abdilá entretanto, en el recinto
De Granada parciales allegando,
Sagaz se forma poderoso bando.

Sospéchalo Muley; la favorita,
En el amor del Árabe fiada,
Diestra su odio á su rival excita:
Pero menos contra ambos osa á nada
Cuanto más el Monarca lo medita.
Nace así la carcoma de Granada,
Y Hasán en el peligro se adormece,
Y el tiempo vuela, y el peligro crece.

¡Escrito estaba y del amor fué pena!
Perdió Eva al padre de la raza humana,
Á Hércules Deyanira, á Troya Elena,
Lucrecia al solio y majestad Romana,
Florinda á Don Rodrigo; y la Agarena
Gente perdióse por la vil cristiana
Que, dando impura á Boabdil hermanos,
Dió á sus almas rencor, hierro á sus manos.

¡Escrito estaba! comprendiólo luego
El postrimer Monarca granadino;
Y, según el Korán, el hombre ciego
Torcer no puede su fatal destino.
¡Escrito estaba! lágrimas de fuego
Vertiendo del Padúl sobre el camino
Lo dijo Abú-Abdil, hacia Granada
Triste volviendo la postrer mirada.

Y escrito estando é inmutable siendo
El fallo del destino, hacia su ruina
Arrastrado por él iba corriendo
Sordo y ciego Muley, á la divina
É inexcusable voluntad cediendo:
Y, esclavo del amor que le domina,
En mantener no más piensa á Granada
Esclava de su hermosa renegada.

Sólo por eso su grandeza estima,
Su prez en mantener piensa por eso:
Por eso ardor de combatir le anima,
Triunfos soñando su amoroso exceso.
Por eso de su alcázar desde encima
Del muro y agobiado bajo el peso
De su amante ambición, se le veía
Mirar la vega al transponer el día.

Desde el adarve real de su alcazaba
De la Alhambra, Muley con complacencia
Del granadino reino contemplaba
La amenidad y próspera opulencia:
Y al cristiano poder desafiaba
Con desdeñosa y bárbara insolencia,
Al lejos divisando los pajizos
Muros de sus castillos fronterizos.

Sonreía el infiel con arrogancia,
Mirando las montañas guardadoras
De su tierra, y en fértil abundancia
Las tribus de sus pueblos moradoras.
Sonreíase al ver en la distancia
Del África arribar las naves moras,
Sobre un mar que parece en lejanía
Un ceñidor azul de Andalucía.

Embriagábase el Árabe de orgullo
Contemplando la espléndida hermosura
De su vega, y servíale de arrullo
El misterioso són con que murmura
La soledad, y el singular murmullo
Que armoniza doquier el aura pura,
Cuando orea con ala sosegada
La región por los hombres habitada.

Absorto contemplaba el noble Moro
La vega granadí, huerta extendida
De su corte á los pies, rico tesoro
De ocio y placer y manantial de vida:
Y el alma de Muley, en sueños de oro
Con pereza oriental adormecida,
Se gozaba en mirar desde la altura
Por milésima vez tanta hermosura.

En aquel cielo azul y transparente,
Pabellón de cristal sin mancha alguna,
Lucen sobre la tierra eternamente
Sereno el rojo sol, blanca la luna.
Allí Genil su límpida corriente
Vierte con Darro y Monachil á una,
Brotando á sus regueros creadores
En vasta profusión frutos y flores.

Allí el cedro fragante y los almeses
Amados de los pájaros campean
De Jericó á la par con los cipreses;
Las vides de Falerno allí se orean
Entre pajizas y preñadas mieses,
Que magnolias espléndidas sombrean:
Y allí las cañas del Jordán sonoras
Zumban entre las palmas cimbradoras.

Las de la humana ciencia más ignotas
Salutíferas plantas allí quiso
Dios fecundar, y de las más remotas
Tierras los frutos dió á su paraíso:
Los sagrados laureles del Eurotas,
Los poéticos tilos del Pamiso,
De Estambúl los ardientes tulipanes,
De Cartago los frescos arrayanes.

Por sus fragantes y purpúreas rosas
Sus rosas la cediera Alejandría:
Por sus morenas hijas voluptuosas
Sus hijas la Circasia la daría:
El zumo de sus vides deliciosas
La campiña de Chipre envidiaría,
Su frescura los bosques de la Ausonia,
Sus árabes pensiles Babilonia.

Tal es la vega de Granada: tales
Las delicias que encierra, y que el monarca
Desde sus ajimeces orientales
Con mirada de halcón ufano abarca.
Tal es su reino entero; y en sus reales
Alientos le parece ofrenda parca
Que llevar á los pies de la que adora,
De Zoraya, lucero de la aurora.

Por eso se extasía contemplando
Sus tierras y su corte defendida
Por las bravas legiones de su mando,
De mil y treinta torres guarnecida:
Y al pensar en la corte de Fernando,
En sus tierras aun no establecida,
«¡Venga á pedir, exclama, si se atreve,
El vil tributo que Muley le debe!»

Y he aquí que, concluyendo en estos días
El plazo de unas treguas especiales
Que acotaban las locas correrías
Lícitas por las treguas generales,
No pasando la empresa de tres días,
No batiendo tambor ni alzando reales,
Presentóse en la vega una mañana
Un escuadrón de gente castellana.

Corto, pero á la lid apercibido,
Componíanle apenas cien jinetes
Que estatuas parecían de bruñido
Sonante acero. El rostro en los almetes
Bajo de las viseras escondido
Traían: sobre malla coseletes
De triples pasadores barrëados,
Los caballos de hierro encubertados.

Mazas de nueve puntas y afiladas
Hachas de desarmar en los arzones:
Puñales de Milán y anchas espadas
De Toledo en la cinta, los lanzones
Al brazo y, en lugar de las rizadas
Plumas, una cruz de oro en los crestones
Y otra al pecho, diciendo en un letrero:
Á SU LUZ VIVO Y Á SU SOMBRA MUERO.

Del cristiano escuadrón á la cabeza
Marchaba un caballero de Santiago
Comendador, templando la fiereza
De un potro negro, que al continuo halago
De su señor responde con nobleza
Cabeceando orgulloso, y al amago
Del acicate esquivo, á cada instante
Quiere escapar con ímpetu pujante.

Era este capitán don Juan de Vera
Del solar de Mendoza: Castellano
De recto juicio y de virtud severa,
Celoso asaz del esplendor cristiano,
Conoce y teme la morisma entera
Su audaz valor y su pesada mano:
Y en el tumulto de la lid confusa,
Quien valiente no es su encuentro excusa.

Con paso grave y continente altivo
Por entre el moro pueblo, que le mira
Con ojo torvo y ademán esquivo,
Llegó Don Juan al torreón de Elvira:
Y vuelto á un renegado que cautivo
Trae, con voz que majestad respira
Y en Español, mirando á su decoro,
Dijo, aunque sabe bien la habla del Moro:

«Dí al capitán del puesto, en Africano,
Que de estas puertas al umbral espera
Licencia para hablar al soberano,
En nombre de su Rey, Don Juan de Vera:
Y que para él y su escuadrón cristiano
Pide hospitalidad franca y sincera
Por una noche; pues, su real mensaje
Cumplido, torna á continuar su viaje.»

El renegado en árabe tradujo
Lo dicho al capitán, el cual, montando
Una yegua que Córdoba produjo
Y en sus dehesas pació su césped blando,
Por la árabe ciudad les introdujo
Hasta que, el alto Bib-Leujar pasando,
De sus bosques cruzando el laberinto
Les dejó de la Alhambra en el recinto.

Regia hospitalidad y alojamiento
Cómodo el moro rey, de su alcazaba
En una de las torres al intento
Dispuesta, dióles: muchedumbre esclava
Á sus órdenes puso, cuyo atento
Cuidado pronto á su obediencia estaba:
Y les sirvió en opípara comida
Con caliente manjar fresca bebida.

De ella al fin un kadí, severo anciano
De barba luenga y paternal mirada,
Llegó á Don Juan y díjole: «Cristiano,
La luz de Aláh te alumbre. Tu embajada
Recibirá mañana el soberano.
Huéspedes del monarca de Granada
Sois tú y los tuyos esta noche; mide
Por tu deseo su largueza, y pide.»

«Anciano, replicó Don Juan de Vera,
Da gracias á tu rey por su hospedaje,
Y dile que jamás de otra manera
A caballeros de mi fe y linaje
Que tratára esperé: que á la primera
Luz del próximo día mi mensaje
Que oiga le ruego: pues la misma tarde
Debo partir. He dicho: Dios te guarde.»

Retiróse Don Juan á su aposento:
Mas no sin ver si su cristiana gente
Tenía cerca de él alojamiento
A caballeros tales conveniente;
Y, con todo el rigor del campamento
Guardado el torreón militarmente,
Después de haber sus oraciones hecho
Tendióse armado en el morisco lecho.

LIBRO SEGUNDO

LAS SULTANAS

I

EL CAMARÍN DE LINDARAJA

Era una noche azul, pura, serena
Del fructífero Mayo, perfumada
Con el aroma de sus flores, llena
De la armonía mística exhalada
Por las auras y fuentes, que en la amena
Soledad de los bosques y los huertos
Misteriosas susurran, y alumbrada
Por la luna creciente con inciertos,
Trémulos y argentinos resplandores:
Era una noche, en fin, de esas hermosas

Noches de paz, inspiración y amores,
En que derrama Dios sobre Granada,
Africana dormida entre las rosas,
Los rayos de sus ojos creadores
Y el aura de su aliento embalsamada:
La misma noche en que Don Juan de Vera
Huésped del Moro en sus palacios era.

Y era un regio y magnífico aposento
De la oriental Alhambra, donde el oro,
El cobalto y el nácar, en labores
Mágicas trabajadas á lo moro,
Brillaban desde el techo al pavimento,
Á los suaves y tímidos fulgores
Que una aromada lámpara esparcía
Que en una taza de alabastro ardía.

Á un lado de esta cámara ostentosa
Y por bajo de un arco que cubría
Damasquino tapiz, se abría paso
Una estrecha y cruzada galería,
Formada de esta estancia por el muro
Y un balcón, por do entraba misteriosa
De los astros la luz, el aire puro
Y el són del agua que, en raudal escaso,
Vertía Darro por el valle obscuro.

El suelo de esta estancia deliciosa
Era de blanco mármol, á pedazos
Cubierto de alkatifas argelinas
Y cojines de raso azul y rosa:
Sus puertas se cerraban con cortinas
De telas de oro y seda, que con lazos,
Broches y trenzas de ámbar y corales,
Se recogían en profusos pliegues
Al gusto de los pueblos orientales:
Y en el segundo cuerpo de los muros
Se abrían dos moriscos ajimeces
De exquisita labor y árabes, puros,
Elegantes contornos
Y calados y espléndidos adornos.

Tras de sus celosías iba á veces
El Rey ocultamente, de sus serios
Afanes esquivándose un instante,
Á sorprender los íntimos misterios
De las mujeres Moras
De esta cámara real habitadoras;
Gozando así en secreto
Desde aquellas arábigas ventanas
Las voluptuosas danzas, las moriscas
Cántigas y nocturnas diversiones
Á que, con sus esclavas y odaliscas,
Se entregaban alegres las sultanas.

El balcón, que en el fondo
De la estancia se abría
Más allá de la estrecha galería,
Era otra especie de ajimez, labrado
Con el más exquisito y rico adorno
Por arquitectos Moros inventado:
Y un deleitoso camarín fingía,
Cuyas ventanas rodëaba en torno
De cedro una movible celosía.

Era pues el balcón de aquella estancia
Regia y maravillosa
Un mirador calado, que aspiraba
De su ajimez morisco por los huecos,
De los vecinos huertos la fragancia,
La música del agua rumorosa,
Que en la sombra corría,
Y el canto de las aves que albergaba
La arboleda del río, y cuyos ecos
Murmurador el aire allí traía.
Entre este camarín y este aposento,
Con caracteres de oro (en una faja
De púrpura y azul que se tendía
Por bajo el circular cornisamento
Del ajimez) escrito se veía
Un rótulo miniado, que decía:
«Mirador de la hermosa Lindaraja:»

Y á fe que el mirador es un portento
De la elegante arquitectura Mora
Y un santuario de amor y poesía:
Regalo al fin de un Árabe opulento
A la mujer feliz que le enamora.

En esta regia cámara moruna,
De aquella hermosa noche en las primeras
Horas, al suave claro de la luna
Y al rumor de las ráfagas ligeras
Que entraban por las árabes ventanas,
Yacía, al parecer sin pena alguna,
Hada gentil de su mansión divina,
La más bella y feliz de las sultanas
Que habitaron la Alhambra granadina.

Los mullidos cojines, apilados
Bajo su cuerpo leve, sostenían
Muellemente sus miembros delicados:
Sus perezosos brazos se tendían
Sobre la pluma sin vigor: caían
Sus rizos de la faz por ambos lados
Sobre sus blancos hombros: ancho, lleno,
Del morisco jubón bajo la seda,
Al aspirar con hálitos pausados,
Se dibujaba su redondo seno
Cual dos montones de apretada nieve

Que en la redonda copa de ancho pino
El aire cuaja lento y manso mueve:
Y á través del calzón, de cuyo lino
Los pliegues mil su cuerpo peregrino
Ceñían, bien bajo el tejido leve
Podíanse admirar, y á pesar de ellos,
De su cintura y muslo alabastrino
La pura tez y los contornos bellos.
Su enano pié calzaban
Chinelas de brocado: sus tobillos
Ajorcas primorosas adornaban
Hechas de gruesas perlas, que horadaban
Por su grueso mayor áureos arillos:
Sus brazos dobles sartas de corales,
Sus orejas riquísimos zarcillos:
Y, á usanza de las Moras principales,
Ostentaba sus uñas nacaradas
Con azul costosísimo miniadas.

Era en verdad bellísima la Mora,
Y merecía bien tanta riqueza,
Y ser de tal estancia moradora,
Y mandar con despótica entereza,
Y obedecida ser como señora.

Una mirada de sus negros ojos
Más que un alcázar para el Rey valía:

Por solo un beso de sus labios rojos
Una ciudad frontera vendería:
Por el más infantil de sus antojos
La cabeza más noble inmolaría:
No tenía su amor precio ni raya
En la alma de Muley. — Es la Zoraya.
Es ella, la sultana favorita
Que á solas en su cámara le espera:
Y aunque parece que feliz dormita
Y que nada la acosa, ni la altera,
Secreto afán su corazón agita
Y sueña..... ¡Como sueña la pantera
Con la sangre caliente
En que espera aplacar su sed ardiente!

Entoldada la luz de sus pupilas
Con los cerrados párpados conserva,
Sus facciones inmobles y tranquilas:
Grata molicie al parecer la enerva:
Pero su corazón guarda un intento
Harto feroz, cuya afición proterva
Se oculta en su reposo soñoliento
Como un áspid letal bajo la hierba.

Imagen bella, voluptuosa y pura
De las hurís que colocó Mahoma
En su eternal Edén, por su hermosura

Parecía una cándida paloma
En la forma ideal de su figura:
Un cuerpo de mujer en que se encierra
El puro sér de un angel, á la obscura
Región mortal de nuestra baja tierra
Enviado, á perfumarla con su aroma
Y á derramar en ella su ventura.
Pero la torva luz de su mirada,
La cortina de sombra que en su frente
Tiende su ceño cuando mira airada,
La contracción apenas perceptible
Con que el extremo de su labio ardiente
Arruga su sonrisa,
De la escondida peligrosa hoguera
Que arde en su doble corazón avisa,
Y en la faz de la Mora
Con resplandor siniestro reverbera.
Muley por su belleza seductora
Luz de la aurora la llamó..... y tal era
La luz de este *lucero de la aurora:*
Tal es Zoraya que á Muley espera.

Oyóse al cabo en el jardín vecino,
Bajo el abierto mirador cercano,
El dulce són de un cántico africano
Que una morisca guzla acompañaba:
Són con que la anunciaba de contino

La llegada del Rey atenta esclava.
Estremeció los miembros de la Mora
Movimiento nervioso: mas tan leve,
Que resbalar no hizo
Por su cuello, más blanco que la nieve,
El más ligero descompuesto rizo:
Ni de su blando lecho
Un pliegue solamente descompuso:
Ni con respiración más presurosa
Se hincharon los contornos de su pecho.
Inmóvil, silenciosa,
Cual si no le sintiera ni aguardara,
En su aparente sueño y perezosa
É incentiva postura
Dejó la hermosa que Muley llegara
El veneno á beber de su hermosura.

Envuelto en su alquicel, bajo el plegado
Pabellón de la azul tapicería,
Apareció Muley: tendió callado
Una sagaz mirada escrutadora
Por sobre cuanto en derredor había,
Y dilató su labio desdeñoso
Sonrisa de placer, viendo á la Mora
Que sobre los cojines en reposo
Con abandono tentador yacía.

Llegóse á ella y contempló un instante
La tranquila expresión de sus facciones,
Por milésima vez con ojo amante
Recorriendo voraz las perfecciones
De aquel cuerpo, velado escasamente
Por el leve ropaje transparente
Sobre los apilados almohadones.

Llegóse y admiró bajo la pura
Nívea tez, á través de su blancura,
La red sutil de las azules venas,
Cuyo tejido transparente indica
Que aquella piel purísima y nevada
Encubre el alma ardiente y vivifica
La complexión fogosa, enamorada,
Que á su tez atribuyen las morenas;
Y percibió el aroma con que el baño
Su cuerpo perfumó, de que las Moras
Granadinas usaban todo el año;
Y el rumor escuchó, sensible apenas,
De su respiración igual y suave,
Y sin poder con su amoroso exceso
Sobre su boca de coral, que sabe
Y trasciende al alöe de Corinto,
Depositó Muley un amplio beso
Que crujió de la estancia en el recinto.

Abrió Zoraya los ardientes ojos,
Y al fijar su mirada
Sobre la faz del Árabe, cambiada
De colérica en tierna, con acento
Más grato que el murmullo soñoliento
Que levanta la brisa en la enramada,
Díjole, disipando los enojos
Que acaso al despertar fingió indignada:

«Te esperaba, Señor: aunque dormía,
»Mi corazón velaba, y en mi sueño
»La leve huella de tu pie sentía
»Que á mis amantes brazos te traía,
»Bizarro Amir, de mi existencia dueño.»

«Apenas en los altos alminares
(Contestóla Muley)» la voz sonora
» Del *muezín* anunció la última hora
» De la oración del dia,
» Á favor de las sombras tutelares
» Vengo á ti, manantial del agua pura
» En que templa su sed el alma mía,
» Y heme á tus pies, LUCERO DE LA AURORA,
»Que me alumbras doquier con tu hermosura.
» Llamásteme en secreto,
» Sol de mi corazón, y aquí me tienes
» Á tu absoluta voluntad sujeto.

» Habla; ¿Qué quieres de tu esclavo? ¿Bienes?
» Mi reino es tuyo: véndele. ¿Deseas
» Regocijos y zambras? Mis juglares
» Llama, mis nobles Árabes convoca;
» Y aquéllos con mil juegos malavares,
» Y éstos con toros, cañas y torneos,
» En fiesta interminable, libre y loca,
» Sacien en Bib-arrambla tus deseos.
» ¿Ó tal vez algún vil desventurado
» Tu enojo excita? Nómbrale, y aunque haya
» Mi amigo sido ó su niñez pasado
» Junto á mí, y yo partido mi grandeza
» Con él, te juro por tu amor, Zoraya,
» Que te enviaré mañana su cabeza.»

Decía así Muley, en la locura
De la pasión que el alma le devora,
Y sonreía oyéndole la Mora
De la pasión del Árabe segura.

Sus dedos de marfil entre la cana
Barba de Hasán con infantil cariño
Pasó y con complacencia la Sultana,
Dejándola aromada con su mano:
Y con caricia tal, propia de un niño,
Trajo á sus pies sobre el cojín liviano
Trémulo de placer al Africano.

Zoraya entonces, su gentil cabeza
En el hombro del Moro reclinando,
Y el fuerte talismán de su belleza
Contra el alma del Árabe empleando,
Así le empezo á hablar, el suave aliento
De su boca balsámica de intento
Hasta la boca de Muley enviando,
Diálogo tal entre los dos trabando:

ZORAYA

Sabes cuánto te amé. Niña y cautiva
Me crié al lado tuyo entre las flores
De los jardines de tu Alhambra: esquiva
Después á los halagos tentadores
De tus bizarros nobles Granadinos,
Negué mi juventud y mi belleza
Á cuanto no eras tú con entereza.....
¡Sentía ya ligados nuestros sinos!
Hizo en ti de los astros la influencia
Su efecto al cabo: me encontraste hermosa.
Cediste del destino á la sentencia,
Y pagaste mi amor, y fuí dichosa.
La tierra en que nací y el amoroso
Dulce calor del maternal regazo,
El acento del padre cariñoso,
Su castillo feudal que, en el ribazo
De un cerro, se levanta pintoresco

Cercado de alamedas, cuyo arrullo
Salud le daban y armonía y fresco
De despeñadas aguas al murmullo,
Todo lo eché por fin de mi memoria:
Y, del nombre y la fe de mis mayores
Renegando, las puertas de su gloria
Perjura me cerré por tus amores.

MULEY HASÁN

¿Y cuándo lo olvidé, luz de la aurora?
¿No comprendí tu abnegación y entero
Mi corazón te dí? Tú eres señora
Dél todavía; lo que quieras quiero.

ZORAYA

Quiero, Señor, decirte lo que acaso
No te deje otro afecto libremente
Comprender y juzgar: porque traspaso
Los límites tal vez de lo prudente
Con tan audaz revelación; empero
Más que el respeto y la prudencia fuerte
Mi cariño por ti, salvarte quiero
Aun á peligro de mi propia muerte.

MULEY HASÁN

¡Salvarme! ¿Y de qué riesgo? Habla.

ZORAYA

Un instante

Oye en calma, Señor. Yo, que las horas
De tu existencia en vela paso amante,
Sé por tu bien lo que imprudente ignoras.
Tienes, Señor, un hijo cuya estrella
Á Granada es fatal, según los sabios
Que su horóscopo hicieron.

MULEY HASÁN

La luz de ella
Pende no más de un soplo de mis labios.

ZORAYA

Y el soplo de tus labios sólo pende
De un acero traidor que en tu garganta
Le corte.

MULEY HASÁN

¿Abú Abdil....?

ZORAYA

Señor, atiende.

MULEY HASÁN

Prosigue.

ZORAYA

De él y de su madre es tanta
Por reinar la impaciencia, que á estas horas,
Traidores á su rey y de él parciales,
Bajo los techos de las casas moras
Se afilan en silencio mil puñales.

MULEY HASÁN

Sé que Aija.....

ZORAYA

Me detesta.

MULEY HASÁN

¡Ay si te mira
Sólo un momento con semblante torvo!

ZORAYA

¡Y hay de ti, si la rabia que la inspira
No sofocas, Muley! No será estorbo
Ya ni el filial ni el conyugal cariño
Para intentar el crimen: la serpiente
Da emponzoñados huevos, y el que niño
Para su padre fué desobediente,
Traidor para su rey será mañana.

MULEY HASÁN

Desecha tu temor, Zoraya mía:
Los conozco á los dos: mas será vana
Su obstinada ambición: se les espía.

ZORAYA

¿Pero ignoras, Señor, que está plagada
Tu corte de los suyos?

MULEY HASÁN

Sé sus nombres.

ZORAYA

¿Y sabes que propalan por Granada
Que Dios está por él?

MULEY HASÁN

Pero los hombres
Crédito no les dán.

ZORAYA

Rey, te equivocas:
Aly-Athar el de Loja y la Alpujarra
Toda con él, sus esperanzas locas
Apoyan con la fe y la cimitarra.

MULEY HASÁN

La fe y mis cimitarras á sus breñas
Les volverán.

ZORAYA

Te engañas: los villanos
Reniegan de su fe, según las señas,
Pues pactan contra ti con los cristianos.

MULEY HASÁN

Zoraya, sus delirios ha venido
Á contarte algún loco. Te detestan
Y ambicionan reinar: mas nunca han sido
Del Nazareno amigos.

ZORAYA

Pues se aprestan

Los Nazarenos á su voz.....

MULEY HASÁN

¡Patrañas
Por derviches lunáticos vertidas!

ZORAYA

Empresas ciertas, aunque asaz extrañas:
Peligrosas, Muley, mas emprendidas.
Yo, por ti en vela, presentí el estrago
De este huracán que nubecilla asoma;
Sé que es tu hijo y te dirán que lo hago
Por amor á los míos: pero toma.

Tal diciendo Zoraya, de entre el raso
De los blandos cojines tunecinos,
Prevenidos sin duda para el caso
De antemano, sacó dos pergaminos:
Y con aquella singular sonrisa
En cuya móvil expresión graciosa
Algo tal vez siniestro se divisa,
Á Muley presentóselos la hermosa:
Y al tomarlos Muley: «Mira, le dijo,
» Á través de esta tinta venenosa,
«El alma de la madre y la del hijo.»

Desplególos Muley, aproximándose
Al vaso de alabastro transparente

Donde la luz ardía, demudándose
Su semblante al lëer: con ojo ardiente
La Mora le espió, de su creciente
Cólera apercibiéndose, y su flecha,
Viendo herir en el blanco, dulcemente
En el mullido lecho reclinándose,
Tornó á la antigua calma, indiferente.

Más torvo, más feroz á cada instante
Según adelantaba en su lectura
Se tornaba del Árabe el semblante.
Fulguraban sus ojos: insegura
Plegaba una sonrisa repugnante
Su desdeñoso labio, y la amargura
De la hiel que el escrito rebosaba
En su lívida faz amarilleaba.

«¡Traidores!—dijo al fin, el pergamino
Con los crispados dedos estrujando.—
¡Traidores! En buen hora, en su destino
Con ceguedad estúpida fiando,
Abrirse intenten al poder camino
Y astutos formen revoltoso bando:
¡Pero poner por escalón del trono
Al cristiano!..... Jamás se lo perdono.
Jamás: jamás.» Y con ahogado acento
Repitiendo «jamás,» como una fiera

Enjaulada, cruzaba el aposento
De uno á otro lado, cual si presa fuera
De vértigo infernal. Sagaz, atento
Y abierto apenas de la Mora el ojo,
Por más que indiferente pareciera,
Seguía con afán su movimiento,
La progresión pesando de su enojo.

De repente Muley frente á la Mora
Paróse, y cual si en ella se aprestara
La cólera á estrellar que en sí atesora
El exaltado corazón, la dijo
Con destemplada voz y cara á cara:
«¿Y por qué medios, tan sagaz, penetras
Los secretos de Aija y de su hijo?
¿Quién te trajo las llaves
Del misterio encerrado en estas letras?
Si esto es una verdad, ¿cómo la sabes?»

— «Señor, dijo Zoraya levantando
La cabeza con calma,
Desecha tu temor, templa tu ira:
Quien vendió á Abú Abdil vendió su alma
Al padre del pecado y la mentira.
Este secreto de tu raza infando
Yace en la tumba ya: libre respira,
Muley: la esclava te veló tu sueño

Y el mensajero vil de esa escritura,
Al descolgarse audaz de tu alcazaba
Por la torre del Agua, sepultura
Á demandar no más bajó á tu esclava.
—¡A ti, Zoraya!—Á mí; porque yo vivo
Tan sólo para ti,—Mas..... no comprendo.....
—¿De qué me sirve, pues, tanto cautivo
Como me das, Muley? De los traidores
Argos les hice yo: de ellos aprendo:
Y como ellos también, compro traidores;
Me acechan sin cesar, y les acecho:
Tus secretos espían, y yo el suyo
Bajo á buscar al fondo de su pecho.
No tienen mis esclavos otro oficio,
Ni Abú Abdil ni Aija un pensamiento
Oculto para mí: mi sér, mi vida,
Consagrados están á tu servicio.
En esos pergaminos te presento
La desnuda verdad: está cumplida
Mi obligación. Desde hoy nuestra existencia,
        Señor, está en tu mano.
Lee y lee sin pasión: juzga y sentencia:
Castiga justo, ó liberal perdona:
        Tú eres el soberano:
Mas escoge entre el hijo y la corona.
En cuanto á mí, Señor, yo soy tu esclava;
Que en la balanza igual de tu justicia

No sea yo jamás peso, ni traba.
El noble amor, que abrigo
En mi pecho por ti, no es de cristiano
Cobarde corazón; yo, pues, contigo
Triunfaré ó moriré como sultana
Que tu lecho y tu amor no partió en vano,
Amir: porque mi sangre es castellana,
Pero mi corazón es africano.»

Calló Zoraya y se tornó en el lecho
Á reclinar tranquila:
Y el Rey quedó como de mármol hecho
Contemplándola, inmóvil y derecho,
Dilatada de asombro la pupila.

Jamás la vió ni la creyó dotada
De corazón tan varonil y entero,
Ni sospechó que su alma apasionada
Atesorara amor tan verdadero.
Indolente, pasiva, abandonada,
Henchida la juzgó de amor sincero
Siempre: mas siempre tímida, indecisa,
Y á toda intriga al parecer ajena,
Con el cariño de su Rey pagada
De su dorada esclavitud, precisa
Por los preceptos de la fe agarena.

Hombre Muley de cabellera cana,
Pero de joven corazón y aliento
Heroico y viril, halló contento
Un alma varonil en la sultana.
Absorto de ello en el primer momento
En crëer vaciló lo que veía:
Bajó á su corazón su pensamiento
Y ahogó su voluntad con la alegría:
Y cuanto más dudaba,
Tanto más en la duda se engreía:
Y cuanto más crecía
La inacción que su sér paralizaba,
El fuego del amor que le hechizaba
Más violento en su pecho se encendía.

Conocíalo bien la artificiosa
Y astuta renegada, y contemplando
Llegada la ocasión, que codiciosa
Preparó en muchos años con constante
Mañoso afán y con prudencia mucha,
La máscara arrojó de su semblante
Y cara á cara se aprestó á la lucha.

Ya era Muley su esclavo: sus antojos
Leyes eran para él: sólo tenía
Para adorarla corazón, y ojos
Sólo para mirar lo que veía

Por sus ojos Zoraya. Era ya tarde
Para que su razón iluminara
Su avasallado corazón: yacía
Ciego esclavo á los pies de su señora:
Y el Monarca despótico, el guerrero
Indomable, el león de las arenas
Abrasadas de Zahara,
Esclavo de la esclava á quien adora,
Era no más que tímido cordero
Amarrado de amor con las cadenas.
Pero ¡así estaba escrito, y aun lo llora
La gente del desierto que en sus venas
La sangre guarda de la raza Mora!

Por eso fascinado, enloquecido
Por su pasión, Muley veía sólo
De la Mora el amor apetecido
Tanto por él, pero jamás el dolo,
Mas nunca la ambición de soberana:
Y por eso rendido
Á tal fascinación, con ambas manos
Tomó los pies enanos
De la Mora gentil, y enardecido
Por su insana pasión, puso sobre ellos
Muchas veces sus labios soberanos.
«Sí (exclamó): tú lo has dicho, que conmigo
Vencerás ó caerás como sultana:

Y has dicho la verdad; tú soberana
Conmigo reinarás: yo te lo digo.»

Volvió la renegada la cabeza
Hacia el Rey otra vez con la sonrisa
De un ángel (y la aureola de belleza
De una visión que en sueños se divisa
Circundaba su faz), y en el sonoro
Idioma de los Arabes le dijo:
«Amir, tú eres mi dueño y yo te adoro.
Te dije la verdad: mas es tu hijo.»

Agolpóse la sangre á la mejilla
Del Rey á estas palabras, y con rabia
Concentrada exclamó: «No es hijo mío
Quien favor contra mí pide á Castilla.
De la palma jamás la dulce savia
Fecundó la mortífera cicuta:
No es hijo mío quien mi fe mancilla,
Y yo, sin vacilar, contra el impío
Alzaré de las leyes la cuchilla.
— Piénsalo, Amir. — Mi ley es absoluta.
— Muley, en su favor habló el destino.
— Yo haré mentir la predicción aciaga,
Y su estrella fatal, que nos amaga,
Apagaré en mitad de su camino.»

Reverberaban de Muley los ojos
Y chispeaban los ojos de la Mora
Con vívidos destellos:
Éstos de la ambicion devoradora
Con el triunfante resplandor, y aquéllos
Con el torvo fulgor de los enojos.
Pasaron todavía unos instantes
De plática en secreto
Uno de otro en los brazos: el objeto
De tal conversación le comprendía
El corazón no más de ambos amantes:
Sólo el susurro de su voz se oía.

Á poco, de los brazos de la Mora
Desprendiéndose el Árabe, embozóse
En su blanco alquicel y hacia el calado
Arco del mirador adelantóse.
Siguióle hasta el umbral la encantadora
Sultana, con un beso regalado
Sellando el labio de Muley, quien presto
Á desaparecer por la excusada
Galería la dijo: «Aláh te guarde,
Lucero de la aurora.
—Él te acompañe, Amir, dijo Zoraya:
Perdona empero al alma enamorada
Si duelo te causó. — La llama que arde
Inextinguible, inmensa

En mi pecho, Zoraya idolatrada,
Al amor que en el tuyo se atesora,
Digna procurará dar recompensa.
—Los destinos, Señor.....—Yo haré que fijos
En tu favor los astros permanezcan:
Yo te lo juro, luz del alma mía,
Tú reinarás y reinarán tus hijos:
Deja que el tiempo corra y ellos crezcan.»

Dijo el Rey y tomó la galería:
Y por verle cruzar el lindo huerto
Adonde oculta la escalera baja
Y la esclava le espera al entreabierto
Postigo, descorrió la celosía
Del dorado balcón de Lindaraja
Zoraya, y saludóle muchas veces,
Mientras en el jardín le distinguía
Desde los arabescos ajimeces.

Y he aquí que mientras ella contemplaba
El jardín, y la espalda al aposento
Para mirar á su Señor tornaba,
Bajo la celosía que se alzaba
De una de las ventanas que en el muro
Lateral de la cámara se abrían,
Sagaz, osado, atento,
Como á la voz secreta de un conjuro

Asomó un rostro pálido un momento:
Un rostro de mujer en que lucían
Dos ojos como rayos en lo obscuro.
Clavaron estos ojos en la Mora,
Vuelta hacia el huerto aún, una mirada
Rencorosa, tenaz, devoradora:
Y las palabras lúgubres dejando
Una á una á salir con voz ahogada,
Cual sin querer la idea formulando
En la palabra apenas pronunciada,
Murmuró la mujer allí asomada:
«¿Tú reinarás y reinarán tus hijos,
»Porque hará que los astros permanezcan
»En tu favor resplandeciendo fijos?.....
»¡Deja que el tiempo corra y ellos crezcan!»

Dijo: y, volviendo el rostro la sultana
Hacia el rico aposento,
Tornó á desaparecer en un momento
El rostro de mujer de la ventana.

II

EL SALÓN DE COMARES

Amanecía apenas: los reflejos
De la rosada luz del sol naciente
Á dorar comenzaban á lo lejos
De la ancha sierra la arbolada frente:
Y empezaba la aurora purpurina
Ostentosa á tender su velo de oro
Prendido en el Oriente,
Sobre la extensa vega granadina,
Ceñidor de verdura,
Morisco chal que envuelve la cintura
De la ciudad en donde reina el Moro.

Comenzaba á sus cárdenos fulgores
La tierra fértil á tomar colores,
Exhalando de sí el aroma suave
De la humedad nocturna, y comenzaba

La flor á abrirse, á gorjear el ave,
Y la brisa del alba revoltosa
Á estremecer del bosque, donde erraba,
La cabellera verde y rumorosa.

Fresca, gentil, risueña,
Á la primera luz de la mañana
Se despertaba la ciudad sultana,
De cien ciudades orgullosa dueña:
La ciudad del amor y de las flores:
La ardiente y hermosísima africana,
Que reclina su frente soberana
Sobre el fresco tapiz de mil colores
Que á sus pies tiende su florida tierra,
Y cuyas orlas por doquier remata
Con caireles de lázuli y de plata,
Ya el mar que en torno de ella se dilata,
Ya la nevada fronteriza sierra.

Asomado á un balcón de la alta torre
Llamada de Comares, cuyo asiento
El Darro besa que á su planta corre
Regando huertas mil en curso lento,
Esperaba el Rey árabe la hora
De recibir al castellano Vera,
Quien no quería que en la Corte Mora

La venidera aurora
Su embajada sin dar le amaneciera.

La gente granadina
Con la nueva alarmada
De aquella ceremonia, aglomerada
Ante Bib-el-Leujar, la matutina
Luz aguardaba con afán, curiosa
De conocer el fin de esta embajada,
Más misteriosa cuanto no esperada.

Mil interpretaciones
Daba á su objeto el vulgo: comentaban
Los viejos y santones
Las causas y políticas razones
Que pudieron mover al Rey cristiano
A enviar á la ciudad del africano
La enseña militar de sus legiones:
Mas fatigaban el discurso en vano;
Ignoraba hasta el Rey las intenciones
Con que vino á su Corte el castellano.

Este á su vez, y en tanto, prevenido
Para cumplir con su misión, oía,
Desde la torre que ocupaba, el ruido
Que de ella al pie la multitud hacía.

Ya antes del alba con atento oído,
Ojo sagaz y espíritu mañero,
La situación inspeccionado había
De la árabe ciudad el caballero.

De pechos en la almena
De su torre moruna,
Al resplandor de la creciente luna
La contempló de fortalezas llena,
De muros bien cercada,
Bajo un clima feliz y en cultivada
Campiña, rica, saludable, amena,
Por tres ríos á par fecundizada,
Y favorita, en fin, sin duda alguna
Del amor, de la próspera fortuna:
Y el noble castellano, inteligente
En el arte y estudios de la guerra,
Vió que estaba en su tierra
Bien prevenida la africana gente.

Comprendió de Don Juan el buen sentido
En la quietud de su nocturna vela,
Que había el moro Rey, muy entendido,
Coronado sus torres y alminares
Por uno y otro atento centinela,
Y diestra y sabiamente repartido

Sus vigías y puestos militares:
Concluyendo por fin Don Juan de Vera
    De la ciudad entera
    La nocturna revista,
Diciéndose á sí mismo sin reparo
Cuánto iba á ser al Castellano caro
Lograr de aquella tierra la conquista.

  Hallábase en la torre todavía
El buen Comendador, rectificando
Á la primera luz del nuevo día
El juicio que hecho por la noche había,
Cuando vió que á su torre aproximando
Un escuadrón de Moros se venía,
La plaza del aljibe atravesando.
Dejó la almena, convocó su gente
    Y, á la plaza bajando,
La tendió de los Árabes enfrente.

  Entonces el wazir, que administraba
    La justicia del reino
Y el gobierno interior de la alcazaba
Del granadino Rey, ante la fila
De los jinetes árabes saliendo,
Fuése para Don Juan, con faz tranquila
Y sosegada voz así diciendo:

« La fe de Aláh te alumbre, castellano.
» Has demandado con la luz primera
» Al Rey hablar: ven pues, que ya te espera
» Del Consejo en presencia el soberano.»
Encontrando la arenga algo altanera
Y contemplando al Árabe un momento,
«Vamos» dijo no más Don Juan de Vera:
Y á paso noble, majestuoso y lento,
De la ancha plaza atravesó el espacio
Que apartaba no más su alojamiento
De las doradas puertas del palacio.

De la soberbia torre de Comares
En la ostentosa cámara, alfombrada
Con alkatifas persas, perfumada
Con pebeteros de oro y con millares
De extrañas, ricas y olorosas flores
Que en sus pensiles dan los Alijares,
Esperaba Muley al castellano
En medio de su Corte y su nobleza,
Queriendo ante los ojos del cristiano
Hacer ostentación de su grandeza.

Con la rosada luz de la mañana
Resplandecía en toda su hermosura

La labor africana
De aquella estancia regia, que figura
Un pabellón de rica filigrana,
Trabajo de algún Genio por ventura
Según la tradición mahometana.

En torno de Muley, sobre divanes
De púrpura, los viejos consejeros,
Los kadís y los nobles capitanes
Del ejército, estaban los primeros.
De su Rey menos cerca,
De pie, con respetuosos ademanes,
Los demás cortesanos caballeros
Ocupaban el patio de la alberca
Á sombra de sus frescos arrayanes.

El estanque y las fuentes del palacio,
Ornadas con vistosos surtidores,
Poblaban el espacio
De caños de cruzados saltadores
Que, deshechos en gotas en la altura,
Doblaban del ambiente la frescura
Como perlas cayendo entre las flores,
Que al borde crecen de la alberca pura
Llena de pececillos de colores.

Del wazir precedido
Y de diez caballeros Castellanos
Por decoro seguido,
Armado de los pies hasta las manos,
Del manto de Santiago revestido,
Con apostura grave y altanera,
Por medio de los nobles Africanos
El patio atravesó Don Juan de Vera.

Torva mirada de los ojos fieros
Del círculo de Moros caballeros
Pesó sobre Don Juan desde su entrada,
Manteniéndose en él tenaz, clavada,
Hasta los pies de el granadino trono;
Bien revelando el animoso encono
Con que su roja Cruz se ve en Granada.

Don Juan, empero, en ademán tranquilo,
Y mesurado aunque orgulloso porte,
Avanzó hasta el marmóreo peristilo
Que da entrada al salón do está la corte:
Llegó hasta el trono de Muley, y en tierra,
Sin humildad, hincando una rodilla,
Presentóle una caja en que se encierra
Su regia credencial dada en Sevilla.

Tomóla sin abrirla el Africano
Con altivo desdén, y del prolijo
Ceremonial haciendo al castellano
Amplia merced, lacónico le dijo:
« Ya te escucha Muley: habla, cristiano.»
Púsose en pie Don Juan, y con pausada
Voz, que pudo entender el más lejano,
De esta manera expuso su embajada:

«Yo, Don Juan de la Vera, caballero
» Comendador del Orden de Santiago,
» En nombre de mi Rey vengo: primero,
» Á reclamar el atrasado pago
» De tu tributo anual íntegro, entero,
» Y después, de Castilla con Granada
» La tregua á prolongar, que es acabada.»

Dijo Don Juan y enrojeció el semblante
Del Árabe la cólera: en la estancia
Rumor universal cundió al instante
De indignación terrible, la arrogancia
De tal mensaje oyendo: más de un guante
Se alzó en contestación de su jactancia:
Más de un Moro dió un paso hacia adelante,
Puesta la mano en el alfanje: empero
Sus iras atajó Muley severo.

« Cristiano (dijo el Rey con voz airada),
» Ve á decir á los Reyes castellanos
» Que han muerto ya los Reyes de Granada
» Que pagaban tributo á los cristianos:
» Que la moneda entonces acuñada
» No conocemos ya, ni nuestras manos
» Labran ya más metales que el acero
» De que forja su arnés el caballero.

» Oiste: parte, pues. Yo te perdono
» La vida y la embajada. Á la frontera
» Del reino salvo llegarás: mi encono
» No infringirá mi fe: mas la postrera
» Colina al transponer donde mi trono
» Se respeta y tremola mi bandera,
» De mí hablar oirás, yo te lo juro,
» Castellano. Ve en paz, que vas seguro.»

« Moros, dijo Don Juan con altanero
» Mas tranquilo ademán: si mi mensaje
» Os ofendió, ved bien que el mensajero
» Ni un punto le ha añadido: mi lenguaje
» Fué exactamente el de mi Rey: y espero
» Que ninguno por él me hará el ultraje
» De esquivar con desdén, si es que me halla,
» El bote de mi lanza en la batalla.»

Dijo Don Juan. Los nobles Africanos,
De los valientes siempre apreciadores,
Abrieron en silencio á los cristianos
Paso, ahogando en el pecho los rencores
De raza y religión. Los castellanos
Volvieron á montar sus piafadores
Corceles: y, dejando á rienda suelta
La ciudad, dieron á Castilla vuelta.

Cuando el sol de aquel día en Occidente
Irradiaba sus últimos reflejos,
Ya transponía la cristiana gente
Los cerros fronterizos. Á lo lejos
Les vió desde sus torres impaciente
El árabe Monarca, cuyos viejos
Mas perspicaces ojos todavía
Penetran la confusa lejanía.

El brillo de las lanzas castellanas
Apenas se sumió en el horizonte,
Y apenas, embozada en sus livianas
Sombras, la noche á descender del monte
Comenzó, cuando Hasán sus africanas
Armas pidió diciendo: «Que se apronte
»Una hueste elegida y numerosa
»Á partir en la noche silenciosa.»

«Yo la conduciré.» Llamó en seguida
Á su wazir Abú-l'Kazín, que era
Gobernador de la ciudad, y «cuida
»(le dijo) bien de que se cumpla entera
»Mi voluntad. Después de mi partida
»Pon á Aija en una torre prisionera
»Con su hijo, y á habitar manda que vaya
»En el Generalife la Zoraya.

»Ten á ésta como mi única sultana,
»Á Aija y Abú Abdil como traidores.
»Yo á tocar á una villa castellana
»Una alborada voy con mis tambores,
»Y tardaré lo más una semana
»En volver á la Alhambra. ¡Ea, señores,
»Á caballo y silencio! los soldados
»En Bib-arrambla esperan convocados.»

Dijo Muley, su intimación postrera
Dirigiendo á sus guardias: y, montando
En su caballo de batalla, que era
Un árabe veloz, partió tomando
La cuesta de Gomeles, con guerrera
Planta en la plaza real desembocando:
Y, al frente de su hueste, de Granada
Salió á empresa de todos ignorada.

LIBRO TERCERO

ZAHARA

I

GONZALO ARIAS DE SAAVEDRA

Está Zahara en una altura
Entre montaña y colina,
Sentada en la peña dura
Que asoma la cresta obscura
Por entre Ronda y Medina.

Cuando encienden los cristianos
De noche hogueras en ella,
No distinguen los paisanos
Si son sus fuegos lejanos
Luz de atalaya ó de estrella;

Y cuando el alba naciente
Dora la almenada villa,
Se confunde fácilmente
Con la armadura que brilla
El riëlar de la fuente.

Sus atalayas pusieron
Los moros en ella un día,
De fosos la circuyeron,
Y apriesa la abastecieron
Porque el invierno venía.

Tuviéronla muchos años
De los cristianos guardada,
Con mil ardides extraños,
Causándoles muchos daños
En guerra tan prolongada.

Á la sombra guarecidos
De sus breñas y pinares,
Bajaban como bandidos
Y robaban atrevidos
Alquerías y lugares.

Toleraban los cristianos
En silencio sus desmanes:
Pero pensando á las manos
Coger á los africanos
De aquel peñón gavilanes.

Estaban los insolentes,
Aunque pocos, confiados,
Conociéndose valientes:
Los cristianos, más prudentes,
Les cogieron descuidados.

Todos los de aquella tierra,
Procurándose en secreto
Mil utensilios de guerra,
Atravesaron la sierra
De asaltarla con objeto.

Y una noche la asaltaron,
Y guardarla no supieron
Los Moros que la fundaron;
Cinco veces la cobraron
Y otras cinco la perdieron.

Entonces los vencedores
Doblaron su alta muralla,
Y abrieron fosos mayores
Para guardar previsores
La prenda de la batalla.

Estrecha y sola una senda
Dejaron en todo el cerro,
Porque mejor se defienda,
Si se empeña otra contienda,
Su sola puerta de hierro.

Por eso en sus torreones
Y en sus anchos murallones
Guardó la morisca villa,
Sobrepuestos, los blasones
De los Reyes de Castilla.

Tal es Zahara: y en la altura
Del cerro en que está fundada,
Y por la fragosa hondura
De sus barrancos guardada,
Siempre estuviera segura.

De los Moros, como el nido
De un águila suspendido
En inaccesible peña,
Si menos la hubiera sido
Su fortuna zahareña.

Pero su alcaide cristiano
Nació con estrella aciaga,
Y Dios apartó su mano
Del infeliz castellano,
Y el rayo de Dios la amaga.

Porque ¡ay! ¿qué la han de valer
Su muro y torres de piedra,
Si los ha de mantener,
Sin fortuna y sin poder,
Gonzalo Arias de Saavedra?

¡Desventurada es la historia
De este buen Gobernador,
Bravo capitán sin gloria,
Blanco de mala memoria
Y de fortuna peor!

Desdichada fué su raza:
No hubo cálculo ni traza
Que al revés no le saliera,
Ni bando, opinión ó plaza
Que, suya, prevaleciera.

Siguió su padre Hernán Arias
De Enrique el Rey las banderas
Á las de Isabel contrarias,
Y perdieron las primeras
Sus empresas temerarias.

Del de Cádiz se allegó
Hernán á los partidarios,
Y el encono se extinguió
De los grandes sus contrarios,
Y Hernán Arias se fugó.

De los Moros amparóse
Y por los Moros mantuvo
Á Tarifa; mas tornóse
La suerte: capitulóse,
Y Arias que entregarse tuvo.

Caballeros en Castilla
Intercedieron por él,
Y, olvidando su mancilla,
Le indultó Doña Isabel
Confinándole á Sevilla.

Bien único hereditario,
En su aljarafe tenía
Un torreón solitario,
Y allí su infortunio vario
Fuése á llorar noche y día.

Mas he aquí que maltratado
Por el tiempo el edificio,
Y él imposibilitado
De gastar sólo un cornado
De su hacienda en beneficio,

En un temblor que agitó
Las tierras circunvecinas
Su torre se desplomó,
Y Hernán Arias pereció
Sepultado entre sus ruinas.

¡Desventurado Hernán Arias!
Las estrellas tan contrarias
Le fueron en paz y en guerra,
Que hasta se le abrió la tierra
Sin exequias funerarias.

Su hijo Gonzalo, heredero
De su fortuna fatal,
Aunque habido por guerrero
Valiente y buen caballero,
Lo pasó siempre bien mal.

De su padre la memoria,
Lo siniestro de su historia
Y proverbial desventura,
Le hicieron, sin prez ni gloria,
Pasar una vida obscura.

Dotado de alto valor,
De ciencia y destreza rara
En la guerra, con honor
De alcaide gobernador
Le enviaron al fin á Zahara.

Dióle la reina Isabel
Compadecida este cargo:
Pero, dándoselo á él,
El mejor panal de miel
Se le hubiera vuelto amargo.

Era Gonzalo un valiente
Y entendido capitán,
Tan audaz como prudente:
Mas ¿qué hará si no le dan
Ni bastimentos ni gente?

«Tu lealtad y tu bravura
»Tendrán á Zahara segura»
Le dijeron, y le enviaron
Á Zahara: mas no contaron
Con su innata desventura.

Sin víveres y sin oro
Con que pagar sus soldados,
No puede ni su decoro
Sostener, ni contra el Moro
Tenerles subordinados.

Su gente se le rebela
Y él, sólo, en continua vela,
Su fortaleza recorre,
Y hace á veces centinela
Él mismo en alguna torre.

«Si no por obligación,
»Por vuestro bien ayudadme,»
Les dijo en una ocasión:
Y su alférez Luis Monzón
Contestóle ébrio: «Pagadme.»

Y el pobre Gobernador,
Sin influencia y sin pan,
Se vió inútil capitán
De gentes que sin temor
Ni amor hacia él están.

Pedía al gobierno amparo
De víveres ó dinero:
Pero el gobierno reparo
No ponía, y el frontero
Seguía en su desamparo.

Dos veces quiso salir
Á correr la mora tierra:
Mas sus gentes, al oir
Que se trataba de guerra,
No le quisieron seguir.

Tal era la situación
De Zahara en esta ocasión;
Tal es el afán que arredra
El brío del corazón
De Gonzalo Arias Saavedra.

Por eso sus castellanos
Se están mal entretenidos
En casa de los villanos,
En pensamientos livianos
Con las mozas divertidos;

Pues por demás licenciosos
Son siempre nuestros soldados,
Cuando en puestos apartados
Les dejan vivir ociosos,
Por libres ó mal pagados.

El Rey moro, que sondara
Su abandono y su pobreza,
Se dijo: «Es cosa bien clara
Que me da la fortaleza
Quien así la desampara:

Conque tomarla es razón.»
Y Hasán dispuso á este fin
Misteriosa expedición,
Dándole gente en unión
La Alhambra y el Albaicín.

Salió, pues, de la ciudad
Muley en la obscuridad,
Sin decir de esta salida
La razón desconocida,
Para más seguridad.

Y es fama que el Africano,
De Bib-arrambla al pasar
Bajo el arco, dijo ufano:
«Le tengo de festonar
Con cabezas de Cristiano.»

Era una tarde nublada
De tormenta amenazada:
El viento ronco mugía,
Y en anchas gotas caía
Á espacios lluvia pesada.

Cerróse en obscuridad
El cielo: la tempestad
Desgarró las nubes pardas,
Y brilló en las alabardas
El relámpago fugaz.

Entre la enramada espesa
De un pinar de que se empara,
Con la gente de su empresa
Iba Muley á hacer presa
En la descuidada Zahara.

Caídos los martinetes
Sobre las mojadas telas
Revueltas á los almetes,
Caminaban los jinetes
El lodo hasta las espuelas.

Mohino el Rey por demás,
De los pasos el compás
Oyendo con mal humor,
Iba: junto á él un tambor
Y los peones detrás.

Tras éstos los saeteros
Y hasta cien arcabuceros:
Luego los escaladores,
Luego trompas y atambores,
Y luego los ingenieros.

Tras ellos, en pelotones
Flanqueados por dos alas
De jinetes con lanzones,
Muchos negros con escalas
Para entrar los torreones.

La media noche sería,
¡Espantosa noche á fe!
Cuando de la roca umbría
Sobre que Zahara dormía
Se detuvieron al pie.

Contó el Rey cuidosamente
Las hogueras y señales,
En que convino prudente
Con sus guías, y la gente
Partió en dos bandos iguales.

Guardando el cerro dejó
Los jinetes: apostó
Los saeteros mejores,
Y él con los escaladores
Por el peñasco trepó.

La obscuridad, la tormenta,
Patrocinan su ascensión
Ardua, silenciosa y lenta:
Todo Muley lo hubo en cuenta
Con astuta previsión.

El ruido de sus pisadas
Sofoca el ruido del viento,
Y las aguas despeñadas
Por las ásperas quebradas
Con estrépito violento.

Tal vez descienden rodando
De roca en roca chocando
Pedazos de las montañas,
Pinos, chozas y alimañas
Consigo al valle arrastrando.

Tal vez una encina añosa,
Arraigada en un peñón
Todo un siglo, estrepitosa
Se rompe con temerosa
Y atronadora explosión.

Tal vez algún lobo, fuera
De su cueva sorprendido,
Bajo una peña cogido
Invoca á la muerte fiera
Con un espantoso aullido.

Tal vez por algún torrente
Arrastrada una serpiente
De un precipicio á la hondura,
Rasga la atmósfera obscura
Con un silbido estridente.

¡Horrible noche es aquella,
En que, mientras contra Zahara
Ronca tempestad se estrella,
De la tempestad se ampara
Muley audaz contra ella!

La villa desventurada,
Por el viento sacudida,
Por el turbión anegada
Y en las tinieblas velada,
Reposaba adormecida.

Apena en un torreón
De su vieja ciudadela,
Encogido en un rincón
Murmura escasa oración
Un cristiano centinela.

Tal vez duerme sin afán
Al calor de su gabán
En su garita, al arrullo
Que viento y agua le dan
Con su continuo murmullo.

Y tal vez, sobre la mano
La barba y en la rodilla
El codo, sueña el cristiano
Una aurora de verano
En un lugar de Castilla.

II

¡Tremenda noche! La lluvia,
Desgajándose á torrentes
Por las quebradas vertientes
De la sierra, con fragor
Á la hondura de sus valles
Consigo arrastrando baja
Los árboles que descuaja
Del vendaval el furor.

¡Tremenda noche! Iracundos
Los rebeldes elementos
Amagan de sus cimientos
Las montañas arrancar:
Y, en la cresta de la roca
Donde se halla suspendida,
Con ímpetu sacudida
Tiembla Zahara sin cesar.

A una aspillera asomado
De su antigua ciudadela,
El buen Arias está en vela,
Ocupado en escuchar
Los rumores que á su oído
En sus alas trae el viento,
Y un fatal presentimiento
No le deja sosegar.

Nada sus tenaces ojos
Ven en noche tan cerrada:
No percibe ni oye nada
En la densa lobreguez,
Más que el velo tenebroso
Y la voz de la tormenta,
Cuya furia se acrecienta
Con horrible rapidez.

Á sus pies reposa Zahara:
Sus tejados ve, á la lumbre
Del relámpago, en la cumbre
Donde el pueblo se fundó:
Mas la roja llamarada
Que el relámpago refleja
Le deslumbra y no le deja
Comprender lo que á ella vió.

Al resplandor instantáneo
Con que el pueblo se ilumina,
Cree tal vez ver la colina
Con el pueblo vacilar:
Y á veces, en el instante
De iluminarse de lleno,
Cree ver de Zahara en el seno
Vagas visiones errar.

Blancos bultos, misteriosas
Sombras, móviles reflejos
Tras los muros á lo lejos
Moverse y lucir cree ver;
Cual si, haciendo de ellas vallas,
Los espíritus del monte
De sus torres y murallas
Se quisieran guarecer.

¡Delirios vanos! ¡Quimeras
De su débil fantasía!
Pasa el pobre noche y día
En continua agitación,
Y, con fe supersticiosa
Creyendo en su fatalismo,
Recela hasta de sí mismo,
Trastornando su razón.

¡Ilusiones! Arias sólo
Oye el vendaval que brama
Y el agua que se derrama
Por los tejados rodar,
Y en los muros del castillo
El rumor acelerado
De los pasos del soldado
Que acaban de relevar.

Oye el sordo remolino
Con que rueda la tormenta
Haciendo girar violenta
Las veletas de metal,
Y zumbar estremecida
La mal sujeta campana,
Y temblar en la ventana
El desprendido cristal.

Todos reposan en Zahara,
La atalaya de Castilla:
Sólo se oyen por la villa,
En la densa obscuridad,
El agua de las goteras
Y el rumor del vago viento,
Que ruge con el acento
De la ronca tempestad.

Sólo en apartada torre
Del mal guardado castillo,
Con el fulgor amarillo
De una lámpara al morir,
Velan algunos soldados
Y se siente desde fuera
El rumor de una quimera
Y jurar y maldecir.

Óyense sus carcajadas,
Sus apodos insolentes:
Pues en esto han tales gentes
Contentamiento y placer;
Se juntan en borracheras
Para acabarlas riñendo,
Y vuelven en concluyendo
Desde reñir á beber.

Y al calor de las orgías
Y al vapor de los licores,
Disertan de sus amores
En obsceno platicar;
Pues su lengua irreligiosa,
Sin respetos y sin vallas,
Sólo de sangre y batallas
Ó mujeres ha de hablar.

De éstas se miran algunas,
Con los soldados más mozos
En impúdicos retozos
Y deshonesto ademán,
Que, osadas y descompuestas,
Ó blasfemando ó riñendo,
Hasta embriagarse bebiendo
Desatinadas están.

La trémula llamarada
De una hoguera agonizante
Presta á su rudo semblante
Una expresión más feroz;
Y, recibiendo la bóveda
La algazara en su ancho hueco,
Remeda con largo eco
La desentonada voz.

Harto de vino y de amores,
En dos bancos apoyado,
Cantaba un viejo soldado
Al són de un roto rabel,
É hiriendo á compás la mesa
Con plato, jarra ó cuchillo
Aullaban el estribillo
Ellos y ellas con él.

Brindaban, y á cada brindis
Insensatos blasfemaban,
Y reían y danzaban
Completando la embriaguez:
Y sus sombras, en silencio,
Gigantescas, agitadas,
Cual fantasmas convidadas
Erraban por la pared.

«¡Á ellos!» gritaron voces:
Y entraron el aposento,
Diez á diez y ciento á ciento,
Los moros del Rey Hasán;
Y apenas á las espadas
Acudieron los cristianos,
Les cercenaron las manos
En donde tan mal están.

Lidiaron acaso algunos:
Pero tantos les entraron,
Que al fin les acuchillaron
Con las hembras á la par.
Á los gritos de los Moros
Los Cristianos despertaban:
¡Pero los tristes se hallaban
Cautivos al despertar!

La soñolienta pupila
Prestaba crédito apenas
Á las cuerdas y cadenas
Con que atados dos á dos
Por los Árabes se vieron,
Á quienes con lengua y ojos
Pedían piedad de hinojos
En el nombre de su Dios.

Las lágrimas de las madres,
De los niños los sollozos,
Los esfuerzos de los mozos,
El dolor de la vejez,
Son inútil resistencia:
Porque á todos los infieles,
Atados como lebreles
Les arrastran á la vez.

En vano lucha la virgen
Desesperada con ellos,
Que con sus propios cabellos
Mordaza ó cordel la dan:
En vano niños y enfermos
Yacen sin fuerzas postrados;
En tropel como ganados
Todos á los hierros van

Fueron tristísimas horas
Las de noche tan sangrienta.
¡Á quien de ella pidan cuenta,
Malas cuentas ha de dar!
Mas no Arias, á quien el mundo
Con su fe abandona en Zahara,
Porque Dios no desampara
Á quien de Él se va á amparar.

Corazones como el suyo,
Almas cual la que le anima,
Dios tan sólo las estima
En su pristino valor:
Aniquilado bien pronto
El cuerpo que les encierra,
Vuelve su polvo á la tierra
Y su esencia al Criador.

Creyó al fin Gonzalo Arias,
Desde la torre en que vela,
Sentir en la ciudadela
Un verdadero rumor
De voces y de pisadas,
Y distinguir en la sombra
Muchas gentes agolpadas
Á la muralla exterior.

Iba el caracol de piedra
Á tomar del muro, cuando
Por él su escudero entrando
Dijo: «¡Los moros, Señor!»
Asió al punto Arias Saavedra
Un hacha y un triple escudo
Que halló á mano, y torvo y mudo
Lanzóse hacia el corredor.

Por el caracol torcido
Se hundió como una callada
Sombra, y la puerta ferrada
De las almenas abrió.
Confuso tropel de moros
Llenaba el adarve estrecho:
Gonzalo Arias derecho
Á los Moros se lanzó.

Tendió del primer hachazo
Los dos que halló delanteros,
Y al querer tirar del brazo
La mano de otro segó.
Á tan repentino ataque
La morisma, acorralada,
Abrió círculo espantada
Y en el centro le dejó.

Mas Arias, que no veía
De vergüenza y de ira ciego,
Cerróse con ellos luego
Con ímpetu asolador:
Y, al ver el horrendo estrago
Que en ellos su brazo hacía,
Ninguno se le atrevía,
Embargados de pavor.

Pero sobre ellos cargaba
Gonzalo Arias con tal brío,
Que adelante les llevaba
Sin dejarles revolver;
Y uno, que frente arrestado
Le hizo, entre dos almenas
Le derribó atravesado
Y en el foso fué á caer.

Aquel hombre despechado,
De mirada centelleante,
De colérico semblante
Y de fuerzas de Titán,
Sin más que un broquel y un hacha,
Pálido y medio desnudo,
Peleando solo y mudo
Con desesperado afán;

Aquel hombre aparecido
De repente en medio de ellos,
Erizados los cabellos,
Cual de un vértigo infernal
Poseído, hizo á los Moros
Concebir honda pavura,
Contemplando en su figura
Algo sobrenatural.

Un instinto irresistible
De temor supersticioso
De aquel hombre misterioso
En tropel les hizo huir,
Cual si vieran, bajo el rostro
De aquel hombre temerario,
Un espíritu contrario
De Mahoma combatir.

Abandonó, pues, el muro
Todo el pelotón alarbe,
Y dejó sobre el adarve
Solo á aquel hombre fatal.
Crispado, calenturiento,
Á las almenas de piedra
Asomóse Arias Saavedra
Presa de angustia mortal.

Allá abajo, en las tinieblas,
Por las calles de la villa
En la lengua de Castilla
Invocar á Dios oyó.
«¡Á Dios (dijo con desprecio)
Á Dios invocáis ahora!
¡Miserables! Ya no es hora:
Sucumbid, pues, como yo.»

Y á largos pasos tomando
Del castillo la escalera,
Fué á dar como una pantera
En el patio principal.
Un capitán de Granada
Allí amarrados tenía
Cuantos perdonado había
La cimitarra fatal.

Arias, de un salto, se puso
Delante del africano
Y, asiendo con una mano
Las bridas de su corcel,
Le dió en el frontal de acero
Tan descomunal hachazo,
Que caballo y caballero
Vinieron á tierra de él.

Los Árabes que más cerca
Del capitán se encontraron,
Sobre Gonzalo cargaron
Con gritería infernal:
Pero dieron con un hombre:
Y el primero que imprudente
Se llegó á Arias, en la frente
Recibió el golpe mortal.

El capitán, desenvuelto
De su caballo caído,
Vino como tigre herido
Sobre el alcaide á su vez:
Recibió su corvo alfanje
El castellano forzudo
Dos veces en el escudo,
Con serena intrepidez;

Y al verle ébrio de coraje
Descargarle el tercer tajo,
Metióle el hacha por bajo
Y el brazo le cercenó.
Saltó el pedazo partido
Con la cimitarra al suelo,
Y el Moro, con un aullido
De dolor, se desmayó.

Saltó Arias de él por encima
Y, del caballo tendido
Quedándose guarecido,
Volvió la lid á empezar.
Acométenle los Moros:
Mas ningún golpe le ofende
Por delante, y se defiende
La espalda con un pilar.

Entraba en esto en el patio
El viejo Rey de Granada:
Mas detúvose á la entrada
Á admirar el varonil
Aliento de aquel solo hombre
Que, sin casco ni armadura,
Tiene á raya la bravura
De los hijos del Genil.

Estaba Gonzalo Arias
De sangre y sudor cubierto
Tras del caballo, que muerto
Á sus plantas derribó,
Anhelante de fatiga,
Descolorido y rasgado,
Como un espectro evocado
Del panteón que le guardó.

Al ver con cuánta destreza
De tantos se defendía,
De tan alta bizarría
Pagado el viejo Muley:
«¡Teneos!» gritó á los Moros;
Y, yéndose al Castellano,
Le dijo afable: «Cristiano,
Ríndete: yo soy el Rey.»

No pudo Arias de cansancio
Contestar. «Quienquier que fueres
(Añadió el Rey), valiente eres:
Ríndete á mí y salvo irás.»
Arias, ronco de fatiga,
Pero con alma serena,
Dijo: «Muerto, enhorabuena:
Pero rendido, jamás.»

«Cristiano, repuso el Moro,
Yo soy Muley y rendirte
Á mí no será desdoro.»
Y Arias dijo: «Y yo, Muley,
Soy Gonzalo Arias Saavedra,
Y mientras me quede aliento
Y en Zahara quede una piedra,
La mantendré por mi Rey.»

Ahogó la piedad del Moro
Respuesta tan arrogante,
Y, colérico, «¡Adelante,
Saeteros!» exclamó.
Atravesado de flechas
Hincó Arias una rodilla
Gritando «¡Cristo y Castilla
Por los Arias!» Y espiró.

Cortáronle la cabeza,
Y en el arzón delantero
La ató un negro de Baeza
Por trofeo de valor.
Tal fué el fin desventurado
Del bravo alcaide de Zahara:
La suerte le negó avara
Todo, menos el honor.

Cuando del día siguiente
Comenzó á lucir la aurora,
Daba á Granada la vuelta
La morisma victoriosa.

Marchaba Muley delante,
Y, en el centro de su tropa,
Dos mil cautivos atados
Al carro de su victoria.
Mandó el Rey que los Cristianos,
Guardados por buena escolta,
Fueran delante á Granada
Por la vereda más corta;
Pero prevenido habiéndole
Que, por si las tierras próximas
Se levantan, con presteza
Caminar es lo que importa:
«¿En qué está, dijo, el retraso?
— En los cautivos que estorban.
— Pues bien, dijo con desprecio,
Obligadles á que corran,
Y lleguen los que llegaren:
Los mozos á las mazmorras,
Las muchachas al harén
Y los viejos á la horca.»

III

Era la noche del siguiente día
En que el fiero Muley salió de Zahara,
Vencedor insolente. Era una obscura
Y nebulosa noche: no lucía
En el cielo la luna: venda impura
De nubarrones cárdenos cubría
La luz serena de su antorcha clara.
Ceñían por doquier el horizonte
Negros grupos de nubes apiñadas,
De vapores eléctricos preñadas,
Y alcanzábanse á ver de monte en monte
Del frecuente relámpago, azuladas,
Arder las repentinas llamaradas.

Á un balcón de la torre de Comares
Asomada en silencio, la altanera
Aija escuchaba con el alma entera
Lejano són de gritos populares
Que, por la densa atmósfera perdidos,

Traía á sus oídos,
De cuándo en cuándo, ráfaga ligera.
Tras ella Abú Abdilá sobre su hombro
El noble rostro juvenil tendía,
Como su madre oyendo con asombro
La confusa y extraña vocería
Que, en las tinieblas de la noche, el viento
Con eco sordo resonar hacía
Bajo el techo del cóncavo aposento.

— «¡Oyes, hijo Abdilá! con ansia dijo
La sultana. — Sí, madre, y no comprendo.....
Contestó Abú Abdil. ¡Tal vez maldijo
Nuestra fortuna Aláh!» Con ojo fijo
La espesa sombra penetrar queriendo,
Aija le interrumpió: — «Calla: estoy viendo
Moverse algo en el bosque..... ¿Oistes, hijo?
— ¿Un ruiseñor? — Sin duda: mas no canta
Tan recio el ruiseñor..... escucha atento.
¿Le oiste? — Sí. — Pues bien, hijo, ese aliento
De un pájaro no cabe en la garganta.
— Oid, Señora, oid; más cerca el pío
Del ave se oyó ahora. — Es una seña
Que viene de las márgenes del río.
— Sí, y en hacerse comprender se empeña.»
Acercáronse más á la calada
Barandilla exterior del antepecho:

Mas Aija, de repente y sin ser dueña
De sí misma, cubriendo con su pecho
El pecho de Abú Abdil, gritó: «¡Hijo mío!»
Silbando entró por el postigo estrecho
Del balcón una flecha disparada
Desde el bosque, y, tocando en la labrada
Piedra del arco, rechazó, en el lecho
De Abú Abdil cayendo despuntada.

«¡Traidores!» exclamó Aija, á nuestra vida
También atentan!» Mas alegremente
La interrumpió Abdilá, teniendo asida
La flecha: «Madre (dijo) trae cosida
Una carta. — Lee pues.» Rumor de gente
Se oyó en el corredor en este instante,
Y una esclava, asomándose á la puerta,
Dijo: «¡El wazir!» Para la audaz Sultana
Fué cosa nada más que de un momento
En el pecho ocultar la carta abierta,
La flecha devolver por la ventana,
Y serena quedar sobre su asiento.

Al punto mismo Abú-l'Kazín, ministro
De las venganzas de Muley, entraba
El nocturno registro
Á hacer que en el salón acostumbraba,

Desque la torre de Comares era
Del Granadino Príncipe y su madre,
Por orden de Muley, prisión severa.

Saludó Abú-l'Kazín con afectada
Ceremonia, mostrando que lo hacía
Sin respeto y en pura cortesía:
Aija, en sus almohadones recostada,
Ni volvió la cabeza desdeñosa,
Ni le otorgó siquiera una mirada;
Abú Abdilá, imitando á su orgullosa
Madre, no contestó tampoco nada.
Abú-l'Kazín entonces, en sombrío
Silencio y con feroz torvo semblante,
La estancia registró con vigilante
Y prolija atención. «Es deber mío,»
Dijo al fin, dirigiendo á la Sultana
Una mirada donde el odio brilla,
Y añadió: «Nuestro Rey llega mañana
Vencedor de las armas de Castilla.»

Aquí, consigo sin poder, la Mora
Díjole: «¿Son por ello esos clamores
Que turban el reposo? — Sí, Señora:
El pueblo aplaude, como siempre, ahora
Á los Reyes que vuelven vencedores.»

Una mirada le lanzó de fuego
La Mora y con desdén le dijo luego:
«Tienes razón, Abú-l'Kazín: mañana,
Si volvieren vencidos, por traidores
Les silbará la multitud villana.
— Vele Aláh por el Rey, y no permita
Que el pueblo tenga por traidor, Sultana
Á quien abrigue sangre Nazarita!
— Eso te digo yo. Los hijos tienen
La sangre de los padres, y el que incita
Al padre contra el hijo, lo previenen
Las suras del Korán, á Dios irrita
Y su raza por Dios será maldita.
— Sultana, tus palabras..... — El anuncio
Son del desprecio en que te tengo. — Holgara
La razón en saber. — Está muy clara.
— Pronúnciala, Sultana. — La pronuncio:
Tu padre, Abú-l'Kazín, fué tornadizo
Y traidor á su Dios, y yo detesto
Á los hijos de padre que tal hizo.
No lo olvides jamás. — ¡Oh! lo protesto.
— Déjanos, pues, en paz. — La vez postrera
Volveré nada más, cuando el severo
Rey de Granada de su ley el yugo
Imponeros me ordene. — Aguarda fuera
Sus órdenes en tanto, carcelero,
Hasta que hayas de entrar como verdugo.»

Salió el wazir, brillando en su pupila
El fuego del rencor: y la Sultana,
Luego que oyó el rumor de los cerrojos
De la postrera cámara lejana,
La carta á desplegar volvió tranquila,
Devorando lo escrito con los ojos.
Mirábala Abdilá con impaciencia,
Procurando leer en su semblante
Lo que ella en el escrito. En apariencia,
Si el wazir la acechara en este instante,
No pudiera, al mirar su indiferencia,
Sospechar que el papel era importante.
Leyó con avidez, pero serena:
Y aquella alma viril, que dominaba
Del placer el exceso y de la pena,
No dejó percibir á quien miraba
El gozo inmenso de que estaba llena.
¡Tanto era altiva, perspicaz y brava!

«Hijo mío Abdilá, dijo tras breve
Pausa, vas á partir. La muerte fiera,
De tu padre á la vuelta, aquí te espera,
Y abajo espera quien salvarte debe.
No el Cielo señaló tu real cabeza
Para ceñir una corona en vano;
Tu destino de Rey he aquí que empieza;
Cumple, pues, tu destino soberano.»

Dijo y le dió la carta, que decía:
«Vuelve tu esposo vencedor, Sultana,
»Y la guadaña de la muerte impía
»Su mano trae; no aguardes á mañana:
»Cuando oigas luego que en silbar porfía
»El ruiseñor al pie de tu ventana,
»Descuelga á tu hijo Abú Abdilá por ella.
»Y un buen caballo le valdrá y su estrella.

»No temas ni vaciles: los verjeles
»De este valle, á tu vista tan tranquilo,
»Á un escuadrón de Abencerrajes fieles
»Dan á estas horas misterioso asilo.
»Mi escritura conoces, no receles,
»Sultana, una traición: pende de un hilo
»Del Príncipe la vida: mas, burlada
»La muerte, volverá..... Rey de Granada.

»Aunque en firmar sé acaso que aventuro
»Mi cabeza, la suya es lo primero:
»Sírvate pues mi nombre de seguro
»Y alumbre tu razón Aláh infinito.»

Al pie de este renglón, claro y entero,
De Aly-Macer el nombre estaba escrito.

Leía Abú Abdilá, y á la lectura
De la carta fatal palidecía:
Y, leyendo en su rostro su pavura,
La madre el ceño varonil fruncía.
«Hijo de Reyes, como Rey procura
Obrar, le dijo al fin. ¿Fortuna impía
Te acosa? Acosa, pues, á tu fortuna:
Mala es mejor tenerla que ninguna.»

Tal diciendo, la intrépida Sultana
Llamó en voz baja á sus esclavas. Quiso
Abú-l'Kazín dejárselas, por vana
Demostración de libertad y viso
De autoridad y pompa soberana,
En la prisión. Entraron al aviso
Todas de su señora, y la severa
Sultana las habló de esta manera:

«Necesito una escala: en el momento
Desgarrad vuestras tocas y almaizales;
Los tapices que tiene el aposento
Trizas haced: mis lienzos y mis chales
Rasgad y, hasta que lleguen al cimiento
De la torre, anudad los desiguales
Pedazos: no os paréis en necias dudas:
Rasgadlo todo, aunque os quedéis desnudas.»

Hechas á obedecer, sin más demora
Rasgaron la oriental tapicería
Que la ostentosa cámara decora,
El chal con que cada una se ceñía,
El rico pabellón de crujidora
Seda que el lecho de Abdilá tenía.
Cuanto á las manos se las vino asieron,
Y, formando un cordón, le retorcieron.

La Sultana y el Príncipe, afanosos,
En tal ocupación las ayudaron,
Y de esta ocupación con los curiosos
Incidentes, que alegre la tornaron,
Del alma de Abdilá los temerosos
Tristes presentimientos se ahuyentaron:
Y rebosaba en gozo y osadía
Cuando el largo cordón se concluía.

A poco un risueñor en la enramada
Los tres largos silbidos de su trino
Precursores lanzó. Corrió agitada
La Sultana al balcón, y más vecino
Volvió á silbar el ruiseñor: callada
É inmóvil escuchó: su oído fino
Y ojo avaro alcanzaron, en la hondura,
De un hombre el movimiento y la figura.

Un momento después, en la maleza
Que al mismo pie del torreón crecía,
El ruiseñor silbó: la fortaleza
Y la continuidad con que lo hacía
Su voz, de la que dió naturaleza
Al ruiseñor un tanto desdecía
De cerca oída: pero al libre viento
Era bien fácil confundir su acento.

Ató Aija á Abú Abdil por la cintura
La punta de los lienzos anudados,
De su firmeza y solidez segura;
Los brazos un momento entrelazados
Tuvieron madre é hijo con ternura
Cordial: los labios trémulos, rasados
De lágrimas los ojos, no encontraron
Palabras, mas sus lágrimas hablaron.

Deshízose la madre la primera
Del cariñoso lazo, y saltó el hijo
Por la baranda del balcón afuera,
Teniendo el lienzo las mujeres fijo.
«Madre, dijo él, ¡adiós por vez postrera!
— ¡Hijo de mi alma, adiós! ella le dijo,
Y, bajando la voz: — honra tu nombre,
No vuelvas sino Rey: lucha y sé hombre.»

Dijo: y, á una señal, franqueza dando
Las esclavas al lienzo, por la obscura
Región del aire, suelto, fué bajando
El Príncipe Abdilá: justa pavura
Le acongojó cuando se vió colgando
Sobre la inmensa tenebrosa hondura;
Vaciló su cerebro y, los antojos
Del miedo por no ver, cerró los ojos.

Un momento después cuatro forzudos
Brazos en las tinieblas de él asieron:
Una daga cortó junto á los nudos
El lienzo, á hombros tomáronle, y huyeron.
Los brazos de las Moras, á tan rudos
Esfuerzos no hechos, libres se sintieron
De repente del peso, y la Sultana
Se echó con ansiedad á la ventana.

Miró, escuchó, sin voz, sin movimiento,
Parando en su atención hasta el latido
Del corazón y el curso del aliento:
Pero ni gente, ni señal, ni ruido
Se percibía: á la merced del viento
El lienzo por abajo desprendido
Flotaba, y era todo allá en la hondura
Silencio, soledad, sombra, pavura.

Apartóse en silencio la Sultana
Del ajimez: la tela recogida
Poco á poco volvió por la ventana:
Mas al entrar la punta suspendida
Por fuera del balcón, de la Africana
El corazón mortal volvió á la vida;
La punta trae de salvación un gaje
Infalible: el blasón Abencerraje.

Besóle la Sultana, y su altanera
Tranquilidad cobró: despidió luego
Sus esclavas y, sola, dijo, fiera
Reverberando en su mirada el fuego
Del corazón: «Que venga cuando quiera
Muley.» Y en los cojines con sosiego
Tendiéndose, al pesar y al miedo ajena
Segura de Abú Abdil, durmió serena.

IV

Y he aquí que la Sultana
Cual Reina soberana,
Y acaso en su ventana
Detrás de la persiana
Oyó sobrecogida
Que por la peña hendida
Diez hombres que, en huída
Corriendo á toda brida

que el real Generalife,
en esta noche mora,
velaba en esta hora,
tendida en un diván,
cruzar el arrecife,
conduce hacia la sierra,
veloz y són de guerra,
hacia la sierra van.

El rostro peregrino
Zoraya hacia el camino
De polvo un remolino
Sombra el país vecino
¿Quién puede á estos parajes
Lanzarse en tan salvajes
Tan ásperos pasajes
Los diez Abencerrajes

llegando á la ventana,
miró: mas ¡vana empresa!
velaba con espesa
al ojo más sutil.
(se dijo la Sultana)
caballos, audazmente
salvando?—Solamente
que salvan á Abú Abdil.

FIN DE LOS VERSOS CONTENIDOS EN EL TOMO PRIMERO.



Zorrilla, al publicar este Poema en 1852, ilustró el tomo primero con notas y discursos que, si entonces juzgaba de necesidad para satisfacer á lectores y críticos, hoy parecen excusados, después del casi medio siglo que separa la primitiva de la presente edición. El poeta quiso demostrar que á la factura de los versos había hecho preceder un estudio de la lengua árabe, de la historia del reino de Granada, de las vicisitudes de la conquista y de cuantos personajes iban á figurar en los diversos libros del Poema. Dudaba, tal vez, de que se le tuviese por verídico en las tradiciones, lenguaje, usos y costumbres de los moros; por lo cual puntualizó en multitud de notas la exactitud de los conceptos y hasta la pureza de las palabras. Recono-

cidas por la crítica estas cualidades en la obra, no es necesario reproducir tan numerosos comprobantes, que, en vez de esclarecer, embarazan la lectura y sonoridad de los versos. Por esto se han suprimido aquí, del mismo modo que una extensa biografía de Mahoma, inserta al final del volumen y que el propio Zorrilla declara ser en su mayor parte traducción de acreditados libros franceses.

Hay, sin embargo, en los discursos y desahogos del autor ciertos pasajes que no deben suprimirse, porque corresponden á la historia literaria del tiempo y al carácter peculiar del poeta, tales como la explicación de la dedicatoria á su amigo Muriel y la sátira con que Zorrilla se revuelve contra los censores anticipados de su obra, émulos, á su juicio, tan impotentes como menguados.

He aquí la manera con que explica la *Fantasía* dedicada á D. Bartolomé Muriel en las primeras páginas del libro:

«Habiéndome algunos amigos manifestado en París deseos de conocer mi Poema de Granada antes de su publicación, se reunieron una noche en casa del Sr. Muriel para oirme leer algunos de sus libros ó cantos, á pesar de mi propósito de no manifestar

su manuscrito. La circunstancia de hallarse presentes á esta lectura D. Fernando de la Vera y D. Cayo Quiñones de León, cuyos antepasados tomaron en la conquista de Granada no poca parte, y á cuyas hazañas consagro en mis versos no pocos recuerdos, me obligaron á continuar en siguientes noches la lectura de mi obra, á cuyo objeto reunió el Sr. Muriel una corta sociedad de amigos en su elegante casa. La amistad cordial que al Sr. Muriel me une, y las agradables horas pasadas en sus aposentos, cubiertos de preciosos cuadros y llenos de artísticas curiosidades, me inspiraron esta fantasía, procurándome la ocasión de darle con ella un público testimonio de mi amistad y de lo caras que son á mi corazón las memorias de la suya.»

Sobre las censuras anticipadas y murmuraciones más ó menos cultas que se hacían del Poema cuando aún no se había publicado, escribe Zorrilla lo siguiente:

«Á los desocupados escritores de anónimos y á los autores rapsodistas, á quienes apesara desdichadamente la reputación ajena, pero que no pueden labrarse la propia sino royendo los talones de los que van delante de ellos, en su incapacidad de abrirse por

sí mismos un camino, les aconsejaré que antes de seguirme á Granada den una vuelta por Toledo, donde hallarán á mi buen amigo el Sr. D. León Carbonero y Sol, quien, con honra suya y provecho de la juventud, explica en aquella ciudad la lengua árabe, y el cual, con su rica erudición oriental y poética, y su excelente método de enseñanza, les pondrá tal vez con el tiempo en estado de caminar conmigo por los senderos montañosos que conducen á la Real alcazaba de la Alhambra.

Á los literatos que, á pesar de lo expuesto, me supongan más ambiciosos intentos ó más vanaglorioso amor propio, dispuestos á no ver de mi obra más que los defectos, hijos naturales de una temeraria osadía ó de una quijotesca vanidad; y á los sabios críticos que quieran aprovechar la ocasión de lucir sobre Granada sus académicas disertaciones y sus artículos enciclopédicos, les contaré solamente un cuento, que estoy sintiendo corrérseme en el papel por los puntos de la pluma, el cual, aunque viejo, espero que les ayude á formar su juicio sobre mi Poema, si lo leen; que sí lo leerán, pues yo procuraré dárselo despacito para que lo rumien y digieran.

Lidiaba una tarde en la plaza de Sevilla el famoso Pedro Romero, el diestro de mejor trapo y más certero pulso que pisó jamás arena del redondel. Llegado el caso de estoquear un toro de mal trapío y tor-

cida intención que, empeorado con la lidia, tomaba el bulto y dejaba el capote, comenzó Romero á trastearle cuidadosa y maestramente, arrastrándole la muleta para encariñarle á ella y traerle después sin riesgo á una estocada por los altos y á una muerte de buena ley. Un chusco sevillano, mozo y rico, decidor y zambrero, amigo de los ganaderos y conocedor de las marcas de sus ganaderías, apadrinador de la gente de cuadrilla, acompañador de los encierros y presenciador de los apartados, donde gustaba lucir el potro cartujo, la manta jerezana, la espuela vaquera y el castoreño apresillado, y gran partidario, en fin, de Costillares, hallando sin duda largo el juego de Romero, cuyo riesgo no comprendía, y pareciéndole la ocasión oportuna para zumbarle en presencia de su rival, empezó á decirle con no poco esforzadas voces y dejo no menos provocador: — «¡Bueno, señor incomparable, bueno: que va á llevar ese toro más pasos que las procesiones del Viernes Santo! De matar se trata, que no de pasar esa oveja mansa. ¡Que no se diga que por tanto paso se pasa el tiempo y no se pasa la pavura! ¡Vamos, un puntazo por lo que sea!.... y que no haya que dar á esa espada una compañera sacada de las costillas, como nuestra madre Eva.» La alusión á Costillares produjo el efecto que el chusco deseaba, y aplaudieron sus partidarios y rieron los de los tendidos; lo cual oyendo

Romero, dejando plantada á la fiera y á los espectadores suspensos, llegóse bajo el palco del zumbador mancebo, la muleta recogida en la zurda y el estoque suspendido en el dedo corazón, y díjole con aquella sorna peculiar de la gente de plaza:—«Su mercé parece, por sus razones, profesor del arte, y se ve á la legua lo acostumbrado que está á dar lecciones como maestro: conque no le deje por poco, y tome sin cortedad el lugar que le corresponde, que yo estoy pronto á escucharle. Baje, pues, su mercé y hágame su explicación á la cabeza de la res.»

Y decía bien Pedro Romero: las lecciones de torear se dan á la cabeza del toro.»

París, 15 Abril 1852.

JOSÉ ZORRILLA.

FIN DEL TOMO PRIMERO

GRANADA



GRANADA

POEMA ORIENTAL

PRECEDIDO DE LA

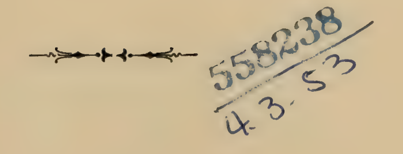
LEYENDA DE AL-HAMAR

POR

DON JOSÉ ZORRILLA

TOMO SEGUNDO

NUEVA EDICIÓN



MADRID
IMPRENTA Y LITOGRAFÍA DE LOS HUÉRFANOS
Juan Bravo, 5.— *Teléfono 2.198.*
1895



INVOCACIÓN

> Dixit autem Dominus: si habueritis fidem, sicut granum sinapis, dicetis huic arbori moro: Eradicare, et transplantare in mare: et obediet vobis.
>
> EVANG. SEG. LUC., CAP. XVII.

Fe, de toda virtud inspiradora,
Manantial del valor y el heroísmo,
Del tiempo y de la muerte vencedora,
Espanto de los genios del abismo,
El sér en quien tu fuego se atesora
Lleva el poder de Dios consigo mismo:
Los prodigios, las glorias, las hazañas,
Herencia son de los que tú acompañas.

Nada en el mundo tu poder resiste;
Á la luz de tu antorcha luminosa
El Edén á los mártires abriste:
De Oriente á la región caliginosa
Las legiones de Cristo condujiste,
Y, á través de la mar tempestüosa
Alumbrando su espíritu profundo,
Descubriste á Colón un nuevo mundo.

Nada hay grande sin ti, nada completo;
Desde Nembrod á Napoleón, tu esencia
Del genio ha sido el talismán secreto:
Nadie logró sin ti grande existencia,
Ni fué grande sin ti ningún objeto:
Polvo fué cuanto fué sin tu asistencia:
De la fuerza de Dios tu fuerza viene
Y en tus hombros el orbe se sostiene.

Tu soplo es impetuoso torbellino
Que, al alma ardiente á quien su impulso lleva,
Hasta la eternidad abre camino
Y sobre el polvo terrenal la eleva.
Del fuego santo manantial divino
Que en el fuego de Dios sus fuentes ceba,
Tú das irresistible atrevimiento
Á sér á quien inflamas con tu aliento.

Para ese son efímeras empresas
Las más peligrosísimas hazañas:
Disípanse á su voz como pavesas
Las torres, las ciudades, las montañas:
Las marcas de su pie conserva impresas
La tierra para siempre, y sus entrañas
Cobran fecundidad bajo su paso,
Y un reino brotan donde había un raso.

Alma del universo, cuanto existe
Con tu poder se crea y robustece:
Cuanto á tu influjo creador resiste,
Como leve vapor desaparece:
Á la nación do tu favor no asiste
Sorbe otra á quien tu mano favorece:
Y así es como del tiempo en los misterios
Pasan unos sobre otros los imperios.

¡Desdichada nación la que te olvida!
Su esencia mina la carcoma lenta,
Y no siente que se hunde carcomida
La débil base que su pie sustenta;
Otra nación que aguarda su caída
La empuja al fin y en su lugar se asienta:
Y así Castilla, por su fe amparada,
Pasó como un turbión sobre Granada.

Dame ¡oh potente fe! tu auxilio santo:
Tú por quien pudo rescatar á España
La ilustre Reina cuya gloria canto,
Dame su fe para ensalzar su hazaña:
Y, el himno rudo que en su honor levanto
Al entonar, mi espíritu acompaña,
Porque me escuche en la celeste esfera
La augusta sombra de ISABEL PRIMERA.

LIBRO CUARTO

AZAEL

I

Zahara cayó: sus tristes moradores
Víctimas van de tan fatal jornada
Esclavos de los Moros vencedores,
De ganado rüin como manada.
Muley envió delante corredores
De su victoria nuncios á Granada,
Y, con victoria tal alegre y fiera,
Al vencedor Hasán Granada espera.

Preparan las familias principales,
Á los guerreros y sangrientos fines
Del anciano monarca más parciales,
Zambras, saraos, himnos y festines,
Unas en sus salones orientales,
Otras en sus balsámicos jardines:
Prodigando sin duelo sus tesoros
Para ensalzar el triunfo de los Moros.

Los cadís á su vez tienen dispuestas
De fuegos, de pandorgas y de cañas,
De sortija, de toros y de apuestas,
De bohordos, de gallos y cucañas,
Para la plebe revoltosa fiestas
Cual nunca alegres, como nunca extrañas:
Porque deje tal triunfo en su memoria
Largo recuerdo de placer y gloria.

Engalanan los altos miradores
Lujosas colgaduras y doseles,
Flotantes plumas, enredadas flores,
Lazos de palmas, arcos de laureles,
Damascos de vivísimos colores,
Tapices festonados de caireles,
Y ocupan ajimeces y ventanas
Nobles, jeques, walíes y sultanas.

Viejos, mancebos, niños y mujeres
Abandonan curiosos sus hogares:
Dejan los artesanos sus talleres,
Olvidan los sederos sus telares,
Cierran su mostrador los mercaderes,
Los armeros sus fraguas: los lugares
Vecinos se despueblan, y doquiera
Bulle la muchedumbre novelera.

Corren plazas y calles tañedores
De sonajas, adufes y panderos,
Rawíes de romances narradores
Al compás de la guzla, cuadrilleros
De diversas comparsas conductores
Y parejas de enanos, y gaiteros
De Marruecos y Fez, cuyos cantares
Recuerdan del desierto los aduares.

Circulan por doquier profusamente
Roscones de Jaén, tortas de Alhama,
El alhajú de Ronda, largamente
Saturado de especias, á quien llama
El mostillo su hermano, y el caliente
Buñuelo hinchado que la sed inflama:
Y, pese al libro del Korán divino,
Templa la sed el malagueño vino.

En la jornada de tan fausto día
De fiesta real y universal holganza,
La ley á la licencia da franquía
Y destierra el placer á la templanza:
Y la plebe, sin coto en su alegría,
Canta ruidosa, descompuesta danza:
Pues nada hay que desdore ó avergüence
Al celebrar sus triunfos á quien vence.

Es ley universal. ¡Ay del vencido!
Cantad, pues, ¡oh triufantes Africanos!
¡Ignominia y baldón para el rendido!
¡Mengua y esclavitud á los Cristianos!
Mas no olvidéis que encomendada ha sido
De la venganza á las sangrientas manos
La ley de los vencidos inhumana.
¡Ay de vosotros si lo sois mañana!

¡Gloria á Muley! La multitud que llena
Las torres y alminares ve á lo lejos,
Á través de la atmósfera serena,
De las moriscas armas los reflejos.
Un grito inmenso de placer resuena
Con nueva tal: mujeres, niños, viejos,
Se agolpan á las puertas de la Vega
Á recibir al Rey que en triunfo llega.

Ya avanzando en hileras ondulantes
Se ven los ordenados escuadrones:
Parecen con el sol cintas brillantes
Las filas de los árabes peones:
Sobre el blanco montón de sus turbantes
Tremolan sus enseñas y pendones,
Y desgarran la atmósfera sonoros
Los atabales y clarines moros.

He allí á Muley Abul-Hasán. Su frente
Sombrean los flotantes lambrequines
De su penacho real: cuelga esplendente
Su escudo del arzón: y, hasta las crines
Embarrado, el caballo bufa ardiente
Y piafa, conociendo los confines
De los cotos rëales y la dehesa
Donde, potro, pació la hierba espesa.

«¡Alahú akbar! ¡Loor al Rey valiente!»
Gritó la multitud al divisarle,
Y aglomeróse atropelladamente
Bajo su estribo mismo á vitorearle:
Mas la mano de Dios omnipotente
Que hasta este día se dignó ampararle
Le retiró su auxilio, y en su seno
Del infortunio derramó el veneno.

Tornóse contra él cuanto en pro era:
Cambióse en vencimiento su victoria,
Su popularidad en pasajera
Fama de un día, y en baldón su gloria.
La muchedumbre, en su verdad entera
Al leer de Zahara la sangrienta historia,
Retrocedió, por Dios iluminada,
El porvenir leyendo de Granada.

Con repugnante ostentación impía,
Un gigantesco negro de Baeza,
Del pelo asida, junto al Rey traía
Del buen Arias la lívida cabeza.
Un escuadrón entero le seguía,
En cuyas lanzas con brutal fiereza
Se ostentaba sangriento igual trofeo,
Medroso al alma y á la vista feo.

En medio de los árabes soldados
Y los Gomeles negros, lastimeros
Suspiros arrancaban despechados
Los cautivos Cristianos, por sus fieros
Vencedores heridos y arrastrados
En confuso tropel como carneros:
Y á marchar ó morir les obligaban,
Y dichosos al fin los que expiraban.

Las fuerzas de los viejos no bastando
A soportar ultrajes tan crüeles,
Al Dios de las venganzas invocando
Caían á los pies de los corceles:
Sin compasión sobre ellos, espoleando
Sus caballos, pasaban los Gomeles,
Apresurando su postrer instante
La aguda lanza y yatagán cortante.

Traían muchas madres en los brazos
Los hijos muertos, y ocultar querían
Su fin bajo los sórdidos retazos
De los rotos harapos que vestían,
Pues sus tiernos cadáveres pedazos
Los guardias negros de Muley hacían,
Y con horror de los maternos ojos
Quedaban insepultos sus despojos.

La mora multitud, aunque villana
Civilizada, á compasion movida,
Del Rey maldijo la impiedad tirana,
En odio la alegría convertida.
Circundó á la feroz guardia africana
Con agresivo impulso, y, encendida
La furia popular, por un instante
El paso barreó del Rey triunfante.

Arrebatando las mujeres moras
Sus hijos á los míseros cautivos,
«Dádnosles, los dijeron: sus señoras
Os les tendrán esclavos, pero vivos.»
Comenzaron cien manos vengadoras
De las bridas á asirse y los estribos,
Y á brillar comenzaron los puñales
Debajo de los jaiques y almaizales.

Á cundir comenzó la infausta nueva
Entre las turbas y á crecer la ira:
Doquier la multitud, que se renueva
Y que sus fuerzas acrecienta, gira
Del Rey en torno, quien sus olas prueba
Con su caballo á hender y torvo mira
Venir la tempestad y acrecentarse
El popular furor, pronto á inflamarse.

Sus feroces Gomeles, que le vieron
Afirmarse en la silla, adivinaron
Su resuelta intención: se rehicieron,
Y á sostenerle fieles se aprestaron.
«¡Adelante!» gritó: tras él vinieron
Á alinearse y las lanzas enristraron.
Se abrió la plebe: y, rota ya la valla,
Dijo Hasán: «Dispersad esa canalla.»

La multitud, compuesta de artesanos
Inermes, de mujeres sin defensa,
De cobardes ociosos y de ancianos,
Tan débil é impotente como densa,
Se abrió ante los jinetes africanos,
Retrocediendo en oleada inmensa
Como el círculo que abre el haz del río
Ante la quilla corva del navío.

Turba que ceja un pie, fuerza vencida.
La hueste de Muley siguió adelante
Y en la ciudad entró; mas, convertida
La alegría en terror, fué con semblante
Sombrío y en silencio recibida
Por el vulgo, ó medroso ó inconstante:
Y Hasán, seguido de sus negros fieles,
Subió al trote la cuesta de Gomeles.

Deshízose del pueblo; mas siguióle
Hasta el recinto real su descontento,
Y á par con él su indignación mostróle
De modo asaz visible el firmamento.
Repentino nublado encapotóle,
Se negreció su azul, rebramó el viento,
Con la fortuna de Muley en guerra
Declarándose á un tiempo cielo y tierra.

En la Alhambra rëal los cortesanos
Le vitorearon al llegar; empero
¡Ay del Rey á quien guardan los villanos
Odio ó temor! Apenas el postrero
De los temidos guardias africanos
Transpuso el Bib-Leujar, el pueblo entero
Rompió en inmenso sedicioso grito
Que en el espacio azul vibró infinito.

Aparecieron por doquier audaces
Cabezas de motín: gestos feroces
Que revelaban ánimos capaces
De realizar los planes mas atroces.
Santones venerados y sagaces
Dervichs alzaron por doquier sus voces:
Y el populacho, en grupos dividido,
Dió á sus discursos por doquier oído.

Y he aquí que, en el centro de la plaza,
Se alzó sobre las turbas de repente
Viejo santón de venerable traza,
Famoso asaz entre la mora gente.
Era el severo Aly-Mazer, de raza
Noble, de vida austera y penitente,
Quien por causas recónditas y extrañas
Retirado vivía en las montañas.

Hombre á quien solamente se veía
En los grandes peligros y ocasiones,
Y de quien siempre el pueblo recibía
Oportunos consejos y lecciones.
Siniestra aparición que precedía
Siempre á las populares convulsiones
Que, en su postrera edad desventurada,
Estremecerse hicieron á Granada.

Hombre doquier temido y respetado
Por su severidad y por su ciencia,
De la virtud muslímica dechado,
Sincero amparador de la indigencia,
Leal consolador del desdichado,
Prosternóse la plebe en su presencia:
Y callaron ante él respetüosos
Los demás oradores sediciosos.

Tomando entonces por mimbar la fuente
Que el centro de la plaza decoraba,
Paseó sus miradas tristemente
Sobre la multitud que le cercaba;
Y con lúgubre voz, cuyo doliente
Tono en el hondo corazón vibraba,
Profética, inspirada, lastimera,
El discurso rompió de esta manera:

«¡Ay del pueblo muslim! ¡ay de Granada!
»Para escarnio y baldón de las edades
»Será no más su historia consignada.
»¡Regia ciudad; sultana de ciudades,
»Estás por tus cimientos horadada!
»¡Va sobre ti á llover calamidades
»El cielo sin piedad á quien provocas,
»Y contra ti se volverán las rocas!

»Musulmanes, Hasán está hechizado
»Por el nefando amor de una cristiana:
»Aixa, de fe cual de virtud dechado,
»Es esclava en su harén y no sultana;
»El Príncipe legítimo, encerrado
»Llora en los hierros de prisión lejana.
»¿Y en provecho de quién tal tiranía?
»De una extranjera, renegada impía.»

»Ya lo veis: impolítico atropella
»Cuantos derechos y principios fijos
»Hasta hoy se respetaron, y degüella
»Los rendidos y esclavos. Tan prolijos
»Crímenes ¿á qué fin? Sólo por ella:
»Por coronar á sus bastardos hijos,
»Que, lobeznos de raza castellana,
»Como ella al fin renegarán mañana.

»¿Comprendéis? ¡oh muslimes! — Esa impía
»Que ni cree en Jesucristo ni en Mahoma,
»De nuestra desdichada monarquía
»Es con sus hijos la mortal carcoma.
»Ella al Cristiano os venderá algún día
»Si en sus proyectos incremento toma:
»Porque en el odio universal que encierra
»Incendiará, á poder, toda la tierra.

»Pero ¿creéis tal vez que los Cristianos
»La sangre olvidarán vertida en Zahara?
»Como Hasán en sus triunfos inhumanos,
»Vendrán con sed de vuestra sangre avara.
»La que hoy vertieron sus inicuas manos
»Del pueblo moro goteará en la cara:
»Y en todas ocasiones y parajes
»Nos considerarán como á salvajes.

»¿Oís ese huracán? Horrorizada
»De tan inútil y brutal fiereza,
»Truena contra nosotros indignada
»La madre universal Naturaleza.
»¡Ay del pueblo muslim! ¡ay de Granada!
»El rayo amaga su imperial cabeza,
»La ponzoña mortal hierve en su seno,
»Y Aláh se torna en pro del Nazareno!»

Dijo así Aly Mazer. Como evocados
Al són de sus fatídicos acentos,
La tierra conmovieron desatados
En furioso huracán los elementos.
Torrentes de las nubes desgajados
Inundaron las calles, y los vientos
Arrebataron arcos y doseles,
Lazos, flores, damascos y caireles.

Huyó la población supersticiosa,
Siempre en agüeros á creer dispuesta,
Y encerróse en sus casas pavorosa,
La ira de Dios creyendo manifiesta.
Desierta la ciudad y silenciosa
Quedó en redor, se interrumpió la fiesta:
Y en vez de los aplausos y canciones,
Doquier se oyeron ayes y oraciones.

Duró la tempestad la tarde entera,
Y entre el rugido cóncavo del trueno
Y el estridor de la tormenta fiera,
De los obscuros barrios en el seno
Una voz incesante y lastimera
Exclamaba aterrando al agareno:
«Aláh torna á su grey la faz airada.
¡Ay del pueblo muslim! ¡ay de Granada!»

Campo desierto de olvidadas ruinas,
Medroso despoblado cementerio
Parecían las calles granadinas
De tal desolación bajo el imperio:
Y cual si se efectuara en las divinas
Regiones algún lóbrego misterio
Fatal para los Moros, agobiada
De pánico terror quedó Granada.

II

Era en verdad así: que en tal momento,
De la fortuna y la existencia mora
En la esfera inmortal del firmamento
Íbase á señalar la última hora:
Y el arcángel que rige el movimiento
De la aguja fatal, niveladora
De los tiempos, el fin del reino moro
Iba á marcar en su cuadrante de oro.

No en vano entre los cielos y Granada
Un velo de nublados se extendía:
Con la luz á sus ámbitos negada
Otra región feliz resplandecía.
Su cresta secular Sierra Nevada
Con una auréola de fulgor ceñía,
Y el misterio que Dios obra en la Sierra
Permitido sondar no es á la tierra.

En el seno glacial de aquellas cumbres
Cuya paz no turbó la voz mundana,
Lloraba celestiales pesadumbres
Sér de divina estirpe soberana.
Lanzado de las célicas techumbres
Siglos hacía á la región humana,
Para su habitación labró en la nieve
De su helado cristal palacio leve.

Lejos de su alma patria luminosa
Fué condenado, expiación de un yerro,
Su forma pura, celestial y hermosa
Á sepultar en terrenal encierro,
Dando cima á tarea misteriosa
Por Dios impuesta en su mortal destiero;
Mas ya á su fin la expiación tocaba
Y su tarea al concluir estaba.

Treinta afanosas décadas había
En preparar el ángel empleado
Su difícil labor, y ya veía
Su éxito misterioso asegurado:
Y, para darla fin, en este día
Iba por Jehováh purificado
Á recobrar su blanca sobreveste,
Su sér divino y su poder celeste.

Tal es, en suma, el celestial portento
Que va el Señor á obrar sobre la Sierra,
Y cuya vista vela en tal momento
El nublado á los ojos de la tierra.
La tempestad que entolda el firmamento
Es un crespón que sus espacios cierra:
Y tras aquellas fulgurantes nubes
Cantan un himno santo los Querubes.

Sobre sus alas con rumor sonoro
Las cohortes angélicas descienden,
Y al dulce són de su celeste coro
Troncos y rocas de placer se hienden.
Los serafines en mecheros de oro
De la divina fe la luz encienden,
Sobre el alcázar místico de hielo
Rasgado el seno cóncavo del cielo.

Del zenit en el punto culminante,
En medio de una luz deslumbradora,
Del sumo Dios apareció el semblante
Y tronó la palabra creadora.
Al eco inmenso de su voz gigante
La celestial cohorte voladora,
Con las alas cubriéndose los ojos,
Para escuchar se prosternó de hinojos.

«¡Azäel!» — dijo Dios, al sér divino
Desterrado en la tierra interpelando,
Y al umbral de su alcázar cristalino
El ángel bello pareció temblando;
Y el eco gigantesco y montesino
De las cóncavas peñas, despertando
Al acento de Dios, volvió medroso
El nombre del espíritu glorioso.

«¡Azäel! — repitió el Omnipotente; —
»Torna á tu antiguo sér y poderío,
»Cobra tu vestidura refulgente
»Y obra sobre la tierra en nombre mío.
»Toda á tu voluntad está obediente:
»Sus destinos gobierne tu albedrío:
»Completa mis designios soberanos:
»Yo bendigo la obra de tus manos.»

Dijo el Señor. El ángel desterrado,
Recobrando su gracia primitiva,
Levantóse á su voz transfigurado,
Revestido de gloria y de luz viva.
Orna su cuerpo ceñidor alado,
Ciñe su sien inmarcesible oliva,
Y de la fe la luminosa tea
En su diestra purísima flamea.

Un séquito de espíritus potente,
Que deja sometidos á sus santas
Ordenes el Altísimo, obediente
Y á su voz pronto se ordenó á sus plantas;
Ante el Señor el ángel reverente
Se prosternó tres veces, y otras tantas
El eco del hosanna y los salterios
Conmovió con su són los hemisferios.

Tornó Dios á sumirse en su santuario:
Tornaron los arcángeles el vuelo
Á tender, el vacío solitario
Transponiendo y los límites del cielo:
Y de la eternidad en el horario
Brillando el fatal número, hacia el suelo
Moro, dijo, la mano nacarada
Extendiendo Azäel: «¡Ay de Granada!»

¡Ay! repitió en el cóncavo y profundo
Seno del monte aterrador el eco;
¡Ay! repitió siniestro el vagabundo
Viento que rueda en el vacío hueco;
¡Ay! repitió el nublado, en tremebundo
Trueno rompiendo desgarrado y seco;
¡Ay! repitió la voz desesperada
Que gemía fatídica en Granada.

Á este medroso universal lamento,
De la voz del Señor eco en la tierra,
Desgarró con estrépito violento
Sus entrañas marmóreas la sierra,
Y abrióse el misterioso monumento
Que su cimiento colosal encierra;
Fábrica de materia indestructible,
Á los humanos ojos invisible.

Es el alcázar de Azäel: divino
Palacio transparente y encantado,
De nácar y de hielo cristalino
Entre nieves eternas fabricado.
En él oculta el ángel peregrino
Un sér, aunque mortal, predestinado
Á que con él su porvenir divida
En la terrena y la celeste vida.

En este alcázar níveo, modelo
De la oriental Alhambra granadina,
Bajo la eterna bóveda de hielo
Que corona la cumbre al sol vecina,
Envuelta yace en encantado velo
La regia sombra de Alhamar divina,
Á quien letargo místico y profundo
Encadena á este límite del mundo.

No tienen á este sér bajo su imperio
La vida ni la muerte: su existencia
Fantástica protege hondo misterio
Que sondea no más la omnipotencia.
Su sér no pertenece á este hemisferio,
Y, ni celeste ni mortal, su esencia
Tiene el poder del ángel defendida
Del poder de la muerte y de la vida.

Misterio incomprensible para el hombre,
Á toda humana explicación resiste
Y á la ciencia mortal fuerza es que asombre;
Obra sabia de Dios, por Dios existe:
No tiene historia, explicación, ni nombre,
Ni mi pluma en buscárselos insiste:
La inspiración divina del poeta
No está á mortal explicación sujeta.

Yace bajo el poder de tal encanto
De Alhamar la fantástica existencia,
De aquel alcázar luminoso y santo
Debajo de la nítida apariencia.
Todavía le cubre el regio manto,
Humean todavía en su presencia
Pebetes de ámbar, y su real persona
Circunda el esplendor de la corona.

En medio de un salón prolijamente
Decorado con cúficas labores,
Á estilo de los reyes del Oriente,
Sobre un tapiz de espléndidos colores
Y en trono de marfil, radia su frente
Bajo un dosel de plumas y de flores:
Y, símbolo del mando soberano,
El cetro abarca aún su augusta mano.

Su vista, empero, inmóvil, que no mira,
Su insensibilidad, que no percibe
Lo que en su rededor resuena ó gira,
Le delatan por sombra que no vive.
Un aura triste en su redor suspira;
Una aureola eléctrica describe
Círculos mil sobre su real cabeza,
Y aún ostenta su faz torva belleza.

Azäel, de sus ángeles cercado,
Llegando ante el Monarca Nazarita,
Sobre su pecho de calor privado
La antorcha puso de la fe bendita;
Al reflejo viviente derramado
Por esta llama que sobre él se agita,
Deshecho el hielo que su esencia pasma,
Movimiento á cobrar volvió el fantasma.

Giraron en las órbitas sus ojos,
Llenó el aire su pecho, su garganta
Paso á un suspiro dió, y, otra vez rojos
Sus labios, sonrió é irguió la planta:
Mas juzgando tal vez del sueño antojos
De aquellos seres la presencia santa
Y del encanto aún preso en los lazos,
Tendió entre él y los ángeles sus brazos.

Entonces Azäel «torna á la vida»
Dijo: «del Cielo la sentencia sabes:
»Tu existencia mortal interrumpida
»En década inmortal fuerza es que acabes.
»Alma sin cuerpo, espectro sin guarida,
»Ve de tu Alhambra á recoger las llaves.
»¡En el nombre de Dios, he aquí tu hora!
»Prevén la tumba de la raza mora.»

Al mandato del ángel obediente,
El sér de los fantasmas adquiriendo,
Incoloro, impalpable, transparente,
Su esencia de la tierra desprendiendo
Elevóse Alhamar en el ambiente:
Y, cual vapor que en él se va meciendo,
Á través de la atmósfera nublada
Se dirigió siniestro hacia Granada.

III

Era la hora en que expirando el día,
Con la sombra al luchar breves momentos,
Entre la luz crepuscular envía
Al corazón mortal presentimientos
Funestos: esa hora misteriosa
Que al hombre pensador melancolía
Infunde; al criminal remordimientos.
Y al poeta solemne, religiosa
Inspiración y santa poesía;
Era la hora, en fin, de las historias
Tristes y de las lúgubres memorias.

Tendido en los bordados almohadones
Del rico camarín de Lindaraja,
Cediendo á las sombrías impresiones
De la luz del crepúsculo, que en vano
Por repeler su corazón trabaja,
Á solas con sus negras reflexiones
Yacía de Granada el soberano.

La sombra, más espesa á cada instante,
Su manto de tinieblas desplegando
Por la arabesca estancia, condensando
Iba su obscuridad, y vacilante
La postrimera claridad del día
Al pintado cristal de las ventanas
Trémula se asomaba, y confundía
Cada momento más las africanas
Labores de oro que el cristal tenía.
Los plegados tapices de las puertas,
Los jarrones magníficos de flores,
Todos los muebles que la estancia ornaban,
Con extraña ilusión, formas inciertas
Movimiento y fantásticos colores
Á tomar en la sombra comenzaban;
Y empezaba á girar en el vacío
Recinto opaco de la estancia obscura
Ese turbión fascinador y umbrío
De objetos sin color, forma ni nombre,
Que en la superstición ó la pavura
Hacen en las tinieblas ver al hombre.

El rumor de los árboles vecinos
Y de las fuentes del jardín, los trinos
De las aves en ellos anidadas,
Y los lejanos sones campesinos
Que en revoltoso vuelo descarriadas

Allí traían las nocturnas brisas,
De la cóncava bóveda los huecos,
Los arcos, las acústicas cornisas
Poblaban con las voces exhaladas
Por misteriosos y fugaces ecos.
Por su impresión fatídica evocados,
En su febril meditación sentía
Muley, que en sombra y soledad yacía,
Tumultuoso tropel de ya olvidados
Recuerdos asaltar su fantasía,
Donde por siempre los creyó enterrados.
¡Vaporosos recuerdos aflictivos,
Irritados espectros vengativos,
Que en luengos años por la vez primera
Veía con pesar que aun eran vivos,
Acíbar para ser de su postrera
Edad y de su suerte venidera!

Recordaba las penas ignoradas
Que turbaron los últimos momentos
De su padre Ismael, ocasionadas
Por las locas empresas empeñadas
Por su fogosa juventud: los cuentos
Y pronósticos tristes propagados
Al nacer Abdilá, de cuya madre
Los numerosos deudos, apartados
De su corte, tal vez en la montaña
En bien del hijo y para mal del padre

Acopio hacían de razón y saña.
Recordaba á Abdilá que, cuando niño,
Hermoso como un ángel, le tendía
Sus tiernos brazos, con filial cariño
Su dulce abrazo paternal pidiendo,
Y que él con esquivez le repelía
En su fatal horóscopo creyendo;
Y el niño, su esquivez no comprendiendo,
Cobrándole temor de día en día,
Concluyó por llenar su sino horrendo
Y hoy su rencor nefasto le volvía.
¿Y quién sabe si, más que de su sino,
Efecto fué del paternal encono
El odio de Boabdil al Granadino
Rey? ¿Y quién sabe si el fatal destino
Que pesa sobre el Príncipe, es acaso
No más que el odio de Muley que al trono,
Fanático ó feroz, le cierra el paso?

Aún no se le ha borrado de la mente
Á Muley el amor sincero, ardiente,
De Aíxa, su legítima sultana,
Altanera como él, como él prudente,
Venerada como él entre la gente
Por su pura real sangre africana:
Y aún se le acuerda el popular disgusto
Con que vió el Moro su desdén injusto

Por ella y su pasión por la cristiana.
¿Y quién sabe si el astro que preside
Á los destinos de su raza y vierte
En ella su fatídica influencia,
Triste fanal de asolación y muerte,
De destrucción y deshonor sentencia,
Que con odios sacrílegos divide
De padres y de hijos la existencia,
No es más que la influencia derramada
Por su feroz política? ¿Quién sabe
Si este arcano de sangre y de rencores,
No tiene otro secreto ni otra llave
Que del Rey los políticos errores,
Que han dado luz ¡en hora bien menguada!
Á la estrella fatal de sus amores?
 Por la primera vez lo advierte acaso
Y se espanta Muley, con ansia viendo
Imposible hacia atrás volver el paso,
Por la primera vez rugir oyendo
La tempestad del porvenir horrendo.
Acordósele el torvo y silencioso
Aspecto de la plebe, cuando entraba
Aquella misma tarde victorioso
Por las puertas de Elvira, ante la esclava
Muchedumbre de Zahara: y penetrando
Su vista el horizonte nebuloso,
Comprendió que á su vez el Africano

Rehusaba, como él supersticioso,
Besar servil su ensangrentada mano.

Comprendió que las lívidas cabezas
De Saavedra y sus nobles Zahareños,
No fueron para el pueblo de proezas
Testimonios sin par, sino visiones
Que empañaron del triunfo las grandezas:
Fueron, en fin, proféticos ensueños
Que trocaron para él los corazones.

Y al fin el Moro comprendió, con pasmo
Mortal y con hondísima congoja,
Que aquella multitud, cuyo entusiasmo
Se extinguió ante su faz de sangre roja,
Y tornó sus miradas compasiva
Á la cristiana multitud cautiva,
No vió sobre el laurel de la victoria
El reflejo del astro de la gloria,
Sino el reflejo torvo y fugitivo
De la hoja de alfanje vengativo.

Comprendió que, en su ausencia, entre la plebe
Germen de rebelión vertido había
La callada traición con soplo aleve:
Y, si hasta entonces escondido y leve,
Cuanto más encubierto más seguro,

Vió que el volcán de la discordia hervía
De su regia ciudad dentro del muro.

Por la primera vez de su existencia
Tembló mirando al tenebroso abismo
De la pasada edad: de su conciencia
El primer grito oyó, y, al fatalismo
Sometido de la árabe creencia,
Cuando á solas se vió consigo mismo,
Vió su regio poder en la agonía
Y que el rostro la suerte le volvía.

Rota la tregua con el Rey cristiano,
La plebe á la revuelta provocada,
Comprendió, aunque muy tarde, el Africano
Que estaba su política burlada,
Falseado su poder de soberano;
Y, su crueldad despótica exaltada,
Trocándose de bárbaro en villano,
Del generoso Rey soltó la espada
Y se armó del puñal del Rey tirano.

«Mueran, dijo: sería empresa vana
»Cejar un paso ya: ciña en redondo
»De mi trono los pies lago sin fondo
»De sangre mixta mora y castellana.
»Mueran cuantos me busquen enemigo

»Y que avance el pendón de los cristianos:
»Los Árabes ante él se harán hermanos
»Y á la muerte ó al triunfo irán conmigo.
»Si no quiere Granada ser vasalla
»Respetuosa, intentando á cotos fijos
»Reducir mi querer: si bien no se halla
»Con mi amor á Zoraya y á sus hijos
»Y quiere de mi ley saltar la valla,
»Bajo la cimitarra vengadora,
»Nueva estirpe real, nueva señora
»Recibirá temblando la canalla.»

Dijo, y abandonando los cojines
Enderezó sus pasos á la puerta,
Que daba del salón á los jardines
Del patio de Leones; pero yerta
Sintió al umbral la planta y erizado
El cabello el Rey moro cuando, abierta
Al tenerla, miró del otro lado
Avanzar por la estrecha galería
Horrenda aparición que hacia él venía.

Pálida, lacrimosa, descompuesta,
La vaporosa imagen de un Rey moro
Era en su forma la visión funesta.
Su sien ceñía la corona de oro
Y en sus hombros traía el regio manto:

Arrastrábale empero sin decoro
Y con sus orlas enjugaba el llanto.
Vaga aureola de azulada lumbre
Radiaban los contornos transparentes
Del fantasma real, y ayes dolientes
De mortal profundísima agonía
Mostraban la angustiosa pesadumbre
Del fatídico sér que así gemía.

Enclavados los pies al pavimento
Y sostenido en el pilar apenas,
Parado el corazón, roto el aliento,
Sintió Muley paralizar sus venas
El hielo del terror. Quiso un momento
Huir de la visión que así le espanta,
Mas sus miembros halló sin movimiento;
Quiso gritar, mas muda su garganta
No acertó á producir ni aun un lamento.

Poco á poco hacia él adelantando
Por la obscura y angosta galería,
Tristísimos suspiros exhalando,
La aparición en tanto se venía;
Paralizado en el umbral estrecho
El Moro y avanzando hacia adelante
La aparición, se hallaron un instante
El fantasma y Hasán pecho con pecho.

Soplo glacial, emanación helada
Del pecho de aquel sér, penetró agudo
En el pecho de Hasán como una espada:
Y á su impresión, que soportar no pudo,
De pavura y dolor lanzó un gemido.
Entonces, acercándose á su oído,
Dijo aquella visión desconsolada
Con tristísimo acento dolorido:
«¡Escrito estaba! La postrera hora
»Llegó para la gente desdichada
»De mi gentil ciudad habitadora.
»¡Ay de la gloria de la gente Mora!
»¡Ay de los de Nazar! ¡Ay de Granada!»

Dijo la aparición y, suspirando,
El corredor tomó que al huerto guía,
Y el Rey hasta el balcón fuese arrastrando,
Tendiendo una mirada de agonía
Sobre el jardín. — Por él atravesando
Vió que la lenta aparición seguía:
Mas á través del murallón macizo
Sumida entre las piedras se deshizo.

El alma de Muley, amedrentada,
Abandonó un instante sus sentidos,
Derribando su cuerpo en la bordada

Alfombra del balcón: mas sus oídos
Zumbaban con la voz de la angustiada
Visión, que repetía entre gemidos:
«¡Ay de los de Nazar! ¡Ay de Granada!»

Sus densas sombras espesado había
Lenta la noche y silenciosa en tanto,
Y cobijada la ciudad yacía
Bajo los pliegues de su negro manto.

IV

Astro de bendición para el Hispano,
Una ardiente mujer nació en su suelo,
Y avivada la fe del castellano
Brotó cuando á su faz la trajo el Cielo.
El fulgor de su genio al Africano
En el alma infundió siniestro duelo,
Y de su luz el misterioso influjo
La estrella mora á obscuridad redujo.

Por siete siglos alumbrado había
La estrella del Islam la gloria mora,
Y en el zenit aún resplandecía,
De la región ibérica señora.
Desesperada ya, lucir la vía
La raza de Jesús adoradora,
Condenada creyéndose en el Cielo
Á partir con el Árabe su suelo.

Clara, constante, perceptible y bella,
Mostró el Señor al ánimo cristiano
Su refulgente y protectora estrella
Bajo la forma real de un sér humano;
Lábaro santo de victoria en ella
Recibió al recibirla el castellano,
Y, al ver la aureola que en su frente brilla,
Su estrella en Isabel miró Castilla.

Dios en la eternidad marcó su hora
De púrpura y de luz con caracteres,
Y esta estrella radió deslumbradora
Orgullo para ser de las mujeres.
De paz y de bonanza precursora,
Ajustó los opuestos pareceres
Y dió fin al rencor y enemistades
Que turbaban sus campos y ciudades.

Isabel, en cuya alma generosa
Puso Dios cuanto bien lo humano encierra,
Pura, modesta, noble y pïadosa,
Fué la Reina más grande de la tierra.
Dulce y tierna á la par que vigorosa,
Diligente en la paz, sabia en la guerra,
Dió al bueno premio, al infeliz consuelo,
Y de damas y Reinas fué modelo.

Dió su aliento rëal valor á España,
Gloria á su sexo y á su edad decoro:
Para empresa de honor, propia ó extraña,
No rehusó jamás fatiga ni oro.
Cada memoria suya es una hazaña:
Del cristiano fué prez, terror del Moro:
Dios, en fin, á su aliento soberano
Abrió no más el mundo americano.

Dios á su corazón dió una fe ardiente
Con una voluntad dominadora,
Para que en uno y otro continente
Derramara su luz consoladora;
Y la adoró la americana gente,
Y se humilló á sus pies la gente mora,
Y de ambos mares en la opuesta orilla
Clavó los estandartes de Castilla.

Tuvo en su alma varonil asiento
La virtud inflexible y verdadera:
Nueva edad comenzó su nacimiento:
Fué su genio la antorcha de otra era:
Su victorioso nombre llenó el viento:
Su gloria vivirá imperecedera:
Con orgullo español mi voz la canta,
Mi fe venera su memoria santa.

Tal fué Isabel. Su grande pensamiento
Concibiendo su espléndido destino,
Á su secreto y colosal intento
Con gran prudencia preparó el camino:
É invocando el favor del firmamento,
Con fe esperando en el favor divino,
Su escrutadora y perspicaz mirada
Tenía sin cesar fija en Granada.

Es ya la media noche: rasa y fría
La atmósfera ostentar al firmamento
Deja su manto azul, de pedrería
Salpicado, al fulgor amarillento
De la menguante luna; ya no pía
Ni susurra en el bosque ave ni viento;
Todo, desde el palacio hasta la choza,
Sueño reparador en calma goza.

Todo tranquilo yace en el recinto
De Medina del Campo, donde mora
Del Católico Rey Fernando quinto
La esposa ilustre, del país señora.
Doquier el fuego y el rumor extinto
Por la cristiana villa, que la adora,
Único de su alcázar centinela
El castellano honor su sueño vela.

No por barreadas puertas defendida,
Ni cercada de guardia numerosa,
Duerme Isabel inquieta por su vida
En torreón con barbacana y fosa;
En cámara modesta, guarnecida
De tapiz sencillísimo, reposa
Á la luz de una mustia lamparilla
La virtuosa Reina de Castilla.

Su aposento y su lecho no decora
De genovés brocado, ni de encaje
Flamenco, ni de seda crujidora
De Francia, cairelado cortinaje;
Lino salubre y lana guardadora
Del natural calor, de su mueblaje,
Su lecho y su vestido son la tela:
Nada allí el lujo mundanal revela.

Isabel, aunque hermosa y soberana
Y con glorioso porvenir nacida,
Reconoció desde su edad temprana
La vanidad de la terrena vida:
Y su sincera educación cristiana
De la era turbulenta transcurrida
En el aciago y anterior reinado
La experiencia ha después fortificado.

Y por eso no hay lujo en su aposento,
Y es común y modesto su vestido,
Y es frugal y sencillo su alimento,
Y su dispendio personal medido:
Y, el fausto de su alcázar opulento
Del orden de su casa dividido,
Es, digna al par de imitación y fama,
Reina opulenta y laboriosa dama.

Da á su suprema dignidad decoro
Con regia pompa y ostentoso porte,
Al extranjero al recibir y al Moro
En ceremonias y actos de su corte:
Vacia sin pena su rëal tesoro
En todo caso que al honor importe:
Mas desnuda en su cuarto su persona
Del pomposo esplendor de la corona.

Por eso su alma, que altivez no abriga,
Tiene franca y leal correspondencia
En la adhesión de sociedad amiga:
Los afanes que agobian su existencia
De Reina amistad íntima mitiga:
Y tiene en los que admite á su presencia
Amigos fieles, defensores bravos,
No aduladores sórdidos y esclavos.

Del amor de sus súbditos por eso
Segura, y más segura que entre lanzas,
De sus regios deberes lleva el peso
Libre de rebeliones y asechanzas;
Y del pueblo el honor guardando ileso,
Y en su honor con inmensas esperanzas,
Abrigando una fe que no vacila,
En su lecho Isabel duerme tranquila.

De un Crucifijo santo la escultura
Pende sobre la augusta cabecera
De su lecho real, donde segura
Reclina la cerviz: su cabellera
Recoge casta toca, y la blancura
De su cuello y sus brazos con severa
Honestidad envuelve en blanca bata,
Que su pudor ni aun para el Rey desata.

Su postura modesta y recogida,
La serena expresión de su semblante,
Muestran que orando se quedó dormida
Y que al remordimiento vigilante
Su corazón leal no da guarida:
De sus virtudes el vapor fragante
En torno de su lecho se respira,
Y su casta beldad respeto inspira.

¡Su aposento rëal cuán diferente,
Cuán distinto su púdico reposo
Del sueño de las reinas del Oriente,
Inquieto en camarín voluptüoso!
De torpe desnudez el aliciente
Atrae allí no más al torpe esposo,
Y sobre el cieno del placer reposa
Sólo el cariño de la infiel esposa.

Allá, en torno del áurea alcazaba,
Rugen la rebelión y el descontento,
Y asalariada muchedumbre esclava
Contiene al pueblo, de respeto exento;
Aquí, del miedo sin la odiosa traba,
Las puertas sin cerrar de su aposento,
Duerme del pueblo la Señora hermosa,
Reina querida, respetada esposa.

Allá, las salas del alcázar moro
Pueblan las inquietudes y traiciones,
La voz de la discordia, el són del lloro,
El terror y las lúgubres visiones;
Aquí, de bien y de placer tesoro,
Sólo abrigan los regios artesones
El casto amor, la plácida esperanza,
Sueños de paz y días de bonanza.

Allí, en la sombra, de la muerte huyendo,
Corre el hijo del padre fugitivo:
Allí medita parricidio horrendo
Supersticioso el Rey y vengativo.
Allí un espectro sin cesar gimiendo,
De tumba falto y al reposo esquivo,
Turba el sosiego de la real morada
Y augura el fin de la oriental Granada.

¡Cuán distinto el alcázar de Medina
En la nocturna sombra se levanta!
Vela sobre él la protección divina
Y orea su recinto un aura santa.
Aquí la paz benéfica domina,
La esperanza feliz el alma encanta,
Y de la religión bajo el imperio
Se efectúa en la noche un gran misterio.

Un ángel bello, del Señor enviado
De la Reina Isabel llegando al lecho,
Su aliento de los cielos emanado
Introduce en el fondo de su pecho:
Y con su álito puro y perfumado,
Cual del Edén con los aromas hecho,
Aleja los espíritus malignos
Y los delirios de su sueño indignos.

Es Azäel: en su rosada mano
De la alma fe la antorcha centellea:
Su vivífico soplo soberano
La faz risueña de Isabel orea:
Un canto, en cuyo són nada hay humano,
Su oído no, su corazón recrea:
Luz celestial su espíritu ilumina,
Y su alma ve la aparición divina.

De pacíficos ángeles un coro
El casto lecho de Isabel circunda:
Un suavísimo albor de grana y oro,
Como una aurora boreal, inunda
El aire: rumor plácido y sonoro
De harpas lejanas la quietud profunda
De la noche harmoniza, y la fragancia
De la mirra trasciende por la estancia.

Un misterioso encanto indefinible
Por el Palacio y la ciudad se extiende,
Cuyo mágico efecto incomprensible
De su cámara regia se desprende,
Y en sueño delicioso y apacible
Sume la población, que no comprende
La celestial incógnita influencia
Que envuelve en tal deleite su existencia.

Cuanto aliento vital goza en Medina,
Fecunda en germen y en raiz vegeta,
Esta influencia mágica y divina
Á su poder recóndito sujeta:
Y bajo este poder que la domina,
En calma universal, en paz completa,
La tierra de Isabel goza ignorante
Las dichas del Edén por un instante.

De Jehováh el espíritu en tal hora
Al alma de Isabel se comunica,
Y del Señor la fuerza triunfadora
En su valiente corazón radica.
En su pecho magnánimo atesora
Santo fuego Azäel, y centuplica
El humano vigor que en él encierra
Dios, que la trajo á dominar la tierra.

El Ángel á quien Él ha encomendado
La grande empresa que á Isabel destina,
Se la acerca, su término llegado,
Y sobre el pecho de Isabel se inclina:
Y del Señor con el poder armado,
Va de la antorcha de la fe divina
Á encerrar de su pecho en lo profundo
Chispa capaz de iluminar el mundo.

Abrió Azäel sobre el augusto lecho
Sus dos nevadas alas, abarcando
De muro á muro el camarín estrecho
Y á Isabel bajo de ellas cobijando:
Y de su antorcha, que acercó á su pecho,
Una chispa con su índice arrancando
Que, al brotar, un relámpago produjo,
En el real corazón se la introdujo.

Á su contacto abrasador sintióse
Su corazón mortal regenerado,
Y su cuerpo de barro iluminóse,
Al fuego de la fe purificado.
El sér humano de Isabel cambióse
En más sublime sér divinizado,
Y comenzó á gozar con nueva esencia
Mejor que la mortal nueva existencia.

Al soplo de Azäel, que fecundiza
En su mortal naturaleza humana
Los gérmenes celestes, la ceniza
Voló de toda inclinación liviana;
Y de materia vil y quebradiza
Exenta ya su esencia soberana,
Dijo á Isabel el Ángel, con la palma
Sobre su corazón que late en calma:

« ¡En el nombre de Dios, de su fe santa
» Prenda en tu corazón esa centella!
» En su nombre inmortal la Cruz levanta,
» Y convoca á tu grey en torno de ella.
» Espanto del Islam, bajo tu planta
» La frente infame de Mahoma huella:
» Astro de los cristianos, aparece:
» Dios en tu luz sagrada resplandece. »

Al poder de este acento sobrehumano,
Levantóse Isabel transfigurada
Y al ígneo corazón llevó la mano,
Al fuego celestial no acostumbrada;
Mas de misterio tal en el arcano
Por Dios al punto penetró inspirada,
Cuando al tender en su redor los ojos
Vió á sus pies á los ángeles de hinojos.

Entonces en su mente, prevenida
Por celestial intuïción, brotaron
Los pensamientos mil que en su guarida
Hasta entonces ocultos fermentaron;
Á su vista, por Dios esclarecida,
Del porvenir las nieblas se rasgaron,
Y, al sentirse por Él predestinada
Para rendirla, dijo: « ¡Ay de Granada! »

Y al salir á las auras exteriores
Las harmónicas notas de su acento,
Se transformaron en fragantes flores,
Y en mariposas áureas sin cuento,
Y en pájaros de luz de mil colores
Los átomos vivientes de su aliento:
Los genios de Azäel los recogieron
Al brotar, y en el aire se perdieron.

«Partid,» dijo Isabel, sus transparentes
Formas perderse en el azul mirando:
«Partid, y al corazón de los creyentes
» Id con los ecos de mi fe llamando:
» Mis encendidos átomos vivientes
» Por mis ciudades id desparramando:
» Id en nombre de Dios, id por Castilla
» De mi fe derramando la semilla.

» ¡Espíritu de Dios! ya en mí te siento:
» Ya señalarse en el cuadrante de oro
» De la honda eternidad veo el momento
» Propicio al Español, fatal al Moro.
» Heme pronta á tu santo llamamiento:
» Obedezco tu voz, tu ley adoro.
» ¿Quién me resistirá de tu fe armada?
» Yo plantaré la Cruz sobre Granada.»

Dijo Isabel. Los átomos divinos
De su aliento, por Dios purificado,
Mensajeros de su alma, peregrinos
Por la región del aire purpurado
Ya con los arreboles matutinos,
Al término que Dios les ha marcado
Partieron. — Dios, haciéndoles fecundos,
Transforma leves átomos en mundos.

V

Antes que el sol su esplendorosa hoguera,
De la luz de los astros alimento,
Mostrara en el Oriente, su carrera
Misteriosa acabando en un momento,
De Castilla hasta la última frontera
De su Señora se esparció el aliento:
Y doquier que sus átomos posaron,
Chispas de fe, las almas alumbraron.

Al influjo de este álito divino
Regeneróse la Cristiana tierra
Con nuevo sér y cambio repentino;
Los nobles turbulentos, que con guerra
Doméstica ensangrientan su destino,
Sintiendo el nuevo sér que su alma encierra,
Sintieron sus alientos belicosos
Bajo instintos brotar más generosos.

El pueblo, por sus próceres armado
En pro de asoladoras banderías,
Contempló su valor desperdiciado
En contiendas inútiles ó impías;
Y, por la nueva fe iluminado,
Pensó en borrar de tan nefastos días
Con páginas espléndidas de gloria
Del libro de los tiempos la memoria.

El soplo de los ángeles fecundo
Inoculando la feraz semilla
De la fe de Isabel en lo profundo
Del alma de los hijos de Castilla,
La progenie evocó que, un nuevo mundo
Del mar buscando en la encontrada orilla,
Iba en sus carabelas viento en popa
Las llaves de otro mundo á traer á Europa.

Un vapor luminoso, perceptible
No más á los espíritus del viento,
Á la mirada de Satán terrible,
Y á las del Hacedor del firmamento,
Alfombra en punto tal la haz apacible
Del católico reino en tal momento,
Recibiendo sus pueblos, que en paz duermen,
De la celeste inspiración el germen.

De los jefes católicos, en sueños,
El generoso corazón se agita
Á impulso de presagios halagüeños
Que el soplo en ellos de Azäel excita.
Temerarios y heroicos empeños
Ya delirando cada cual medita,
Y, á la voz de los cielos obediente,
Pronto al combate cada cual se siente.

Uno entre todos, héroe futuro
De la conquista en que la Cruz se empeña,
Con el asalto de agareno muro,
Por Azäel arrebatado, sueña,
Y el fondo ve del porvenir obscuro
Que con la fe alumbrándole le enseña.
Es Ponce de León, el caballero
Mejor, en fe, y en armas el primero.

Él, de la ira de Dios rayo inflamado,
De su divina cólera instrumento,
El primero en su mente inoculado
Percibe de Isabel el pensamiento;
Como ella, por el Ángel instigado,
Penetrar en su sér siente su aliento,
Y que en él á su soplo se levanta
De la cristiana fe la llama santa.

Del corazón le advierten los latidos
Del invisible genio la presencia,
Y el placer con que gozan sus sentidos
El soberano bien de la existencia;
Y oye en su corazón, no en sus oídos,
Una voz que relata á su conciencia
De una era de fe, de honor y gloria
La venidera y encantada historia.

El ángel Azäel, ante sus ojos
Del negro porvenir el libro abriendo,
Con sangre escrito en caracteres rojos
Del Árabe le muestra el sino horrendo.
Mensajero se ve de los enojos
De Jehováh en Granada combatiendo,
Desplegado un momento ante su vista
El cuadro colosal de la conquista.

Él, de su panorama misterioso
Reconoce los sitios y figuras,
Y ve doquiera su pendón glorioso
Tremolando el primero en las alturas;
Siempre descubre su corcel fogoso
Recorriendo triunfante las llanuras
Que abandonan ante él los Africanos
Y que tras él ocupan los Cristianos.

La fiebre de su espíritu guerrero
Á este ensueño de gloria se enardece,
Y al envidiado honor de ir el primero
En su noble ambición se desvànece:
Y soñando que blande el ancho acero,
Que tira el primer golpe le parece,
Y el rudo brazo al descargar exclama:
«En honor de mi Dios y de mi fama.»

Poniendo entonces Azäel su mano
Sobre su ardiente y generoso pecho,
Díjole, del honor y la fe arcano
Su noble corazón dejando hecho:
«El primero serás: Dios soberano
»Acuerda á tu valor ese derecho.
»Levanta el grito y el pendón de guerra:
»Tala, rayo de fe, la mora tierra.»

Dijo Azäel: y abriendo en el ambiente
Sus alas de vapor, por un momento
Dejando tras de sí fosforescente
Rastro, perdióse en el azul del viento.
Despertó el Castellano de repente
La puerta oyendo abrir de su aposento,
Y presentóse en ella á Don Rodrigo
De un cristiano adalid el rostro amigo.

Es el valiente escalador Ortega,
De la guerra avezado al ejercicio,
Donde su vida cada día juega
De *escucha* haciendo el peligroso oficio.
Del territorio de los Moros llega,
Y su presencia siempre algún servicio
Promete al de León, quien en campaña
Siempre de él se aconseja y acompaña.

Reconoció de Dios al mensajero
En él el pïadoso Don Rodrigo,
Y el gaje espera que le trae primero
De las promesas de Azäel consigo.
Incorporóse, pues, el caballero
Diciendo alegre: — «¿Qué me traes, amigo?
— Traigo una prenda que os dará gran fama:
Traigo una villa mora. — ¿Cuál? — Alhama.»

— «¡Alhama! Es la más rica del Rey moro.
— Sí, señor: de su reino está en el centro.
— ¿Dicen que en ella guarda su tesoro?
— Sí, señor: y yo de ella os pondré dentro.
— ¿Sabes lo que prometes? — Nada ignoro,
Señor; mas cuando ofrezco es que me encuentro
En posición de dar. Venid conmigo,
Y sois dueño de Alhama, Don Rodrigo.»

— «Ortega, en una empresa tan osada
Es preciso que Dios guíe tu huella.»
— «La voluntad de Dios está marcada
Y nos la brinda á nuestra buena estrella.
Yo no me he contentado en mi emboscada
Con rondar por la noche en torno de ella;
Señor, yo he estado dentro de la villa:
Dios por mi mano se la da á Castilla.»

— «Yo veo la de Dios tras de tu mano.
Basta: aguarda mis órdenes afuera.»
Salió Ortega: el ilustre Castellano
Del lecho se arrojó, y, con fe sincera
Puesto de hinojos, con fervor cristiano
Dijo: «Mi fe, Dios mío, en Vos espera:
Si en Alhama, Señor, me dais entrada,
Yo llevaré la Cruz hasta Granada.»



LIBRO QUINTO

INTRODUCCIÓN

¡Escrito estaba así! Dios en su mano
Tiene los corazones de los Reyes,
Y sus profundos cálculos políticos
La voluntad de Dios acota siempre.
Esa nación, que poderosa nace
De las ruinas de aquella que perece,
Al mandato de Dios brota y se encumbra
Y en alas sólo de su aliento viene.
Los pueblos y las razas se renuevan,
Devorando el que nace al que fenece,
Como en la inundación bajo las aguas
Se renueva el país que se sumerge.

La gloria y el poder de las naciones
Nace, se eleva y cae, cual se suceden
Las semillas y frutos de la tierra,
Hijas de la estación que les da germen.
El invierno corona las montañas
Con blancas tocas de apretada nieve,
Y el aire de sus copos infecundos
La lluvia extrae para regar las mieses.
Cuna y sepulcro al par de cuanto en ella
Vegeta y se consume, nace y muere,
Fúnebre ¡adiós! ó alegre bienvenida
Da la tierra á quien parte y á quien viene;
Y lo mismo que el manto se desciñe
De vida y flores en que Abril la envuelve,
Se despoja insensible de sus pueblos,
Y sus razas olvida indiferente.
Así han nacido y perecido todos
Bajo esta ley universal, y quieren
Explicar los políticos en vano
Los misterios del tiempo y de la muerte.
Mane, Tézel, Farés, escribió el dedo
De Dios de su palacio en las paredes,
Y se hundió Baltasar y Babilonia;
Y así se hunden los pueblos y los Reyes.
En vano achaca el sabio á su política
El viento que á su ruina les impele:
Al pueblo que á su fin mísero toca,

Su propio peso hacia su fin le vence:
Y el Rey que nace de su raza el último,
Por mucho que afanoso se desvele
Por la prez y la gloria de sus pueblos,
Al fin sus pueblos y su gloria pierde.
Nínive así, Jerusalén y Roma
Fueron: y así las razas del Oriente
Que encantaron los valles de Granada
Fueron: sombra de sauce, inquieta y breve,
Aroma de jazmín que dura un día,
Humo de mirra que borró el ambiente,
Nube formada del vapor del alba
Que á los rayos del sol se desvanece.
Tal fué Granada: y al dejar sus muros,
Filósofa ó fanática su gente
«Escrito estaba así! — dijo partiendo,
¡Alahú-akbar! — ¡Dios grande, Tú lo quieres!»
Y yo, que al relatar su última historia,
En empolvados libros y papeles
Roídos por el tiempo, voy sus hechos
Al olvido robando, siento á veces
Preñárseme los párpados de lágrimas,
Viendo la abnegación de aquellos seres
Que al África partieron resignados,
Más que á su patria á su crëencia fieles;
Y cuando leo los cristianos libros
Que les tratan de bárbaros y aleves,

Digo en mi corazón: «Escrito estaba:
¡Alahú-akbar! ¡Dios grande, Tú lo quieres!»
Mas volviendo á tomar mi torpe pluma
Y tornando á elevar mi canto débil,
Torno al relato de su antigua historia
Y vuelvo de Granada á los verjeles.

NARRACIÓN

I

Más allá de la selva de avellanos,
Á cuya sombra misteriosa mana
Murmuradora fuente cuya historia
Cuento parece de orientales hadas:
Más allá de los cármenes que alegran
De los cerros del sol la verde falda,
Y más allá de las rojizas lomas
Que á Darro obligan á torcer sus aguas,
Hay un tajo que forman dos colinas
Donde la arcilla estéril, de las plantas
Secando las semillas, el arraigo
De hierbas, flores y árboles rechaza.

De este tajo en la cóncava hendedura,
Del Moro y del Cristiano abandonada
Y objeto de pavor para ambos pueblos,
Hay una vieja torre solitaria.
Fábrica, según unos, de un mal Genio
Que, teniendo en las nubes su morada,
Robó audaz una Hurí del paraíso
Y al mundo la bajó sobre sus alas,
Encerrándola luego en esta torre
Que fabricó con piedras encantadas.
Obra de un parricida, según otros,
De quien no quiso Satanás el alma,
Y la enterró con el nefando cuerpo
Debajo de la arcilla emponzoñada,
Vuelta después en fuente pantanosa,
Turbia, insalubre, fétida y amarga.
Mas cualquiera que fuere el misterioso
Origen ignorado de su fábrica
Que en los siglos se pierde, es esta torre
Objeto del terror de la comarca.
Al amor de la lumbre los ancianos,
De las noches de invierno en las veladas,
A sus vecinos y parientes, de ella
Mil leyendas quiméricas relatan.
Ni pastor llevó nunca su ganado
Por aquellos contornos, ni serrana
Por recia tempestad sobrecogida

Se abrigó de sus bóvedas rajadas;
Ni nunca las doncellas campesinas
Se casaron con hombre que pasara
En la luna anterior al matrinonio
Por bajo de esta torre condenada;
Ni cazador alguno su ballesta
Disparó sobre el ave ó la alimaña
Que se acogio á las grietas de sus muros,
Ó en su cresta posó desalmenada.
El padre al revoltoso rapazuelo
Con la torre fatídica amenaza,
Y el muchacho, medroso, se guarece
Bajo el regazo maternal y calla.
Dicen que en las tinieblas de la noche
En torno de ella apariciones vagas
Se perciben tal vez, y se iluminan
Los huecos de sus lóbregas ventanas;
Dicen que un Moro, ó alquimista ó santo,
De triste voz y venerable barba
La torre habita, y que curó con filtros
Á una pobre mujer endemoniada;
Y cuentan, aunque nadie le designa,
Que un mancebo del pueblo, que idolatra
Á una Infanta rëal, clavó una noche,
Caprichos por cumplir de la que ama,
En el viejo postigo de la torre
El velo de la hermosa con su daga:

Y la hermosa á otro día halló clavados
El velo y el puñal en su ventana.
Un mercader del Zacatín, muy rico,
Muy limosnero y de costumbres santas,
Consultó escrupuloso con un sabio
Santón el fundamento de estas fábulas,
Y el sabio Aly-Mazer, que penitente
En los montes habita una cabaña
Que nadie vió, y á quien el vulgo dice
Que cuida allí de alimentar un águila,
Su plática al oir sobre la torre
Dijo con vista torva y voz airada:
«¡Ay del que pise de su umbral la piedra!
Allí afila la muerte su guadaña.»
Y esto el sabio santón diciendo á voces
Al mercader, atravesó la plaza,
Dejándole aterrado y circuído
De inmensa multitud estupefacta.
Dícese, sin embargo, aunque se dice
Entre amigos no más, y en voz muy baja,
Que algunos han llegado hasta esta torre
De consejos ó filtros en demanda,
Y que el viejo dervich que habita en ella
Satisfizo sus dudas ó sus ansias:
Y aun dicen que debajo de las piedras
De aquella torre vacilante se hallan
Camarines suntuosos, alumbrados

Con candelabros de coral y de ámbar,
Y una fuente que aduerme los sentidos
Al dulce són de sus bullentes aguas.
Dios sabe la verdad; el vulgo siempre
Da formas temerosas y fantásticas
Á lo que no comprende, y esta torre
Le es en sus sueños pesadilla ingrata.

Era la última tarde de Febrero:
Ya el crepúsculo en sombra se cerraba,
De los vientos de Marzo comenzando
Á zumbar en los árboles las ráfagas.
Ya recogido el labrador su yunta
Cansado había y el pastor sus cabras,
Y el humo de las chozas y alquerías
Á su frugal banquete le llamaba.
Se hundían en sus cuevas los reptiles
Y acudían las aves á las ramas,
Llamando á la vecina primavera
Que más de lo que anhelan se retarda.
La tierra, en fin, en brazos de la noche,
Yerta, en silencio y soledad quedaba,
Y al lejos la ciudad se distinguía
Sólo ya por la luz de sus ventanas.
Era una noche fría y tenebrosa:

Crecía el viento y, de la luna falta,
La bóveda del cielo parecía
Con fúnebres crespones enlutada.
Era una de esas noches en las cuales
La voz del miedo al corazón nos habla,
Y de infantil superstición al soplo
Quimeras mil en nuestra mente se alzan.
Noche agradable para oir historias
Junto á la lumbre del hogar contadas,
Ó para hacer castillos en el aire
Bajo el triple doblez de espesa manta.
Mas no siempre á su antojo goza el hombre
Plácida ocupación, cómoda estancia,
Y alguno hay siempre que afanoso vela
Mientras el mundo universal descansa.
He aquí por qué del arcilloso tajo
Donde la antigua torre está fundada,
Á pesar de la noche pavorosa,
La soledad un hombre atravesaba.
No se alcanzaba á ver en las tinieblas
Ni aun el contorno de su forma humana;
Mas se oía su aliento fatigoso
Y el compás desigual de sus pisadas.
Sonoro el rosetón de sus espuelas
Tal vez por caballero le acusaba,
Y por hombre de guerra el són metálico
Con que bajo el caftán crujen sus armas.

Llegó á la cima del repecho, donde
La puerta da del torreón: ahogada
Tos de cansancio le saltó del pecho,
Mas sofocó su ruido en la garganta.
Breve silencio luego, hondo, absoluto,
Indicó que dudoso vacilaba,
Y que tal vez en el momento crítico
Le abandonaba el corazón su audacia
Con larga aspiración tomar aliento
Oyósele después, y de la daga
Con el pomo dos golpes dió en la puerta,
Secos, iguales, firmes: no temblaba.
El corazón que daba á aquella mano
Tan sereno vigor latía en calma,
Y el hombre que llamaba á aquella torre
Resuelto en ella á penetrar llegaba.
Si á su secreto huésped conocía,
Su relación con él era harto franca;
Si la creía habitación de espíritus,
Con temeraria fe les provocaba.
El doble són de su doblado golpe
Los ecos de la torre abandonada
Cóncavos repitieron, hasta ahogarles
En la desierta cavidad lejana,
Y un momento después otra voz ronca
Tras de la puerta preguntó: — « ¿Quién llama?»
— «Un hombre solo», respondió el de fuera.

EL DE DENTRO

¿Qué quiere?

EL DE FUERA

Quiere hacer una demanda
Al espíritu sabio que aquí mora.

EL DE DENTRO

¿Su ciencia sin saber de quién dimana?

EL DE FUERA

Del cielo ó del infierno: importa poco:
Con que me sepa responder me basta.

EL DE DENTRO

¿Resuelto traes el corazón?

EL DE FUERA

Á todo.

EL DE DENTRO

¿Tíenes bien la pregunta meditada?

FUERA

Sí.

DENTRO

¿Sabes que la ciencia nunca miente,
Y que desnuda la verdad espanta?

FUERA

Favorable ó fatal, saberla quiero;
Pon precio á tu respuesta, pero dámela.

DENTRO

La ciencia no se vende: y quien el cáliz
Osa apurar de la verdad amarga,

En el veneno que al saberla bebe
La compra por su mal bastante cara.
Entra. — Abrióse la puerta: pasó el hombre,
Y fué todo silencio, sombra, nada.

En medio de un morisco gabinete
Que, á juzgar por su bóveda cerrada,
Pertenece sin duda á alguna obra
Desconocida, oculta y subterránea,
Al suave resplandor con que la alumbran
De pulido alabastro cinco lámparas,
Hay una fuentecilla que se vierte
De mármol transparente en una taza.
El desborde del líquido impidiendo,
Un sumidero que su fondo orada
Le conserva en nivel constante siempre,
La que sume igualando á la que mana.
Su ancho tazón que sobresale apenas
Del pavimento, á la arabesca usanza,
Cercado está de blandos almohadones
Y tupidas alfombras toledanas;
Mas parece que sólo se destinan
Por el rico señor de aquella estancia
Á que gocen sus huéspedes la vista
Y el grato són de la corriente mansa:

Y la luz de las lámparas, que recta
En su cristal á reflejarse baja,
Para alumbrar también parece sólo
La transparente linfa preparada.
Radia empero esta luz por todas partes
En rededor de la ostentosa cámara
Sobre mil preciosísimos objetos,
Que la opulencia del señor delatan.
Ricos jarrones del Japón que ostentan
Índicas flores que en su seno arraigan,
Plumas costosas de chinesco origen,
Y talismanes y amuletos y armas
Por su rara virtud ó precio enorme
De enriquecer capaces á un Monarca,
Decoran el fantástico aposento
Que aroma un ancho perfumero de ámbar:
Exquisitos damascos, cairelados
Con anchos flecos y tejidas randas,
Cubren los muros, cuyo friso adornan
Minuciosas labores africanas;
Y del techo estaláctico, de cedro
y olorosas maderas cinceladas,
Los huecos casetones laberínticos
Miniaturas espléndidas esmaltan.
El murmullo continuo de la fuente,
La suave luz en ella reflejada
Y el aroma oriental del perfumero

Que harmoniza, ilumina y embalsama
El aire de este asilo misterioso,
Embebecen el ánimo y embargan
Los sentidos, y el alma á las delicias
De beáticos éxtasis preparan.
Al respirar su atmósfera vivífica
La cavidad del pecho se dilata
Con placer inefable: y, cual si en ella
Un bálsamo vital se inoculara,
Corre la sangre renovada, al cuerpo
Comunicando ligereza extraña,
Como si el soplo de benigno genio
Su peso terrenal aligerara.
Este deleite, empero, inexplicable,
Este placer magnético que embriaga
El ánimo y el cuerpo en este sitio,
Tanta delicia infunde, que aletarga.
Aura parece del Edén, divina
Fruición de la gloria que, arrastrada
Á la tierra de impuro sortilegio
Por la virtud, deleita pero daña.
　Mansión es ésta singular: acaso
En ella con sacrílega amalgama
El ambiente vital del paraíso
Y el aliento satánico se hermanan.
Mansión que está sujeta á algún encanto,
O por algún espíritu habitada,

Ó por un sabio mago está dispuesta
Para abusar de la razón humana.
Fantástica mànsión, cuyo recinto
Se encierra oculto en la maciza fábrica
De los hondos cimientos que mantienen
La torre secular que al vulgo espanta.

II

Como visión que se aparece muda
Á la voz del conjuro que la evoca,
Como la mancha que proyecta móvil
La nube que ante el sol cruza la atmósfera,
Así apartando la crujiente seda
Que el subterráneo camarín decora,
En su oriental recinto penetraron
En sombrío silencio dos personas;
Hombres las dos: el uno, revestido
De luengas, anchas y talares ropas,
Bajo el morisco capuchón plegado
La edad oculta y el semblante emboza;
Debajo el otro de caftán turquesco
Rica armadura y cimitarra corva
Deja admirar: mas el cerrado almete
Su faz resguarda de atención curiosa.
Ser el primero en su ademán revela
De esta mansión el dueño: indagadora

Inquietud, mas no miedo, del segundo
Muestra la continencia cautelosa.
Busca el primero entre los mil objetos
Que allí se ven, de aplicación incógnita,
Algo que necesita, y el segundo
Sagaz espía sus acciones todas.
Un talismán y un libro, cuyos usos
Sólo tal vez su posesor no ignora,
Tomó por fin el sabio y puso el libro
En un atril de laboreada concha.
Era el libro un volumen con respeto
Guardado en un cajón de palo-rosa,
Y el talismán representaba un áspid,
El cuerpo de oro y de coral la cola.
De un candelero de oro salomónico
Encendió luego la bujía roja
El silencioso encapuchado, y dijo
Volviéndose al guerrero: — «Ya está pronta
El ara de la ciencia y arde en ella
La luz de la verdad. Ese áspid toma,
Pregúntale; divide de ese libro
Las páginas con él y, sobre la hoja
Que abras, lee la respuesta á tu pregunta,
Y..... espera todavía, si te importa
Tu secreto guardar, que por tu lengua
Hable tu alma: la palabra sobra.»
  Obedeció en silencio el caballero:

Y dejando en un mueble sus manoplas,
Con la desnuda mano asiendo el áspid
Se aprestó á la tremenda ceremonia.
Hizo en secreto su demanda, y luego,
Metiendo el talismán entre las hojas
Del libro, en el atril por ambos lados
Caer partidas al azar dejólas.
Á través de las barras del almete
Tendió á lo escrito la mirada ansiosa:
Leyó, y el estertor que hinchó su pecho
Mostró de su alma la mortal congoja;
Mas hombre á dominar acostumbrado
Sin duda al corazón, una tras otra
Leyó todas las líneas de la página,
Su acíbar apurando gota á gota.
Acabó de lëer y cabizbajo
Permaneció un momento: escrutadora
Entretanto del sabio la mirada
Sobre él en vano pertinaz se posa;
Porque el tejido espeso de las barras
De la celada penetrar le estorba
Hasta su rostro que, indiscreto acaso,
Revelara su idea más recóndita.

Alzó al fin el armado la cabeza,
Con un suspiro desechando la honda
Fatídica impresión del sortilegio,
Rompiéndose el silencio en esta forma:

EL SABIO

¿Has concluído?

EL CABALLERO

Sí.

EL SABIO

¿Que trae el libro?

EL CABALLERO

Una encantada y peregrina historia.

EL SABIO

La tuya.

EL CABALLERO

Puede ser: pero la escrita
Tiene cierto sabor á fabulosa.

EL SABIO

En vano quieres con fingida calma
Ocultar á mis ojos tu zozobra;
Yo sé que la verdad de tus palabras
Está en tu corazón, y no en tu boca.
Yo sé que espanta el porvenir: que acíbar
Guarda no más de la verdad la copa,
Y que, por más sereno que la apures,
Te fermenta en el alma su ponzoña.

EL CABALLERO

Un alma varonil, con su destino
Lucha: una fe tenaz todo lo arrostra.

EL SABIO

La fe de quien á oráculos acude,

Sólo es superstición que la fe ahoga.
Voy la historia á lëer con que ese libro
Respondió á tu demanda; y si aún dudosa
Tu alma desea explicación más clara,
Pídela y la tendrás, palpable y pronta.
  Dijo: y fijando su mirada el sabio
Sobre el libro fatal, con pavorosa
Voz empezó á lëer, el caballero
Prestando á su pesar atención honda:
« Un celestial espíritu encantado
» Tiene al Rey Alhamar: su augusta sombra
» Sobre los leves rayos de la luna
» Baja á la Alhambra en las nocturnas horas.
» Mudo, invisible, su fantasma regio
» Se mostrará una vez y una vez sola
» Hablará: mas ¡ay! ¡triste del que entonces
» Vea su faz y sus palabras oiga!
» Él será engendrador del Rey postrero
» Que en la Alhambra rëal ciña corona:
» Y ¡ay de los de Nazar! ¡ay de Granada!
» Con ese Rey fenecerá su gloria.»
  Leyó el sabio: y, quitándose del libro,
Dirigió así la voz conminadora
Al caballero, que encerrado le oye
Mudo é inmoble en su armadura cóncava:
— « ¡Ay de los de Nazar! ¡ay de Granada!
» Su Rey ha visto la tremenda sombra;

» Y ¡ay de ti, Rey Hasán! ¡ay de tu sangre,
» De raza tan fatal engendradora! »

Á estas palabras, el sombrío armado
Dando un paso hacia el sabio, con voz ronca
Pero resuelta, dijo, levantando
La celada que el rostro le encapota:
— « Yo soy Muley-Hasán: tú lo dijiste:
» Yo he visto esa fantasma aterradora,
» Cuya verdad de confirmarme acaba
» La virtud de tu ciencia misteriosa.
» Yo soy Hasán; pero desde este punto,
» Para que tal cual soy me reconozcas,
» Oye á tu vez la predicción que te hago
» En cambio de tu oráculo y tu historia.
» Yo soy el Rey Hasán; pero primero
» Que mi raza consume tal deshonra,
» Todos mis hijos, todos, uno á uno,
» Ahogará sin piedad mi mano propia.
» Ya lo sabes: adiós; y abre, pues creo
» Que el aire de este cuarto me sofoca. »
Dijo Muley-Hasán, y la salida
Buscó bajo el tapiz, ebrio de cólera:
Mas tomándole el sabio por la mano,
Le detuvo diciendo: Rey, tú ignoras
Lo que el cielo te guarda, y es preciso

Desvanecer tus esperanzas locas,
Tu hijo Abu-Abdil.....

MULEY-HASÁN *(interrumpiéndole.)*

Preso en la Alhambra
Yace, y cadáver le hallará la aurora.

EL SABIO

Te engañas: en Guadix contra su padre
Junta sus partidarios á estas horas.

MULEY-HASÁN

¡Mientes!

EL SABIO

¡Mísero Rey! tú ignoras sólo
La desventura inmensa que te agobia:
Mas yo te haré agotar hasta las heces
De la horrenda verdad la amarga copa.

MULEY-HASÁN

Déjame: basta ya: sé lo bastante;
Y siento que mi mente se trastorna,
Y de alegría imbécil ó satánica
Mi inmenso mal el corazón me colma.
¡Déjame!

EL SABIO

No, Muley: esa alegría
Insensata la bebes en la atmósfera;
Desde que en este camarín entraste,
En ti de un filtro la influencia obra:
Y esa febril exaltación que sientes

Va á llevarte, en las alas vagarosas
De una ilusión quimérica, á unos sitios
Cuyos sucesos conocer te importa.
— Déjame, exclamó Hasán como luchando
Con alguna impresión vertiginosa.
— Obedece, mortal, exclamó el sabio
Con elevada voz dominadora.
Magnetizado Hasán desde este punto,
Obedeció á su voz como un autómata:
— « Siéntate, » dijo, y se sentó: « contempla
El agua de esa fuente. » Y en sus ondas
Fijó la vista fascinada. — Entonces,
Cerrando el caño por do el agua brota
Y el sumidero que la taza orada,
Posarse el sabio encantador dejóla.
Deshízose en el mármol el postrero
Círculo que formó su última gota,
Y quedó el haz del agua tersa, inmóvil,
Reflejando en su fondo de la bóveda
Las múltiples labores que, alumbradas
Por las lámparas, fingen con sus combas,
Angulos, radios, casetones y arcos,
Grupos de casas, árboles y rocas.
Sentóse el sabio junto al Rey, y asiendo
Su yerta mano y de su oído próxima
La boca colocando, — « duerme, díjole,
« Duerme Muley, á tu pesar, reposa:

» Mas recibe los sueños que te envío
» Y dales un asilo en tu memoria,
» Para que cuando vuelvas de tu sueño
» Recuerdes sus visiones vaporosas.
» Sueña, feroz Muley, y mis palabras
» De ensueños vagos en quimeras torna:
» Sueña que ves debajo de esa fuente
» Lo que en tu sueño de mis labios oigas.»
Y aquí el encantador encapuchado
Comenzó á relatar con voz monótona
Una historia, confusa como un sueño,
En que un millar de imágenes se agolpa:
Vaga, como unos versos sin cadencia,
Que parece tal vez que nunca logran
En su harmonía dar con un sonido
Que con otro sonido corresponda;
Historia, en fin, cuyo relato hecho
En la inflexión y guturales notas
De árabe dialecto, semejaba
Al susurro del agua y de las hojas.

III

— «Mira, escucha y comprende lo que pasa
En torno tuyo ¡oh Rey! — ¿Ves esas sombras
Que como en alas de los vientos cruzan
Esos llanos y montes con que sueñas,
De esa obscura ciudad saliendo todas?
Los corredores son, que el Rey cristiano
Envía á sus alcaides fronterizos.
Esa ciudad de donde parten, cuyo
Mudo recinto en las tinieblas yace
Al parecer pacífico y tranquilo,
Es Medina del Campo. Desde aquellas
Torres los Reyes de Castilla miran
Hacia Granada, el pensamiento fijo
En su desolación y la memoria
En el fatal horóscopo, que anuncia
Á Abu-Abdil como el postrer monarca
Que reinará en la Alhambra; sus jinetes
Por eso envían en secreto, y sólo
Caminando de noche, á sus mejores
Adalides. ¿Y sabes el mensaje
Que les llevan, Muley? Que pues rompiste

Las treguas tú, cayendo sobre Zahara,
Den por abierto el campo de la guerra
Y metan por tus tierras sus pendones,
Talando sin piedad y destruyendo
Mieses, viñedos, torres y ciudades.
Vuelve ahora la vista hacia este lado:
¿Ves ese cerro sobre el cual blanquean
Las almenadas torres y los muros
De una morisca villa? Son las torres
Y las murallas de Guadix. ¿Ves ese
Pendón que en ellas vagarosa agita
El aura de la noche? No es ya el tuyo:
Es el de Abu-Abdil. ¿Ves esos hombres
Que, envueltos en sus blancos alquiceles
Y jaiques africanos, uno á uno
Entran en la segura fortaleza
Do se hospeda tu alcaide? Todos esos
Son los parciales de Abdilá, que acuden
Á ofrecerle su brazo y sus tesoros
Contra su mismo padre: y son los mismos
Que tus inicuas leyes desterraron
De Granada; los hijos y los nietos
De aquella ilustre raza degollada
Por el infame padre del que ahora
Es tu primer Wazir, tu consejero,
Del tirano tal vez que por ti reina:
De Abu'l-Kasin Ben-Egas, hijo digno

Del renegado vil á quien llamaron
Moros y Castellanos con desprecio
El *Tornadizo:* y todos alimentan
Sed de venganza contra él, y el odio
Hierve en su corazón contra la impura
Cristiana á quien adoras, y detestan
Toda la estirpe vil de renegados
Que te cerca, Muley, y al pueblo impulsan
Hacia la rebelión, que ya fermenta
Hasta en tu misma corte, y cuyo fuego
Puede atajar tal vez Dios solamente,
¡Alahú-akbar! así está escrito. Vuelve
La vista hacia ese valle: es el de Dona.
¿Ves esa multitud de gente armada
Que por él atraviesa? Son Cristianos
Que á Alhama van. Á Alhama, donde tienes
Tus más ricos tesoros: donde acuden
Con tus anuales rentas tus alcaides:
Donde almacenas los inmensos víveres
Á tus tropas fronteras necesarios.
Á Alhama van: la llave de Granada,
Como los Granadinos la apellidan:
Á Alhama van. Repara cómo trepan
Por los peñascos en que está fundada,
Como astutos reptiles, los Cristianos
Escaladores; mira cómo llegan
De los muros al pie sin ser sentidos:

Mira cómo aproximan las escalas:
Mira cómo en silencio en las almenas
Aseguran las manos, cómo tienden
Los cautelosos ojos al recinto
Del muro y del adarve abandonados:
Mira cómo el primero salta dentro
Y sesenta tras él. Ese maldito
Es Ortega del Prado, ese famoso
Escalador cuyas sorpresas tienen
En vela eterna á los Alcaides todos
De tus castillos fronterizos. Mira
Cómo asesina al centinela y corre
Á sorprender la guardia de las puertas:
Mira cómo un enjambre de Cristianos
Por las murallas entra. ¡Ay de tu Alhama!
¡Ay de los que no ven que están cercados
De lobos Nazarenos! Mira, mira.
Aquel jinete, que á su frente viene
Á emboscarse traidor junto al postigo,
Es Ponce de León, Marqués de Cádiz,
Maldecido de Aláh y azote nuestro.
Aquel otro de arnés empavonado,
Es el rico Asistente de Sevilla
Diego de Merlo: aquel que con el hacha
El barreado rastrillo hace pedazos
Con fuerzas de Titán, es Juan de Robles,
Alcaide de Jerez, que mató un toro

Dándole en el testuz un puñetazo.
Y no creas que es gente allegadiza,
Poco diestra en la lid y mal armada;
No, Muley, son guerreros avezados
Á pelear: ilustres por sus hechos
Y por su sangre generosa: todo
Cuanto encierra mejor Andalucía
De Castellanos capitanes. Mira:
¿Ves aquel joven cuyo bozo apenas
Sobre su labio superior apunta?
Bien puedes con el alba que esclarece
Divisarle, jinete en un morcillo
Que piafa de impaciencia: ese es un hijo
De aquel Conde de Cabra cuyo brazo
Teme no más Aly-Athar de Loja;
Es su hijo Don Martín, prez de la raza
De Fernández de Córdova. Aquel otro
Que monta un potro negro y que tremola
Un pendoncillo cárdeno en la lanza,
Don Pedro Enríquez es, Adelantado
Mayor de Andalucía. Toda entera
La tienes ya sobre tu reino: toda
Tiene la voz de alarma y se dispone
Para vengar á Zahara. ¡Ay de tu Alhama,
Que tienen ya por suya! ¡Oh! mira, mira:
Aquel que gana el caracol estrecho
Del torreón y baja á dar entrada

A los que aguardan del postigo fuera,
Es el Comendador Martín Galindo,
Que ha jurado inmolar treinta Muslimes
Á la implacable sombra de un hermano
Muerto á sus pies por el Zegrí de Vélez.
Mira cómo ayudado de Estremera
Su escudero, y de Pedro de Valdivia,
Alcaide de Archidona, desatranca
Los pesados barrotes de la puerta
Y sube las cadenas del rastrillo.
Ya logró levantarle: ya una hoja
Franqueó del postigo: apresurados
Mira cómo por él se lanzan todos
Sedientos de oro y sangre ¡Aláh clemente,
Compadece á los Árabes! Escucha.
¿No oyes el repentino clamoreo
Que ensordece la villa? ¡Desdichada!
Su gente anoche se acostó tranquila,
Y en brazos de la muerte se despierta.
Mira aquel que en la torre de homenaje
De la alta ciudadela ha enarbolado
La bandera cristiana; oye cuál grita,
Agitando frenético los brazos,
¡Alhama por Castilla!... ya la tienen.
Mas no: mira los tuyos cómo acuden
Á la pelea: todavía es suya
La villa, y el castillo solamente

De los Cristianos es. ¡Aláh bendito!
Mira cómo coronan las murallas,
Una nube de flechas arrojando
Sobre los siervos de Jesús. ¡Cuál caen
Entre los muros de ambos fuertes! Cejan,
Se encierran otra vez en el castillo
La tierra con su sangre enrojeciendo.
¡Ah, leales Muslimes, degollados
Primeros que rendidos! Viejos, niños,
Mujeres, cuantos ciñen el turbante
Africano, pelean por su patria.
Mira, van á intentar una salida:
Ya están acorralados los Cristianos
En el castillo, y á su vez ahora
Van á ser los sitiados. No hay tronera,
Ni lucerna, ni almena, ni resquicio
Por donde asome un ojo castellano,
Que cubierto de dardos no se vea
En el instante mismo. Ya los tuyos
Comienzan á salir: mas ¡Cielo santo!
En tumulto, sin orden y sin jefe,
Como muchachos de una escuela salen.
¡Oh! van á ser pasados á cuchillo
Si los Cristianos dan en ellos. ¡Pronto
Desdichados! ¡atrás! ¡atrás! Es tarde.
Un lienzo de muralla derribando
Los Cristianos se lanzan de repente

Sobre su ciega multitud, y en ellos
Como en ganados en redil se ceban.
Huyen: la puerta los de dentro quieren
Cerrar: mas se aproximan unos y otros
En confuso tropel: todo es en vano:
Todos al par se precipitan dentro.
Oye cómo á la avara soldadesca
Autorizan los jefes al saqueo,
Para animar sus bárbaros instintos.
¡Ira de Dios! La muerte por las calles,
Por las plazas, las casas y mezquitas,
Corre hambrienta de víctimas humanas
Y se harta de cadáveres. En vano
Unos pocos valientes, prefiriendo
La muerte al cautiverio, se resisten
Como leones del desierto. En vano
En tu regio *mirab* encastillándose,
Ante el ara sagrada del Profeta
Forman una muralla con sus pechos.
Un impío Cristiano, una embreada
Tea aplicando á la dorada puerta,
Sopla la llama arrodillado, en tanto
Que otros con sus escudos le protegen
De los árabes tiros. Ya la llama
Prendió en la puerta cincelada: el humo
En espirales pardas culebrea
Por cima de los cascos: ya las chispas

Saltan á impulso del seguro soplo
De la adarga de cuero con que aventan
El incendio naciente, y ya rechina
La primorosa ensambladura hendiéndose.
Mira cómo abrasada se desploma
La mezquita y sepulta á los Muslimes:
Mira cómo el incendio se propaga
Por sus bazares y almacenes: mira
Las lagunas de sangre, en cuyo fondo
La voz de todo un pueblo degollado
Al justiciero Aláh contra ti clama:
Mira cómo el incendio, porque veas
Mejor, extiende en derredor su llama
Encendiendo á tu honor mortuorias teas:
Mira la cruz sobre el peñón de Alhama!....
Desventurado Rey, ¡maldito seas!.... »

Dijo y calló la voz del nigromante;
De la frase final lúgubre el eco
En pavoroso són zumbó un instante
Bajo morisco artesonado hueco.
Un momento después la luz brillante
Se extinguió de las lámparas: un paso
Lento, más firme gravitó en la alfombra:
Sintióse en los tapices un escaso
Rumor.... y todo fué silencio y sombra.

IV

Despuntaba la luz de la mañana:
El sol, detrás aún del horizonte,
Tendía ya su resplandor de grana
Como un inmenso chal de monte en monte.
Alfombraba la escarcha las laderas
De los valles de Darro, y argentinas
Del árbol desprendíanse ligeras
Las perlas del rocío, á las primeras
Ráfagas de las auras matutinas.
Diáfana en fin la atmósfera, sereno
El cielo y quieto el aire, se anunciaba
Un día claro y de alegría lleno
Que al perezoso mundo despertaba.
En la loma del cerro abandonado,
Donde se eleva el torreón obscuro
Que al vulgo atemoriza, un hombre armado
Yacía al pie de solitario muro,
De espaldas en sus piedras apoyado.
Verde caftán de damasquina tela,
Cuyo valor y forma la elevada
Clase y poder del portador revela,

Cubría su armadura cincelada,
El calado antifaz de su celada
No permitiendo ver si duerme ó vela.
  Allá en el valle y á la torre vuelto
De espalda, un negro y colosal Nubiano
Dormía echado en su alquicel envuelto,
Á precaución habiéndose revuelto
Las bridas de dos yeguas á la mano.
  La hermosa raza del desierto en ellas
Se dejaba admirar, y en sus mantillas
De seda tuneci, y en las hebillas
De plata de su arnés, bien claras huellas
Se veían del lujo de su dueño,
Cuya venida retardaba acaso
Dulce el placer, ó descuidado el sueño.
  El sol, apareciendo de repente
Tras de las cumbres de la helada sierra,
Derramó su esplendor sobre la tierra,
Y un rayo de su luz hirió el luciente
Casco de la armadura en que se encierra
El hombre que en la torre al pie del muro
Yace, su oculta faz dando al Oriente.
Su calor ó su luz, si es que dormía,
Le desvelaron: si aguardaba su hora,
Le avisaron puntuales que era día.
Entonces el armado, la pereza
Ó el sueño desechando, en torno suyo

Revolvió lentamente la cabeza:
Dió tensión á su cuerpo entumecido,
Y con señales claras de sorpresa
Reconoció el lugar: mas de la torre
Viéndose á los umbrales, como herido
De repentina idea, ó tal vez presa
De una locura, alzóse, y una gruesa
Piedra cogiendo entre sus brazos, corre,
Y con cuanto vigor halló en su pecho
Lanzándola en impulso bien medido
Contra el postigo de madera estrecho,
Le descuajó del quicio carcomido.
Cayó dentro la hoja levantando
Una nube de polvo, revocada
Por su hueco en espesa bocanada:
Al temeroso ruido, despertando
El negro que esperaba en la alhameda,
Volvióse con pavor: mas no vió nada
En medio de la densa polvareda.
Inmóvil el Nubiano contemplaba
Desvanecerse el polvo que impelido
Por el aura corría, y esperaba
Sin duda hallar detrás de su cortina
Aquel maldito torreón hundido
Y abrasada ó desierta la colina,
Cuando á manera de marmóreo busto
Que, abandonando su sepulcro, asoma

Del panteón á la puerta, vió con susto
Bajar hacia él por la empinada loma
Una radiante y colosal figura,
Tras sí dejando el torreón vetusto
Del cual la vió salir con gran pavura.
  Ya para huir despavorido acaso
Las manos á la crin y el pie al estribo
Iba á llevar, cuando atajó su paso
La voz de su señor (cuya armadura
Brillaba al Sol con resplandor tan vivo
Que deslumbraba), y dándole el nativo
Nombre gritóle: — «¡Zil, pronto, á caballo!»
Y montando de un salto, á toda brida
Lanzó su yegua. Zil, como él activo,
Sacó en escape volador tendida
La suya de él en pos, y esclavo y dueño
Se hundieron de su rápida corrida
Entre el polvo, cual sombras de un ensueño.

V

Media hora después caía muerta
De fatiga á los pies de su jinete
La yegua del fiel Zil, ante la puerta
De la Alhambra: tras él Muley llegando,
Á contener la suya no bastando
Desenfrenada y en carrera abierta,
Con ella por el pórtico se mete.
Sujetaron á un tiempo veinte manos
Al fogoso animal: á tierra echóse
El fatigado Amir, y en medio hallóse
De su guardia de negros africanos.
Como una torva y rencorosa hiena
Que olfatea con ansia en el desierto,
Buscando el tronco del viajero muerto
Que enterró el salteador bajo la arena:
Tal el fiero Muley el zurdo paso
Enderezó á la torre de Comares,
Con el designio de manchar acaso
Con un nefando crimen sus hogares.
En su rostro, de cólera amarillo,
La decisión horrenda se leía

En su sangriento corazón forjada,
Y el infernal placer de su alma impía
En sus trémulos labios y en el brillo
Siniestro de su lúgubre mirada.
Los negros su furor adivinando
En su ademán y rostro descompuesto,
Paso le abrieron con temor callando:
Él, en vez de palabras, empleando
Un imperioso irresistible gesto,
Abrir mandó la cámara africana
Que sirve de prisión á la Sultana.

En sepulcral silencio, más terrible
Que la voz más furiosa, entró en la estancia,
De Comares Muley: con impasible,
Desdeñosa y sultánica arrogancia,
Serena faz y fulgurantes ojos,
Á Aixa halló que acercarse le veía
En pie y desafiando sus enojos,
Silenciosa como él, como él sombría.

Como audaz cazador que, asegurado
De la muerta leona, hallar espera
Sus cachorros sin riesgo, y confiado
Avanza hasta la oculta madriguera:
Mas en su boca lóbrega, imprudente
Los cachorros dormidos reclamando
Escarba, y con terror ve de repente,
Su ondulante espiral desarrollando,

Salir con un silbido una serpiente:
Tal se encontró Muley bajo la altiva
É imperiosa mirada de la Mora,
Á quien débil juzgó como cautiva
É insolente encontró como señora.
  Miráronse un momento frente á frente
Aixa y Muley-Hasán: mas no hay quien pueda
La mirada arrostrar resplandeciente
De esta mujer, cuyo ánimo valiente
Tanta virtud como valor hospeda.
Con los brazos cruzados sobre el pecho
Preguntó al Rey impávida: — «¿Qué quieres?»
—«Tu hijo,» exclamó Muley.— «¡Qué imbécil eres!»
Repuso con desprecio la Sultana,
Dominando á Muley á su despecho.
«¿Cuándo has supuesto que albergado viva
»En el pecho viril de una Africana
»El villano temor de una cautiva,
»Ni el corazón servil de una Cristiana?
»Tú te olvidas que Dios Reina me ha hecho.
»¿Mi hijo á pedirme vienes? ¡Insensato!
»Libre partió: mas si seguir su huella
»Deseas, de ocultártela no trato.
»Corre á tu villa de Guadix, y en ella,
»De Dios y de tus pueblos con la ayuda,
»Alzado Rey le encontrarás sin duda.»
— «¡En Guadix!—dijo el Rey,— ¡no lo he soñado!»

Y, de pavor mortal sobrecogido,
Ante la Mora en pie quedó aterrado,
Mudo é inmóvil, cual del rayo herido.
Ella le contempló por un instante
Sin comprender lo que por él pasaba:
Mas suponiendo que algo meditaba
Contra el fugado Príncipe, arrogante
Díjole, de él poniéndose delante:
« La bestia más feroz, jamás se encona
» Con sus hijos cual tú. ¿Qué esperar debo
» Del tigre que á sus hijos no perdona?
» Ya á todo yo por Abdilá me atrevo:
» Tigre, te encontrarás con la leona.
» De hoy, pues, no lograrás, feroz tirano,
» Ni tocar al menor de sus cabellos
» Sin que, cual tú feroz, mi regia mano
» Meta un puñal entre tu mano y ellos. »
Dijo, y una insolente carcajada
Soltó, la espalda con desdén volviendo:
No la volvió Muley ni una mirada
Ni la escuchó tal vez, sólo atendiendo
Á la duda fatal en que vacila:
Y la Sultana, hallándola entreabierta,
Con noble majestad pasó la puerta
Y á su cámara real fuese tranquila.
　Vióla Muley el patio de la alberca
Cruzar, volviendo en sí: mas no dió un paso

Contra ella, ni el gesto más escaso
Hizo, aunque la guardia el patio cerca.
En silencio, los brazos sobre el pecho
Cruzados é inclinada la cabeza,
Á solas con su mal ó su despecho,
Presa permaneció por largo trecho
De ruin superstición ú honda tristeza.
Mas notando el Monarca de repente
Que sus guardias le estaban contemplando,
Miró á su dignidad, irguió la frente,
Y, cobrando su indómita fiereza,
Al patio se lanzó, donde llegando
Tendió la vista en derredor, ansioso
De encontrar una víctima á su saña.
En pie, junto á un pilar del peristilo,
Vió un hombre cuya cara le era extraña,
Pálido, ensangrentado, silencioso,
Y de torvo ademán, pero tranquilo.
Sonrió al divisarle, satisfecho
De hallar en quien la cólera del pecho
Descargar, y con calma aterradora
Fuese Muley á él. De pie derecho,
Contemplándole audaz, con ojo fijo,
El hombre le aguardó, y hasta él llegando
El iracundo Rey así le dijo:
—«¿Quién eres?»—«Nadie ya,» repuso el hombre.
De la ira Muley sintió la llama

Subirle al rostro, y de furor temblando:
«¿Tu raza, dijo, tu país, tu nombre?»
Y con acento de tristeza lleno
Al Rey el hombre contestó sereno:
«No tiene nombre ya, país no tiene,
»Ni familia ni tribu le reclama
»Por suyo aquel que, su país dejando
»Esclavo, huyendo de su patria viene
»Á contar el baldón con que se infama.
»Mi pueblo yace, Amir, muerto ó cautivo;
»Y él solo ves en mí que escapó vivo
»De la tremenda asolación de Alhama.»
Palideció el Monarca de pavura
Á esta nueva fatal: su mensajero
Sonrió con sardónica amargura
Así siguiendo: — «Amir, mi alma está pura
»De traición: combatí junto al primero:
»Mas cuando todo se perdió, mi escaso
»Aliento aproveché con la esperanza
»De poder, á tus pies llegando acaso,
»Pedirte, no favor, sino venganza;
»Pero no para mí: yo no la quiero:
»Sin honra y sin hogar morir prefiero.
»Alhama se perdió por tu abandono
»Y clamó contra ti su pueblo entero:
»Mas yo soy un creyente verdadero
»Y, en ti mirando á Aláh sobre tu trono

» En nombre de mi raza te perdono. »
Dijo el lëal; y con sublime calma
En su pecho la daga sepultando,
Expiró, buen Muslim, encomendando
Su venganza á su Rey, á Dios su alma.
La guardia de los negros, torva y muda,
Ante el cuerpo del último Alhameño
Lloró tal vez su bárbaro heroísmo:
Sólo insensible y enarcado el ceño
Permaneció Muley con faz sañuda,
Víctima de un segundo parasismo
De su pavor recóndito sin duda.
Reinó un punto el silencio más solemne:
Luego, hablando Muley consigo mismo,
Dijo: — « Sí, la verdad está perenne:
» La aparición..... Alhama..... todo es cierto!
» Y ÉL libre ya! — ¡Confúndale el abismo!
« Más valiera al nacer haberle muerto! »

Y aquí el Rey, humillando la cabeza,
Prosiguió con hondísima tristeza:
« ¿Conque el cielo y la tierra se han unido
» En contra mía por tan varios modos? »
Mas irguiéndola al punto con fiereza,
Dijo: — « Mas no dirán que me he rendido:
» Mientras vive Muley, aún no han vencido:
» Todos, pues, contra mí, yo contra todos. »

Y volviendo la espalda, á pasos lentos
Volvió Muley de su oriental palacio
Á entrar en los dorados aposentos
Donde Zil le siguió tras breve espacio.

VI

«¡Ay de mi Alhama!» en su palacio dijo
Muley, que aun suya en su dolor la llama:
Y el eco triste, de sus techos hijo,
Suspiró: "*¡Alhama!*"

Desde las torres del gentil palacio
Bajó en las brisas, y de rama en rama
Corrió los huertos y gimió el espacio:
"*¡Ay de mi Alhama!*"

Llegó hasta el vulgo la terrible nueva.
¿Quién pára el vuelo de la errante fama?
Su voz diciendo en la ciudad se eleva:
"*¡Ay de mi Alhama!*"

La turba ociosa, de pavor transida,
La aciaga nueva por doquier derrama:
Doquier repiten por donde es oída:
"¡Ay de mi Alhama!"

El ruin villano y el audaz guerrero,
El noble altivo y la orgullosa dama
Dicen, llorando con el pueblo entero:
"¡Ay de mi Alhama!"

Y el pueblo entero del palacio augusto
Corre á las puertas, y furioso clama
Con voz que impone á sus vivientes susto:
"¡Ay de mi Alhama!"

La guardia negra que á Muley defiende
«¡Atrás!» las picas enristrando exclama:
Se irrita el pueblo, y el clamor se extiende:
"¡Ay de mi Alhama!"

Las regias salas el motín conturba
Que en torno de ellas cual tormenta brama.
Y al grito tiemblan de la airada turba:
"¡Ay de mi Alhama!"

Muley no duerme: cinco mil guerreros
En quienes arde del honor la llama,
De sus legiones manda delanteros
Ir sobre *Alhama.*

Y al caer la noche, jineteando al frente
De hueste inmensa que la lid reclama,
Partió gritando con su armada gente:
"*¡Venganza á Alhama!*"

"*¡Venganza á Alhama!*" Repitió la plebe
Que al Rey valiente y vengador aclama:
«¡Aláh, le dijo, la victoria lleve
Contigo á *Alhama!*"

Mas ¿quién penetra en el destino obscuro
De su ancho velo por la espesa trama?
Voz misteriosa suspiró en el muro:
"*¡Ay de mi Alhama!*"

Eco siniestro, que la fe desmiente
De los Muslimes y á su Rey infama,
Toda la noche repitió doliente:
"*¡Ay de mi Alhama!*"

¡Tal vez las almas de los muertos, cuyos
Miembros sin tumba el agua desparrama
De los nublados, piden á los suyos
Tierra en *Alhama!*

LIBRO SEXTO

LAS TORRES DE LA ALHAMBRA

Más allá de la torre de Comares,
De la Alhambra rëal siguiendo el muro,
Recuerdo de los blancos alminares
De Damasco y esbelto cual seguro,
Dominando alamedas seculares
De frescas sombras y de ambiente puro,
Se alza un torreoncillo de arabesco
Estilo, aéreo, blanco y pintoresco.

Su cabeza gentil no se levanta
Coronada de sólidas almenas,
Ni su robusta construcción espanta
Con aspilleras de espingardas llenas.
Defiéndenle no más soledad santa
Y quietud misteriosa, y bien ajenas
De apariencia marcial, siempre cerradas
Sus celosías con primor caladas.

Tal vez despide al despuntar el día
En espirales mil humo de aromas
Cual pebete oriental su celosía:
Tal vez los ecos de las verdes lomas
Despierta por la noche la harmonía
De los cantos que exhala, y las palomas
Y aves, á quienes place su murmullo,
La aduermen con sus trinos y su arrullo.

Es esta torrecilla solitaria
Un sagrado alminar, y su clausura
Destinada no más á la plegaria
De la mañana, goza el aura pura
Del valle y la extensión y vista varia
De la vega feraz desde su altura.
Es el mirab del Rey do sólo él ora,
Y tal vez la mujer que le enamora.

Hoy, con escarnio de la Fe, le habita,
Transformando en harén de sus amores
El alminar de la oración bendita
Y en camarín de sueños tentadores,
Zoraya, la insolente favorita:
Destinando sus áureos miradores
De su ocioso mirar para recreo,
Para atalaya de su vil deseo.

Alcánzase desde ellos la sombría
Torre que guarda á la rival Sultana,
Y ella afanosa sin cesar espía
Desde allí la prisión de la Africana.
Por eso ocupa el mirador que impía
Con su presencia criminal profana:
Mas Dios á su rival tendió la mano
Y ya, libre Boabdil, la espía en vano.

Sobre campo y ciudad el delicioso
Mirab descuella como erguida palma;
Y es en verdad lugar maravilloso
Para elevar al Criador el alma,
Ya del alba temprana en el reposo,
Ya de la noche en la apacible calma:
Y el Moro y el Judío y el Cristiano
Ven desde allí del Criador la mano.

¡Quién no te cree, Señor, quién no te adora
Cuando, á la luz del sol en que amaneces,
Ve esta rica ciudad de raza mora
Salir de entre los lóbregos dobleces
De la nocturna sombra, y á la aurora
Abriendo sus moriscos ajimeces
Ostentar á tus pies lozana y pura,
Perfumada y radiante su hermosura!

Yo te adoro, Señor, cuando la admiro
Dormida en el tapiz de su ancha vega;
Yo te adoro, Señor, cuando respiro
Su aura salubre que entre flores juega;
Yo te adoro, Señor, desde el retiro
De esta torre oriental que el Dauro riega;
Y aquí tu omnipotencia revelada,
Yo te adoro, Señor, sobre Granada.

¡Bendita sea la potente mano
Que llenó sus colinas de verdura,
De agua los valles, de arboleda el llano,
De amantes ruiseñores la espesura,
De campesino aroma el aire sano,
De nieve su alta sierra, de frescura
Sus noches pardas, de placer sus días
Y todo su recinto de harmonías!

Yo te conozco ¡oh Dios! en los rumores
Que á este árabe balcón me trae el viento
Perfumado entre pámpanos y flores,
Y harmonizado con el grato acento
De las aves de Abril. Tantos primores
Producto son de tu divino aliento;
Porque á tu aliento creador se aliña
Con sus mejores galas la campiña.

Tú soplas ¡oh Señor! desde la altura
Y saltan los collados de alegría,
Y se cubre de flores la llanura,
Y se llenan los bosques de harmonía,
Y se aduermen las aguas en la hondura,
Y sin nublados resplandece el día:
Que en tus ojos la vida reverbera
Y es tu aliento, Señor, la primavera.

Y no hay región recóndita en el mundo
En donde más tu majestad se ostente,
Donde sea tu aliento mas fecundo,
Ni la tierra en tu prez mas diligente.
Señor, tú estás aquí; tú en lo profundo
Brillas aquí del corazón creyente;
Tú estas aquí; tu trono y tu morada,
Tras este cielo azul, sobre Granada.

Dame ¡oh Señor! de querubín aliento,
Porque pueda esta vida transitoria
Emplear en cantar con digno acento
En medio de este edén tu inmensa gloria:
Y al lanzar desde aquí mi voz al viento
Dando á Granada su oriental historia,
Purifique, Señor, mi arpa cristiana
El impúdico harén de una Sultana.

NARRACIÓN

I

Iba á dejar en brazos de las sombras
Á la tierra el crepúsculo: la vega,
El monte y la ciudad entre sus turbios
Vapores comenzaban á sumirse,
Y el ocaso, alumbrado todavía
Con desgarradas ráfagas de fuego,
Última luz que el sol reverberaba,
Teñía los collados con purpúreos
Resplandores de incendio. Á la cabeza
De su hueste Muley había apenas
Traspasado las puertas de Granada
Con dirección á Alhama, y en las torres,
En las murallas y altas azoteas,
Para verle salir, la muchedumbre
Se aglomeraba silenciosa y triste.

Sus alas ¡ay! sobre la gente mora
El genio del dolor tendido había;
Fatal presentimiento de amargura
Sus corazones lúgubre llenaba,
Y miraban tal vez indiferentes
De sus hermanos el socorro. Apenas
Algunos grupos de la plebe sórdida
Que al camino salieron vitoreaban
Pagados á Muley: ardid inútil
De política torpe que aumentaba
El desprecio del pueblo entristecido.
El rumor de los gritos desacordes
Confuso con las ráfagas llegaba
Hasta el alto mirab, en donde inquieta
Le escuchaba Zoraya tras las árabes
Labores de su espesa celosía.
Fijos los ojos, la mirada torva,
Presa de aquel fatal presentimiento
Que acaso con su atmósfera pesaba
Sobre la mora gente, la lectura
De su alméh favorita oía, empero
Sin escucharla. Á veces el oído
Hacia el rumor de la ciudad tendía,
Y la alméh se paraba, y en silencio
Quedaba el aposento hasta que vuelta
La favorita en sí decía «sigue»:
Mas desechados iban diez volúmenes

De distraer su espíritu incapaces.
Los peregrinos viajes y aventuras,
Los inspirados y divinos libros
Del Korán, las leyendas orientales
De los poetas de Damasco y Córdoba,
Desarrugar su ceño no podían
Ni atraer su atención; guerras, encantos,
Sueños, amores, himnos de alabanza
Á su propia hermosura dirigidos,
Pasaban por su oído resbalando
Como agua por encima de las rocas:
Y sin embargo, sus lecturas eran
En los célebres libros escogidas
De los más sabios escritores, siendo
Leídas con las gratas inflexiones
De una voz melodiosa, amaestrada
En el arte divino de la música,
Y en la recitación que alas de fuego
Presta á la encantadora poesía.
Á la luz de una lámpara de plata
Colocada en un trípode de concha,
La alméh, tomando el séptimo volumen,
Comenzaba á leer los puros versos
De Abú-Taleb-Abdel-Gebar, de Júcar,
Que cantó las victorias y virtudes
De los almoravides: — «Pasa, dijo
La impaciente Zoraya interrumpiéndola;

Otra leyenda busca; » y fué pasando
La alméh las hojas de su libro, en ellas
Sin posar su mirada la Zoraya
Diciendo distraída: — «¿Quién prosigue?
—Abí-Aly-Anás. — Pasa. ¿Quién otro?
— El faquí Zacaría. — ¿De qué trata?
— Da consuelos al rey en la amargura
De sus pesares. — ¿Cuáles eran? — Creo
Que él solo se salvó de una batalla.
— Lee: tal vez consolar logre los míos.
— Mas no me escuchas ¡oh Sultana! — Esclava,
Lee y obedece.» Prosiguió leyendo
La reprendida alméh y á su profunda
É inquieta distracción volvió Zoraya.
La deliciosa voz de la lectora
Resonaba en el cóncavo recinto
Del camarín, como el rumor continuo
De un arroyo que corre bajo el césped
Quebrando entre los guijos sus cristales:
Los harmoniosos versos del poeta
Árabe, recitados en su lengua
Riquísima, en los tonos é inflexiones
Dulces sin par del andaluz dialecto,
Resonaban en él inútilmente,
Y en su vacío espacio se perdían
Como el canto de un pájaro extraviado
En el llano infecundo del desierto.

Zoraya no escuchaba tiempo hacía
De la alméh la lectura: á los cristales
Del calado ajimez pegado el rostro,
Penetrar del crepúsculo anhelaba
La obscuridad creciente: pero en vano.
La ciudad se sumía en las tinieblas,
Y el rumor que llegaba hasta su oído
Era tan sordo, tan confuso y vago,
Que era imposible comprender su origen.
La humana voz asemejaba á veces
Ronco, amenazador, cual si en tumulto
Se agitara la plebe descontenta;
Otras, el triste é íntimo lamento
En que prorrumpe á un tiempo la familia
Que en derredor del padre moribundo
Su último aliento aguarda, y al lanzarle
En llanto universal rompe afligida.
Otras, gemido largo y misterioso,
Como si algún espíritu que, errante
Huyendo por la atmósfera, espantado
En sus vacíos senos le lanzara:
Mas siempre, siempre al comprender la Mora
Del rumor el origen verdadero,
Le encontraba con rabia producido
Por alguna bandada de palomas,
Ó por el són del aire en la arboleda,
Ó por la voz de algún pastor tardío

Que guiaba en los cerros su rebaño.
Y volvía á tenderse despechada
En los cojines blandos, y volvía
Á mandar continuar una lectura
Que no escuchaba, mas que el tiempo largo
De su impaciencia entretenía. — «Sigue,»
Decía á la lectora: mas un libro
Y otro libro hojeado uno por uno
Inútilmente había, y con tristeza
En silencio la alméh la contemplaba.
— «Sigue,» dijo con ímpetu la altiva
Favorita: y la alméh, postrada en tierra,
Dijo: — «Imposible continuar, Sultana.
— ¿Por qué? — Porque tus libros uno á uno
Has ido desechando, y en sus hojas
No hay ya más que leer. — Busca otros nuevos.
— No poseemos más. — Pues toma un arpa
Y cántame..... distráeme..... entretenme.....
Si no, ¿de qué me sirves? ¿Qué te valen
Los talentos que encomian los imbéciles
Que te enviaron á mí?» La desdichada
Alméh, sus gracias y talento viendo
Denostados así, dobló la frente
Sobre su pecho, y abrasado llanto
Comenzó á derramar. Zoraya un punto
Permaneció en silencio contemplándola:
Empero en la impaciencia que la agita,

En la rabia tal vez que la devora
El vengativo corazón, ajena
Á toda compasión, díjola: — «Vete:
Para nada me sirves. Dí al primero
Que halles en esa cámara que venga
Á divertirme: un guardia, algún esclavo
Cuya cabeza al menos me responda
De su talento, si le falta. Vete.»
Salió la alméh: volvió á la celosía
Zoraya. Era ya noche: por doquiera
Extendida la sombra encapotaba
La tierra. Alguna luz pálida y trémula
Brillaba en los postigos entreabiertos
De las casas fronteras á la Alhambra,
Del ajeriz en el tranquilo barrio.
Más allá, por las calles angulosas
Del Albaycín, se oía sordamente
La voz de sus inquietos moradores
Elevarse en murmullo misterioso,
Como si sus vecinos, sus moradas
Dejando, por las calles reunidos
Con tumultuosa plática turbasen
La solitaria calma de la noche.
Zoraya en vano sondear quisiera
Lo que en el Albaycín pasa á estas horas.
Es el barrio que habitan los parciales
De Aixa y de su hijo, y en la torre

De Comares están de él fronteriza.
¿Quién sabe si el rumor que en su absoluta
Obscuridad del Albaycín se alza
Será efecto ó señal de inteligencia
Entre el barrio y la torre? ¡Oh! Tarda mucho
El Wazir en volver. ¿Si por desdicha
La partida del Rey infunde aliento
Á los conspiradores, y en las calles,
Tomadas ya, al Wazir han sorprendido?
Todo lo teme ya la favorita:
Pero todo lo ignora abandonada
En el mirab donde impaciente espera:
Y he aquí que, al volverse, de la entrada
Bajo el dintel y del tapiz delante
Ve un esclavo que aguarda silencioso.

ZORAYA

¿Qué quieres?

EL ESCLAVO

¡Oh Sultana! á ti me envía
La alméh que acaba de partir llorando
Despedida por ti.

ZORAYA

¿De dónde vienes?

ESCLAVO

De la ciudad.

ZORAYA

¿De la ciudad? ¿qué pasa

Allí?

ESCLAVO

Ya nada: de los muros lejos

Va ya Muley: el pueblo se retira

Después de haberle visto.

ZORAYA

¿Á despedirle

Mucha gente acudió?

ESCLAVO

Salió, Sultana,

Toda cuanta hay en la ciudad.

ZORAYA

¿Y viste

Á los del Albaycín?

ESCLAVO

Todos estaban

De la puerta Monaita en las alturas

Como bandada de águilas.

ZORAYA

¿Inquietos

Se mostraban sus grupos?

ESCLAVO

Al contrario:

Al Rey desde los altos despedían
Diciéndole: ¡buen viaje! y saludábanle
Con las manos de lejos.

ZORAYA

¿Y en qué sitio
Viste al Wazir?

ESCLAVO

Tras de las huestes queda
Hablando con el Rey.

ZORAYA

¿Tú estabas próximo
Á ellos?

ESCLAVO

Sí: mas en torno defendidos
Por centinelas platicaban ambos
En calma.

ZORAYA

Ea, pues, mientras espero
La vuelta del Wazir, ve cómo puedes
Distraer mi impaciencia; me fastidio.
¿Qué harás para alegrar á tu señora?

ESCLAVO

Manda, y veré si obedecerte puedo.

ZORAYA

¡Si puedes!

ESCLAVO

Sí, Sultana, soy Cristiano:
Me cautivaron en Jerez los Moros,
Y conservo mi fe. Si contra ella
Me mandaras obrar, perdona, pero
No te obedecería. Dios es antes
Para mí que la vida.—La Zoraya
Le oía de hito en hito contemplándole,
Y recordando que en sus venas corre
Sangre cristiana, chispeante y roja,
Con ardiente rubor la faz sentía:
Su niñez con vergüenza recordaba
Tímida ante el esclavo la señora:
Pronto, empero, repuesta y su sonrisa
Habitual en sus labios ver dejando,
Más terrible mil veces que su ceño,
Díjole: — «Eres cristiano..... enhorabuena.
Veamos lo que saben los cristianos
Para abreviar el tiempo á sus señores
Cuando pesa sobre ellos el fastidio,
Ó esperan, y esperar les importuna.
Dime: ¿En qué te ocupabas en tu patria?
— Era paje de un noble caballero
De Calatrava. — ¿Cuál era tu oficio
Con él? — Le preparaba sus arneses,

Salía detrás de él á la campaña,
Me batía á su lado. Si vencíamos,
Dábamos gracias al Señor á un tiempo;
Si nos vencían y salía herido,
Le curaba, velándole constante
Junto á su lecho: y en salud completa
Ó en grave enfermedad, todas las noches
Devotas oraciones le leía,
Ó leyendas sagradas de la Biblia
Le recitaba. Así creí, Sultana,
Mi existencia pasar en su servicio
Mientras durara su existencia, y luego,
Admitido en la Orden, como noble
Pelear y morir en la defensa
De mi fe; Dios, empero, de otro modo
Lo dispuso, Sultana. Un día aciago,
Caminando la vuelta de Antequera,
Dió en nosotros un árabe algarada.
Viajábamos diez y ocho caballeros
Con otros tantos pajes, y los Moros
Eran un escuadrón; nos aprestamos
Á combatir: cayeron uno á uno
Los más valientes, mi señor entre ellos.
Yo, con intento de salvar su cuerpo
Ó perecer sobre él, lidié con ira,
Y Dios me castigó: caí cautivo,
Y pasto de los cuervos fué el cadáver

Del último Solís, hijo de Martos;
Su familia y la gloria de su casa
Acabaron en él. Tal es mi historia,
Sultana. Tuyo soy, manda á tu esclavo.»
La favorita de Muley sus ojos
Encendidos de cólera fijaba
Sobre los ojos del cautivo, en vano
De sus palabras la intención oculta
Profundizar queriendo. Ella, cristiana
Y de la raza de Solís nacida,
Era el último sér que se animaba
Con sangre de Solís. Aquel esclavo,
Servidor de su casa en otro tiempo,
La vió niña tal vez en el castillo
De la encomienda de su padre; ahora,
En Granada cautivo, ¿conocía
De su señor á la hija renegada?
Su presencia en la Alhambra, ¿era un agüero
Favorable ó funesto? ¿Era un amigo
Que velaba por ella? ¿Era un espía
Que traidor la acechaba? Los recuerdos
De su infancia dichosa y sus dormidos
Remordimientos, á la par alzándose
Como horribles espectros á su vista,
La helaron de terror. La sombra airada
De su ultrajado padre parecía
Que tras aquel cristiano á levantarse

Iba, y en el pavor supersticioso
De su alma criminal y en la nerviosa
Exaltación del miedo, sus miradas
Fijó en la puerta de la estancia. Ante ella,
Pálido como el mármol que sostiene
Su cincelada bóveda, sombrío
Cual fantasma del féretro evocado,
El viejo Aly-Mazer la contemplaba
En lúgubre silencio. Sus pupilas
Radiaban con fulgor siniestro y trémulo,
Y los hilos brillantes de sus rayos,
Como los de la baba poderosa
De la culebra, al estrellarse ardientes
En las pupilas de Zoraya, á ellas
Se adherían tenaces, é invisible
Extendiendo una red en torno suyo,
En sus mágicos nudos la envolvía,
Y el vigor de su sér paralizaba,
Aunque en su helado cuerpo arder sentía
La inquieta sangre como hirviente lava.
Subyugada, incapaz de movimiento,
Víctima de poder incomprensible,
Vió Zoraya cruzando el aposento
Llegar á Aly-Mazer con paso lento,
Su mágica influencia indefinible
Dominando su sér, y en su semblante
Su fulgente mirar teniendo fijo,

Con desdeñosa voz así la dijo:
— «¿Te fastidias, Sultana? ¿Te impacientas?
¿De tu infeliz alméh con las historias
Vacías de interés no te contentas?
¿Por qué no lees las íntimas memorias
Que en el fondo de tu ánima aposentas?
¿Por qué en vez de leyendas ilusorias
No lees sobre tu faz tu historia horrenda?
¿Crees que no hay interés en su leyenda?
  Iguales son los fallos soberanos
Para todos: delira y entretente
Tu porvenir meciendo en sueños vanos:
Mas escrito tu horóscopo en tu frente
Llevas: sobre las rayas de tus manos
Tus ojos pon y le verás patente.
Naciste y morirás entre cristianos:
Y, más fatal que el de Abdilá, tu sino
La obscuridad te anuncia solamente;
Su estrella real apagará tu estrella:
Su destino anonada tu destino;
Extranjera á Granada, no hay en ella
Para tu raza impura
Ni trono, ni mansión, ni sepultura.
  Esclava sin pudor, tu cuello doma
Al yugo de tu dueño; renegada
Sin fe y sin patria, el fugitivo aroma
De tu poder pasó: sobre Granada

De otro poder real el alba asoma;
Tú no posees sobre su tierra nada:
La estrella de Bu-Abdil, contraria tuya,
Es fuerza que al brillar tu luz destruya.»
  Dijo el severo Aly, y con el cristiano
Partió, y á la Sultana fascinada
Un escrito al partir dejó en la mano.

II

Su vida y su vigor recobró al punto
Libre de Aly-Mazer ya la presencia,
Y al misterioso escrito echó Zoraya
Una mirada de pavura llena.
Criada desde niña entre los Árabes,
De la superstición de su creencia
Es víctima su espíritu, y con miedo
De él contempló las misteriosas letras.
El escrito es su horóscopo: los datos
De la consultación que le encabeza,
De su país, su raza y nacimiento
Son los nombres exactos y las fechas.
Un confuso dibujo cabalístico
Marca la conjunción de los planetas
Que, desde el punto en que nació, su vida
Dominan con su mágica influencia;
Y bajo el doble nombre entrelazado
Que entre Cristianos y Árabes conserva,

Explicando sus cálculos y signos
Se leía en arábigo esta letra:

«Cinco años será Cristiana,
Veinticinco será Mora,
Diez esclava y diez Sultana:
Mas su estrella protectora
Va á apagar antes de un hora
Otra estrella soberana.—
Ni Española ni Africana,
Ni de raza engendradora,
Morirá en tierra cristiana
Ni cautiva ni señora;
Odiada como tirana,
Oculta como traidora.»

Fijos aún los espantados ojos
En el fatal pronóstico, y apenas
Con tiempo de ocultarle, en la otra cámara
Oyó los pasos del Wazir Ben-Egas.
Dominó su emoción, dió á su semblante
Su expresión ordinaria, y de la puerta
Al dintel el Wazir apareciendo,
Diálogo se entabló de esta manera:

ZORAYA

¡Por Aláh, que impaciente te aguardaba!

EL WAZIR

Detúvome Muley más que quisiera
Mi impaciencia también.

ZORAYA

¿Partió?

EL WAZIR

Va lejos,
Sultana.

ZORAYA

¿Y la ciudad?

EL WAZIR

Tranquila queda.

ZORAYA

Del callado Albaycín la misteriosa
Obscuridad algún secreto encierra.

EL WAZIR

El que todos los barrios: por Alhama
Lloran con profundísima tristeza,
Y la ciudad por la perdida villa
Yace de luto universal cubierta.

ZORAYA

¿Y la Sultana? ¿Y Abdilá? ¿Qué órdenes
Con respecto á los dos Muley te deja?

EL WAZIR

¡El infierno sin duda les protege!

ZORAYA

Acaba de una vez: habla.

EL WAZIR

Funestas
Nuevas de ellos te traigo. El Rey no quiso
Que por su propia boca lo supieras.
Abdilá, descolgado por su madre,
Por un balcón huyó.

ZORAYA

¡Maldita sea
Mi confianza en ti! Siempre he temido
Que te burlara su infernal destreza.
Pero explícame en fin.....

EL WAZIR

Es imposible:
Todo se ignora aún.

ZORAYA

Pero ¿y la fuerza
De tu ley? ¿No eres tú juez de la Alhambra?

EL WAZIR

Muley prohibe que se emplee en ella
Mi autoridad, y manda que en su alcázar
No obedecida pero libre sea.

ZORAYA

¿Aixa libre en la Alhambra?

EL WAZIR

Sí.

ZORAYA

¿Acotada

Tu autoridad?

EL WAZIR

Prohibe que la ejerza

Contra ella.

ZORAYA

Wazir, te estás mofando.

EL WAZIR

No lo permita Aláh. Del Rey la letra
Conoces: lee sus órdenes escritas
Por él: esta es su ley mientras su ausencia:
« Sin potestad, mas libre, viva Aixa
Mi esposa, Abú-l'Kasín: la más pequeña
Ofensa ó vejación que sufrir la hagas,
La consideraré contra mí hecha.
La razón yo la sé: de la Sultana
Me respondes, Wazir, con la cabeza. »

ZORAYA

¡Oh! la mía se pierde en tal misterio.

EL WAZIR

Pero tal vez la mía le penetra.
He interrogado á Zil, á los esclavos

Que le sirvieron, á su guardia negra,
Y á la torre maldita sé que ha ido,
Que en Comares furioso entró á su vuelta,
Que estuvo allí con la Sultana á solas,
Que ella salió después altiva y fiera,
Y que Muley, sombrío y aterrado,
Libre la dejó ir, cielos y tierra
Diciendo que contra él se conjuraban,
De una impresión supersticiosa presa.
Pues bien, Zoraya, en esa torre creo
Que encontraré la explicación entera
De su superstición y de sus órdenes
Incomprensibles de hoy.

ZORAYA

Bien dices: vuela,
Wazir Abú-l'Kasín, vuela á esa torre,
Demuele sus murallas, y sus piedras
Registra una por una, y aprisiona
Sin piedad, interroga y atormenta
Al sér aciago que en la torre encuentres,
Hasta que des con la verdad.

EL WAZIR

Modera
Tu cólera, Sultana: todavía
Algo que hacer en la ciudad me resta.
En sus barrios acaso entre las sombras
Ya criminal conspiración fermenta,

Y es mi primer obligación á salvo
Ponerte á ti de su furor. Te esperan
Al postigo del Agua tus esclavos
Y una guardia leal que te defienda.
Vas á habitar los Alijares: este,
Más que regio palacio, es fortaleza,
Y en ausencia del Rey todo lo temo
De la Sultana audaz.

ZORAYA

Me desesperas,
Abu-l'Kasín con tu prudencia imbécil.
Cuando torne Muley, que la halle muerta,
Y nos dará las gracias.

EL WAZIR

Tú deliras,
Zoraya: eso sería en ancha hoguera
Tornar el fuego que debajo duerme
De la ceniza aún: mientras alienta
El Príncipe Abdilá, siempre los suyos
Tienen un capitán y una bandera:
Y en tanto que la madre está segura,
Rehén tenemos para el hijo en ella.
Vamos, y fía en mí; partamos antes
Que la luna en los cielos aparezca,
Porque importa que nadie se aperciba
De que el palacio de la Alhambra dejas.

La Zoraya, cediendo á las razones
Del prudente Wazir, aunque la pesa,
Dejó el mirab y, en el espeso velo
Embozada la faz, siguió sus huellas.
De la torre del Agua en el postigo
Una escolta leal halló dispuesta,
Y al fuerte de los regios Alixares
La condujo el Wazir en las tinieblas.

Mas en el punto de partir, del muro
Donde la torre apoya á las almenas,
Una mujer que se asomó espiaba
La ruta por do van. Era la Reina.

III

Sobre el muro que el recinto
De la Alhambra real circunda,
Si en fortaleza segunda
Primera en esplendidez,
Hay una torre morisca
Frontera al Generalife,
Que sobre angosto arrecife
Abre un dorado ajimez.

Este arrecife tortuoso,
Que extiende sus líneas combas
Entre yedras y gayombas,
Madreselvas y jazmín,
Solitario, áspero, umbrío,
Parece el lecho de un río
Que dividió en otro tiempo
El alcázar del jardín.

Fresco, umbroso en el verano,
Abrigado en el invierno,
Gozando el verdor eterno
De la yedra y el laurel,
Es este oculto arrecife,
Lleno de sombra y misterio,
Huella oriental del imperio
De la raza de Ismael.

Á un lado, Generalife
De sus floridos verjeles
Le entolda con los laureles,
Le impregna de aromas mil;
Al otro, la Alhambra espléndida
Le fía por sus ventanas
De cautivas y sultanas
Toda su historia gentil.

De una parte le armonizan,
Por el lado de las flores,
Los canoros ruiseñores
Que anidan en el verjel:
De otra, por el del alcázar,
Opuesto al de los jardines,
Las zambras y los festines
Que se celebran en él.

Por un lado le engalana
La rica naturaleza,
Por otro le dan grandeza
Las cien torres de Alhamar;
Por allí muestra patente
Dios su creadora mano,
Por aquí del soberano
Se hace el poder acatar.

Tal vez en noche de estío,
Al són de un arpa morisca,
Desde el muro una odalisca
Entona amante canción,
Y algún colorín celoso,
Desde la verde floresta,
Con trino amante contesta
Del arpa amorosa al són.

En la ciudad empezando
Y abriendo paso á la sierra,
¿Quién sabe cuántos encierra
Secretos de honra y amor
Este encantado camino,
Bajo flores encubierto
Y sobre peñas abierto
De un palacio en derredor?

¡Cuánta hermosa enamorada
Intentó el arduo descenso
Del vacío espacio extenso
Que hay desde él á su balcón!
¡Y cuánto noble Africano
Cayó en su arenosa loma,
Muerto por oculta mano
Y por oculta razón!

No hay un pie de este camino
Que una tradición no hechice,
Que un nombre no poetice,
Ó dé un recuerdo valor.
La torre allí *de los Picos*
Se eleva, cuyos cimientos
Defienden encantamientos
De un sabio conjurador.

Allá la *de la Cautiva*,
Donde entre són de cadenas
Viene á lamentar sus penas
El alma de una mujer:
Allá la *puerta de Hierro*,
Por do su vida salvaron
Los Reyes á quien lanzaron
Sus vasallos del poder.

Y allí, en fin, el pie cercado
De adelfa y silvestres plantas,
La torre de *las Infantas*
Se alza con regia altivez,
Abriendo en su grueso muro,
Frontero á Generalife,
Encima del arrecife
Un misterioso ajimez.

Una graciosa ventana
De arabescos y labores
Orlada, cuyos colores
Minió maestro pincel:
Una ventana morisca
Que, en dibujos de oro envuelto,
Parte un pilarcillo esbelto
De mármol de Macaël:

Un mirador delicioso,
Cuyo arco filigranado
Está en redor festonado
Con leyendas del Korán;
Cuyos dos graciosos huecos
Ornados de medallones,
Hojas, nichos y agallones,
Contento á los ojos dan.

Mas ¿quién mora en esa torre
Donde jamás se percibe
Ni el rostro de quien la vive,
Ni ruido de humana voz?
Jamás de aquella ventana
Se abre al sol la celosía,
Ni de un cantar la armonía
Da nunca al aura veloz.

Muestra, empero, que se habita
Allá en las nocturnas horas
La luz de las tembladoras
Lámparas de su interior,
Que á pesar de su cerrada
Celosía y su vidriera
De colores, lanza fuera
Su trémulo resplandor.

Y á veces apunta el alba
Ya, y tras esta celosía
Se percibe todavía
De la lámpara el fulgor,
Y una sombra que va y viene
Por dentro del aposento,
Da ó quita á cada momento
Luz ó sombra al mirador.

Su movimiento incesante,
Sus paradas repentinas,
Recogiendo las cortinas
Para ver ó para oir,
Demuestran que el desvelado
De aquel ajimez espera
Algo que dél por afuera
Debe sin duda venir.

Mas pasa una noche y otra,
Y la luz del sol se traga
Su luz, y con ella apaga
El que allí esperando está
Su esperanza, hasta otra noche
Que vuelve á arder la bujía,
Y él vuelve á la celosía
Y tras ella viene y va.

Es alta noche: en el sueño
Yace el mundo sumergido:
El aire se ha recogido
Bajo del césped feraz:
Tiéndense inmobles las ramas
De los troncos, no se mueve
Ni la ráfaga más leve,
Ni el murmullo más fugaz.

¡Silencio! — He aquí que, en medio
Del universal reposo,
El mirador misterioso
Se abre por primera vez.
La celosía dorada
Se levanta: la cortina
Se descorre, y se ilumina
Por adentro el ajimez.

Y al pilar que en dos divide
El arco de su ventana
Llega una figura humana
Lentamente: una mujer,
Sultana, esclava, cautiva,
Joven, ó hermosa..... ¿qué ojos
Á altura tan excesiva
La podrán reconocer?

Apartó de ante su rostro
Su blanco y flotante velo:
Una mirada del cielo
Por la cavidad tendió,
Y, vuelta hacia el Occidente
Do ya tocando la luna
Está, en la lengua moruna
Y con voz triste exclamó:

«¡Un día más! — La menguante
» Luna hacia la mar declina,
» Y su lumbrera argentina
» Toca al horizonte ya.
» ¡Casto fanal de la noche,
» De los creyentes lumbrera,
» Que tu brillante carrera
» Guíe protector Aláh!

» Ve en paz ¡oh de las tinieblas
» Sultana dominadora,
» Pendón de la gente mora,
» Lámpara de la oración!
» ¡Y plegue á Aláh que mañana,
» Cuando vuelvas por Oriente,
» Vuelva con tu luz naciente
» La luz de mi corazón!

» Ve en paz: y si sobre Loja
» Al verter tu lumbre pura,
» Hallas vivos por ventura
» Á mi buen padre Aly-Athár
» Con el Príncipe mi esposo,
» Que es la luz del alma mía,
» Diles ¡ay! que noche y día
» Les aguardo sin cesar.»

Dijo, y la frente apoyando
En el pilar arabesco,
Dentro el marco pintoresco
Del morisco mirador
Quedó, como una escultura
Para su cuadro labrada
La Mora desconsolada,
Á solas con su dolor.

Resalta, á la luz de espalda,
Su contorno destacado
Sobre el fondo iluminado
Del aposento oriental:
Y parece desde lejos
Al genio de la pureza,
Que va á partir con tristeza
De una cámara nupcial.

Mas aquel busto tan noble
De suave y rubio cabello,
Aquel nacarino cuello
Pálido como el marfil,
Aquel brazo modelado
Por una ática escultura,
Aquella frágil cintura,
Y aquel todo tan gentil;

Asomado á tales horas
Á una torre destinada
Sólo á las Princesas moras,
Al ojo menos sutil
Delatan á la que ocupa
Su misteriosa ventana,
Por la infelice Sultana
Esposa de Abú-Abdil.

Es ella, sí: allí apacenta
El dolor que la acongoja
Moraima, la flor de Loja,
La azucena de Aly-Athár:
La gacela de ojos garzos,
Cuyas niñas de azul cielo
Eran fuentes de consuelo
Para el viejo militar.

Hoy son ya fuentes de lágrimas:
Sus abrasadas pupilas
No reflejan hoy tranquilas
La pura luz del placer;
Hoy la dulce paz del niño
Su sonrisa no revela,
Porque en sus labios la hiela
El dolor de la mujer.

Moraima, sí, la más triste,
La más pura de las Moras,
Pasa allí sus largas horas
En silencio y soledad.
Moraima, que de su esposo
Encadenada á la huella,
Con él de su mala estrella
Parte la fatalidad.

Triste es su historia. Su padre,
La mejor lanza africana,
La otorgó como Sultana
Al sucesor de su Rey;
Temiendo al viejo soldado
En rebelión harto crítica,
Con su torcida política
Pensó en tal boda Muley.

El bravo Aly-Athár, más hombre
De pelea que de Estado,
Se dió en ello por honrado
Y á Granada la llevó.
La boda hizo el Rey al punto,
Pero á sí mismo se dijo:
« ¡Imbécil! le doy el hijo,
Pero la corona no. »

Dos niños eran entrambos,
Rubios, alegres, gentiles:
Apenas sus quince abriles
Cumplido habrían los dos;
Hermosos como inocentes,
Les unieron y se amaron:
Mas en su amor no contaron
Con la voluntad de Dios.

Sosegados ya los pueblos,
No fué Aly-Athár peligoso:
Y en su aislamiento amoroso
Afeminado Abdilá,
Los hijos de la Zoraya,
Merced al fatal destino
De Abdilá, libre el camino
Tendrían del trono ya.

Tal pensó el Rey; los dos niños,
Sin cálculo y sin encono,
De sus derechos á un trono
Ni aun se acordaron tal vez:
Pero otro sér mas activo
Á quien amor no adormía,
En lugar de ellos abría
Sus ojos con avidez.

Aixa, la altiva Sultana,
Celosa de su derecho,
Fué una mañana á su lecho
Como un ensueño fatal.
Abrieron sobresaltados
Los dos Príncipes los ojos,
Y ella, respirando enojos,
Dijo con voz sepulcral:

« Aquel á quien Dios destina
» Á ceñir una corona,
» Sus derechos no abandona
» Sino por orden de Dios.
» Hijo de Reyes, despierta:
» Rompe tus amantes lazos
» Y tiende el alma y los brazos
» De tu real corona en pos.

» Y á ti, flor silvestre y pálida
» De los peñascos de Loja,
» ¿Por ventura te se antoja
» Que no hay más ley que el placer?
» ¿Crees que tus ojos de cielo,
» Tu alma y tu tez de nieve,
» El dote son que traer debe
» A un Príncipe una mujer?

» Pues te engañas: la que espera
» Dominar como Sultana,
» Necesita un alma entera,
» Con más altivez que amor.
» Despertad pues; los lobeznos
» De la torpe renegada
» Giran con planta callada
» De vuestro trono en redor. »

Abú-Abdilá, de su madre
Hecho á la exacta obediencia,
Tras ella sin resistencia
Del aposento salió:
Moraima, sobrecogida
Por la plática severa
De aquella Reina altanera,
Quedóse sola y lloró.

« ¿Qué me importan á mí, dijo,
» Su poder y su corona?
» Lo que mi amor ambiciona
» Es no más su corazón;
» Y si éste me lo arrebatan
» Por el gobierno y la guerra,
» ¿Qué me dejan en la tierra
» Á mí, sin regia ambición?»

¡Pobre niña! el joven Príncipe
Empezó desde aquel día
Á dejar su compañía
Y su cámara á dejar:
Venía por él su madre
Apenas el sol rayaba,
Y hasta que el sol se ocultaba
No le veía tornar.

Entonces, aunque volvía
Alegre y enamorado,
Volvía tan fatigado,
Tan hambriento y sin vigor,
Que en la mesa devoraba
Y se dormía en el lecho,
Cual si no hubiera en su pecho
Ni corazón ni calor.

Moraima, en su seno amante
Colocando su cabeza,
Contemplaba con tristeza
Su rostro franco y leal,
Que empezaba en el reposo
De su fatigado sueño
A adquirir un torvo ceño
Que no le era natural.

« ¿Qué hará? ¿Dónde irá? (decía
» La pobre niña) ¿Qué afanes
» Más propios para gañanes
» Me le cansarán así?
» Si tanto cuesta á los Príncipes
» Guardar su trono, ¡pluguiera
» Á Aláh que pastor naciera,
» Sin esperar más que en mí! »

Y una mañana, Moraima,
Un sueño tenaz fingiendo,
Fué desde lejos siguiendo
A la Reina y á Abdilá,
Y vió que, cruzando apriesa
De los muros el espacio,
Se salieron del palacio
Al bosque que al río da.

Corrió al oratorio regio
Que domina su enramada,
Y vióles á una esplanada
Tras una loma llegar.
Allí esperaban tres hombres
Hasta los dientes armados,
Con caballos ensillados
Y en guisa de pelear.

Ciñóse una jacerina,
Embrazó una recia adarga,
Asió de una lanza larga
Y cabalgó Abú-Abdil.
Salió el caballo botando:
Moraima tembló de gozo
Y miedo al verle tan mozo,
Tan armado y tan gentil.

Cabalgaron uno á uno
Los otros tres: apartóse
La Sultana, y preparóse
La escaramuza. Abdilá,
En medio de la esplanada
Y de los tres circundado,
A la suerte preparado
Inmóvil y atento está.

Dió la señal la Sultana,
Y empezaron los guerreros
En torno de Abdil mañeros
En círculo á galopar,
Á cada vuelta estrechándole;
Mas, como un chacal atento,
Espiando él un momento
Su línea para salvar.

Sereno sobre su silla,
Con mirada centelleante
Espía un propicio instante
En liza tan desigual,
En tanto que en torno suyo
Van los tres caracoleando,
Á cada vuelta cerrando
La peligrosa espiral.

Giraba él en ellos puesta
La vista: por todas partes
Hallaba un arma funesta
Dirigida contra él.
Vió al fin que un potro rebelde
Se mostraba, y contra él hizo
Un amago: espantadizo
Encabritóse el corcel.

Hirió y arrancó, del círculo
Dentro, á escape jineteando,
Y á alguno siempre amagando
Con incierta rapidez;
Desigualó las distancias
Ciando, hiriendo y salvándose,
Y fué el círculo ensanchándose
Más y más de cada vez.

Ya sobre un lado fingía
Caer y sobre otro daba:
Ya al escape se tendía:
Ya diestro en firme paraba:
Ya de todos tres huía,
Y á todos tres amagaba
Y á salvo doquier hería
Con certera agilidad:

Hasta que romper logrando
La línea que manteniendo
Iban los tres, trabajando
Sobre el círculo y abriendo
Más sus distancias, girando
De repente, salió huyendo,
Un breve espacio ganando
Con extraña habilidad.

Cubierto entonces, tendido
Sobre su silla de pechos,
Comenzó á alargar los trechos
De unos á otros, y fué
Cargándoles uno á uno:
Con lo cual, hecha la suerte
De aquel combate moruno,
Echaron á tierra pie.

Moraima, que de lo alto
Miraba la escaramuza,
Á cada embestida y salto
Temblando por Abdilá,
Solamente sostenida
Por su ansiedad, en el mármol
Se sentó desvanecida
Al verla acabada ya.

Volvióse luego á su cámara.
¡Ay! todo lo comprendía:
Abdilá pasaba el día
Lección de armas en tomar.
Al fin lograba la madre
Hacer de su hijo un guerrero,
Tornándole áspero y fiero,
De su cariño á pesar.

Dos lunas después, por fruto
De este acendrado cariño
Dió Moraima á luz un niño
Que el porvenir la doró:
Y el Rey, un año más tarde,
Al prender á la briosa
Aixa, de Abdilá la esposa
En su torre encarceló.

Tal es su historia. Moraima,
La más triste de las moras,
Pasa allí sus largas horas
En silencio y soledad.
Moraima, que de su esposo
Encadenada á la huella,
Con él de su mala estrella
Parte la fatalidad.

La hermosa Sultana, pálida
De tez, mas de alma encendida,
Es la que está distraída
En su ajimez oriental.
Sabe que Abdilá está en salvo,
Mas pronto que vuelva espera
Á buscar la compañera
De su destino fatal.

Y vendrá: también lo sabe
Cuando al ajimez se asoma;
Lo sabe, sí: una paloma,
Mensajero fiel de amor,
Por mano desconocida
Enviada hasta su ventana,
Trajo un día á la Sultana
Un papel consolador.

Un Africano, jinete
Sobre un corcel del desierto,
Llegó al camino encubierto
Sobre el que la torre da
Con temeraria osadía,
Y atada á un cordón de seda
La alzó hasta la celosía
Diciendo: «Abrid á Abdilá.»

Al ruido que en ella hicieron
Las alas de la paloma,
Abre Moraima y se asoma,
Y, asiéndola con placer,
Mira al audaz que esto osara:
Mas él huyendo, por única
Despedida, en voz muy clara,
Dijo: «Dios y Aly-Mazer.»

Su pronta vuelta anunciaba
Del Príncipe la misiva:
Desde entonces la cautiva
Cada noche le aguardó:
Y aislada en aquella torre
Y sin amigos por fuera,
Á Aly-Athár y á Abdil espera
Como el papel prometió.

El modo, el día... lo ignora:
Espera que se los traiga
La fortuna protectora,
Y espéralos con afán.
Mas no está sola Moraima
En su torre: hay otros seres
Que distracción y placeres
Y pruebas de amor la dan.

Consigo (sin los que aguarda)
Tiene entera su fortuna:
Su hijo que duerme en la cuna,
Su nodriza, esclava fiel,
Y un negrito enano y mudo,
Que inteligencia destella,
Distracción única de ella
Y ocupación sólo de él.

Ligero como una corza,
Sagaz como una serpiente
Y audaz como diligente,
Todo lo escucha y lo ve.
Leal como un falderillo,
Pero con bríos de alano,
Doquier se tiende el enano
De su hermosa dueña al pie.

Mudo, jamás incomoda
Con plática inoportuna,
Pero no hay idea alguna
Que no sepa él expresar.
Los guardas le dejan libre
Teniéndole por salvaje,
Y no hay más astuto paje
En el reino de Alhamar.

Ni su forma es repugnante
Por sus defectos nativos,
Ni sus gestos expresivos
Mohines ingratos son:
La gracia de su sonrisa
De modo su rostro alegra,
Que se lee tras su faz negra
El placer del corazón.

Nada hay en él que amedrente,
Nada en su exterior que extrañe;
Nada en su interior que dañe;
Ni expresa su negra faz
La envidia, el pesar ó el odio
Que otros seres imperfectos
Abrigan con sus defectos
En su alma uraña y falaz.

No al ver la ajena hermosura
Su deformidad deplora;
Ve la hermosura y la adora
Con sincera admiración;
Sér mezquino en proporciones
Le formó naturaleza,
Mas bajo negra corteza
Le dió blanco el corazón.

Ve en Moraima el infortunio
Y leal la compadece;
Ve la hermosura, y se ofrece
Del débil y hermoso sér
En servicio: y admirando
La beldad sin pesadumbre,
Acepta su servidumbre
Como justa y con placer.

Amigo, juglar y esclavo,
Empléase en todo oficio
Y abarca todo servicio
De interior utilidad.
Entretiene la tristeza
Con sus juegos de destreza,
Y penetra con su instinto
La exterior seguridad.

Tal es la real servidumbre
Que asiste á la hermosa Mora
En la prisión en que llora,
Corta y débil, pero fiel.
Tal es el mejor amigo
De Moraima, el Nubio enano
Que de su amparo al abrigo
Vive, y se llama Kaël.

Ahora, y mientras Moraima
De tristes memorias presa
En recuerdos se embelesa
Asomada al mirador,
Duerme el negrillo á la sombra
Del lecho de la nodriza
Sobre el paño que tapiza
El alhamí en derredor.

Todo calla: permanece
Inmoble al balcón Moraima:
La noche se lobreguece,
Ausente la luna ya.
Ni una estrella en el espacio:
Todo es silencio y tinieblas
Dentro y fuera del palacio;
Mudo el universo está.

He aquí que, como avisado
Por algún sér misterioso,
El negrillo desvelado
La cabeza enderezó,
Y con la boca entreabierta,
Sin alentar, y clavados
Los ojos sobre la puerta,
Por un instante quedó.

Nada se oía: el instinto
De su raza le advertía
Un riesgo que todavía
Se escapaba del poder
De los sentidos: sólo era
Voz de su presentimiento,
No voz, rumor ni lamento
Que oirse pudiera hacer.

Él, empero, á deslizarse
Comenzó sobre la alfombra,
Llegando como una sombra
Hasta la puerta exterior:
Mas al pegar al encaje
De sus hojas el oído.
Le hirió otro distinto ruido
Que entró por el mirador.

Volvió un punto á su absoluta
Inmovilidad, tendiendo
La cabeza y conteniendo
La respiración Kaël.
Alumbró luego un relámpago
Su mirada inteligente,
Y al lejos confusamente
Se oyó trotar un corcel.

Sacó de su arrobamiento
Su rumor á la Sultana,
Que intentó con ansia vana
Las tinieblas penetrar.
Kaël, por las colgaduras
Trepando á la celosía,
Se puso el són que traía
El aire libre á escuchar.

Tal vez era algún viajero
Que á ver venía á Granada,
Tal vez algún mensajero,
Acaso algún mercader
Que, deseando temprano
Ganar la alcaicería,
Llegaba á la Alhambra ufano
Aun antes de amanecer.

Todavía no pisaba
El camino que circunda
De la Alhambra la alcazaba
Sombría, cuando Kaël,
De la ventana saltando
Con agilidad salvaje,
Corrió á la puerta, aplicando
El oído á su cancel.

Moraima, á sus pantomimas
Y señas acostumbrada,
Con impaciente mirada
Explicación le pidió.
Kaël, pasando una mano
Alrededor de su frente
É irguiéndose altivamente,
Á Aixa por allí anunció.

¿Y el caballo? preguntóle
La bella Mora temblando;
Y al mirador señalando
Y con los brazos Kaël
De un ave imitando el vuelo
Y leer ansiosamente
Fingiendo, trajo á su mente
La paloma y el papel.

Moraima, aún no asegurada
De comprenderle, le hizo
Su pregunta reiterada,
Y él sus señas repitió.
Lanzóse ella á la ventana,
Mas detúvola él á punto
Que á la misma puerta junto
La voz de Aixa resonó.

—«Abre»— en su imperioso tono
Dijo con alguno hablando:
Y ante ella el portón girando,
Pareció bajo el dintel.
Ante su rostro severo
Calló Moraima, inclinándose,
Y fué á hacerla, prosternándose,
Larga *zalema* Kaël.

Con una antorcha un esclavo
Seguía de Aixa la huella;
Cerró la puerta, y en ella
Quedóse el esclavo en pie:
Sin fijar la vista apenas
En Moraima, la Africana
En silencio á la ventana
Con paso altenero fué.

Mas no bien á su antepecho
Tocó, cuando al pie del muro,
Sobre el arrecife obscuro
Trotar al corcel se oyó.
Asomóse Aixa: el caballo
Paró en firme: cesó el ruido,
Y un ruiseñor, sorprendido
Tal vez al huir, silbó.

Sacando entonces del seno
Aixa un torzal muy delgado
Que tiene un plomillo atado
Á una punta, dijo: — *va*, —
Y por el balcón lanzóle
Prestando el oído atento.
Después de un breve momento,
Dijeron abajo: — *ya*.

Recogió el torzal la Mora,
Y de la bujía al brillo
Fué á examinar un anillo
Que volvía atado á él.
Él es — dijo — y una llave
En vez del anillo atando,
Tornó á arrojarle, tornando
Á oirse trotar el corcel.

Reinó un silencio completo
Por un instante. Moraima,
Con el corazón inquieto
Miraba á Aixa, sin osar
Interrumpirle: la esclava
Con el infante dormía,
Y el enanillo escuchaba,
Como Aixa, sin respirar.

Quietos, atentos, callados,
Parecían esculturas
Ó seres que allí encantados
Un Genio paralizó.
Confuso luego y lejano
Comenzó un rumor á oirse,
Que cada vez más cercano
Por grados se acrecentó.

Al principio fué un susurro
Suave, como el soñoliento
Rumor que produce el viento
Entre las hojas: después
Pareció que muchas voces
Hablaban en el camino
Por lo bajo, y al fin vino
El són claro tal cual es.

Ruido de pasos unidos,
Iguales y acompasados,
Pasos de muchos soldados
que avanzan con rapidez:
Y Moraima, no pudiendo
Contenerse, adelantóse
Á par de Aixa y asomóse
En silencio al ajimez.

Quitó la antorcha al esclavo
Y, asiéndose al cortinaje,
Al labrado barandaje
Trepó con ella Kaël.
Sacóla sobre el camino,
Y su roja llamarada
Reflejó en la gente armada
Que descendía por él.

Como una inmensa serpiente
Que se arrastra en la pradera,
Así su movible hilera
En torno ciñendo va
Del regio alcazar el muro,
Hasta sumirse en lo obscuro
De la bóveda excusada
Que sobre el camino da.

Subterráneos pasadizos
Que en los cimientos macizos
Labrar mandó de la *Torre*
De los picos Alhamar,
Dan á una puerta de hierro,
Cuya boca honda y callada
No se cansa aquella armada
Muchedumbre de tragar.

Tal vez la traición ó el oro
Franquean aquella puerta,
Puesto que en silencio abierta
Da paso al largo cordón
De armados, que en ella se hunde
Cual procesión de fantasmas
Que unas en otras confunde
Febril imaginación.

Con fiebre á su vez las vía
Deslizarse una tras otra
Moraima, y no se atrevía
Á la Reina á interrogar,
Quien con altanera calma
Y semblante satisfecho,
Desde el calado antepecho
Las contemplaba pasar.

Como vagas creaciones
De un sueño, en el subterráneo
Jinetes tras de peones
Se hundieron: volvió el cancel
De la poterna á cerrarse,
Y tras él, desde la altura,
Del arrecife á la hondura
Lanzó su antorcha Kaël.

Entonces Aixa, volviéndose
Á Moraima, por la mano
Asiéndola y con ufano
Semblante detrás de sí
Llevándola, el aposento
Cruzó con ella callada
Hasta ponerla á la entrada
De su oriental alhamí.

Allí, del lecho que parte
Con su nodriza el dormido
Hijo de Abdilá, corrido
Teniendo ante ella el tapiz,
La dijo: — « Ahora, hija enteca
» De un árabe, débil planta
» De savia fría, levanta
» Con orgullo la cerviz.

»El sol que tras de la sierra
»Se elevará esta mañana,
»Te saludará Sultana,
»Pese el sangriento Muley.
»Encrespa, pues, tu flotante
»Melena rubia, leona
»Real, porque tu tierno infante
»Es desde hoy hijo de un Rey.»

Dijo, y comprendiólo todo
Moraima en aquel momento:
Mas aunque libre y contento
Dentro su pecho saltó
Su corazón, ante el vano
Orgullo de soberano
Ni aun el latido más leve
En holocausto ofreció.

Abrazó, con sus caricias
Despertándole, á su hijo:
Mas únicamente dijo,
Con inquietud juvenil,
Volviéndose á la Africana:
— «¿Pero supongo, Sultana,
»Qué me ha traído esa gente
»Á mi esposo Abú-Abdil?»

Miróla Aixa como un águila
Mira, dejándola ir viva,
Á una alondra fugitiva
Que encuentra por su región,
Con esa mirada propia
De los séres colosales
Que á los débiles mortales
Sólo otorgan compasión.

Criaturas fuertes, y almas
Todas vigor, que calculan
Por el que ellas acumulan
El vigor de las demás:
Almas en quien arde virgen
La luz de su fe divina,
Mas para quien no ilumina
Su luz la tierra jamás.

Seres dueños de los ímpetus
De las terrenas pasiones,
Que juzgan los corazones
Del suyo por la virtud,
Y que siguen inflexibles
El carril de sus deberes,
Creyendo á todos los seres
Con su firme rectitud.

Seres que nacen en tiempos
Indignos de ellos; de gente
Que arrastra cobardemente
Su existencia terrenal:
Seres que bajo su siglo
Se sepultan con fiereza,
Sin humillar la cabeza
Ante su siglo fatal.

Tal fué Aixa y tal la fría
Mirada que echó á Moraima,
Que trémula la sentía
Sobre su frente pesar:
Tales estas dos mujeres
Iguales sólo en fortuna:
Débil cual las flores una,
Otra fiera como el mar.

El silencio de un momento
Que produjo esta mirada
Kaël con un movimiento
De alegría interrumpió.
Corrió á la puerta, el oído
Á sus hojas aplicando,
Y ufano á los pies saltando
De su señora volvió.

Pasos presurosos, rápidos
Por los jardines se oían,
Y luces se percibían
De los vidrios á través:
Aixa esclamó: — «Ahí le tienes:
»Por suerte no es tan villano
»Que como un perro cristiano
»Venga á tenderse á tus pies.»

Dijo: mas ya no la oía
Moraima, que entrelazados
Sus bellos brazos tenía
Al cuello de Abú-Abdil:
Y el viejo Aly-Athár, que entraba
Detrás del Rey, de su hija
Embebido comtemplaba
El arrebato infantil.

Ella, soltando al esposo,
Corrió á los brazos del padre,
Que los abrió cariñoso,
Y olvidando la ocasión
En que se encontraba, en ellos
La levantó como á un niño
De su paternal cariño
En la expansiva efusión.

Hasta los negros esclavos
Que alumbraron tal escena
Su emoción con harta pena
Pudieron disimular.
Aixa tan sólo inactiva
Y silenciosa á sus brazos
Con circunspección altiva
Dejó á Abú-Abdil llegar.

Y le abrazó: más diciéndole:
«Abdil, ya estás en el trono:
»Tuyo es, y el cielo en tu abono
»Contra la injusticia está:
»Piensa, empero, que Aláh es justo
»Y que con airada mano
»Quita el trono al Rey villano
»Lo mismo que se le da.

»No olvides que á la fortuna,
»De los valientes amiga,
»Sólo el valiente la obliga
»Y huye del cobarde vil.
»Como hombre, pues, sube al trono;
»Mas si Aláh al fin te abandona,
»No bajes de él sin corona,
»Sino sin cabeza, Abdil.»

Diciendo así, la Africana
Abandonó el aposento,
Y ocupáronse al momento
Los fuertes por Abdilá,
En el silencio nocturno
Sorprendiendo á los soldados
Á quien los dejó fiados
Muley, que hacia Alhama va.

IV

El sol, al asomar por el Oriente,
Del Rey Abú-Abdil vió la bandera
Flotar sobre la Alhambra y por su gente
Guarnecida á Granada. Nueva era
Comenzaba á correr, y alegremente
Corrió la muchedumbre novelera,
Al vencido Muley abandonando,
Del nuevo Rey á acrecentar el bando.

¡Clemente Aláh, cuya potente mano
Los imperios del polvo creadora
Engendra y los reduce á polvo vano,
Según tu santa ley niveladora
De la humildad y del orgullo humano:
Tiéndela pío hacia la gente mora!
¿Qué va á ser de ella en guerra fratricida
Entre el padre y el hijo dividida?

LIBRO SÉPTIMO

I

¿Quién acota los fallos del destino
Ni el pie sujeta de la errante fama,
En medio del incógnito camino
Por do rauda sus nuevas desparrama?
Su voz por el cristiano y granadino
Reino la historia pregonó de Alhama,
Y á par en su defensa como buenos
Se arrojaron Cristianos y Agarenos.

Por recobrarla Hasán, desde Granada
Corrió con su veloz caballería,
Y á defenderla en masa levantada
Acudió la cristiana Andalucía.
Salió al campo Fernando: su morada
Abandonó Isabel, y lució el día
En que á mortal y decisiva guerra
Se aprestó de una vez la Hispana tierra.

Juntó Muley cincuenta mil guerreros
De Alhama al avanzar por el camino,
Á cinco mil valientes caballeros
Que trae del territorio granadino;
Y en el valle á la vez por cien senderos
Lanzando de su gente el torbellino,
En alas de la rabia que le inflama
Llegó el viejo feroz al pie de Alhama.

La voz de la morisca muchedumbre
La roca estremeció donde se asienta;
Mas Ponce de León, desde la cumbre
La voz oyendo de la grey sedienta
De su sangre leal, la pesadumbre
Para aumentar del árabe y la afrenta,
Elevó las banderas Alhameñas
Al par de sus católicas enseñas.

Al verlas de los muros en la cima
Ondear Muley, con la encendida saña
De quien su honor manchado en nada estima
El asalto emprendió de la montaña;
Mas era el jefe que velaba encima
El más ilustre capitán de España,
Y á la amenaza de Muley rabiosa
Contestó con sonrisa desdeñosa.

Vió el árabe Monarca esta sonrisa,
Y al punto comprendió con pesadumbre
Que su impotencia el de León le avisa
Para asaltar la inaccesible cumbre.
De venganza la sed dióle mas prisa
Que discurso, y fió en la muchedumbre,
Y vió que sin inmensa artillería
Jamás á los cristianos rendiría.

Tarde lo vió; mas viendo con despecho
Que arriesgaba el honor y el tiempo urgía,
Él mismo por el áspero repecho
Sus gentes al asalto conducía:
Y en impaciencia y en furor deshecho,
Contemplaba que sólo conseguía
Abrir á sus valientes sepultura
De aquellos precipios en la hondura.

La encanecida barba se mesaba
El iracundo Rey, y de la empresa
No desistir en su furor juraba
Hasta cobrar la codiciada presa:
Correos tras correos despachaba
Máquinas de batir á toda priesa
Demandando, y tenaz en tal intento
Ante Alhama plantó su campamento.

Los peñascos minó, los manantiales
Cegó que daban agua á los sitiados,
Y de la villa en derrededor sus reales
Circunvalando, les dejó bloqueados.
Pronto de su constancia las fatales
Consecuencias sintieron los cercados,
Viendo que, sin socorro pronto y fuerte,
Su esperanza mejor era la muerte.

El valeroso capitán cristiano,
Que el apellido de León tenía,
Sin dar tregua al discurso ni á la mano,
Su valor de León no desmentía:
Y viéndole al peligro el más cercano,
Siempre y doquier en vela noche y día,
No hubo ni un solo cristiano que cejara
Ni que matar por él no se dejara.

Infatigable, impávido, tranquilo,
Con el valor del héroe sereno,
Salió seis veces por oculto silo
El campo á sorprender del Agareno;
De agua otras cien por conservar un hilo
Que de un peñasco les quedó en el seno,
Peleó con el fango á la rodilla
Mientras bebían de él los de la villa.

En vano gran refuerzo poderoso
De hondas, ribadoquines y lombardas
Llegó por fin al Árabe orgulloso;
Él con sus arcabuces y espingardas
Continuo fuego sustentó animoso;
Y aunque ya asaz por el cansancio tardas
Las manos, de tronar sobre las rocas
Jamás cesaron sus ardientes bocas.

Asombrado Muley de tanto arrojo,
Pactos amigos al Marqués propuso;
Mas Ponce de León, con grande enojo,
Á sus mensajes sin dudar repuso:
— «Cuando en Alhama mi estandarte rojo
»Roja de sangre infiel mi mano puso,
»No fué para quitarle á tu venida,
»Sino bajo él para dejar la vida.»

— «Pues bien, dijo Muley, serás mi esclavo,
Ya que no te contenta ser mi amigo.»
— «Mejor me está la esclavitud al cabo»
Replicó fieramente D. Rodrigo.
— «Muere, pues,» dijo al irse el viejo bravo.
— «Dios de mi honrado fin será testigo.»
Dijo el Marqués; y el Moro y el Cristiano
Volvieron á sus armas á echar mano.

Ensordeció otra vez la artillería
Los precipicios cóncavos de Alhama,
Y el cristiano valor vió en su agonía
De su esperanza vacilar la llama.
Habían hecho ya cuanto podía
Hacerse por la patria y por la fama
Los Castellanos, mas al fin, mortales
Se agotaban sus fuerzas corporales.

Rayaba ya la postrimera aurora
Que podía alumbrar su resistencia:
Postrer asalto de la hueste mora
Iba fin á poner á su existencia,
Y, viendo sin pavor su última hora,
De su muerte aguardaban la sentencia;
Mas Dios, que no abandona al buen cristiano,
Entre Alhama y Muley tendió su mano.

La luz de las hogueras con que invoca
Socorro el pueblo á la invasión expuesto,
De ciudad en ciudad, de roca en roca,
Se difundió por el país bien presto;
Y al resplandor que á pelear convoca,
El peligro de Alhama manifiesto,
De Cristo por los campos andaluces
Avanzaron las lanzas y las cruces.

Alonso de Aguilar, el compañero
De armas de Ponce de León, la gente
De sus estados allegó el primero;
Y cruzando los montes diligente,
Como una estatua de bruñido acero
Asomó sobre un cerro del Oriente.
Y el sol, como un fantasma de luz y oro
La presentó á la vista del Rey moro.

Los hermanos Girón, de Calatrava
Con la legión ecuestre aparecieron
Por un valle de sauces: con su brava
Infantería por el Sur salieron
Los Córdobas de Cabra, y por la caba
De un monte que al cruzarle descubrieron,
Asomaron, los dos bajo una enseña,
El Conde de Alcaudete y el de Ureña.

Mirábalos Muley considerando
Su fuerza escasa para serios fines,
Y se aprestaba á cometerlos, cuando
Del montuoso horizonte á los confines
Vió de peones numeroso bando,
Y en el agudo són de sus clarines
Conoció y en sus cárdenos pendones
De Enrique de Guzmán los escuadrones.

Con ira entonces comprendió que junto
Un ejército entero en su mal era,
É impío blasfemó, viendo en un punto
Venir sobre él la Cristiandad entera;
Y mirando avanzar en buen conjunto
Los jinetes cristianos por doquiera,
Cual jabalí acosado por los perros
Alzó su campo y se acogió á los cerros.

Desde ellos vió con cólera impotente
Sus postigos abrir á los de Alhama;
Y echando al corazón la mano ardiente,
Á contener la hiel que se derrama
En sus hinchados vasos, y la frente
Al peso del baldón que se la infama
Doblando, con ahogado y ronco grito
Exclamó: «¡Alahú akbar! estaba escrito.»

Entonces silencioso y cabizbajo
De sus gentes cubrió la retirada,
Rechazando por sí, no sin trabajo,
De las huestes de Ureña una avanzada.
Cuando en salvo la vió, por un atajo
Se encaminó otra vez hacia Granada,
Seguido de unos pocos caballeros
De su aciaga fortuna compañeros.

Mas ¡ay! su estrella en la gentil Granada
Para siempre su luz obscurecía,
Y era ya aquella la postrer jornada
Que hacer por ella como Rey debía.
Ya en la Alhambra, de rayos coronada,
Estrella más feliz resplandecía,
Y á otro pendón que al de Muley su gloria
Otorgaba versátil la victoria.

En la vega al entrar, de una colina
Al revolver el áspero sendero,
De la luna á la lumbre mortecina
Vió correr hacia él un caballero.
Era un doncel de raza granadina
Que, ante él parando el fatigado overo,
Dijo con voz por la carrera ahogada:
—«Tente, Señor: no vuelvas á Granada.»

—«¿Por qué?»—dijo Muley.—«Porque ya llegas
Tarde: de ella Abdilá se ha apoderado.»
—«¿Y mi Wazir Abú-l'Kasín-Ben-Egas?»
—«Está en los Alixares encerrado.»
—«Y mi Zoraya?» —«De las turbas ciegas
Por milagro no más se ha libertado:
Los pocos fieles que te quedan vivos,
Te buscan por la sierra fugitivos.»

— ¿Todo pues lo perdí? — La honra te queda.
— Te engañas, infeliz; sin ella vengo.
— La puedes recobrar mientras que leda
Se conserve tu fe. — Ya no la tengo
Tampoco: es fuerza que al destino ceda;
Su ley fatal á obedecer me avengo.
— Aún te resta, señor, una esperanza.
— ¿Cuál? — La mejor de todas: la venganza.

— Tienes razón. ¿Podemos todavía
En el alcázar penetrar? — Acaso:
Si te ayuda tu intrépida osadía,
Yo puedo abrirte hasta la Alhambra paso
En las tinieblas de la noche. — Guía:
Y si á ella subo, como frágil vaso
Quebrantaré de Aixa y de su hijo
La existencia fatal que Aláh maldijo.»

Y el Rey, á la venganza decidido,
Á los que son con él la faz volviendo
Les dijo: «Á este mancebo habéis oído;
Uniros á mi suerte no pretendo;
Abandonad, si os place, al Rey vencido.»
Mas la mano los Árabes poniendo
De los corvos alfanjes en los pomos,
Respondieron resueltos: «Tuyos somos.»

Metió Muley á su corcel la espuela,
Y echando por delante al Granadino,
Pensando en sorprender su ciudadela
Hacia Granada continuó el camino.
Mas ¡ay! en vano el hombre se rebela
Contra la ley de su fatal destino,
En vano avasallar quiere á la suerte:
La voluntad de Dios siempre es más fuerte.

Era la hora en que entregado al sueño
Abú-Abdil, en la Alhambra aposentado,
Soñaba con el bien de que era dueño,
Con el cetro que á Hasán había robado.
Aixa también, desarrugado el ceño,
Su saña habiendo y su ambición saciado,
Al fin vengada de su infiel esposo,
Entregábase en brazos del reposo.

Era todo silencio en el recinto
Del regio alcázar de la corte mora:
Reinaba en su dorado laberinto
Del descanso la paz reparadora,
Cuando el eco de un ¡ay! claro y distinto
De sala en sala retumbó á deshora,
Y el jóven Rey, de sus estancias dueño,
Al eco de aquel ¡ay! rompió su sueño.

Oyólo al par la varonil Sultana
Su madre, y fuera del suntuoso lecho
Lanzándose veloz, á la ventana
Escuchó atentamente largo trecho.
Sus sentidos sutiles de Africana
Y el velador instinto de su pecho
La revelaron el terrible arcano
De aquel ¡ay! eco del dolor humano.

Escuchaba el Rey moro todavía
El eco de aquel lúgubre gemido,
Cuando su madre con vigor le asía
Por el brazo en que estaba sostenido.
— «Levántate, hijo mío, le decia,
Levántate, Abdilá: ¡Nos han vendido!
— ¿Qué pasa, madre? preguntó el mancebo.
— Tu padre busca á la venganza cebo.»

Su alfanje Abú-Abdil blandió desnudo,
Y asiendo de un clarín con gran coraje,
En los senos lanzó del aire mudo
Una sonata de África salvaje.
De aquel bárbaro són al eco agudo
Se estremeció su guardia Abencerraje,
Y de su riesgo próximo avisada
Acudió junto al Rey precipitada.

Y á tiempo fué. Su yatagán sangriento
Muley blandiendo apareció á sus ojos
Por la puerta del próximo aposento,
Rebosando sacrílegos enojos.
Feroz vampiro, de su carne hambriento,
Sus brazos muestra con su sangre rojos,
Y con los ojos en su sangre fijos
La sangre anhela de sus propios hijos.

Helóse de terror á su presencia
Toda la guarnición de la alcazaba:
Aixa, empero, abrasada de impaciencia,
Empuñó un arcabuz gritando brava:
« ¡Muera el tirano! » Al punto con violencia
Lid fratricida sin cuartel se traba:
En el mismo aposento en que nacieron
Los hijos con los padres se batieron.

Peleaba Muley como un demente,
Y á Aixa los suyos de la lid sacaron:
Hallarse no lograron frente á frente
Los dos Reyes por más que se buscaron.
Llamaba á Abdil con cólera estridente
El viejo Rey, cuando sobre él cargaron
Tantos al par, que sin lograr su objeto
Cejó y huyó por corredor secreto.

En el versátil vulgo confiando
Descendió á la ciudad por una cueva,
Juntar creyendo poderoso bando
Con que arruinar la monarquía nueva.
Metióse, pues, por la ciudad, llevando
Audaz á cabo tan osada prueba,
Y en un momento la ciudad entera
Campo sangriento de batalla era.

Doquier, se escuchan con pavor lamentos,
Ayes de muerte y gritos de pelea:
Á salvarse no más todos atentos,
Sólo en salvarse cada cual se emplea:
No hay nadie que en tan críticos momentos
Presa de los cristianos no se crea:
Nadie á juzgar la realidad se para,
Nadie ve dónde ni de quién se ampara.

En tanta confusión, en duelo tanto,
Abandonando Hasán la lid confusa,
Va á los umbrales á llamar de cuanto
Moro por su parcial la fama acusa;
Mas, al reconocerle, con espanto
Seguirle todo musulmán rehusa,
Porque se hundieron su prestigio y fama
Bajo su triste expedición de Alhama.

Su nombre con horror de boca en boca
Rápidamente en las tinieblas pasa,
Y por doquiera contra él evoca
Ira sin compasión, rencor sin tasa:
Cobra valor la muchedumbre loca,
Y al correr la verdad de casa en casa,
Por rejas, ajimeces y balcones,
Comienzan á asomar luces y hachones.

Comiénzase á ordenar la gente fiera
Del Albaycín: tremólanse estandartes
Que atraen á sí la juventud guerrera,
Y conócense al fin por ambas partes.
¡Aláh por Bu-Abdil! gritan doquiera;
Y descubriendo las traidoras artes
Á que echa Hasán para vengarse mano,
Gritan dando sobre él: ¡muera el tirano!

Desengañado el viejo vengativo
Abandonó su despechada empresa,
Dándose por feliz en salir vivo
Favorecido por la sombra espesa:
Y con veinte jinetes fugitivo
Que aún le seguian, caminó con priesa
Muley hacia los altos alijares
Donde aún tiene Zoraya sus hogares.

Allí la favorita con Ben-Egas
Le aguardaba á caballo: á marchar prestos,
Sus guardias negros como estatuas ciegas
Por él se hallaban á morir dispuestos.
—«Vamos, dijo Muley. — Á tiempo llegas,
Repuso Abú-l'Kasin: Aixa mis puestos
Descubrió ya, y á su merced estamos.
— ¡Maldita sea! dijo el Rey: huyamos.»

Y entrando por las lóbregas laderas
De la sierra fragosa y escarpada,
Aprovecharon cautos las postreras
Sombras para alejarse de Granada:
Y del alba siguiente á las primeras
Luces, el que fué Rey ya no era nada:
El reino se le huyó de entre los brazos
Y su cetro al caer se hizo pedazos.

¡Clemente Aláh, que como aristas secas
Las más robustas fábricas quebrantas,
Los pueblos hundes, y las razas truecas
Bajo el polvo que en pos dejan tus plantas!
Del hombre vil las vanidades huecas
¿Cómo han de interrumpir tus leyes santas?
De Hasán tocó tu soplo en la corona,
Y fué... ¡Dios bueno, lo que fué perdona!

II

Llena al fin de su enojo la medida,
Abrió el Señor la urna en que atesora
De las naciones la acotada vida:
De ella arrojó la de la estirpe mora,
Y al caer en la nada desprendida
De su mano, con voz imperadora
Dijo Dios á Isabel: «He aquí tu día:
Parte, rayo de fe: tu empresa es mía.»

Y por el fuego de la fe abrasada,
Por la celeste mano compelida,
Los brazos Isabel tendió á Granada,
Que por sus brazos se sintió ceñida
Con angustia mortal: y al punto armada
Y con el sayo de la cruz vestida,
Aparición marcial salió á campaña
La fe invocando y el honor de España.

Á su inspirado y vigoroso acento,
La nobleza leal de Andalucía
Pareció ante Isabel en un momento,
Rebosando valor y bizarría.
Llenas de emulación con su ardimiento
Cuantas provincias en su reino había,
Su gente enviaron de pelea en planta
En derredor de su bandera santa.

Encendida en sus bélicos deseos,
Desde Córdoba envió con gran premura
Numerosos y rápidos correos
Á Toledo, León y Extremadura.
Cuantos gozaban en su nombre empleos
Ó de su autoridad investidura,
Su intimación de guerra recibieron
Y en campaña obedientes se pusieron.

Cartas atentas escribió á sus damas
Para que á sus amantes y maridos,
De los troncos más nobles y sus ramas
La enviasen á la lid apercibidos;
Y por los pueblos esparció proclamas,
Llamando á los mancebos atrevidos
Á romper una lanza en la campaña
Por el honor y libertad de España.

De su entusiasmo el religioso influjo
Derramó el entusiasmo por doquiera,
Y cuanto noble su nación produjo
En redor acudió de su bandera.
Sus vasallos á Córdoba condujo
Todo varón que diez tuvo siquiera,
Y en cada hora nueva que sonaba
Un valiente á Isabel se presentaba.

Ella entretanto en vastos almacenes
Depositó profusas provisiones
De granos, vinos y cecinas, bienes
De que abundan sus fértiles regiones:
Acopió ropas y armas: montó trenes
De batir, con lombardas y cañones:
Soldados instruyó que los sirvieran,
Y acémilas compró que los movieran.

No se excusó ni un noble castellano
De acudir de Isabel á la cruzada,
Y no quedó un solar en monte ó llano
De que no hubiese en Córdoba una espada.
Todas las joyas del valor hispano
Fueron parte á tomar en la jornada,
Sombreando sus bizarros escuadrones
De sus casas más ricas los pendones.

Vino el primero el Cardenal de España
Con escolta lucida y numerosa:
Desde el campo feraz que el Ebro baña,
El buen Duque llegó de Villa-hermosa.
Trajo el Conde de Cabra de montaña
Ballestería diestra y vigorosa;
Y á los suyos el Conde de Cifuentes
Trajo armados de hierro hasta los dientes.

Vinieron los del pródigo Infantado
Armados de broquel, puñal y clava,
Con rico arnés azul empavonado:
Vino la gente de Alburquerque brava
Con ancho escudo y espadón pesado,
Y la Orden militar de Calatrava
Llegó, con su Maestre á la cabeza,
En caballos de indómita fiereza.

Trajo Medinaceli sevillanos
Sobre pintadas yeguas caballeros,
Y el de Ureña jinetes jerezanos
En potros como el céfiro ligeros;
Vinuesa de leales castellanos
Trajo gran pelotón de espingarderos,
Y leoneses con enormes mazas
Que hendían los broqueles y corazas.

Trajo Fernando de Aragón sus huestes,
Y con ellas vinieron de Navarra
Los montañeses ásperos y agrestes,
Al tiro afectos del balón y barra;
Los de Aza y Urgel, jamás contextes,
Armados de morisca cimitarra,
Y los deudos de Pedro de Velasco
De abigarrado y penachudo casco.

Desde el muro hasta la árabe alcazaba,
De los Kalifas oriental palacio,
Córdoba un campamento semejaba,
De sus plazas y calles el espacio
El aparato militar llenaba,
Y de lejos brillar como un topacio
La vían los vecinos montañeses
Alfombrada de auríferos arnases.

Yhe aquí que de un balcón que la domina,
Contemplaba Isabel la roja hoguera
Del sol arder tras la postrer colina,
Cuando dobló tendido á la carrera
La falda de la loma más vecina
Un corredor cristiano de Antequera,
Que en nombre de los héroes de Alhama
Bastimentos y víveres reclama.

Su mensaje al oir Fernando, al punto
Convocando en su estancia su Consejo,
Pidió opinión sobre tan grave asunto.
Pedro de Vargas, Capitán ya viejo,
Frontero en territorio á Alhama junto
Y del país conocedor, espejo
De los cristianos jefes fronterizos,
Dijo, mostrando al Rey sus blancos rizos:

« Mi existencia, Señor, pasé en la guerra,
Y aún no esquivo por débil la batalla,
Ni el viejo corazón que aquí se encierra
Late aún con temor bajo la malla;
Pero conozco bien aquella tierra:
Alhama es un peñasco que se halla
Cercado por doquier de plazas moras
Que le tendrán en riesgo á todas horas.

«Mantenerla no pudo vuestro abuelo
San Fernando, Señor, y es necesario
Que para conservar su inútil suelo
Empleéis la mitad de vuestro erario.
Con cinco mil jinetes aún recelo
Que será su destino bien precario,
Porque cada convoy que hasta allí llegue
Fuerza es con sangre que el camino riegue.

«Sólo quien tenga guarnición en Loja
La podrá conservar, y aun así un día
Puede que el Moro por traición la coja:
Si yo fuera que vos, la quemaría,
Y de su incendio con la lumbre roja
Á Granada una noche alumbraría,
Dejando en su ceniza al Rey pagano
Un testimonio del furor cristiano.»

Dijo el anciano Vargas. Los prudentes
Y graves consejeros que le oyeron,
Sus razones hallando suficientes,
Á su opinión anánimes se unieron:
«De Alhama retirad á vuestras gentes
Y quemadla, Señor,» al Rey dijeron:
Mas Isabel, que los escucha y mira,
Llena exclamó de generosa ira:

«No permita el Señor que se abandone
Prenda de tal volor de esa manera,
Ni que vileza tal nos ocasione
Escarnio ser de la morisma entera.
No quiera Dios que entre ellos se pregone
Que, del peligro en la ocasión primera,
Ni en Dios ni en nuestro brío fe tenemos,
Ni lo nuestro á guardar nos atrevemos.

»No se hable, pues, de abandonar á Alhama:
Cuando á lidiar mis gentes he traído,
No para empresas sin peligro y fama,
Para las dignas de renombre ha sido:
Auxilio Alhama de su Rey reclama,
Y yo se le daré, que á eso he venido;
No ha de cejar ni descansar mi gente
Sino cuando en la Alhambra se aposente.»

Dijo Isabel: y á la ciudad bajando,
Cabalgando en su rápida hacanea
«¡Á Alhama!... dijo al castellano bando,
Conmigo á Alhama quien valiente sea!»
¡Á Alhama! las banderas desplegando
Clamó toda la gente de pelea;
Y tras la Reina, que su ardor inflama,
Se encaminó el ejército hacia Alhama.

¡Misero Abú-Abdil! con luz incierta
Ya tu estrella fatal sobre ti brilla:
Recuerda tus horóscopos: despierta.
¡Apresta tu corcel y tu cuchilla!
Ya de la Alhambra á la dorada puerta
Va á llamar con ejércitos Castilla,
Y á echar van sobre ti los españoles
De siete siglos los sangrientos soles.

III

Dejó Isabel á Alhama guarnecida,
Sus muros y baluartes la repuso,
Y, en templo su mezquita convertida,
Segura guarnición en ella puso.
Á Luis Portocarrero á su salida
Por su alcaide nombró, quien, según uso
De los fronteros jefes castellanos,
Conservarla ó morir juró en sus manos.

El Católico Rey, dejar queriendo
Á los moros señal de aquella entrada,
En sus fronteras con estrago horrendo
Se corrió por su tierra amedrentada,
Y su bizarro ejército metiendo
Por la fecunda vega de Granada,
Incendió mieses, arrasó olivares,
Robó ganados y asoló lugares.

Los moros que estos daños achacaron
Del furioso Muley á la imprudencia,
Partido al punto por Abdil tomaron
Y Rey le proclamaron en su ausencia.
Las tropas de Muley le abandonaron,
El vulgo le mofó con insolencia,
Y á Málaga, frustrada su esperanza,
Huyó por fin sin alcanzar venganza.

Aixa, empero, temiendo la inconstancia
Del pueblo, y conociendo que en el trono
No tendría Abdilá segura estancia
Sino haciendo venir de él en abono
Alguna empresa ó triunfo de importancia
Que al vulgo deslumbrara, y que su encono
Contra Hasán aumentara, con secreto
Se preparó para lograr su objeto.

Congregó los más diestros capitanes
De todas las opuestas banderías,
Y desechando y rehaciendo planes,
Oyendo escuchas y escuchando espías,
Realizó sus solícitos afanes
Aprontando por fin en breves días
Numerosa y segura cabalgada,
De espléndido botín esperanzada.

«Probemos á los Reyes castellanos
Que aprovechar sabemos sus lecciones,
(Dijo á su hijo Abdilá). Pues nuestros llanos
Talan, sal á talar sus posesiones.
En nuestras tierras por llenar sus manos,
Sus castillos están sin guarniciones;
Lo que hallan, pues, en nuestra vega amena
Busca tú por sus campos de Lucena.»

Comprendió el joven Rey á la Sultana;
Y ganoso de gloria, y con deseos
De probar en la tierra castellana
El valor que ha ostentado en los torneos,
Con gallardía juvenil y ufana
Resolución, sus bélicos arreos
Vistiendo, mostró el jóven Soberano
Su alma de Rey y origen africano.

VI

¡Qué hermosas son las noches de Granada!
¡Cuánto placer la atmósfera respira!
¡Con qué rumor tan grato perfumada
Susurra el aura que en sus huertos gira!
Su misteriosa soledad, poblada
De árabes genios, languidez inspira,
Y no encierran los senos de su sombra
El vago miedo que en la noche asombra.

El canto de los pájaros canoros
Que anidan en sus bosques embebece;
El ruido de sus árboles sonoros
Y de sus frescas aguas adormece;
De la brisa en los pliegues incoloros
Extasiado el espíritu se mece:
Todo reposa allí bajo el imperio
De un oriental incógnito misterio.

Encantada ciudad, cuyas historias
Piden del Rey profeta el arpa de oro;
Sultana del Genil, cuyas memorias
Evoco á solas y en silencio adoro;
Alcázar oriental, de cuyas glorias
Envidioso está el mundo: bien el Moro
Dijo al decir que la mansión divina
Está sobre tu tierra peregrina.

Tras el cendal da tu estrellado cielo
Se ve la faz de Dios que centellea;
No hay quien detrás de tu flotante velo
La omnipotencia de su Sér no vea;
No hay quien escrita en tu fecundo suelo
La realidad de su poder no lea;
No hay quien contemple tu nocturna calma
Sin alzarte un altar dentro del alma.

¡Tierra de bendición! ¿Quién no te adora?
¡Tierra de amor, en que el placer se anida,
En tus dulces recuerdos se atesora
Toda la gloria de mi inquieta vida!
¿Quién de ti, si te ve, no se enamora?
¿Quién tus noches espléndidas olvida?
Bien hizo el que á tus pies por no perderte
Peleando tenaz buscó la muerte.

Es una noche azul de primavera:
Millones de lucientes luminares
Dan tibia luz á la terrestre esfera;
De flores aromáticas millares
Alfombran ya la tierra, y la ligera
Brisa en la regia estancia de Comares
Introduce sus vírgenes olores
Á través de los áureos miradores.

Sobre cojín morisco reclinada,
Los pies doblados sobre escasa alfombra,
Yace la que de la árabe Granada
Al fin Sultana sin rival se nombra.
Rico dosel de seda cairelada
Da á su lánguida faz templada sombra,
Y pantalla chinesca en su penumbra
Guarda el mechero que el salón alumbra.

Es la azucena pálida de Loja;
Es de Aly-Athár la tímida gacela;
Es la mujer, que trémula cual hoja
De triste sauce, duda, ama y recela:
Moraima es, cuyo ánimo acongoja
Pesar secreto que la tiene en vela.
Es la Sultana de cabellos de oro,
Que el alma hechiza del Monarca moro.

Käel, su negro y perspicaz Nubiano,
Yace á sus pies con languidez tendido;
La frente apoya sobre la ancha mano
Fatigado tal vez, tal vez dormido;
Mas la mirada fija del enano
Y la abierta nariz y atento oído,
Al que su instinto y lealtad comprende
Advierten que sagaz á todo atiende.

En el obscuro camarín, formado
Por la maciza fábrica del muro,
Y en donde se abre el ajimez dorado
Que da aire y luz al aposento obscuro
Al estilo de Oriente fabricado,
Contempla el cielo otra mujer; su duro
Contorno sobre el cielo se destaca,
Pues fuera del balcón el cuerpo saca.

Es Aixa, la despótica Sultana,
El genio protector del Islamismo,
Que desde aquella arábiga ventana
Mide del porvenir el hondo abismo.
Genio tenaz, encarnación humana
De la fe, del valor y el heroísmo,
Genio que, á aparecer en otra era,
Mentir á los horóscopos hiciera.

Con el rumor del bosque confundidos
Que sombrea la torre de Comares,
Trae el aura fugaz á sus oídos
Del bullicioso pueblo los cantares.
Á sus vasallos quiere entretenidos
Tener el nuevo Rey en sus hogares,
Y el mal que sus horóscopos predicen
Cantando olvidan y á su Rey bendicen.

Pero Aixa, que jamás en ilusiones
Se adormeció y á quien la edad avisa
De que las populares ovaciones
Tan efímeras son como la brisa
Que su murmullo trae á sus balcones,
Con desdeñosa y lúgubre sonrisa
Su són escucha, que al rayar el día
Ser puede amotinada vocería.

Todo en la regia cámara reposa:
Ajenos al turbion de los placeres
De la morisca corte voluptuosa,
Aquellos tres tan diferentes seres
Tristes meditan. Á la fin la esposa,
La más inquieta de las dos mujeres,
Dando sin duda al pensamiento giro
Distinto, débil exhaló un suspiro.

Llamó de Aixa la atención el eco
De aquella exhalación enamorada,
Y del balcón dejando el fondo hueco
Fijó en Moraima su glacial mirada;
Y con el tono desabrido y seco
De su voz, á mandar acostumbrada,
La dijo: « Afrenta de las Reinas moras,
Espíritu cobarde, ¿por qué lloras? »

No lloraba Moraima todavía,
Mas tan duras palabras la preñaron
De lágrimas los ojos. Muda, fría,
Aixa las vió cuando á la faz brotaron
De la débil mujer que las vertía.
Las vió, mas conmoverla no lograron,
Y con regio desdén, á paso lento
Comenzó á atravesar el aposento.

Mas al llegar del arco á los umbrales,
De la alberca en el patio embaldosado
Anunciaron los roncos atabales
Al Rey por las Sultanas esperado.
Seguido de sus deudos más leales
Llegó Abdilá para el combate armado:
Sonrió al verle con su arnés más bello
Aixa, y Moraima se abrazó á su cuello.

—«¡Tan pronto! dijo lo afligida esposa.
—Ya tarda, dijo la valiente madre.
—Aláh te vuelva!.. murmuró la hermosa:
—Mas si no vences: volverá tu padre,
Añadió la Africana vigorosa.
—Antes cristiana lanza me taladre!»
Dijo el mancebo rebosando enojos,
Y un rayo de rencor brilló en sus ojos.

Entonces la Sultana:—«En paz os dejo:
(Añadió con voz grave) despedíos
Á solas, pero ved que no me alejo;
No me le quites con tu amor los bríos
Que necesita.» Y, torvo el entrecejo,
Se sumió en los tortuosos y sombríos
Corredores, dejándoles á solas
Del mar de su aflicción entre las olas.

En silencio abrazados los esposos
Largo espacio quedaron: el exceso
De su dolor en ayes angustiosos
Exhalaba Moraima, mientras preso
Mantenía en sus brazos cariñosos
Á Abú-Adil: dióla él un tierno beso
De su cariño en la efusión sincera,
Diciéndose los dos de esta manera:

BU-ABDIL.

No llores, alma mía: cobra aliento:
Llevo todo mi ejército conmigo.

MORAIMA.

Abdil, tengo el fatal presentimiento
De que no has de volver: yo te lo digo.
He soñado, mi bien, tu vencimiento,
Y mi sueño es lëal. Mi dulce amigo,
Manda tus capitanes á la guerra:
Tú eres el Rey; no salgas de tu tierra.

BU-ABDIL.

Moraima de mi vida, ¿no comprendes
Que tu congoja mi valor me quita?
Esta salida que evitar pretendes
Es nuestra salvación. Se necesita
Que el pueblo crea en mi valor ¿entiendes?
El Rey ha de ser Rey. Vé á la mezquita
Á orar; mas oye ¡oh flor de mis amores!
Delante de mi madre nunca llores.

Mi madre es una Reina verdadera,
Cuyo orgullo jamás ha concebido
Que un Rey pueda llorar. Tu amor modera
Ante ella y muestra del dolor olvido:
Porque ella, aunque á sus pies morir nos viera,
No exhalara, Moraima, ni un gemido;

Matar sobre nosotros se dejara,
Mas creyera infamarse si llorara.

MORAIMA.

¿Qué culpa tengo yo de que Aláh Santo
Débil mujer me hiciera y no Sultana
Feroz como ella? Contener mi llanto
No sabré yo ni tarde ni mañana,
Y soñaré de noche con espanto
Que muerto yaces ó en prisión cristiana,
Sin mí llorando ó demandando á voces
El fin de tus horóscopos atroces.

BU-ABDIL.

¡Calla, Moraima calla: me estremeces!
Creo que tu exaltada fantasía
En la locura te despeña á veces.
Déjale al vulgo que la suerte mía
Juzgue fatal al Árabe, y tus preces
Dirige á Aláh, para que llegue un día
En que contra ellos la victoria arguya
Y el triunfo mis horóscopos destruya.

¡Adiós! yo parto á pelear ahora;
Mas cálmate, bien mio, porque creo
Que en esta correría asoladora
Voy sólo á dar un militar paseo
Y á recoger botín. ¡Adiós! que es hora
Ya de partir y á la Sultana veo.

MORAIMA.

¡Aláh te guie!

BU-ABDIL.

Hasta volver contigo.

MORAIMA.

¡Ay! que no volverás, yo te lo digo.

Esta fué la siniestra despedida
De Moraima y Abdil. Muda y serena
Aixa del corredor á la salida
Se presentó, y á impulso de su pena
Mortal se desplomó desvanecida
Moraima. Partió el Rey para Lucena
Y fué su madre á despedirle al muro,
Fiando á Dios el porvenir obscuro.



LIBRO OCTAVO

DELIRIOS

I

¡Alahuakbar! ¡Dios grande! No sin causa
Llamaron á Bu-Abdil desventurado,
Ni sin razón Moraima el fatalismo
Lloró de sus horóscopos infaustos.
Desdichado en su hogar desavenido,
En sus empresas de armas desdichado
Y en su amor infeliz, siempre implacable
Faltóle Dios en cuanto puso mano.
La casa en que nació, la madre que hubo,
El siglo en que á luz vino, todo aciago
Le fué, y á todo cuanto en torno suyo
Vivió sus desventuras alcanzaron.
Dios le puso al nacer dentro del pecho
Un corazón del infortunio blanco,
Y el ambiente fatal de la desgracia
Por doquiera que fué le fué cercando.

Odio de su nación supersticiosa
Por el temor de sus siniestros hados,
Y por instinto de creencia y raza
Odio á la par del vencedor cristiano,
Vió el mundo sus virtudes sin aprecio
Y su valor inútil sin aplauso,
Y Árabes y Cristianos, por vencido,
Á un tiempo sin piedad le calumniaron.
Los Moros olvidándole con ira,
Mirándole con mofa los Cristianos,
Unos y otros infiel en sus historias
Legaron á los siglos su retrato.
Los unos con lo negro de la saña,
Los otros con la tinta del escarnio,
En el cuadro inmortal de la conquista
Su figura rëal emborronaron.
La poesía, empero, cuyos ojos
Escudriñan sagaces lo pasado,
Y en dondequiera que lo encuentra admira
Lo bello y lo infeliz, con entusiasmo
Alumbra su semblante obscurecido,
Y, sus forzadas formas restaurando,
Su noble y melancólica figura
Dibuja con contornos más exactos.
No es la de un grande Rey que el fatalismo
De su sino provoca temerario,
Con el valor del héroe que queda

Por él vencido, pero no humillado:
Es la figura triste de un Monarca
Que obedece al impulso de los astros,
Y, sin poderse defender, sucumbe
De su destino bajo el peso ahogado.
No es la robusta encina que se troncha
Del huracán gigante entre los brazos,
Sino la flor que, abriéndose tardía,
Muere marchita por el cierzo helado.
¡Mísero Abú-Abdil! La historia austera
No halla luz en tu rostro soberano,
Pero la poesía te le alumbra
Con el fulgor del infortunio santo.
La historia te ve Rey y sin corona,
Enamorado y sin favor, soldado
Y sin victoria, muerto y sin sepulcro...
¿Dónde hallará su luz para ti un rayo?
Alahuakbar ¡Dios grande! No sin causa.
Llamaron á Bu-Abdil desventurado,
Y con razón Moraima el fatalismo
Lloró de sus horóscopos infaustos.

II

Rico de juventud y de hermosura
Cual de esperanza y de valor sobrado,
Jinete sobre un tordo berberisco
Salió el Rey moro Abú-Abdil al campo.
Reverberan al sol de la mañana
Sus arneses con oro claveteados,
Y se ciernen sobre él como palomas
Las plumas de su espléndido penacho.
En lugar del lanzón que en Bib-Elvira
Se hizo al salir en el quicial pedazos,
Despreciando pronósticos siniestros,
Corvo alfanje de Fez empuña osado.
Piafa el brioso bruto en que cabalga,
Fuerza, vapor y espuma respirando,
Mosqueando inquieto con la blanca cola
Sus ricos paramentos africanos;
Y Abú-Abdil sobre la silla diestro
Cabalgador caracolea ufano,
Tan lleno de bravura y gentileza
Como de gloria y de fortuna falto.

Detrás de su pendón tranquilos marchan
Seis mil peones y dos mil caballos,
La flor de la nobleza granadina,
Los campeones del Islam más bravos.
Por honra del Rey mozo, de Granada
Los quinientos mancebos más gallardos
Para salir con él á esta campaña
Como para un torneo se equiparon.
Vense tan sólo rostros juveniles
En derredor de Abú-Abdil, y el fausto
De los trajes, las armas y jaeces
Turba los ojos y suspende el ánimo.
Quién con el velo de su dama lleva
Hecho el turbante al rededor del casco;
Quién de la suya en el crestón prendido
El ceñidor de virgen en un lazo.
Quién una trenza de cabellos negros
Ata en el hierro del lanzón dorado,
Habiendo prometido devolverla
Empapada en la sangre del cristiano.
¡Qué de garzotas desordena el viento!
¡Qué de colores y reflejos varios
Ostentan los brillantes escuadrones
En sus móviles grupos ordenados!
Desde las torres de Granada al verlos
Ya de la vega en el confín lejano,
Cintas de oro parecen sus hileras

Del sol heridas por los limpios rayos.
Aquella tarde Abdil de las murallas
De la empinada Loja al pie llegando,
Vió lanzarse cien árabes jinetes
Del su enhiesto peñón como milanos.
Sobre caballo indócil del desierto
Que avanza á modo de león á saltos,
Bajaba á la cabeza de los ciento
El alcaide Aly-Athár, de fe relámpago.
Al ver los Granadinos campeadores
Llegar al fiero triunfador anciano,
Con un ¡lelí! de admiración unánimes
Su anhelada presencia saludaron.
«De Aláh llevamos el favor, dijeron,
Si con nosotros á Aly-Athár llevamos.»
Y lo creen: hace ya setenta lunas
Que es su bandera de Castilla espanto.
El fuerte viejo, que indomable arrastra
El peso colosal de sus cien años,
De ellos el brío y la experiencia abriga
Bajo el cendal de sus cabellos blancos.
Hijo feroz del África, en la guerra
Endurecido, su nervioso brazo
Con un bote de lanza todavía
Al caballero arranca del caballo.
Árabe verdadero en genio y raza
Y del Korán indómito sectario,

Quiere para subir al paraíso
Una escala de cuerpos de cristianos.
Su existencia Aly-Athár pasó con ellos
En lid no interrumpida peleando,
Sin que de amigos ni enemigos Reyes
Respetara jamás treguas ni pactos.
Tal es el viejo capitán de Loja:
Tal es el padre de Moraima; amparo
De los Muslimes, vencedor doquiera,
Jamás vencido y por doquier temblado.
Mas ¡ay! ¿Quién fía en su feliz estrella,
Ciego imprudente junto á sí llevando
La fortuna de un Rey de quien los cielos
Abrieron un abismo entre los pasos?
¿Para quién resplandece estrella alguna
Á través de los lóbregos nublados?
Alahuakbar ¡Dios grande! Hacia Lucena
Marcha Aly-Athár de Abú-Abdil al lado.
Va la saña de Dios delante de ellos:
De Santaella y de Aguilar los pastos
Quedan sin hoja verde, y como lluvia
Corre á sus pies el oro y el ganado.
De Montilla y la Rambla las moradas
Son humo nada más, y el viento vano
Se lleva sus cenizas, de sus dueños
Sin tumba los cadáveres dejando.
¡Allí van! ¡allí van! Como un torrente

Bajan de las montañas, y su rastro
Siguen manadas de voraces lobos,
Y los buitres sobre ellos van volando.
Allí van: ya las torres de Lucena
Blanquean á lo lejos: espantados
Huyeron los fronteros, ó dormidos
Yacen sin verlos descender al llano.
Todo reposa en la extensión desierta:
Las sombras de la noche condensando
Se van, y de los Árabes protegen
La marcha lenta con que avanzan cautos.
De un silencioso valle en la espesura
Donde abrieron las lluvias un barranco,
Siguiendo de Aly-Athár un buen consejo
El rey Abú-Abdil mandó hacer alto.
Alzáronse las tiendas: en el centro
Metieron el botín, reses y esclavos,
Y esperando la luz del nuevo día
Se dieron unas horas al descanso.
«Nadie se mueve, dijo el Rey: sin duda
Aláh por nuestro bien les ha cegado:
Mañana somos dueños de Lucena,
Cuando no por sorpresa, por asalto.
—Así lo espero, Amir; pero reposa
Para lidiar mejor, dijo el anciano
Aly-Athár á Bu-Abdil: duerme tranquilo
Y deja lo demás á mi cuidado.»

Entró Abdilá en su tienda, y apagadas
Las luces que pudieran delatarlos,
Sumidos en silencio y en tinieblas
Los emboscados Árabes quedaron.
Del valle á la salida, en una altura,
Un hombre se apostó tras un peñasco,
Mudo y quieto como él permaneciendo:
Era Aly-Athár que vigilaba el campo.
Mas ¿cuyos son los ojos que penetran
De la mente de Dios el denso cäos?
¿Cuya la inteligencia que sorprende
De sus hondos designios el arcano?
Mientras el viejo vigilante guarda
El campamento moro, confiando
En la tranquilidad del enemigo
Su empresa audaz para llevar á cabo,
En el confín del horizonte obscuro,
En una torre que cual punto blanco
Vió Aly-Athár con el día, una luz roja
Brilló toda la noche. El africano
La vió, mas sola y sin aumento viéndola,
La contempló brillar sin sobresalto,
Pues vió que no era seña ni atalaya,
En avisos de guerra ejercitado.
Á la lejana luz continuamente
Volvíanse sus ojos sin embargo,
No por fundado y racional recelo,

Mas por tenaz presentimiento vago.
«¿Quién allí velará?» Se preguntaba
Á sí mismo Aly-Athár. «Si no me engaño,
Aquel es el castillo de Baena,
Pero ausente está de él su castellano.
Si aquella luz fuera señal, seguía
Consigo propio el Musulmán hablando,
Ya hubieran las cristianas atalayas
Con otros á su fuego contestado.
¿Quién velará en Baena?» Así pensaba
El viejo Moro al resplandor lejano
Mirando; pero Dios solo pudiera
Ver en tiniebla tal, y á tal espacio.
Y á poder ver el Moro, hubiera visto
Á un castellano capitán que armado
Se asomaba al balcón del aposento
Donde brillaba aquella luz. Debajo
De aquel balcón y tras los gruesos muros
De aquel castillo y en su extenso patio,
Hubiera visto á combatir dispuestos
Trescientos caballeros: y, apoyados
Los arcabuces en el muro, hubiera
Visto hasta mil peones castellanos,
Que aguardaban las órdenes del hombre
Que estaba en el balcón iluminado.
Hubiera visto luego que otro jefe
Con otros cien jinetes de su bando

Llegaba, y abrazando al que esperaba
Tocaron bota-silla sus soldados.
  Todo esto, á poder ver, hubiera visto
Aly-Athár, ó lo hubiera imaginado,
Si su clara y sagaz inteligencia
No obscureciera Dios para estorbárselo:
Mas no vió más que lo que ver podía;
Y viendo el día á clarëar cercano,
Dejó su puesto y de Abdilá en la tienda
Entró, diciendo respetuoso: «Vamos:
Levántate, Señor: ya está la aurora
Próxima, está el camino solitario,
Y es fuerza que á las puertas de Lucena
Á un tiempo con el sol amanezcamos.»
Cabalgó Abú-Abdil: en breve tiempo
Los escuadrones moros se aprestaron
Á partir y partieron, á Lucena
En su poder el Rey imaginando.

  Alahuakbar ¡Dios grande! No sin causa
Llaman á Abú-Abdil desventurado;
Ni sin razón Moraima el fatalismo
Lloró de sus horóscopos infaustos.

III

Llora, esposa infeliz: tu amor es ido
Para más no volver; preso en Lucena
Se dejará su corazón tu esposo,
Y volverá sin alma cuando vuelva.
Sultana de las flores de Granada,
Llora; porque en verdad ya no te queda
Más consuelo que el llanto que derrames
En los amargos días que te esperan.
Arranca, pues, tristísima Moraima,
Tus rizos de oro y sin piedad cercena,
Para hacerte un dogal, de tus cabellos
La rica y aromática madeja.
¡Llora, madre sin par desventurada!
Ese hijo hermoso á quien con ansia besas
Nació cautivo para ser: su cuello
Tiene ya la señal de la cadena.
¿Por qué uniste tu amor y tu fortuna
De Abú-Abdil á la fortuna adversa?

¿Por qué tu padre te arrancó de Loja,
Blanca y olorosísima azucena?
¡Feliz de ti si nunca le dejaras!
¡Feliz si nunca, de amistad en prenda,
Tu padre del Monarca granadino
Al oriental alcázar te trajera!
Tal vez entonces Aly-Athár, contrario
Al hijo de Muley, sólo á la guerra
Le dejara partir, y no quedaras,
Cuando su amparo necesitas, huérfana.
¿Qué has hecho tú, paloma enamorada,
Víctima para ser de tales penas?
¿Qué has hecho á Dios para atraer los rayos
De su furor á tu gentil cabeza?
¡Ay! harto has hecho respirando el aire
Que de tu Rey el hálito envenena.
Nada esperes del Cielo que maldijo
La raza de Bu-Abdil: nada te resta.

IV

¡Pálida sombra de Moraima! escucha:
Oye mi voz que te habla en las tinieblas,
Y verás con placer que todavía
Hay quien contigo de tu mal se duela.
Ven, triste sombra, ven: Dios, compasivo,
Alas me ha dado como á ti, y la lengua
Me ha permitido hablar que hablan las sombras
Para ir á su región y hablar con ellas.
Ven ¡oh Moraima! El universo duerme:
Desciende en una ráfaga á la tierra:
Yo sé que está tu espíritu en la Alhambra
Y vengo á consolártele: no temas.
¡Gracias, hermosa sombra! Ya te veo
Que sobre un rayo de la luna llegas
Á estos escombros que la Alhambra fueron.
¡Ay! ¡sombras sólo en su recinto quedan!

Ven; yo te haré de mi ignorada vida
La misteriosa relación secreta,
Y tú se la dirás á tus hermanas
Cuando al imperio de las sombras vuelvas.
Yo más tarde que tú nací tres siglos:
Mas no que vivo en mi centuria creas,
No: enamorado de las sombras, vivo
Como tú en el país de las quimeras.
He venido esta noche á estas mansiones
De soledad y de silencio llenas
Y, aunque tú te creías invisible
Para mí, yo vagar te vi por ellas.
¿Sabes, dulce y quimérica Moraima,
Cuál es la ocupación de mi existencia?
Pues es no más la de contar al mundo
De los pasados tiempos las leyendas.
Yo he venido á Granada á demandaros
No más que á solas me contéis las vuestras,
Para que yo en mis versos harmoniosos
Á mi egoísta edad contarlas pueda.
Y ahora escucha, Moraima, otro secreto,
Que mi callado corazón encierra
Desde el instante en que pisé la Alhambra;
Pero que tus hermanas no lo sepan.
Oye: de todas las hermosas sombras
Que los recintos de Granada pueblan,
Tú eres la más gentil, la mas simpática,

Y la de que mi edad menos se acuerda.
Pues bien, Sultana de las sombras, oye:
Yo adoro tu fantástica belleza;
Yo, que he puesto en las sombras mis amores,
Te amo, y mi tierno amor quiero que sepas.
Cuando, mujer, en la región vivías
De los mortales, en mortal tristeza
De los pesares víctima viviste,
Calumniada te viste con afrenta
De tu estirpe y virtud, vendida esposa,
Madre apartada de tus hijos, sierva
Más que reina en tu casa, y del más noble
Y más valiente de los padres huérfana;
Pues bien, Moraima, ahora que, fantasma,
Vives con otro sér otra existencia,
En tu vida de sombra, yo, que te amo,
Una vida mejor quiero que tengas.
Tú serás la Sultana de mis cuentos,
Yo en mi laúd lamentaré tus penas,
Enjugaré tus lágrimas con flores
Y regaré tu lecho con esencias;
Te llevaré conmigo á los alcázares
En donde tiene su morada regia
La noble, omnipotente poesía,
Que sobre el mundo soberana impera.
Entonces tomarás, como las auras
De la montaña, transparente aérea

Y luminosa forma, y será obscura
Á par de ti la nieve de la sierra,
La claridad del alma menos limpia
Que de tu vaga faz la transparencia,
Y la del sol poniente menos rica
Que tu rubia y flotante cabellera.
Y entonces con desdén verás que el mundo
Te reconoce de las sombras reina,
Tu pavorosa aparición adora
Y de tu velo azul las orlas besa.

Mas ya comienza á amanecer: al cielo,
Sombra gentil de mis amores, vuela:
¡Adiós, Sultana de las sombras! huye:
Yo me quedo cantándote en la tierra.

V

Ya por el horizonte blanquecino
Comienza á despuntar la luz primera
Del sexto día en que con hueste brava
El Rey Abú-Abdil partió á Lucena;
Y ya, envuelta en un schal de cachemira
Desde la parda torre de la Vela
Tiende su madre los avaros ojos
Por la extensión de la tranquila Vega.
Todo es silencio, el campo todavía
Iluminado por el alba apenas;
Duermen aún las aves en las ramas
Y cerradas están todas las puertas.
Ningún viviente sér en lontananza
Comienza el punto de su sombra negra
Á acrecentar, sobre el sendero blanco
Por donde de Abdilá se aguardan nuevas.
Fría, impasible al parecer la Mora,
Pero de angustia inexplicable presa,
Silenciosa y sombría se mantiene,

Inmóvil, apoyada en una almena.
Dentro del triste corazón materno
Fiera aunque oculta tempestad fermenta,
Y á sus ojos las lágrimas no suben
Porque en el hondo corazón gotean.
Alguna vez su pie, que el suelo hiere
Con ímpetu, delata su impaciencia,
Y algún suspiro, que fugaz exhala,
La realidad de su aflicción revela.
Nadie parece aún: el sol brillante
De un día de temprana primavera
Extiende ya sus purpurinos rayos
Por el verde tapiz de las laderas.
Las cristalinas gotas del rocío,
Que se columpian en la móvil hierba
Mecidas por el aura matutina,
Del sol á los reflejos reverberan.
Ya abandonando su caliente nido
Bulliciosos los pájaros gorjean,
Y estremeciendo de placer sus plumas,
Á Dios bendicen y su luz celebran.
¡Cuán hermosa en los campos de Granada
Se ostenta la feraz naturaleza,
Cuando del seno de las sombras sale
Virgen, florida, perfumada y fresca!
Aixa desde la torre su hermosura
Callada y meláncolica comtempla,

Sin ver en la extensión de la campiña
Más que de Loja la torcida senda.
«¡Alahuakbar! clamó, sola creyéndose;
¡Ya la tardanza de Abdilá me aterra!»
Y á sus palabras contestó un gemido
Hondo, angustioso: de Moraima era.
Tornó los ojos la Sultana madre
Hacia la esposa pálida, y al verla
Con la vista y la faz desencajadas,
Siguió de su visual la línea recta.
¡Presentimiento de su amor sin duda!
Un punto negro y móvil va con lenta
Vacilación su forma acrecentando
Sobre el camino que hacia Loja lleva.
Käel, que á los pretiles no alcanzando,
Por la hendidura ve de una aspillera,
Fué el primero que un árabe jinete
Reconoció en el punto que negrea,
Y á Moraima con muda pantomima
Explicó la verdad, que aun no penetra
La vista de las Moras, menos clara
Por la edad y las lágrimas en ellas.
«Tiene razón Käel, es un jinete,»
Dijo la madre al fin, sobre las cejas
Formando una pantalla con la mano
Para ver más sin que la luz la ofenda.
«Es un guerrero, sí», dijo Moraima

Á su enano Käel que la hace señas:
«Es un guerrero de Granada, dijo
Aixa á Moraima, tus colores lleva.»
Es, en efecto, un caballero moro,
Que á escape las campiñas atraviesa
Sobre un caballo del desierto, y rápido
Como una nube á la ciudad se acerca.
Dos ó tres veces se perdió cubierto
Por los árboles altos de las huertas,
Y apareció otras tantas, más distinto
Cada vez y más próximo. Las cercas
Dobló de los jardines exteriores,
Cruzó las intrincadas callejuelas
Del arrabal y entró por Bib-Elvira,
Por el vigía al conocerle abierta.
«Vamos á recibirle», — exclamó Aixa.
«Vamos», dijo Moraima: y, la escalera
Tomando de la torre, las Sultanas
Bajaron de la Alhambra hasta la puerta.
Un momento después, bajo del arco
De la justicia, la rendida yegua
Del caballero moro desplomóse
Ante los pies de su jinete muerta.
Era el bizarro Cid-Kaleb, amigo
De Abú-Abdil, quien respirando apenas
Dobló ante las Sultanas la rodilla,
Mas sin poder hablar. En su impaciencia

Hirió Aixa el suelo con la planta y dijo:
«Habla: ¿qué es de Bu-Abdil?—Hacia la tierra
Cristiana con la mano señalando,
Respondió Cid-Kaleb: — ¡Allá se queda!
—¿Muerto?—Cautivo.—¿Y Aly-Athár?—Sin vida,
Su cuerpo el agua del Genil se lleva.
¡Cayó sobre los Árabes el cielo
Y yacen sin sepulcro en tierra ajena!»
  Lanzó un grito Moraima, íntimo, agudo,
Honda expresión de su profunda pena,
Y cayó sin aliento entre los brazos
De Aixa, que la abrazó por vez primera.
Lívida, silenciosa, sosteniendo
Á la infeliz Moraima con la fuerza
Nerviosa del dolor, quedó Aixa un punto
Los ojos con horror fijos en tierra.
«¡Alahuakbar! ¡Dios grande!» exclamó al cabo:
Y de su rostro por la tez morena
Resbalaron dos lágrimas, dos solas:
¡Mas de lava y de hiel dos gotas eran!

VI

Tórtola blanca de azulados ojos,
Perla robada del peñón de Loja,
Flor de la Alhambra, de su bosque ameno
Cándida corza:

Bella Sultana, creación aérea
De mi alma triste que en los aires mora:
¿Dónde me ocultas tus celestes ojos,
Garza paloma?

Pálida estrella cuya luz no veo,
Flor de quien busco el delicioso aroma
¿Dónde eres ida, mi gentil Moraima?
¿Quién te me roba?

¿Qué nube opaca tus estancias ciñe?
¿Qué genio infausto en su mansión se posa?
¿Por qué es hoy luto y soledad lo que antes
Fué luz y gloria?

¿Qué maleficio de silencio y duelo
De tus estancias el recinto colma,
Que hasta la fuente que corría en ellas
Seca está ahora?

Tus frescos patios de arrayanes llenos,
Tus ricos techos de marfil y concha,
Tus camarines de labor morisca
Yacen en sombra.

¿Dónde tus ojos que alumbrar solían
Tus regias salas, imperial señora?
¿Dónde los sones de tus ya olvidadas
Cántigas moras?

¡Ay! muda oprimes en letargo yerto
Los almohadones de tu umbría alcoba:
Sólo tu esclavo te sostiene, sólo
Käel te llora.

Duerme, Moraima, en tu letargo, duerme;
No vuelvas nunca á las amargas horas
Que las vigilias de tu vida aguardan
Tempestüosas.

Duerme y no vayas al salón sombrío,
Donde Aixa escucha de Kaleb á solas
Las de tu padre y de tu esposo aciagas
Negras historias.

Duerme y no vayas: á Kaleb no escuches,
Hija sin padre, sin esposo esposa;
Su voz aterra, su relato eriza:
Duerme: no le oigas.

Sér vaporoso, creación de un alma
Que en sombras leves su pasión coloca,
Hada que hechizas de mi amor poético
La fe recóndita:

Ven á mis brazos, de mis sueños hija;
Ven: dame tu alma que el pesar desola,
Y yo del sueño la hundiré en la sima
Lóbrega y honda.

Yo, que comprendo de las sombras vagas
La lengua pura y la mortal congoja,
Traeré á tu alma aletargada menos
Fieras memorias.

Ven: yo no quiero que tu sér errante
Vague esta noche por las frías bóvedas
De este palacio, que sangrientos sueños
Sólo atesora.

Sé que en la angustia de tu afán doliente
Hasta el consuelo de mi amor te enoja;
Mas ven al campo de las almas tristes
Y melancólicas.

Allí dormida soñarás quimeras
Tristes y vagas, pero no angustiosas,
Mientras relatan la fatal leyenda...
Ven: no la oigas.

Mas ¡ay! ¿quién puede interrumpir los daños
De los pesares que al mortal acosan?
Sufre y delira, vagarosa hija
De mi alma loca.

Tórtola triste que en el sauce umbrío
Tu amor perdido solitaria lloras:
Ráfaga helada que el ciprés gimiendo
Lúgubre azotas:

Són temeroso con que el mar airado
Fiero amedrenta la desierta costa:
Eco del viento que las huecas ruinas
Cóncavo asordas,

Dadme de vuestros funerales ruidos
Las más siniestras y dolientes notas,
Para que en torno de la Alhambra eleve
Fúnebre trova.

VII

ORIENTAL

Sultana de la alegre Andalucía,
Alcázar de la luz y de las flores,
¿Qué fué de la alegría
De tus Señores?
Encanto de los ojos,
¿Quién causa tus enojos?
Espejo de la luz del medio día,
Kiosko oriental de excelsos alminares,
¿Qué fué de la harmonía
De tus cantares?

Bellísima Granada, del cielo favorita,
Tu luz está apagada, tu gloria está marchita:
Los ojos celestiales de tus doncellas moras
Están bajo sus schales llorando largas horas:
Su pecho dolorido suspira sin amores;
Su voz es un gemido su lecho ayer de flores

Es lecho de agonía...
Encanto de los ojos,
¿Quién causa tus enojos?
Rosal del medio día,
Nidal de ruiseñores,
¿Qué fué de la alegría
De tus Señores?

La Alhambra está desierta y obscuros sus salones:
Cerrada está su puerta, cerrados sus balcones:
Su fábrica altanera la tempestad azota
Y en ella la bandera de Abú-Abdil no flota:
No anuncian la victoria sus áureos alminares:
Los cánticos de gloria, placer de sus hogares,
Son ayes de agonía...
Encanto de mis ojos,
¿Quién causa tus enojos?
Rosal de Alejandría,
Remedio de pesares,
¿Qué fué de la harmonía
De tus cantares?

¡Oh mísera Granada! ¡oh triste reina mora!
¡Oh madre desolada! ¡llora sin tregua, llora!
Tus hijos los más bravos, amor de tus entrañas,
Ó muertos son, ó esclavos detrás de tus montañas;
Abdil, flor de tus flores, no habita ya en Comares,
Y están tus defensores sin tumba ó sin hogares.

¡Lamenta tu agonía,
Sultana de la hermosa Andalucía!
Mirab sin alminares,
¿Quién te dará harmonía
Sin tus cantares?
Espejo de la luz del medio día,
Alcázar de las flores,
¿Quién te dará alegría
Sin tus Señores?

———— ————

VIII

Es alta noche ya: muda y desierta
Yace en tinieblas la oriental Alhambra;
Ni una luz en sus altos ajimeces,
Ni un paso, ni una voz en sus murallas.
Granada está á sus pies, como ella obscura,
Muda como ella, triste y solitaria:
Ni una voz en el fondo de sus calles,
Ni una luz en sus lóbregas ventanas.
El peso del dolor y de la afrenta
Y el ambiente letal de la desgracia
La tienen, más que en sueño sumergida,
En profundo sopor aletargada.
El duelo universal que la circunda
Los lamentos inútiles apaga,
Y se oyen los gemidos solamente
En la profunda soledad del alma.
Todo es silencio la morisca Corte:
Mas ¿quién no vierte en el silencio lágrimas?
Allí llora la madre por el hijo,
Por el hermano allí gime la hermana:
La esposa llora su perdido esposo,

Su cautivo galán llora la dama,
El amigo la suerte del amigo...
¡Noche horrenda y fatal para Granada!
Todos conocen la sangrienta historia,
Y á su vez la magnánima Sultana
Aixa, después de lamentarla, quiso
Con pormenores amplios escucharla.
La Madre de Abú-Abdil es una altiva
Matrona, digna de la edad romana,
Que en el momento de sentir las penas
Reflexiona que debe dominarlas.
Entregada á un dolor íntimo y mudo,
Todo el día pasó sola en su estancia;
Pero se dijo al fin: «Si está cautivo,
Pensar debemos en que libre salga.»
Y avisado Kaleb por un esclavo,
Subió de noche al silencioso alcázar,
Donde de oir la desastrosa historia
Le esperaba impaciente la Sultana.
«Habla, Kaleb, le dijo cuando á solas
Se hallaron: cuenta la fatal jornada:
Todo quiero saberlo en esta noche,
Y Aláh, Kaleb, me alumbrará mañana.»
Y he aquí que en el silencio de la noche,
Relatando Kaleb y oyendo Aixa,
En un salón del patio de Leones
En este punto de la historia estaban.

IX

KALEB

«No era de día aún cuando empezamos
Á salir del barranco, donde á obscuras
Habíamos pasado aquello noche
En profundo silencio. Las hileras
De guerreros, cautivos y ganados
Que cruzaban el valle, parecían
Sobre las sendas cóncavas, movibles
Serpientes gigantescas, á la escasa
Claridad de los astros. Los enormes
Peñascos dibujaban sobre un cielo
Apenas azulado los contornos
Deformes de sus crestas, en las cuales,
Toda la noche oimos el siniestro
Graznido de los buitres, y el aullido
Temeroso del lobo, cuyos ojos
Veíamos brillar entre las matas.

Todos éramos hombres avezados
Á las escenas de la guerra; pero
Un no sé qué de pavoroso y triste
Nos encogía el ánimo en aquella
Melancólica noche, y caminábamos
En lúgubre silencio: parecía
Que iban á desplomarse los peñascos
Sobre nuestras cabezas, y queríamos
Salir cuanto antes del medroso valle.
Dimos por fin en la llanura: el alba
Comenzaba á clarear y distinguimos
Los almenados muros de Lucena.
Con los cautivos y la presa entonces
Mil peones dejando y cien jinetes,
Avanzamos, creyendo sorprenderla,
Sobre la villa. Abú-Abdil, seguido
De un escuadrón de jóvenes valientes
Y ansiosos de renombre, se metieron
Á escape por las huertas y arrabales.
Ni un sér viviente se encontraba en ellos,
Ni se abrió una ventana ni una puerta.
Prevenidos sus cautos moradores,
Se habían encerrado en el castillo.
¡Mas Aláh estaba allí!... Su faz airada
Brilló tras de los muros y, en el punto
En que tiñó la luz el horizonte,
Se cubrieron de cascos de cristianos,

Y una lluvia de dardos y de piedras
Cayó sobre nosotros: los clarines
Y tambores cristianos atronaron
El viento, y la bandera de Castilla
Se desplegó con insolente orgullo.
«¡Al asalto!» gritó con voz de trueno
El Rey Abú-Abdil, con una trompa
Haciendo la señal. En el instante
Se cubrieron de escalas las murallas,
Y los turbantes moros blanquearon
Envueltos con los cascos de Castilla
Encima de los cóncavos adarves.
¡Ay! Aláh estaba allí contra nosotros,
Sultana: era un león cada cristiano,
Y los genios impuros del abismo
Peleaban por ellos aquel día:
Sus hachas y sus mazas con horrible
Martilleo caían en las frentes
De los escaladores, y rodaban
Al foso con estruendo los cadáveres.
«Señor, dijo Aly-Athár á vuestro hijo
Que rugía de saña: es necesario
Retirar nuestra gente: prevenidos
Estaban, mas la tierra está tranquila
Y no han hecho señal las atalayas.
No tienen, pues, socorro, y con un sitio
De un solo día se darán.» Oyóse

Tocar á recoger, y comenzamos
Á cejar. Una niebla blanquecina
Traída por un viento de Occidente
Enlutaba la atmósfera, impidiendo
Ver á largas distancias. Los peones
Que custodiaban el botín, mirándonos
Volver, picaron las revueltas reses
Y comenzaron á marchar, creyendo
Ya abandonada nuestra empresa. Ahora
Dispénsame, Sultana, si el desorden
De mi dolor confunde mis palabras,
Porque de mis ideas el tumulto
No las deja mejor brotar del labio.
¡Ay! ¿cómo te diré lo que quisiera
Olvidar para siempre?» — Sofocada
Aquí la voz del Árabe, tomaron
Una expresión siniestra sus miradas;
Sus músculos temblaron sacudidos
Por interior agitación, su cara
Palideció, y al fin con hondo acento
Y en el dialecto gutural del África,
El lento é inharmónico relato
Continuó así de la fatal jornada,
Ora bajando el tono, ora elevándole
Conforme la pasión que le agitaba.
¡Y era espantoso de escuchar su cuento,
Y espantosas de ver sus exaltadas

Actitudes y gestos, inspirados
Por el rencor, la afrenta y la venganza!
«Enmedio de la niebla, como turba
De maléficos genios, los cristianos
Salieron á nosotros: no les vimos
Hasta que atravesados por sus flechas
Cayeron los Muslimes. Su caballo
Revolvió el Rey al punto, y todos dimos
La cara á aquellos perros, que salían
Por detrás á mordernos. Ya en desorden
Les teníamos puestos, cuando, el aire
Rasgando una trompeta castellana,
Nos sentimos cargar por la derecha
Por una tropa de jinetes: íbamos
Á volvernos allí cuando, en el monte
Que á nuestra izquierda se elevaba, oimos
Un clarín italiano, y cada encina
Brotó un cristiano caballero. Entonces,
Con tan distintas señas confundido,
Dijo Aly-Athár al Rey: «Esa trompeta,
Señor, es Italiana: el estandarte
Que traen aquellos otros no le he visto
En batalla jamás: el mundo entero
Creo que viene aquí sobre nosotros.»
¡Alahuakbar! ¡Sultana, estaba escrito!
Cejábamos lidiando, en la esperanza
De unirnos á los nuestros: mas al punto

De mirar hacia atrás, vimos que todos
Huían por los montes, torpemente
El inmenso botín abandonando.
«¡Volved, gritaba el Rey corriendo á ellos,
Volved, desventurados, y á lo menos
Sabed de quién huís.» ¡Voces inútiles!
Otro tambor, doblando en la angostura
Por donde huían, aumentó su miedo
Y dieron como ciervos espantados
Á correr por el valle. ¡Aláh potente!
Obligados á huir los que quedábamos
En rededor del Rey, le circuimos
Y volvimos la espalda, descendiendo
Hasta un angosto paso de la sierra:
Un pelotón de nobles Granadinos,
Caballeros leales que volvían
Á buscar á su Rey, en él hallamos
Protegiendo á los últimos peones
De nuestro bando. El Rey volvió la cara
Al llegar á la cóncava angostura,
Y en un estrecho llano deteniéndose
Nos dijo: «Retirémonos como hombres
Que ceden á la suerte, mas no huyamos
Como cobardes que la muerte temen.»
Y metiendo al caballo las espuelas,
Cargó sobre los perros Nazarenos
Que nos seguían: á ampararle todos

Nos lanzamos tras él, y los cristianos,
Desordenados al tremendo empuje
De los caballos árabes, nos dieron
Tiempo para ganar las angosturas
Donde en estrechas sendas imposible
Les era acometernos; y emprendimos
La peligrosa retirada á Loja.
Los enemigos, pronto rehaciéndose,
Entraron tras nosotros en la hondura
Pisándonos las huellas; cinco leguas
Combatiendo y marchando recorrimos
Hasta el valle fatal de Algarinejo.
Aquí el Genil, con las crecidas ancho,
Segunda vez detuvo nuestra marcha:
Nos arrojamos á vadearle y salvos
Nuestros caballos á sacarnos iban
Nadando vigorosos, cuando vimos
Con ira y con terror que, á la ribera
Bajando en rigurosa disciplina,
Salía á recibirnos en sus lanzas
Otro escuadrón cristiano, como un muro
De hierro levantado en el camino.
Su jefe, el gigantesco Don Alonso
De Aguilar, á su frente sonreía
Mirándonos salir de entre las aguas
Con placer infernal; yo le había visto
En mi cautividad y le tenía

Bien presente. Dió el grito de ¡Santiago!
Y aquel muro de hierro se nos vino
Como un témpano encima. La pelea
Fué horrenda. Con el agua á la cintura
Los más, mucha la ira, el suelo escaso,
Vinimos á las manos arrojando
Las inútiles lanzas y acudimos
Á los alfanjes y puñales; rojas
Iban á poco del Genil las aguas.
Yo peleaba junto al Rey: su brazo
Era un rayo: sus ojos chispeaban
Como carbones encendidos: sangre
Le brotaban los labios, que rabioso
Se mordía, y hendiendo, atropellando,
No con la voz, con el esfuerzo heroico,
Nos animaba á combatir sin tregua,
Para morir con honra ante su vista.
Mas he aquí que un cristiano que caído
Se halló bajo de mí, tal vez creyendo
Que era yo el Rey por mi caballo blanco,
Le cortó los jarretes; dió un bramido
El generoso bruto, y desplomándose
Cayó sobre mi cuerpo, en torno mío
Una laguna con la sangre haciendo
Que sus arterias rotas derramaban.
Pasaron sobre mí cien y cien veces
Amigos y enemigos, sin que fuera

Posible levantarme. Entonces, Aixa,
¡Aláh lo olvide! blasfemé, escupiendo
Al cielo sin piedad para los Arabes:
Y allí tendido, ahogado bajo el peso
De los que sobre mí cayendo iban,
Y recibiendo en mi lugar la muerte,
Á quien en vano á veces invocaba,
Vi caer á Aly-Athár, bajo el mandoble
De Don Alonso. Con la frente hendida
Á un tajo de su brazo formidable
Cayó, más sin soltar la cimitarra,
Aly-Athár en el río, y su cadáver
Las turbias ondas del Genil sorbieron.
¡En el Edén los justos le reciban!
Los que lidiar y perecer le vieron
Su muerte llorarán mientras que vivan.
Con él se hundió el valor de los Muslimes;
Cuarenta caballeros que lidiaban
Con el Rey, le dijeron á mi lado
Defendiéndole: «Sálvate: nosotros
Moriremos por ti.» Yo vi el semblante
De tu hijo, surcado por dos lágrimas,
Volverse á aquellos fieles caballeros
Y lanzarse otra vez en la pelea
Para morir con ellos. ¡Oh Sultana!
Tu hijo es un Rey valiente que combate
En la primera fila: es un Rey noble

Que defiende á los suyos; pero temo
Que sus tristes horóscopos se cumplan:
Dios le abandona á su fatal estrella,
Y por más que su aliento soberano
Prodigios hace de valor humano,
La fuerza de su sino le atropella.
  Persuadido por fin de que era inútil
Ya su obstinada resistencia, tu hijo
Arrojándose al agua, á su corriente
Se abandonó: mis ojos le siguieron
Con indecible afán: le vi alejarse:
Le vi tocar en la ribera opuesta,
Vi caer su caballo moribundo,
Y le vi vacilante de fatiga
Meterse en un jaral: le creí salvo.
Mas ¡ay! á poco junto á mí sin armas
Le vi pasar, á la merced de un jefe
De quien iba cautivo. En su cimera
No habia ya una pluma, ni una hebilla
Que encajara en su arnés, roto en cien partes.
Lleno de sangre y de sudor el rostro,
Reconocíle apenas: como un sueño
Le vi alejarse, y el pesar, la ira,
La vergüenza, el cansancio, me prensaron
De angustia el corazón... pasó una nube
De sangre ante mis ojos y, en la arena
Caer dejando la cabeza inerte,

Que para verle alcé, me eché sin pena
En los brazos del ángel de la muerte.»

Calló Kaleb y, el rostro con las manos
Cubriéndose, lloró. Torva, sombría,
La Sultana clavó sus negros ojos
En el suelo, las lágrimas apenas
Pudiendo contener que en las pupilas
Sentía aglomerársela, y gran trecho
Sin pestañear inmóvil se mantuvo,
Porque no se la huyeran de los párpados.
Tragóselas al fin, y sobre el hombro
Poniendo de Kaleb su mano ardiente,
Dijo: «Bien ¿Y qué más?» El Moro alzando
La cabeza y mostrando su semblante,
Que surcaban las lágrimas, repuso:
«¿Qué más he de decirte? Anochecía
Ya cuando en mí torné. Tendí los ojos
En rededor: cubierta la ribera
Estaba de cadáveres: los buitres
Aguardaban la ausencia de la vida
De algunos que aun luchaban con la muerte
Para cebarse en ellos, y en las breñas
Aullaban ya los lobos. Mi caballo,
Con las postreras ansias revolcándose,
Se separó de mí, y á sus esfuerzos
Desesperados, de los cuerpos libre

Que pesaban sobre él, me había dejado
Libre también á mí. Tendí mis miembros
Entumecidos y probé mis fuerzas.
Al movimiento que hice, vi los ojos
De un Árabe tendido en mí fijarse.
Era el valiente Ben-Osmín; el pecho
Tenía atravesado por un dardo
Que no pudo sacarse, y expiraba
Con el valor sereno de los héroes.
Me conoció, y al verme en pie llamóme:
«Toma (me dijo el infeliz), si vives
»Y vuelves á Granada, da esa trenza
»De sus cabellos á Jarifa, y dila
»Que es mi sangre la sangre en que empapada
»Se la envío, y que ya no espere verme
»Sino en el Paraíso;» y alargándome
La trenza con la mano ensangrentada,
«Toma,» me dijo, y se tendió, cerrando
Los ojos para siempre. Apoderarme
Logré al fin de un caballo sin jinete,
Y echando por lo espeso de la sierra,
Corrí en un día lo que anduve en siete,
Hasta salir de tan infausta tierra.»

«¡Alahuakbar! Dios es de los destinos
Señor, exclamó Aixa. Ven mañana
Al trasponer el sol á este aposento:

Temo á los inconstantes Granadinos,
Y necesito meditar mi intento:
Mañana le sabrás. — Adiós, Sultana.»
Dijo Kaleb, y hacia la puerta un paso
Dió: mas al levantar de su cortina
El cairelado azul pérsico raso,
Permaneció Kaleb sin movimiento,
Cual si viera en la cámara vecina
Alguna aparición. Su macilento
Rostro volviendo á él, dijo la Mora:
«¿Qué es lo que tal admiración te inspira?»
Kaleb, ante su vista indagadora,
Descorriendo el tapiz, la dijo: «Mira.»

X

Más pálida que el mármol de la fuente
Donde apoya su brazo nacarino,
Más triste que la voz con que doliente
Gime en la costa el pájaro marino
Cuando cercano el temporal presiente,
En la ancha pila del jardín vecino
Contemplaba Moraima silenciosa
La triste imagen de su faz llorosa.

Suelto el cabello, que á merced del viento
Por los desnudos hombros ondulaba,
En el agua, al reflejo amarillento
De una lámpara de oro, se miraba.
Su cuerpo sin acción, sin movimiento
Sus enclavados ojos, semejaba
Su blanca y melancólica figura
Añadida á la fuente una escultura.

Á la luz que su lámpara destella,
Su rostro con asombro contemplaron
Aixa y Kaleb, y con callada huella
Á la infeliz Moraima se acercaron
Solícitos: mas ¡ay! inmóvil ella,
Ni les vió ni sintió cuando llegaron:
«Duerme, dijo Aixa que tenaz la mira:
—No duerme, dijo el Árabe: delira.»

Delirando, Moraima el ojo atento
De la taza de mármol no quitaba,
La imagen de su rostro macilento
Contemplando que el agua reflejaba;
Y al fin, con un suspiro y con acento
Cuya tristeza el alma traspasaba,
Con el mirar en ella siempre fijo,
Así á su imagen transparente dijo:

«¿Quién eres tú que pálida me miras
»Debajo de la trémula corriente?
»¿Quién eres tú que como yo suspiras
»Con triste faz y en ademán doliente?
»¿Eres algún espíritu que giras
»Por los senos del agua transparente,
»En pos del bien á quien perdido lloras,
»Y en el lugar en que se oculta ignoras?

»¡Ay! no le busques, sombra enamorada:
»No te fatigues más, alma perdida.
»Vete, sombra: ya amor no hay en Granada:
»Alma, vete: en Granada ya no hay vida.
»Mira: yo estoy también abandonada
»Como tú, y en el alma estoy herida:
»¡Ay! yo busco también á los que adoro
»Y el sitio en donde están como tú ignoro.

»Mas ¿por ventura buscas á tu esposo?
»¿Á tu padre tal vez? Los dos se han ido.
»El Cielo estaba obscuro y tempestuoso,
»Rugía el huracán cuando han partido.
»Iban á pelear: era forzoso:
»La tempestad allá les ha cogido...
»¿Padres y esposos buscas? ¡insensata!
»Míralos... el Genil les arrebata.

»Vete, pues: aún no han vuelto de Lucena.
»Mas ¿por qué así me miras, sombra vana?
»No me mires así: me causas pena.
»¿Quién eres?... mas ¿te ríes? ¡Ah villana!
»¡Tú eres alguna esclava nazarena!
»Sí, sí: ¡Tú eres la pérfida cristiana
»Que me le hechiza el corazón ahora
»¡Con su infernal amor!... toma, traidora.»

Dijo y tiró la lámpara á la fuente:
Con hueco són al sumergirse en ella,
El agua helada salpicó su frente.
Quedó en tinieblas el jardín: la bella
Y enamorada aparición doliente
Se disipó, sintiéndose su huella
Primero del jardín entre las flores,
Y luego en los sombríos corredores.

LIBRO NOVENO

PRIMERA PARTE

Yo era ayer como luna llena y esplendorosa,
y hoy soy como estrella que desaparece.

AZZ-EDDIN ELMOCADDESSI.

INTRODUCCIÓN

¿Qué sabe el corazón lo que desea?
Qué sabe de su mal ni su ventura?
Nada le satisface que posea:
Cuando no tiene, poseer procura;
No hay fealdad que, como ajena sea,
No tenga para sí por hermosura:
No tiene bien que mal no le parezca,
Imposible no ve que no apetezca.

Tal anhela respetos y se infama:
Tal blasona de honor y se envilece;
Aquél cree que aborrece lo que ama,
Cree que repugna aquél lo que apetece;
Éste recoge lo que aquél derrama,
Consigue el otro lo que no merece;
¡Oh miserable corazón humano,
Como de polvo vil mísero y vano!

¡Mísero corazón que juzga eterno
Todo lo deleznable y quebradizo,
Y sumiso lo adora y lo ama tierno;
Que ciego, pertinaz, antojadizo,
Equivoca el Edén con el Averno
Y el milagro real con el hechizo!
¡Mísero corazón que diviniza
Todo lo que es como él polvo y ceniza!

¿Quién dijo: «no lo haré» que no lo hiciera,
Ni quién «no lo amaré» que no lo amara?
¿Quién hubo que por ver no se perdiera,
Ni quién que por burlar no se burlara?
¿Qué afición no empezó débil quimera
Y no acabó pasión que avasallara?
¡Mísero corazón que nada sabe,
Y de quien solo Dios tiene la llave!

Una carta, un recuerdo ó un suspiro
Hacen en sus instintos y aficiones
Tomar al corazón diverso giro,
Distinta fe, distintas opiniones.
Unas horas de ausencia ó de retiro
Cambian las simpatías en pasiones,
Y un dulce y solitario pensamiento
Da á una pasión volcánica alimento.

Una pasión que cambia nuestra esencia,
Una pasión que va con nuestra vida,
Que corroe voraz nuestra existencia:
Por cuyo ardiente amor todo se olvida,
El deber, el honor y la conciencia,
El padre tierno y la mujer querida:
Una pasión que forma nuestra suerte,
Nuestra fe, nuestra vida, nuestra muerte.

Y esa pasión preñada de misterios,
De crímenes tal vez é infamias llena,
Que pierde las familias, los imperios,
Que las almas sacrílega condena,
Es la historia de entrambos hemisferios:
Oña, Clorinda, Deyanira, Elena,
Cleopatra, Raquel, Dido y Lucrecia,
Son las de España, Italia, Egipto y Grecia.

¿Qué cosa empero es el amor? Se ignora.
Es un grande placer ó un dolor grave,
Que dicha ó mal eternos atesora.
¿Cómo viene ó se va? Nadie lo sabe,
Aparece y se extingue en una hora:
En ningún sér está y en todos cabe;
Los poetas le cantan y le cuentan:
Los pueblos le maldicen y lamentan.

Dios, sin embargo, dárnosle no pudo
Como pasión desoladora y fiera,
Sino de la tristeza para escudo,
De esperanza y de fe como bandera.
Dios no creó el amor torpe y sañudo
Que desola, emponzoña y desespera,
Sino el amor feliz, íntimo y tierno,
Memoria y prenda de su amor eterno.

El hombre imbécil, cuya torpe mano
Mancha é impurifica cuanto toca,
Fué el que hizo de un instinto soberano
Una pasión desaforada y loca.
Del hombre ha sido el corazón villano,
Del hombre ha sido la profana boca,
Los que del dón mejor del alto cielo
Han hecho un germen de miseria y duelo.

De ella luego el infierno apoderado,
Contra el hombre volvió sus beneficios:
Hechizó al corazón enamorado
De su amor con los torpes maleficios:
Le arrastró con su amor desesperado
Á los más insensatos sacrificios,
Y le inmoló su honor, su fe, su calma,
Y, renunciando á Dios, vendió su alma.

Misteriosa pasión devastadora,
Inexplicable, incomprensible, insana,
Voy á lanzarme en tu región ahora.
Yo, en el templo de amor alma profana,
Yo, cuya inspiración amó hasta ahora
Las bellas sombras de la edad lejana,
Voy á hundirme en la sima en que se encierra
El infierno á que amor llama la tierra.

Pasión irresistible, cuya esencia
Se compone de hiel y fuego y lava,
Cuyo instinto feroz con complacencia
Al alma ve del corazón esclava,
Cuyo aliento letal de la existencia
Consume el germen y el vigor acaba;
Vil pasión de la fe competidora,
Tú sola puedes inspirarme ahora.

Ven, pues, á germinar en mi garganta
El secreto poder de los hechizos
Con que tu magia al universo encanta:
En mis palabras pon los bebedizos
Con que al amor tu espíritu amamanta,
Con que hace á los creyentes tornadizos;
Para cantarte, en fin, pon en mi seno
De tu esencia infernal todo el veneno.

Corazón de Boabdil, ante mis ojos
El libro pon de tu secreta historia;
Dame á leer los sueños, los antojos
Que te hicieron perder imperio y gloria,
Que de Dios te atrajeron los enojos,
Que mancharon tu vida y tu memoria,
Que te dieron al fin fatal y obscura
Muerte sin funeral ni sepultura.

¡Venid á mis conjuros, yo os evoco,
Sombras enamoradas de Baena;
Almas á quienes dió por su amor loco
Lecho la eternidad, la vida pena;
Tú, hermosa, á cuyo amor faltó bien poco
Para abrazar traidor la fe agarena,
Y tú, africano Rey, cuya alma insana
Vendió su corazón á una cristiana.

Á la vida volved por un momento:
Recobrad vuestro sér á mi conjuro,
Vuestra faz, vuestra voz y movimiento:
Mas sólo lo poético y lo puro
De vuestro sér tomad, y al pensamiento
Mostraos á través del tiempo obscuro
Como fantasmas blancos y halagüeños,
Cual sombras puras de encantados sueños.

I

Descuella del castillo de Baena
La torre superior del homenaje
Sobre las otras torres de su fábrica,
Cual pino erguido sobre humildes sauces.
Compónese esta antigua fortaleza
De un vasto cuadrilátero que, iguales,
Flanquean cuatro torres, que en sus ángulos
Colocadas se ven y equidistantes,
Y á las que unen de robustos muros
·Cuatro sólidos lienzos, según arte
Militar de aquel tiempo, coronados
De almenas, aspilleras y baluartes.
De cada lienzo en la extensión, esbeltos,
Cuatro torreoncillos sobresalen,
Que á la par que duplican la defensa,
Dan adorno á su fábrica elegante.
Estos lindos y aéreos torreones
Del muro en la mitad toman arranque,
Y en él apoyan sus ligeros cubos
Rematando en graciosas espirales,

Y, en el muro colgados, asemejan
Borlones de arabesco cortinaje,
Y sus cabezas almenadas, nidos
De cigüeñas y de águilas rëales.
En medio de esta fábrica se eleva
La torre principal, de la que parten
Cuatro arcadas que, uniéndola á los muros,
Su comunicación mantienen fácil.
Dividida en dos cuerpos esta torre,
Concluye el inferior en un adarve
Sobre el que cuatro puentes levadizos
Dejan aislada la maciza base:
De modo que si en caso de un asalto
Los muros exteriores se ganasen,
Aun quedarán sus bravos defensores
Señores de su centro inexpugnable.
Del cuerpo superior se alza orgullosa
La cabeza magnífica y gigante,
Ceñida de almenados torreones
En que ondea de Cabra el estandarte:
Y le cerça, partido por los puentes,
Hermoseando los sólidos adarves,
Un cinturón de huertos y jardines,
Copia gentil de los pensiles árabes.
Recreo de sus nobles Castellanos,
Cuando tiempo les dejan sus afanes
Guerreros ó políticos, en ellos

Se entregan á domésticos solaces.
La Condensa de Cabra al fin del día
Á sus floridos cenadores sale,
Y sus hijas en ellos de preciosas
Plantas cultivan tiestos á millares.
Y desde lejos á las dos hermanas
Viendo vagar entre sus flores y árboles,
Tal vez las cree el patán supersticioso
Del castillo los genios tutelares.

Tal es la fortaleza de Baena
Cuya historia es famosa en los romances,
Y á cuya antigua fábrica del mío
La descosida narración nos trae.

II

Es una noche clara en que ilumina
El firmamento azul la luna llena,
Con esa luz templada y argentina
Que extiende por la atmósfera serena
Un velo de fantástica neblina.
Las torres del castillo de Baena
Vense á su tibia claridad distintas,
Tomando en ella nacaradas tintas.

En paz reposa el señorial castillo;
Todo tranquilo en su recinto calla:
Del vigía que vela en el rastrillo
Y el centinela puesto en la muralla,
De las móviles armas radia el brillo:
Todo cerrado y barreado se halla;
No hay más que una ventana que no encaje
En la torre feudal del homenaje.

De ella asomado á la robusta reja
Contempla la campiña un prisionero,
Y á su ánima vagar por ella deja,
Dando un solaz mezquino y pasajero
Al rudo afán que el corazón le aqueja,
Y al pie de su ventana un ballestero
Vigila en el adarve, murmurando
La estrofa de un cantar de cuando en cuando.

Mas no es tan sólo al campo á lo que mira,
Sin duda, el melancólico cautivo;
Ni es para la aflicción con que suspira
La libertad el solo lenitivo.
Lo que espera no es, ni á lo que aspira,
Seña exterior, ni á verse fugitivo:
Su esperanza tal vez está pendiente
En un balcón del torreón de Oriente.

De él su mirada pertinaz no quita,
De su reja teniéndole frontero:
Mas que sorprenda cuidadoso evita
Su mirada el sombrío ballestero,
Cuya curiosidad acaso excita
La vigilia tenaz del prisionero;
Es ya empero la noche bien entrada
Y nada justifica su mirada.

La media noche al fin cantó el vigía,
Cuando he aquí que del balcón del muro
Lentamente se abrió la celosía;
Hundióse de su cárcel en lo obscuro
Al ver el prisionero que se abría,
Y á poco en la región del aire puro,
De una guzla morisca acompañada,
Se derramó una voz á ella acordada.

Y bien fuera por seña convenida,
Ó por acaso inmeditado fuera,
La guzla tras la reja fué tañida,
Del balcón al abrirse la vidriera:
Mas entonada por azar ú oída
Desde el balcón por alguien que la espera,
El cautivo esta cántiga entonaba,
Y hasta el balcón el viento la llevaba.

SERENATA MORISCA

ESTRIBILLO

Azucena—de Baena,
Abre tus hojas al sol del día:
Desdeñosa—Nazarena,
Abre á mi canto tu celosía:
Abre, Sultana del alma mía.

1.ª

Sultana hermosa de los jardines,
Ramo de mirra, tazón de flores,
Bajo la huella de tus chapines
Nacen rosales, mirto y jazmines:
En cuyas ramas llenas de olores
Hacen su nido los colorines,
Duermen los genios de los amores,
Y buscan sombra los serafines.
¿Dónde hay belleza de criatura
Que se compare con tu hermosura?
Tienes el cuello airoso
De la paloma,
Y el aliento oloroso
Como el aroma;
Tus ojos puros
Son ojos de gazela,
Dulces y obscuros.
Cristiana bella,
Por ver un rayo de tu mirada,
Sentir tu aliento, seguir tu huella,
Yo te daría
El mejor carmen de mi Granada,
Mi mejor torre de Andalucía.

ESTRIBILLO

Azucena—de Baena,
Abre tus hojas al sol del día:
Desdeñosa—Nazarena,
Abre á mi canto tu celosía:
Abre, Sultana del alma mía.

2.ª

Sultana, hermana de las huríes,
Que los jardines del cielo moran,
Tus dos mejillas son carmesíes
Como granadas que se coloran;
Tus labios rojos como rubíes,
Y me parecen cuando sonríes
Los dientes puros que en sí atesoran,
Corderos blancos entre alhelíes.
¿Quién es el hombre que te merece?
¿Quién la que hermosa te se parece?
Tu cintura es esbelta
Como las palmas;
Tu cabellera suelta,
Red de las almas;
Suave tu acento
Como el rumor del agua
Y el són del viento.

Cristiana hermosa,
De tus cabellos por solo un rizo,
Por tu sonrisa más desdeñosa,
Yo te daría
Mi castillejo más fronterizo,
Mi mejor puerto de Andalucía.

ESTRIBILLO

Azucena—de Baena,
Abre tus hojas al sol del día:
Desdeñosa—Nazarena,
Abre á mi canto tu celosía:
Abre, Sultana del alma mía.

3.ª

Si tú admitieras, linda cristiana,
Las verdaderas creencias mías,
A mi suntuosa corte africana
Como mi esposa me seguirías.
Tendrías fiestas todos los días,
Sortija y toros cada semana,
Y en mis palacios habitarías
De mis vasallos como Sultana.

¿Quién no te hablara puesto de hinojos?
¿Quién en ti osara poner los ojos?
Garza sobre una peña
Mal anidada,
Ven comigo á ser dueña
De mi Granada.
Vuela sin ruido,
Las torres del Alhambra
Serán tu nido.
Bella cristiana,
Si te vinieras á ser mi esposa,
Para que fueras sola y Sultana
Yo te daría
Para tu esclava mi alma amorosa,
Para tu alcázar mi Andalucía.

ESTRIBILLO

Azucena — de Baena,
Abre tus hojas al sol del día:
Desdeñosa — Nazarena,
Ven á ser Reina de Andalucía.
Ven ¡oh Sultana del alma mía!

Así dando la voz y el instrumento
El amante cantar por concluído,
Calló la guzla y expiró el acento:
De sus últimas notas el sonido
Fugaz el eco remedó en el viento
Con un suave y dulcísimo gemido.
Y al perderse en el aire la harmonía,
Se cerró del balcón la celosía.

Fin de los versos contenidos en el tomo segundo.

Zorrilla no pasó de aquí en su composición del POEMA Á GRANADA. Durante los cuarenta años transcurridos desde que imprimió esos últimos versos hasta su muerte, ofrecía continuar la obra, á veces dando á entender que iba á constar de varios tomos, á veces de sólo un tercero, que dejó anunciado en este segundo como próximo á publicarse. Sin embargo, ni en las lecturas privadas que hacía constantemente de sus composiciones, ni en los apuntes ó fragmentos de ellas que se han encontrado entre sus papeles, figuraron nunca trozos inéditos del POEMA ó proyectos alusivos á su desarrollo y terminación. Últimamente, cuando en 1889 el poeta fué coronado en Granada, dijo que si se le alojaba un año en la Alhambra escribiría ese tomo ter-

cero, sobre el cual fundaba muchas ilusiones, aunque no se detuvo á explicarlas, ni menos á indicar los resortes artísticos de que iba á valerse.

Es, pues, de presumir que Zorrilla llevaba en su cerebro el POEMA, y en disposición á toda hora de vaciarlo sobre el papel sin grandes preparaciones, como sin ellas había vaciado tantos miles de versos en leyendas, odas, dramas y romances, más pronto quizá compuestos que concebidos. Todo puede creerse de su oriental fantasía, que esta vez se cansó, por desgracia, antes de concluir una obra guardada para sí sola en los anales del Parnaso español.



ÍNDICE

DE LOS

TÍTULOS CORRESPONDIENTES Á LAS DIVERSAS PARTES DEL POEMA

TOMO PRIMERO

DEDICATORIA Á DON BARTOLOMÉ MURIEL

LEYENDA DE AL-HAMAR

FIN DEL TOMO SEGUNDO







